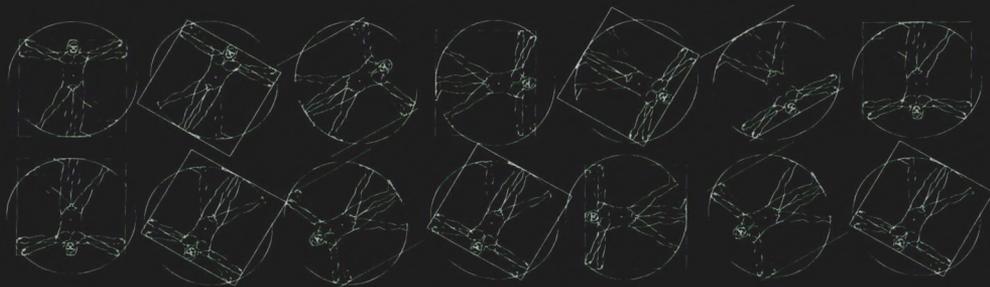


UNIVERSIDAD CATOLICA DEL URUGUAY

PRISMA

Opinión pública
y elecciones

15
2000





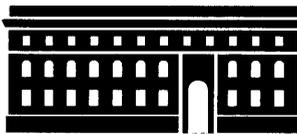
Universidad
Católica

DAMASO A. LARRAÑAGA - URUGUAY

BIBLIOTECA

PRÍSMAS

Nº 15 – diciembre de 2000



Universidad
Católica

59034

PRISMA

Director: José Arocena
Secretaria de Redacción: María Cristina Dutto
Consejo Editor: César Aguiar
Luciano Álvarez
Carlos de Cores
Susana Monreal
Antonio Ocaña

Producción gráfica: 

Universidad Católica del Uruguay
Dámaso Antonio Larrañaga
Av. 8 de Octubre 2738
11600 Montevideo, Uruguay
Teléfono: 487 27 17 – Fax: 487 03 23
www.ucu.edu.uy
Correo electrónico: prisma@ucu.edu.uy

Impreso en Uruguay

Imp. POLO. Ltda.

Amparado en el decreto 218/96 Comisión del Papel

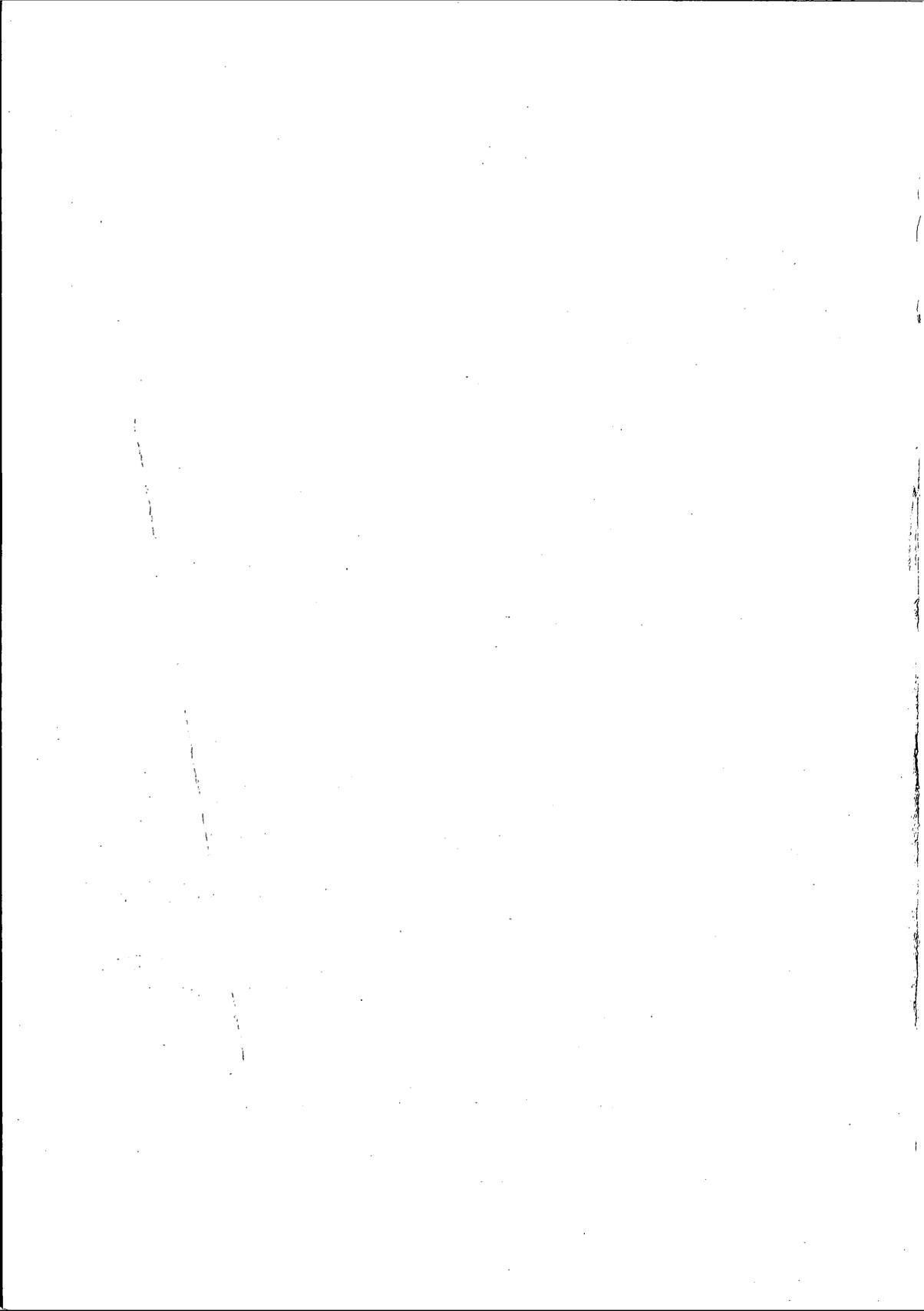
Depósito legal. 316 067

ISSN 0797-8057

Sumario

Tema central Opinión pública y elecciones

| | |
|--|-----|
| Presentación | 5 |
| La Historia y la historia: Opinión Pública y opinión pública en el Uruguay <i>por César A. Aguiar</i> | 7 |
| Significado del desencanto político en una "democracia dura". <i>por Agustín Canzani</i> | 46 |
| Originalidad democrática uruguaya: un análisis comparado y algunas hipótesis preliminares <i>por Cecilia Rossel</i> | 66 |
| Encuestas telefónicas y personales: ¿convergentes, complementarias o distintas? <i>por María Ester Mancebo, Carlos Luján y Diego Hernández</i> | 82 |
| La encuesta telefónica como <i>election day poll</i> <i>por Ignacio Zuasnábar</i> | 97 |
| Las encuestadoras de opinión pública: Nuevas cómplices y agonistas de la comunicación política en el escenario radial uruguayo <i>por Carmen Rico de Sotelo</i> | 105 |
| Francisco Bauzá y la conciencia histórica nacional <i>por Ana Ribeiro</i> | 138 |
| El legado de Francisco Bauzá (ii) <i>por Carlos Pareja</i> | 150 |
| Aportes para el estudio sociológico de la religión y el catolicismo (i) Elementos para un marco teórico <i>por Néstor Da Costa</i> | 174 |

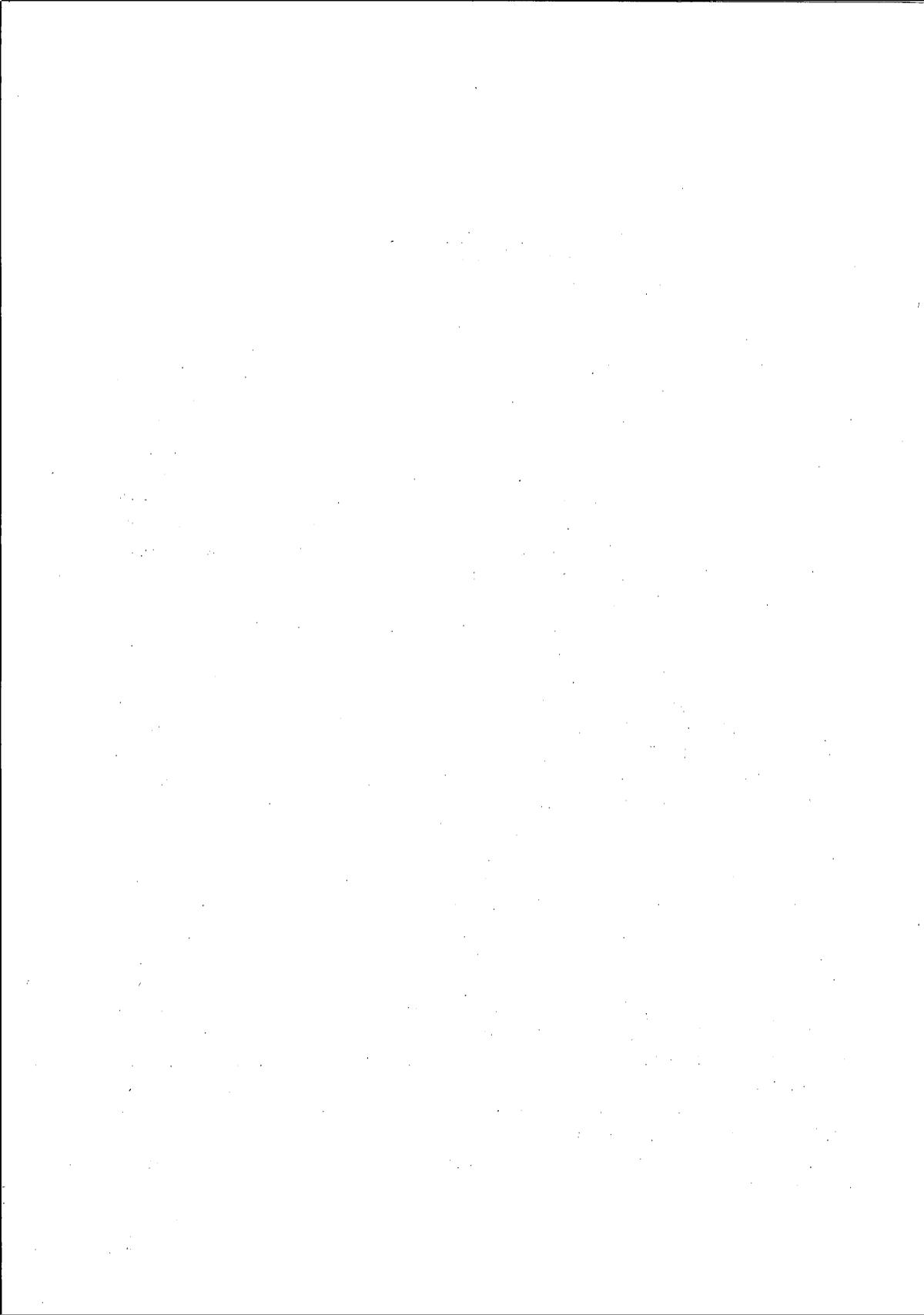


Presentación

Los cinco artículos que componen el tema central de este número de *Prisma* abordan diversos aspectos de los estudios de opinión pública en el Uruguay, vinculados en general a la intención de voto y a la valoración del sistema democrático. Toman como base trabajos presentados al Primer Seminario Regional de la World Association for Public Opinion Research (wapor), celebrado en Punta del Este.

El artículo de **César Aguiar** se propone servir de base a un programa de investigación científica que reconstruya la historia de los estudios de opinión pública en el Uruguay y, en forma simultánea, la historia de la opinión pública uruguaya. **Agustín Canzani** expone una situación aparentemente contradictoria: mientras su nivel de involucramiento en la política se ha reducido sostenidamente a lo largo de la última década, los uruguayos muestran, en el conjunto de América Latina, la más categórica valoración de la democracia. **Cecilia Rossel**, por su parte, examina las posibles razones de ese mayor aprecio que muestran los uruguayos hacia el sistema democrático, en comparación con los ciudadanos de la mayoría de los países de la región. **María Ester Mancebo, Carlos Luján y Diego Hernández** analizan las diferencias entre las encuestas telefónicas y las de calle, en lo relativo a rendimiento de las rutinas, cumplimiento de parámetros poblacionales y resultados obtenidos en tres variables relevantes de opinión pública. **Ignacio Zuasnábar** indaga en las posibilidades de las encuestas telefónicas como alternativa o complemento de las encuestas de boca de urna, a fin de anticipar resultados el mismo día de las elecciones. Finalmente, **Carmen Rico** estudia el fenómeno de la consolidación de las consultoras de opinión pública y los analistas políticos en la agenda mediática, en particular en el espacio radial, en el período pre y poselectoral.

Fuera del tema central, **Ana Ribeiro** se ocupa de una de las múltiples facetas de Francisco Bauzá: la de historiador, hoy considerado fundador de la historiografía moderna en el país. **Carlos Pareja** culmina en este número su reflexión sobre el legado de Bauzá en las siguientes generaciones de uruguayos. Por último, **Néstor Da Costa** ofrece un marco teórico para el estudio sociológico de la religión y, en particular, del catolicismo, en un trabajo que se completará en el próximo número de *Prisma* con un repaso del itinerario de lo religioso en el Uruguay.



La Historia y la historia: Opinión Pública y opinión pública en el Uruguay*

por César A. Aguiar

*Time present and time past
Are both perhaps presents in time future
And time future contained in time past.
If all time in eternally present
All time is unredeemable.
What might have been is an abstraction
Remaining a perpetual possibility
Only in a word of speculation.
What might have been and what has been
Point to one end, which is always present*

T. S. Eliot: "Burnt Norton", en *Four Quartets*

El autor

Profesor de Introducción a la Teoría Social y Análisis Social I en la Licenciatura de Ciencias Sociales Aplicadas de la Universidad Católica. Presidente de Equipos/ Mori y del Capítulo WAPOR de Uruguay.

Aunque todavía es un borrador para discusión, el presente trabajo tiene un propósito ambicioso: aspira a servir de base a un *programa de investigación científica* (PIC, en el sentido de Lakatos) que pueda reconstruir, en forma simultánea, la historia de los estudios de opinión pública en el Uruguay y la historia de la opinión pública uruguaya, en estrecha relación con su evolución política y social. El autor no imagina, ni por asomo, que pueda ser él quien complete el

* Trabajo presentado al Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research); Punta del Este, Uruguay, 11, 12 y 13 de noviembre de 1999.

PIC que se esboza, pero pretende presentar un marco conceptual y un conjunto de pistas de información que pueda ser utilizado por otros investigadores, si es que la propuesta —como supone— tiene algún interés para otros. Se sentiría realmente satisfecho si las notas al pie de página que resumen sus recuerdos personales sobre la historia de los estudios de opinión pública en el país sirvieran algún día para que alguien escribiera una historia más seria sobre el tema.

Dado ese propósito, y habiendo sido en alguna medida protagonista de ambas historias, el autor se tomará algunas libertades de dos tipos: unas, metodológicas, especialmente al referirse a acontecimientos vinculados con la historia de los estudios de opinión pública antes de 1971 y hasta 1985, donde en muchos casos —que resultarán claros para el lector— las referencias serán deudoras de su memoria o su testimonio, más que pruebas precisas que puedan ser reconstruidas independientemente por quien se interese en ellas; otras, sustantivas, también se vinculan con la dependencia de la memoria y determinan que los procesos vinculados con Equipos/Mori tengan mayor probabilidad de aparecer que los eventualmente vinculables a otros colegas. De todas formas, si este documento cumple su función de invitación al PIC, ambas limitaciones podrán corregirse: probablemente casi todos los hechos referidos que carecen de documentación precisa pueden ser confirmados a partir del testimonio de otros autores y actores de las historias en cuestión, y todos los colegas tienen ahora un documento de referencia que pueden enriquecer o corregir, según el grado y tipo de omisión que haya realizado en relación con sus aportes.

El trabajo se divide en cuatro partes. En la primera se presenta un análisis muy sumario de los resultados de las elecciones nacionales del 31 de octubre de 1999, punto de llegada del proceso de largo aliento que, arrancando en la década de los cincuenta, permite reconstruir a la par la historia de la opinión pública uruguaya y la historia de los estudios de opinión en el país. En la segunda se analizan los resultados de esta elección a la luz de una serie de procesos de largo plazo (1950-1999), que se inician con la crisis del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones. En la tercera el análisis se concentra lo que llamaremos *procesos de mediano plazo*, que comienzan con la restauración democrática (1980-1999). En la cuarta, finalmente, se analizan el corto plazo y el entorno específico de la campaña reciente (1995-1999). En la versión final, esperamos agregar una quinta parte, que pretende presentar algunas pistas para avanzar en el PIC sugerido.

1. Octubre de 1999

El 31 de octubre pasado, se procedió en el Uruguay a las primeras elecciones generales desarrolladas en el marco de un nuevo sistema electoral.¹ El sistema, entre otros cambios sustanciales respecto al régimen anterior, implica la existencia de una "segunda vuelta" o balotaje para la elección del presidente, la separación de las elecciones nacionales y municipales y el fin de algunos de los mecanismos más relevantes del régimen conocido como "doble voto simultáneo", que había otorgado al sistema electoral uruguayo una originalidad internacionalmente reconocida por diferentes autores "clásicos" en la materia como Duverger, Sartori o más recientemente Nohlen (Duverger, 1987; Nohlen, 1981; Sartori, 1992). Los resultados generales de dicha elección se presentan en el cuadro 1. En el cuadro 2 se presentan los resultados de las últimas encuestas difundidas por las firmas encuestadoras que divulgaron información regular durante la campaña.²

¹ Hay muchos trabajos que caracterizan el sistema electoral uruguayo tradicional y varios que discuten las reformas introducidas en 1997, como consecuencia de la Reforma Constitucional oportunamente plebiscitada en diciembre de 1996. Un análisis de tipo legal puede verse en Correa Freitas y Vázquez (1997). Análisis más atentos a los aspectos de dinámica institucional y política pueden leerse en Lauga (1997) y Mieres (1977). Una discusión de los efectos probables, a la luz de un análisis más amplio sobre sistema electoral y gobernabilidad puede encontrarse en Faig Garicoits (1996).

² Las encuestadoras acostumbran a difundir la información de diferente manera. Dos de ellas, Cifra y Equipos/Mori, las publican en dos diarios de circulación nacional. Dos de ellas, Interconsult y Radar, las difunden a través de revistas o semanarios. Una de ellas, Factum, las difunde a través de la radio. Cifra, Equipos/Mori y Factum, adicionalmente, las difunden a través de sus sitios web. Aparte de las mencionadas, Research, Sybila y Consultora Datos son las firmas que mantienen alguna actividad visible en el área de opinión pública nacional. A ellas hay que sumar una oferta creciente aunque heterogénea de encuestadores locales en varios de los departamentos del país, algunas de las cuales tienen servicios que muestran buenos indicios de continuidad, al menos en Salto, Paysandú, Soriano, Colonia, Cerro Largo, Maldonado y Rocha.

CUADRO 1: Resultado de las elecciones generales (escrutinio primario)

| Partidos | Votos | % s/partidos | % s/votos |
|--|------------------|---------------------|------------------|
| <i>Encuentro Progresista / Frente Amplio</i> | 856.452 | 40,3 | 38,2 |
| <i>Partido Colorado</i> | 695.926 | 32,7 | 31,0 |
| <i>Partido Nacional</i> | 472.121 | 22,2 | 21,1 |
| <i>Nuevo Espacio</i> | 96.849 | 4,6 | 4,3 |
| <i>Unión Cívica</i> | 5.074 | 0,2 | 0,2 |
| <i>Votos por partidos</i> | 2.126.422 | 100,0 | 94,9 |
| <i>Votos en blanco</i> | 59.322 | | 2,6 |
| <i>Votos anulados</i> | 24.761 | | 1,1 |
| <i>Votos observados</i> | 31.340 | | 1,4 |
| Total | 2.241.845 | | 100,0 |

FUENTE: *Búsqueda*, con datos de la Corte Electoral, 4/XI/1999.

CUADRO 2: Últimas encuestas difundidas por las firmas encuestadoras³

| Partido | Cifra Equipos/Mori⁴ Factum Interconsult Radar | | | | | Resultado⁵ |
|--|---|--------------|--------------|--------------|--------------|------------------------------|
| <i>EP/FA</i> | 38 | 37 | 36,5 | 36 | 38,6 | 38,7 |
| <i>PC</i> | 26 | 26 | 26,9 | 27 | 25,9 | 31,4 |
| <i>PN</i> | 22 | 23 | 22,5 | 22 | 18,7 | 21,4 |
| <i>NE</i> | 4,7 | 5 | 5 | 5 | 6,8 | 4,4 |
| <i>UC</i> | — | — | 0,2 | — | — | 0,2 |
| <i>Sin asignar, anulados y en blanco</i> | 9,3 | 9 | 8,9 | 10 | 10,0 | 3,9 |
| Total | 100,0 | 100,0 | 100,0 | 100,0 | 100,0 | 100,0 |

FUENTE: *Búsqueda*, con datos de la Corte Electoral, 4/XI/1999.

El triunfo del EP/FA no sólo fue amplio. También implicó algunas originalidades relevantes. Al amparo de una tendencia histórica de largo plazo, además

de ganar en Montevideo ganó en tres departamentos que se encuentran entre los más importantes del interior del país, entró segundo en otros cuatro también importantes, ganó cómodamente en todas las zonas periféricas de Montevideo y obtuvo una representación parlamentaria suficientemente amplia, que —en caso de perder en el balotaje— le otorga una sólida capacidad de poner límites al futuro gobierno y administrar una oposición que, aun en el caso de ser una oposición leal, puede ser extremadamente molesta.

Aunque, como veremos, el triunfo del Encuentro Progresista era perfectamente previsible, el resultado se alejaba muy poco de las tendencias de largo plazo y era altamente probable si se atendía solamente a elementos de mediano y corto plazo, los resultados electorales tuvieron alto impacto en la opinión "ilustrada". Muchos observadores tienden a creer que las elecciones marcaron el fin del predominio de los partidos fundacionales, llamados hasta aquí "tradicionales", y la probable desaparición de un sistema de partidos que, al menos por su antigüedad, revestía una inmensa excepcionalidad en términos comparativos.⁶ Los participantes directos no vacilan en calificar el resultado como un

³ Las encuestas difieren moderadamente en su fecha de cierre y la fecha media de su trabajo de campo. Algunas de las firmas indicadas, adicionalmente, procedieron a realizar pronósticos, difundidos en forma no siempre idéntica a la de sus encuestas habituales. Un historiador dedicado a la historia de los estudios de opinión pública debería, además, considerar que las firmas difieren en su antigüedad, su escala, sus áreas de especialización, el perfil profesional de sus recursos humanos básicos, el grado de despersonalización e interdisciplinariedad de su equipo de profesionales asignado a los estudios de opinión pública, el perfil académico de estos y el grado de vinculación con los núcleos internacionales especializados de la profesión.

⁴ En el caso de Equipos/Mori, la firma no realizó un pronóstico específico, sino que procedió a presentar hipótesis de alta, media y mínima para cada uno de los partidos. Los resultados verificados se ubican dentro de la hipótesis alta para el Encuentro Progresista y el Partido Colorado, y dentro de las hipótesis bajas para el Partido Nacional y el Nuevo Espacio

⁵ Se asignan proporcionalmente los votos observados.

⁶ En rigor, como se muestra en un estudio reciente (Sotelo, 1999), sólo en los Estados Unidos y en el Reino Unido pueden encontrarse sistemas más antiguos si el criterio de antigüedad se evalúa a partir de la edad del partido relevante más antiguo. En cambio, si se adopta como criterio la edad promedio de los dos partidos más relevantes —en rigor, más votados—, el sistema uruguayo era el más antiguo del mundo, con una edad promedio de 162 años en 1998. Desde las elecciones del 31 de octubre, en cambio, si se adopta el criterio razonable de tratar al Encuentro Progresista/Frente Amplio como un partido —pese a que formalmente es una coalición—, cuya historia comienza en 1970, fecha de creación del Frente Amplio, la edad promedio pasa a 100, y el sistema de partidos uruguayos cae al séptimo lugar de antigüedad en términos del indicador en cuestión.

acontecimiento histórico⁷ que para algunos —los ganadores— implica un cambio radical, largamente buscado, en la historia política del país,⁸ y para otros —derrotados— implica no sólo una amenaza sobre su participación en el "botín" político, sino, además, un riesgo para la continuidad del estilo de vida tradicional del país. Probablemente estén muy equivocados, pero al fin y al cabo eso es lo que sienten.

Los análisis políticos difundidos en la semana posterior al acto electoral subrayan algunos otros elementos. Muchos agregan observaciones empíricas de interés. Por una parte, se constata que el EP/FA crece en zonas rurales, en el interior del país y entre los votantes de estratos medios bajos y bajos.⁹ Por otra, se dice que la izquierda se "tradicionaliza" —en el sentido de incluir una variada gama de propuestas internas "en un cúmulo no siempre cristalino de perfiles diferenciados"—, que desarrolla un discurso que logra combinar "los recónditos códigos del Uruguay batllista" con "el sueño del Nardone propio que alcance a adentrarse electoralmente en el Uruguay rural", que "llega primero en los departamentos más 'montevideanizados' y 'urbanos culturalmente', y que el Partido Nacional sólo vota bien en una región del país que se va despoblando censo a censo".¹⁰ En algunos intentos más explicativos, muchos remarcán, un poco trivialmente, que el crecimiento del EP/FA *se explica* por la caída del Partido Nacional,¹¹ y en su conjunto se identifican algunos factores más pretendidamente causales con diversa o ninguna ponderación: el efecto de las nuevas reglas electorales, que como mínimo habrían provocado "una muy visible restricción de la oferta electoral de blancos y colorados",¹² la situación económica,¹³ las características peculiarmente duras de la elección interna del Partido

Estados Unidos, Colombia, Inglaterra, Dinamarca, Paraguay y Suecia lo aventajan en antigüedad.

⁷ "Ya nada será igual", titula el diario *La República* su edición del 31/X/1999.

⁸ Que desde ahora "es otra historia", como titula en su edición del 5/XI el semanario *Brecha*, simpatizante de la corriente ganadora. Especificando estos titulares, el periodista político Marcelo Pereira explica que la del 31/X/1999 fue una "impresionante votación" que "cambió la historia uruguaya".

⁹ Oscar Bottinelli, en *Tres*, 5/XI/1999, p. 14.

¹⁰ Juan Francisco Faig Garicoits, en *Posdata*, 5/XI/1999, p. 88.

¹¹ "Trivialmente", porque, por definición, los resultados deben "sumar cien": si uno sube, el otro cae. Más que explicación, ese es un simple juego de números, que supone justamente algo que se trata de demostrar: ¿cayó el Partido Nacional?, ¿en qué sentido?, ¿en qué grado? La respuesta no es sencilla.

¹² Adolfo Garcé, en *Posdata*, 5/XI/1999, p. 89.

¹³ Especialmente destacada en el editorial de *Búsqueda*, 4/XI/1999, p.2, que subraya la existencia de un "choque externo de gran magnitud" que incluye "precios de exportables en baja, del petróleo en alza, devaluación y recesión en Brasil y recesión en Argentina".

Nacional y sus consecuencias,¹⁴ los efectos de desgaste de la coalición de gobierno,¹⁵ el atractivo carismático del doctor Vázquez y la capacidad de seducción de su discurso, las pocas posibilidades de que el Partido Nacional se mantuviera alineado detrás del doctor Lacalle, la capacidad del EP/FA de canalizar el deseo de cambio y, al mismo tiempo, de expresar el temor a los cambios derivados de la apertura y la modernidad¹⁶ y las tendencias de largo plazo que se asocian a un electorado dividido por edad.¹⁷ Pocos analistas subrayan el hecho de que, sin perjuicio de todo lo anterior, la elección es también el resultado de un sinnúmero de cambios significativos en la opinión pública uruguaya y su estructura, y que, mucho antes que cualquier análisis, los estudios de opinión pública realizados en el país desde mucho tiempo atrás anunciaban con toda claridad la alta probabilidad de este resultado electoral.

Indagar esas tendencias de opinión y atender a sus dinámicas de cambio en el largo, mediano y corto plazo es uno de los objetivos centrales de este trabajo, que, a su vez, nos permitirá reconstruir las líneas generales de la evolución de los estudios de opinión en el país. A ello nos dedicaremos a partir del punto 2, infra. En cualquier caso, en lo inmediato, parece claro que para la segunda vuelta, los dos partidos fundacionales —el Colorado y el Nacional— tenderán a unirse detrás de la candidatura colorada, y, aunque hayan dejado en libertad de acción a sus votantes, los líderes del Nuevo Espacio se alinearán con el Encuentro Progresista. La segunda vuelta encontrará, entonces, frente a frente, a dos agrupamientos que, en la percepción de muchos observadores, enfrentará a "la izquierda" y a la conjunción de los partidos "tradicionales", configurando las bases de lo que algunos perciben como un nuevo sistema de partidos,¹⁸ cuyas características básicas parecen asemejarse en alguna medi-

Por tanto, continúa, "quienes se presentaron divididos, pero coincidiendo en lo básico [...] ahora deben unirse en un solo bloque".

¹⁴ Garcé, o. cit.

¹⁵ Mencionadas, por ejemplo, por el Equipo de Seguimiento de Campaña en el Interior del Instituto de Ciencia Política, *Posdata*, 5/XI/1999, p. 79.

¹⁶ Juan Carlos Doyenart, *El Observador*, 6/XI/1999.

¹⁷ Oscar Bottinelli, en *Tres*, o. cit.

¹⁸ El matutino *El Observador*, de orientación liberal y políticamente independiente, inició su editorial del día siguiente subrayando que "cuando la realidad impone nuevas fronteras la peor actitud es negarse a aceptarlas" e indicando a continuación que "ayer las urnas emitieron un claro mensaje en el sentido de que el sistema de partidos dispersos se desdibuja y comienza a ser reemplazado por corrientes ideológicas, una de centro y otra de izquierda. Reconocerlo y hacer los ajustes necesarios es el único camino para transitar hacia un bipartidismo del estilo que predomina en los países más desarrollados, que permita una alternancia no traumática de partidos y una normal rotación en el poder".

da a lo que años atrás habían anunciado algunos protagonistas del quehacer político e intelectual uruguayo.¹⁹ "Parecen asemejarse" porque, como veremos más abajo, el tema es al menos opinable²⁰ y puede discutirse si en rigor los agrupamientos en pugna expresan efectivamente tendencias tales como izquierda / centro-derecha o conservación / cambio.²¹

2. El largo plazo: de los cincuenta hasta aquí

Ciertas características de largo plazo del sistema político uruguayo han sido advertidas desde tiempo atrás. Algunas de ellas arrancan en los años cuarenta²² y centralmente se remiten al período 1958-71, el largo período de crisis en el que aparecen las encuestas de opinión pública²³ y se produce la quiebra y separación entre varios modelos de país: el del batllismo de posgue-

Sin ir tan lejos, el matutino *El País*, diario conservador cuya página editorial se afilia a la tradición del Partido Nacional, sostiene: "blancos y colorados somos partidos distintos [pero] tenemos que admitir que a pesar de todo lo que nos separó, nos separa y nos seguirá afortunadamente separando [...] nos vincula una misma concepción de lo que debe ser el país, una misma definición filosófica liberal en el cabal sentido de la palabra y la convicción de cuál es el camino por el que debe transitar este Uruguay...".

¹⁹ Por lo menos son recordables las afirmaciones de Carlos Quijano y del general Liber Seregni. El autor recuerda, anecdóticamente, un reportaje radial realizado en los primeros años de la década del sesenta al doctor Enrique Beltrán, en ese entonces diputado por el Partido Nacional. El periodista preguntó si en el entrevistado creía que en el año 2000 existirían blancos y colorados, y el doctor Beltrán, con humor y convicción, respondió: "Colorados no sé".

²⁰ Una advertencia en ese sentido puede observarse en Hebert Gatto, *Posdata*, 5/XI/1999.

²¹ En rigor, el argumento de Juan Carlos Doyenart de que el EP/FA expresa más el temor al cambio que el deseo efectivo de cambiar puede remitirse a una larga tradición sociológica, que en los últimos treinta años encuentra su expresión en autores tan diversos como Nisbet y Touraine (Touraine, Nisbet) y, en una perspectiva más amplia, en las discusiones sobre modernidad y posmodernidad (Berman, 1988).

²² De allí arrancan las formulaciones clásicas de Solari, Real de Azúa y Rama, que de alguna forma definen el imaginario inicial de la sociología política en el país. De allí también las caracterizaciones de algunos observadores externos particularmente avezados en su percepción de la interacción entre sistema político y sociedad.

²³ Una actividad sistemática de encuestas orientadas al conocimiento de la situación social había sido iniciada a fines de los años cuarenta por Juan Pablo Terra y los Equipos del Bien Común. Las encuestas de opinión pública, en sentido estricto, aparecen alrededor de 1956, con la fundación del Instituto Uruguayo de la Opinión Pública (IUDOP), después Gallup, liderado por Luis Alberto Ferreira. Los últimos años de los cincuenta muestran una frecuente presencia de encuestas del IUDOP en los diarios *El País* y *El Plata*.

rra —que postulaba la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI)—, el del "ruralismo" —que, con alguna vaguedad, recuperaba y relanzaba la idea de un destino agrario—, el de la apertura económica —que apostaba a la modernización mediante el desarme de los principales mecanismos de la ISI— y el de la izquierda —que en 1971 apuntaba a un proyecto que, sin reconocerse explícitamente como socialista, implicaba entre otros cambios radicales la reforma agraria, la nacionalización de la banca y del comercio exterior—. ²⁴ En ese marco, aparecían cambios en el discurso político y en el sistema de lealtades y afinidades partidarias que, con pocos cambios, pueden seguirse hasta hoy.

Dentro de ese marco, las tendencias de cambio a largo plazo del sistema de partidos uruguayo han sido advertidas desde mucho tiempo atrás. En un análisis clásico, Luis Eduardo González (González, 1988) data su comienzo bastante antes de 1950. Según su argumento, un análisis de los resultados electorales desde 1940 a la fecha muestra con claridad que, entre los cuarenta y los sesenta, el sistema pasa de un bipartidismo con hegemonía colorada a

Ya en 1958 las encuestas de opinión pública atienden a los temas políticos y electorales (IUDOP, 1958) y en 1959 se adentran en las cuestiones más técnicas de la predicción electoral (IUDOP, 1959). El uso de las encuestas de opinión pública como referencia académica, siempre con IUDOP, se inicia en esos años con los trabajos de Philip Taylor (Taylor, 1960) y se continuará más abundantemente en los sesenta con la presencia de IUDOP —ahora Gallup—, los trabajos de institutos y cátedras universitarias (Martorelli y Wettstein, 1965; Instituto de Ciencias Sociales, 1968, 1970, 1971; Filgueira, 1972; Cosse, 1972, Errandonea y Guidobono, 1972), algunas tesis para universidades americanas (Biles, 1972; Graseras, 1974) y una naciente demanda por parte de partidos políticos (CEOP, para el Frente Amplio, CIMCSA, para el Partido Colorado). En 1971 se innova en términos de muestras: se utilizan muestras aleatorias, estratificadas, trietápicas, que, en el caso de las encuestas del Instituto de Ciencias Sociales, habían sido generadas por especialistas del Instituto de Economía de la Universidad. También se innova en términos de procesamiento: las encuestas del ICS se procesan en el Centro de Computación de la Universidad de la República con base en Minitabs, un programa desarrollado en Fortran. Las elecciones de 1971 marcan, a su vez, un hito particularmente importante en términos del conflicto entre partidos políticos y encuestadores: el Partido Nacional acusa a Gallup de utilizar sus encuestas para influir en la opinión pública. Y, finalmente, marcan también un hito importante en el procesamiento de información en el día de las elecciones: colaborando con el Frente Amplio, un equipo en el que trabajaban, entre otros, Juan Grompone y el autor, utilizan un modelo de análisis basado en la estabilización de las varianzas de los escrutinios, que con pocos cambios y mejores apoyaturas gráficas será utilizado hasta el día de hoy en el pronóstico de resultados del día de las elecciones con las encuestas de boca de urna.

²⁴ Esos procesos y sus efectos son estudiados con detalle en algunos viejos trabajos del autor (Aguiar, 1978, 1980).

un bipartidismo competitivo con rotación de los partidos en el poder, y que desde los setenta se adentra en un período de pluralismo moderado, en el que los partidos fundacionales mantienen un claro liderazgo, pero en el cual aparecen competidores dotados de autonomía y relevancia que pueden llegar a cambiar el sistema. En un análisis reciente (González, 1999) muestra con claridad que, si se incorporan a su análisis las elecciones de 1989 y 1994, las tendencias de largo plazo, arrancando en 1971, se mantienen,²⁵ y que, si las elecciones de 1999 responden a la misma pauta, los partidos fundacionales sumados deberían obtener el 57,6 % de los votos y los partidos que llama "desafiantes" —esto es, el EP/FA y el Nuevo Espacio— el 41,8 % del total de votos por partido. Los resultados presentados en el cuadro 1 indicaban que los primeros obtuvieron un 54,9 % y los segundos un 44,8 % de los votos por partido. Desviaciones pequeñas, entonces, de una serie de largo plazo que muestra extraordinaria consistencia. En el cuadro 3 puede observarse la serie de resultados electorales de las elecciones nacionales desde 1942 a la fecha.

CUADRO 3: Resultados de elecciones nacionales (votos por partidos, 1942-1999)

| Año | P. Colorado | P. Nacional | P. Nacional Indep. | Izquierda, FA, EP/FA | Nuevo Espacio | Otros |
|------|----------------|----------------|--------------------------|-------------------------|------------------|-------|
| 1942 | 57,2 | 22,8 | 11,7 | 4,1 | — | 4,3 |
| 1946 | 47,8 | 32,0 | 9,7 | 5,0 | — | 5,4 |
| 1950 | 52,6 | 30,9 | 7,6 | 4,4 | — | 4,4 |
| 1954 | 50,5 | 35,2 | 3,7 | 5,5 | — | 5,0 |
| 1958 | 37,7 | 49,7 | — | 6,2 | — | 6,4 |
| 1962 | 44,5 | 46,5 | — | 5,8 | — | 3,1 |
| 1966 | 49,3 | 40,3 | — | 6,8 | — | 3,5 |
| 1971 | 41,0 | 40,2 | — | 18,3 | — | 0,5 |
| 1984 | 41,2 | 35,0 | — | 21,3 | — | 2,4 |
| 1989 | 30,3 | 38,9 | — | 21,2 | 9,2 | 0,4 |
| 1994 | 32,3 | 31,2 | — | 30,6 | 5,1 | 0,8 |
| 1999 | 32,7 | 22,2 | — | 40,3 | 4,6 | 0,2 |

FUENTE: *Búsqueda*, con datos de la Corte Electoral, 4/XI/1999.

Si se atiende a estos datos, los resultados del 31 de octubre no deberían sorprender a nadie. Por el contrario, se trata de una "muerte anunciada", al menos en términos empíricos.²⁶ Pero este anuncio es sólo una parte del tema. En rigor, la predicción en cuestión no deja de ser descriptiva, aunque, siendo una tendencia fuerte, de largo plazo, pueda usarse para predecir. Pero el tema verdaderamente interesante es indagar más allá de ella: ¿por qué esta tendencia aparentemente irrefrenable?, y, sobre todo, ¿por qué su linealidad, su morosidad a lo largo del tiempo? En este capítulo pretendemos presentar algunas ideas sobre estos puntos.

2.1. Descartando algunas ideas

Antes que nada, conviene descartar dos ideas falsas. La primera de ellas —todavía en boga— refiere a un argumento tradicional del discurso político de todos los sectores, de derecha o izquierda: el Uruguay se habría "corrido a la izquierda". La segunda —menos vigente— refiere a un argumento tradicional del discurso político de la izquierda y particularmente de sus partidos más orgánicos: la estrategia de acercamiento al poder por etapas, que reconoce su núcleo en un partido y que, como estrategia esencial, implica el fortalecimiento del movimiento sindical, se habría mostrado correcta.

La información disponible a partir de las encuestas de Equipos/Mori es extremadamente consistente en descartar ambas ideas.²⁷ El cuadro 4 presenta información para evaluar la primera y es extremadamente claro, al menos a lo largo de los doce años en que se dispone de información consistente: durante ese período, en el marco de transformaciones ideológicas más bien tenues, la opinión pública uruguaya no sólo no "se corrió a la izquierda", sino que, si alguna —moderadísima— tendencia muestra, es un crecimiento de las opciones del centro-derecha. No parece razonable, por tanto, interpretar la tendencia de largo plazo que lleva al crecimiento de los partidos "desafiantes" en términos de corrimiento a la izquierda, al menos si esto se entiende en términos de autoidentificación ideológica de los votantes. Por el contrario, si algo

²⁵ Y muestran un ajuste excepcionalmente elevado: las regresiones que estiman el voto de la suma de los partidos tradicionales y de los partidos desafiantes para el período 71-94, corregido el tiempo de interrupción debido al período de dictadura, son de .99 y .95 respectivamente.

²⁶ No sólo empíricos, en rigor. El tema ya había sido discutido por muchos autores con antelación suficiente como para que los interesados pudieran preverlo. Por nuestra parte, habíamos anticipado algunas reflexiones (Aguiar, 1991, 1998). Otras reflexiones coincidentes pueden verse en Mieres (1990, 1994).

²⁷ El argumento respecto al "corrimiento" a la izquierda fue anticipado en varias presentaciones recientes por Agustín Canzani.

efectivamente ocurrió fue que el EP/FA —el partido situado a la izquierda del espectro partidario— fue progresivamente exitoso en captar el centro político y, por lo tanto, resultó ser él quien "se corrió" en términos de autoidentificación ideológica del promedio de sus votantes.

CUADRO 4: Autoidentificación ideológica (en %, circa julio de c/año)

| | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 |
|-------------------------------------|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|----|
| <i>Izquierda y centro izquierda</i> | 24 | 24 | 24 | 26 | 21 | 21 | 18 | 22 | 22 | 24 | 24 | 23 |
| <i>Derecha y centro derecha</i> | 25 | 28 | 29 | 29 | 29 | 28 | 34 | 32 | 30 | 31 | 31 | 38 |

FUENTE : Equipos/Mori, Banco de Datos.

El cuadro 5, a su vez, presenta información para evaluar la segunda proposición. Se presentan dos series: la primera indica la proporción de voto EP/FA por estrato socioeconómico y la segunda mide la popularidad de los sindicatos. La primera serie muestra con claridad que la adhesión al EP/FA revela una pauta típica de un agrupamiento "pluriclasista". Afirmado en estratos medios, crece especialmente en estratos altos y medio altos, medio bajos y bajos, aunque mantiene su principal penetración en estratos medios urbanos. La segunda serie indica, en la última década, que la popularidad de los sindicatos decreció en forma apreciable y que, en rigor, todo el crecimiento del EP/FA en los últimos años se ha dado en el contexto de una opinión pública que percibe en términos negativos al movimiento sindical. La suma de ambas permite descartar la idea de que el crecimiento del EP/FA pueda explicarse en términos de un modelo "clasista" clásico, en el que, a partir de una fuerte penetración en estratos bajos, se produce luego la "incorporación" de "capas medias esclarecidas", y permite pensar que dicho crecimiento no se verifica "gracias a" sino más bien "pese a" el fuerte vínculo entre el movimiento sindical y el EP/FA.

CUADRO 5: Popularidad de los sindicatos (saldos netos) y simpatía política por FA y EP/FA según estratos socioeconómicos (en %, mes electoral)

| | 88 | 89 | 90 | 91 | 92 | 93 | 94 | 95 | 96 | 97 | 98 | 99 |
|--|----|----|----|-----|----|----|----|-----|-----|-----|-----|----|
| <i>Popularidad sindical (promedios anuales)</i> | 9 | 7 | 6 | -11 | -7 | -9 | -8 | -15 | -16 | -16 | -16 | -9 |
| <i>% simpatía política a EP/FA según estrato</i> | | | | | | | | | | | | |
| <i>Alto y Medio alto</i> | | 23 | | | | | 27 | | | | | 38 |
| <i>Medio</i> | | 26 | | | | | 28 | | | | | 42 |
| <i>Medio bajo</i> | | 31 | | | | | 26 | | | | | 34 |
| <i>Bajo</i> | | 25 | | | | | 31 | | | | | 36 |

FUENTE : Equipos/Mori, Banco de Datos.

2.2. Un electorado dividido por edad, y sus implicaciones

En tren de explicar la tendencia de crecimiento de los partidos "desafiantes" en general y del EP/FA en particular, una idea más fuerte refiere a los efectos de un electorado dividido por edades en un sistema de cultura política en el que las identificaciones partidarias tienen un papel relevante en la determinación de las identidades de algunas —bastantes— personas.

La idea de que el clivaje de edades tenía una fuerte influencia en la determinación del comportamiento político de los uruguayos es muy vieja y clara desde fines de los años sesenta,²⁸ y encuentra su confirmación empírica en todas

²⁸ Los coeficientes gamma de edad con voto de izquierda entre 1966 y 1971 crecieron significativamente. Utilizando datos de encuestas de Biles (Biles, 1972) y Graceras (Graceras), estimamos coeficientes de -0.189 el voto en 1966, -0.188 para la intención de voto en 1970 y de -0.598 para el voto en 1971 (Aguar, 1985), lo que permitiría hipotetizar que, aunque la fractura por edades viene de tiempo atrás, se aceleró significativamente en las elecciones de 1971.

las encuestas realizadas desde entonces.²⁹ Aun después de un proceso migratorio intenso que recluta migrantes especialmente entre los más jóvenes, el clivaje por edades mantiene fuerte vigencia entre 1980 y 1984.³⁰ Tradicionalmente, Equipos/Mori ha insistido en sus presentaciones acerca de la importancia del clivaje etario, subrayando que era muy fuerte y lleno de consecuencias en la medida en que creaba lo que desde entonces llamamos *efecto demográfico*.³¹ Esto es: en un electorado dividido por edad, aun cuando nadie cambie de opinión, el mero pasaje del tiempo implica el crecimiento de los partidos que tienen mayor peso relativo entre los electores más jóvenes. De esta forma, si el clivaje operaba con claridad desde 1971 y se mantenía operante a lo largo del tiempo, el EP/FA debía crecer en forma regular incluso cuando ningún votante de los partidos fundacionales cambiara de manera de pensar.

Falta todavía un demógrafo "duro" que, utilizando los abundantes datos de las encuestas de opinión pública, aplique tablas de mortalidad en un año cualquiera —por ejemplo, 1989— y a partir de allí, aplicando sendas tablas a las cohortes ingresadas al cuerpo electoral entre esa fecha y la actualidad, elabo-

²⁹ Por ejemplo, puede observarse en todas las encuestas realizadas entre 1968 y 1971 por el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (ICS, 1968, 1970, 1971).

³⁰ En las únicas encuestas conocidas en el período 1981-1983, el clivaje por edades sigue teniendo un sentido preciso que no logra ser atenuado por el fenómeno "wilsonista", que rejuveneció el electorado del Partido Nacional. Así, una encuesta de 1982 muestra que el coeficiente gamma entre edad e intención de votar en blanco es de -0.442 , mientras que el que relaciona la edad con el voto a Por la Patria o el Movimiento de Rocha es de -0.377 (Aguiar, Doyenart, Herrera y Viña, 1983). Una encuesta de diciembre de 1983, relacionada con la intención de voto en las elecciones de 1984, muestra coeficientes de -0.265 para votar a "un grupo Frente Amplista o Seregnista" y de -0.270 para el voto a Ferreira. Una discusión amplia de estos resultados a la luz de la historia política de largo plazo se encuentra en un viejo trabajo del autor (Aguiar, 1985). Las encuestas en cuestión revisten interés histórico no sólo por ser las únicas experiencias de estudios de opinión pública en el contexto de la dictadura sino además por ser las primeras en que, luego de muchos años de procesamiento de datos con programas ad-hoc o basados en la vieja versión de Minitabs para lenguaje Fortran, se utiliza por primera vez el Surveys, un programa desarrollado por Alicia Melgar para Equipos, bajo un esquema *freeware*. Surveys fue el programa habitual de procesamiento de encuestas en Equipos y en el ámbito académico uruguayo, y llegó a instalarse y difundirse en la Argentina a partir de un seminario dado por Alicia Melgar y el autor en FLACSO en 1984.

³¹ La primera presentación de estas ideas se realizó en la reunión mantenida por la firma con sus clientes, días antes de las elecciones de noviembre de 1984. Aun cuando no existe documentación escrita de esa reunión, ella fue informada por el semanario *Búsqueda* y al día de hoy muchos de los participantes se mantienen en actividad.

re un modelo que permita estimar con precisión el peso del *modelo demográfico*. Estimaciones preliminares de sociólogo "blando" llevan a pensar que, en el período 1971-1999, el *efecto demográfico* da cuenta de proporciones cercanas a un 1% anual, que deben ser corregidas teniendo en cuenta las corrientes migratorias entre 1971 y 1984. En cualquier caso, sea cual sea la magnitud del fenómeno, los hechos han confirmado con abundancia esa idea original, y aun cuando en 1999 comienzan a aparecer indicios de que el EP/FA pierde peso entre los más jóvenes, la operación regular del clivaje etario a lo largo de treinta años ha sido una de las claves más relevantes del resultado del 31 de octubre. Es más, si en el balotaje no resulta finalmente triunfador —esto es, si escapa por otro período a la prueba de hacerse cargo del gobierno—, puede asegurarse que en el año 2004 el piso electoral del EP/FA subirá aproximadamente un 5% más como resultado de este *efecto demográfico*. En el cuadro 6 se presentan algunos indicadores que refieren a la incidencia de la segmentación por edad en las elecciones de 1989 a 1999.

CUADRO 6: **Un electorado todavía dividido por edad: intención de voto por grupo etario circa octubre mes electoral (1989-1999)**

| <i>Edad</i> | <i>1989</i> | <i>1994</i> | <i>1999</i> |
|-----------------|-------------|-------------|-------------|
| <i>18 a 29</i> | 39 | 32 | 37 |
| <i>30 a 39</i> | 29 | 39 | 36 |
| <i>40 a 49</i> | 27 | 28 | 32 |
| <i>50 a 59</i> | 24 | 26 | 29 |
| <i>60 y más</i> | 12 | 17 | 22 |

FUENTE: Equipos/Mori, Banco de Datos

Pero el *efecto demográfico* tiene otras consecuencias de interés. La más relevante es la vinculación entre este efecto y la llamada *tradicionalización* del EP/FA. En un electorado dividido por edad, en el cual las lealtades partidarias tienden a mantenerse, el simple juego del *efecto demográfico* implica cambios muy relevantes en términos de agentes de socialización. Cuando el FA aparece en la escena política, con un fuerte peso en sectores juveniles, es en buena medida un movimiento de hijos que rompe con las tradiciones políticas recibidas de sus padres. Pero el juego del *efecto demográfico* en el largo plazo transforma esta situación, y el EP/FA comienza a devenir más que nada en un movimiento de padres que transmiten sus lealtades a sus hijos, lo que agrega al *efecto demográfico* un segundo efecto relevante: un *efecto socialización*, extremadamente importante para explicar el crecimiento del EP/FA más allá de

lo previsible por el puro *efecto demográfico*. En un contexto en el que la identificación política es proveedora de identidades para algunas personas, el *efecto socialización* agrega su grano de arena y se encuentra en la base de los fenómenos discutidos desde pocos años atrás sobre la *tradicionalización* del EP/FA.³² En rigor, si un partido tradicional se define por su alta capacidad de proveer identidad y su fuerte capacidad de transmitir identidades de padres a hijos, los partidos fundacionales están dejando de ser tradicionales y el desafiante EP/FA se está convirtiendo en el más eficiente partido tradicional del sistema.

Claro está: puede argumentarse que el *efecto demográfico* y su derivado *efecto socialización* sólo operan porque los partidos fundacionales no han tenido capacidad de volver a ganar posiciones electorales, y el argumento es correcto. En el párrafo siguiente tratamos de presentar otras tendencias de largo plazo que contribuyen a analizar el tema.

2.3. El argumento Vernazza

¿Por qué los partidos fundacionales, firmemente arraigados en los sesenta, debidamente restaurados en la posdictadura y responsables de gobiernos que entre 1985 y 1999 tuvieron desempeños más que aceptables, no sólo no fueron capaces de recuperar posiciones electorales sino que además las vieron deteriorarse sin poder o saber desarrollar estrategias correctivas? Es fácil entender que la respuesta a esta pregunta es crucial en cualquier análisis del proceso de largo plazo, y no es fácil.

Una forma de responderla puede referirse a la cuestión del liderazgo político. Los partidos fundacionales no habrían sido capaces de generar un liderazgo político lo suficientemente atractivo para contrarrestar las tendencias de crecimiento de los "desafiantes". De hecho, los líderes políticos más relevantes de los partidos fundacionales son personas con larga trayectoria, que en los casos más significativos arranca antes de la dictadura. Pero algo parecido ocurre en la Argentina, donde hasta ahora el liderazgo de los partidos tradicionales no ha podido ser desafiado con éxito por izquierda alguna. Volveremos luego sobre el tema.

En cualquier caso, sin embargo, no es posible descartar la idea anterior tan sólo con el contraejemplo argentino. Pero existen otros argumentos más atractivos y empíricamente consistentes, a los que, por darles un nombre preciso, llamaré *el argumento Vernazza* (Vernazza, 1994), y que refieren a los efectos sistémicos de los efectos "fraccionalizadores" del sistema de doble voto simul-

³² La discusión sobre la tradicionalización del EP/FA arranca a principios de los noventa (Aguar, 1998). Recientemente, ahonda en ella un estudio de Rosario Queirolo (Queirolo, 1999).

táneo que operó en el país durante más de sesenta años: "los efectos sistémicos" y no "los efectos fraccionalizadores", porque justamente de eso se trata.³³

La discusión sobre los efectos del sistema de doble voto simultáneo, llamados primero *fragmentadores* y ahora, en forma más ajustada, *fraccionalizadores*, han sido identificados y discutidos desde hace más de quince años, y pueden resumirse así: el sistema de doble voto simultáneo lleva "naturalmente" a incrementar la oferta política de nivel "menos uno", porque la estrategia más racional para cada actor es incrementar su capacidad de sumar votos de distintos "minoristas". Al mismo tiempo, la estrategia más racional para todo "minorista" es obtener la mayor cantidad de proveedores —"mayoristas"—, concertando todos los pactos posibles hacia el nivel "más uno". El incremento de la oferta política, que puede medirse en el número de listas, se combina así como el aumento exponencial de los acuerdos, que tienden a expandirse al infinito con la única restricción del lema. En el cuadro 7 se presentan algunos indicadores que permiten medir la magnitud del *efecto Vernazza* y confirman su desarrollo en el largo plazo.

CUADRO 7: Indicadores de fragmentación de la oferta política en el largo plazo de los partidos fundacionales

| | 1954 | 1958 | 1962 | 1966 | 1971 | 1984 | 1989 |
|--|------|------|------|------|------|------|------|
| <i>Candidatos presidenciales</i> | 6 | 6 | 5 | 8 | 7 | 5 | 6 |
| <i>Hojas de votación</i> | 190 | 277 | 333 | 459 | 559 | 325 | 634 |
| <i>Promedio de hojas por candidato</i> | 32 | 46 | 67 | 57 | 80 | 65 | 106 |
| <i>% de votos en hojas de votos</i> | | | | | | | |
| <0,25% | 14 | 18 | 23 | 31 | 33 | 23 | 35 |
| <i>% de votos propios de los</i> | | | | | | | |
| <i>diputados sobre total</i> | 75 | 71 | 65 | 62 | 59 | 67 | 50 |

FUENTE: Vernazza (1994)

³³ El argumento de la fragmentación, muchas veces mencionado en la discusión política, fue presentado por primera vez con alguna información empírica a principios de los ochenta (Aguar, 1983, 1984). Vernazza (1994) lo desarrolla ampliamente, con muchísima más información y con una discusión amplia de los efectos sistémicos. Monestier (1999) lo desarrolla aún en mayor medida, llevando los análisis de Vernazza hasta 1994, introduciendo la temática, muy sugerente, de los diferentes tipos de "minoristas" y constatando la caída de los minoristas "principistas" y el crecimiento de los "pragmáticos" —que clasifica en "ni principistas moderados" y "no principistas

El sistema esta lleno de efectos, casi todos ellos malos. Pero tres de ellos son de particular relevancia desde el ángulo que nos interesa. El primero, identificado y medido por Vernazza, muestra que la capacidad del sistema de representar directamente a los electores tiende a disminuir —esto es, que una proporción progresivamente mayor de electores vota a listas que no obtienen representación—. El segundo, mencionado también por Vernazza, sugiere que los cada vez más numerosos candidatos no electos se convierten en acreedores privados de los candidatos a los que agregaron sus votos, con el riesgo sistémico potencial de que sus créditos sólo puedan ser recompensados con bienes públicos. El tercero, identificado en un trabajo reciente de Monestier (Monestier, 1999), sugiere la progresiva "mercantilización" del sistema, al mostrar que el crecimiento del número de pactos se orienta progresivamente hacia acuerdos "no principistas", que sugieren que el "minorista" tiende a disminuir sus lealtades y adhesiones hacia los candidatos de nivel "más uno", y a pactar pragmáticamente con el mayor número de ellos de forma de hacer valer sus "restos" electorales. En el cuadro 8 se presentan algunos indicadores complementarios que ilustran la dinámica del *efecto Monestier*.

extremos"—. Relacionándolo con el tema en el nivel parlamentario, el enfoque de Vernazza y Monestier ha sido discutido con información empírica por Buquet (Buquet, 1997) y más recientemente por Buquet, Chasquetti y Moraes (Buquet, Chasquetti y Moraes, 1998).

CUADRO 8: El efecto *Monestier*: evolución de sublemas «principistas» y «no principistas extremos»

| | 1954 | 1958 | 1962 | 1966 | 1971 | 1984 | 1989 | 1994 |
|---------------------------------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| Partido Nacional | | | | | | | | |
| % de sublemas | | | | | | | | |
| «principistas» | 96 | 86 | 68 | 31 | 33 | 51 | 32 | 18 |
| % de «no principistas extremos» | | | | | | | | |
| «no principistas extremos» | 4 | 14 | 3 | 32 | 5 | 22 | 38 | 43 |
| Partido Colorado | | | | | | | | |
| % de sublemas | | | | | | | | |
| «principistas» | 67 | 62 | 73 | 55 | 50 | 35 | 19 | 39 |
| % de «no principistas extremos» | | | | | | | | |
| «no principistas extremos» | 11 | 12 | 9 | 20 | 32 | 3 | 30 | 28 |
| FA, EP/FA | | | | | | | | |
| % de sublemas | | | | | | | | |
| «principistas» | | | | | 64 | 48 | 55 | 28 |
| % de «no principistas extremos» | | | | | | | | |
| «no principistas extremos» | | | | | 0 | 0 | 0 | 0 |

FUENTE: *Monestier* (1999).

Aunque el argumento Vernazza refiere a estructuras que no son directamente visibles en la opinión pública, éstas ciertamente afectan la génesis de la opinión y es probable que impliquen algunos efectos específicos en su estructura. Si el argumento Vernazza es cierto, probablemente, en forma simultánea con la evolución del sistema, debió aumentar el nivel de identificación partidaria, el nivel de información política a escala local, el sentimiento de *powerlessness* y el nivel de alienación política. Asimismo, en el largo plazo, el mecanismo debió contribuir al aumento del desinterés político y a la disminución de la participación.³⁴ Deplorablemente, sin embargo, el argumento Vernazza no ha sido utilizado en toda su potencialidad para el desarrollo consistente de estudios de opinión pública.

En cualquier caso, es claro que su primer efecto es una explicación fuerte de la pérdida de la capacidad de atractivo de los partidos fundacionales: el

cuerpo de elegidos se encuentra cada vez más lejos del cuerpo de electores y, presumiblemente, el sistema político pierde la capacidad de recibir y articular las demandas de los votantes. El segundo efecto agrega su fuerza específica y tiene probablemente impactos adicionales: en un contexto en el que el Estado pierde capacidad de retribuir con bienes públicos, la masa de "minoristas" es progresivamente subretribuida en sus expectativas y opera como un legitimador potencial del desencanto. En cuando al tercer efecto, aun cuando no contribuye a explicar por qué los partidos fundacionales han perdido capacidad de atractivo, nos permite aventurar algunas hipótesis sobre los escenarios futuros: "minoristas" y operadores locales excesivamente pragmáticos puede también ser poco leales cuando tienden a decrecer las recompensas que el partido es capaz de ofrecer. Sea cual sea el resultado del balotaje, para el período 2000-2004 el botín de recompensas posible que pueden distribuir los partidos fundacionales ya se ha achicado en forma significativa. ¿Qué harán entonces los "minoristas" pragmáticos?

2.4. En síntesis

De la discusión realizada hasta aquí surgen algunas ideas sobre la historia de la opinión pública uruguaya en el largo plazo, que contribuyen a explicar en buena medida el resultado del 31 de octubre pasado. Una de ellas refiere a los efectos de la distribución de la opinión política en función de la edad —el *efecto demográfico*— y la conexión de la evolución de esta distribución a lo largo del tiempo con los factores de socialización primaria. Otra refiere a la pérdida de atractivo de los partidos fundacionales, y la relaciona con cuestiones de liderazgo y, sobre todo, con la progresiva desvinculación entre elegidos y electores, fruto directo de la incidencia a largo plazo del sistema de doble voto simultáneo. Una tercera, con la progresiva incapacidad del sistema de retribuir a todos sus "minoristas", que se convierten en legitimadores potenciales del descontento y que devienen, progresivamente, "minoristas pragmáticos", de lealtades potencialmente más débiles al liderazgo político nacional.

Pero no son éstas todas las causas del 31 de octubre. Otras, que suponen las anteriores y en ocasiones se vinculan con ellas, operan en el mediano plazo, el ciclo que se abre en 1980, con el voto negativo al proyecto de reforma constitucional propuesto por los militares, y continúa luego con el retorno al régimen democrático, la puesta en marcha de una transición exitosa y la posterior afirmación de un régimen democrático firmemente consolidado. Las veremos a continuación.

3. El mediano plazo: a partir de los ochenta

Hubo pocas encuestas de opinión pública durante el régimen militar, aunque las hubo.³⁵ Pero, de todas formas, el análisis con datos agregados departamentales de los resultados del plebiscito de 1980 y las conclusiones de las primeras encuestas desarrolladas después de él³⁶ eran concluyentes: el proceso militar afianzaba sus adhesiones en los departamentos más atrasados, entre los estratos bajos urbanos, las mujeres, las personas de más edad, los de menos educación, los migrantes internos y los votantes de los sectores más conservadores (Aguerrondo-Heber) en las elecciones de 1971. La oposición, en cambio, las reclutaba entre los jóvenes, los estudiantes, los sectores de más educación, los estratos medios y altos urbanos y los nacidos en la capital, incluyendo abrumadoramente a quienes habían votado al Frente Amplio en 1971. Con esa estructura de adhesiones se llega a las elecciones nacionales de 1984,³⁷ elección de apertura del régimen democrático en la que el

³⁴ La disminución del interés y de la participación política han sido constatados con claridad en las encuestas de Equipos/Mori y son objeto de un reciente trabajo de Agustín Canzani (Canzani, 1999).

³⁵ Gallup siguió encuestando al menos hasta 1974.

³⁶ Aguiar, Doyenart, Herrera y Viña (1983) y Aguiar, Doyenart y Herrera (1984).

³⁷ Las elecciones de 1984 marcan el retorno de las encuestas a la vida pública, con cuatro operadores de diferente visibilidad: Equipos, Burke, Gallup y CELADU. Las encuestas de Equipos Consultores Asociados, que deviene Equipos/Mori en 1996, se lanzan en abril con la dirección del autor y la asistencia de Agustín Canzani y Andrés Rius, mediante un sistema de encuestas continuas (200 casos por semana) que cubren Montevideo y se difunden por radio Sarandí y el semanario *Búsqueda*, gracias a la confianza de Jorge Mullins, Néber Araújo y Danilo Arbilla. El sistema se basa en un muestreo aleatorio, estratificado, trietápico, desarrollado por Juan Carlos Doyenart, que usaba información del Censo de 1975 y que luego se materializó en un sistema de muestras, debidamente informatizado, de uso generalizado hasta 1994, con el obvio cambio de la base de información censal. En noviembre, Equipos, sin aparecer en cámaras ni participar en los créditos, realiza con Canal 12 y Néber Araújo la primera experiencia nacional de "encuesta boca de urna", para los resultados montevidEOS de las elecciones nacionales. El Centro para la Democracia Uruguaya (CELADU), vinculado al Partido Nacional, realiza varias encuestas desde julio en adelante. Desde el mes de octubre se difunden las encuestas de Burke y en noviembre aparecen también encuestas de Gallup — severamente atacadas por el Partido Nacional—. La elección es un caso claro de "espiral de silencio" y, luego de un proceso en el que las encuestas de Montevideo dan como ganador al Frente Amplio, el Partido Colorado gana en el país y en la capital. Sólo Equipos y Gallup muestran resultados acertados. A partir de allí, Equipos mantendría hasta hoy su sistema de encuestas regulares, introduciendo sólo pequeños cambios. En 1985 asume la dirección de los estudios de opinión pública el doctor Luis E. González,

Partido Colorado resulta triunfador, con la proscripción efectiva de los tres principales líderes políticos.

Los gobiernos que arrancan en 1985 han sido extremadamente exitosos en la tarea de consolidar un régimen democrático.³⁸ De ese éxito son también responsables al menos los demás partidos, los medios de comunicación, las fuerzas armadas y los sindicatos, que han llegado a operar todos en el marco de una cultura que favorece el mantenimiento de reglas de juego democrático, en grado superlativo en el contexto de los países latinoamericanos.³⁹ Sin embargo, los gobiernos no han sido igualmente exitosos —o no lo han sido en absoluto— en corregir algunas tendencias de opinión que, eventualmente por causas variables a lo largo del tiempo, han sobrevivido en estos quince años y configuran lo que, citando a Marcuse, puede caracterizarse como *crisis de*

con un equipo que incluye regularmente a Agustín Canzani, Andrés Rius, Rosario Peyrou y, en algunos períodos, a Francisco Vernazza. En 1988 se abandona el sistema continuo y se pasa a encuestas mensuales de carácter nacional, volviendo utilizarse el viejo sistema, ahora a escala nacional, en los meses finales de las elecciones de 1994 y 1999. Luis Eduardo González crea Cifra en 1992 y desde entonces el área de Opinión Pública de Equipos cuenta con la dirección de Agustín Canzani y la participación primero de Andrés Rius, Carlos Luján, Ignacio Zuasnábar y Manuel Cardoso, y ahora de Felipe Monestier, Cecilia Rossel y Mariana Marturet.

³⁸

³⁹

Agustín Canzani ha introducido el término "democracia 'dura' " (Canzani, 1999).

La posibilidad de realizar comparaciones fuertes entre la opinión pública uruguaya y la de los restantes países latinoamericanos viene del desarrollo de estudios de opinión comparativos en los que firmas uruguayas participaron desde temprano. La primera encuesta comparativa, que sepamos, fue realizada en 1988 por Polis, agrupamiento circunstancial que reunió a Equipos con investigadores y consultores de la región: Estudios, en Argentina, liderada por Edgardo Catterberg y María Braun; el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), en Chile, liderado por Carlos Hunneus y Marta Lagos; y el ISEP en Brasil, bajo la dirección de Bolívar Lamounier. De la experiencia inicial de Polis surgió luego el proyecto Latinobarómetro que, liderado por Marta Lagos, ya va en su cuarto año de ejecución. Marta Lagos fue quien introdujo en la región a la firma inglesa Mori, bajo el liderazgo de Robert Worcester, y así Equipos Consultores Asociados se convirtió en Equipos/Mori, se instaló en Paraguay y comenzó sus operaciones en Bolivia, y aparecieron firmas Mori en México, Chile, Argentina, Brasil y otros países latinoamericanos. Desde 1998, al Latinobarómetro se agregan las encuestas latinoamericanas del *Wall Street Journal*, con participación de todas las firmas Mori lideradas por Miguel Basañez, de Mori-USA. La búsqueda de inserción del Uruguay en los estudios internacionales de opinión pública es también impulsada por el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), que en 1994 desarrolla un estudio sobre intermediación social y conducta electoral apoyado por el Centro Norte-Sur de la Universidad de Miami (Mieres, 1997), y por Marketing Investigadores Asociados, que participa de los estudios del Iberobarómetro.

*legitimación del capitalismo tardío*⁴⁰ y, parafraseando a Freud, mejor podría llamarse *el malestar en la democracia*. Esas tendencias refieren a la percepción de oportunidades, a la percepción del desarrollo del país, a la continuidad y el eventual desafío al sistema de ideas y valores más difundido en el país y a la valoración del liderazgo y la intermediación política, y configuran el grupo de factores de mediano plazo que se encuentran detrás de los resultados del 31 de octubre.

3.1. La percepción del país

A lo largo de los quince años de régimen democrático, y mientras el país se adentraba en un proceso de crecimiento económico y mejora de la calidad de vida de la gran mayoría de su población, proporciones apreciables de uruguayos sintieron, en forma regular, que su situación económica personal era mala, que su situación laboral se encontraba en riesgo, que en términos de perspectivas la situación del año próximo implicaba un empeoramiento respecto a la actual y, detrás de todo esto, que el país se encontraba estancado o, aún más, retrocedía en términos de desarrollo y bienestar. Es probable que sentimientos parecidos fueran registrados por las encuestas de la década del sesenta, pero la diferencia es que, mientras en los sesenta se vivían como efectos del "desbarrancamiento" de un sistema, a principios de los ochenta se sentían como muy próximamente removibles, en la misma medida en que se consolidara un régimen democrático. El cuadro 9 presenta algunos indicadores que ilustran el talante genéricamente crítico en la percepción del país.

⁴⁰ La referencia a Marcuse surge de un trabajo de Rafael Bayce sobre problemas de legitimación del sistema político uruguayo (Bayce, 1997).

CUADRO 9: Indicadores de percepción de la situación económica del país
(circa julio de cada año)

| | 1990 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 | 1995 | 1996 | 1997 | 1998 | 1999 |
|--|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| <i>Situación económica del país</i> | | | | | | | | | | |
| <i>Buena</i> | 2 | 5 | 5 | 7 | 8 | 6 | 6 | 7 | 7 | 8 |
| <i>Regular</i> | 30 | 39 | 32 | 44 | 51 | 46 | 41 | 38 | 44 | 42 |
| <i>Mala</i> | 66 | 56 | 64 | 48 | 40 | 47 | 52 | 54 | 47 | 48 |
| <i>Situación del país el próximo año</i> | | | | | | | | | | |
| <i>Mejor</i> | 20 | | 15 | 17 | 22 | 17 | 14 | 14 | | |
| <i>Igual</i> | 23 | | 24 | 37 | 29 | 32 | 34 | 45 | | |
| <i>Peor</i> | 47 | | 54 | 39 | 16 | 33 | 34 | 32 | | |

FUENTE: Equipos/Mori, Banco de Datos.

Las explicaciones que los políticos dieron a estos sentimientos fueron normalmente dos: que correspondían a un aspecto *temperamental*, de pesimismo crónico, próximo a las viejas teorías del "carácter nacional" o la "personalidad básica", o que era el efecto de una estrategia de descontento expresamente desarrollada desde la oposición. En cualquier caso, aunque los gobiernos incrementaron significativamente su gasto en comunicación masiva,⁴¹ tendieron a prestar poca atención a este factor, si no a considerarlo una condición de entorno. Pero ciertamente, analizada en función de los intereses de los políticos de los partidos fundacionales, esa decisión fue un error: es difícil sobrevivir políticamente en el largo plazo en el marco de una opinión pública que tiene

⁴¹ Hoy por hoy este gasto podría reconstruirse con bastante precisión, al menos en términos de volumen físico de comunicación y del *rating* alcanzado por ésta. Los controles de emisión de Mediciones y Mercado operaron desde principio de los noventa, TVI registra la misma información desde 1998 e IBOPE lo hace desde mediados de 1999. Una vez recolectada dicha información, información adicional sobre *ratings* puede obtenerse de las dos firmas que miden el comportamiento de la audiencia del público frente a medios: Marketing Investigadores Asociados, que lo hace desde fines de los setenta, y Equipos, que comienza a medirlo en 1987.

una percepción de ese tipo, máxime cuando, en forma probada, la percepción del país se vincula, probablemente en forma causal, con el comportamiento político.

¿Cómo y por qué pudo mantenerse esa percepción en el largo plazo? La respuesta no es sencilla, y lo que sigue, más que una respuesta, es simplemente un inventario no exhaustivo de hipótesis más o menos atractivas, que deberían ser investigadas en estudios de opinión pública.

Un primer factor, obviamente, se vincula con la condición estructural de ligazón entre sistema social y sistema político. Si, como vimos en el capítulo anterior, esa condición tendía a variar, aumentando el grado de desvinculación entre electores y elegidos y creciendo el volumen de políticos "minoristas" potencialmente insatisfechos, es probable que estos fenómenos estén en la base de aquellas percepciones. Es probable que no sean su causa, pero, en todo caso, por cierto, no facilitan su corrección: disminuyen las conexiones entre sistema político y sistema social y fortalecen la plausibilidad de la deslegitimación.

Una segunda explicación posible es de tipo mertoniano, por cuanto recoge las implicaciones de la vieja distinción de Merton⁴² entre *grupos de pertenencia* y *grupos de referencia*. En este caso, la pregunta sería: ¿cuáles son los grupos de referencia con los cuales los uruguayos construyen la evaluación de su propia situación? Los estudios de opinión pública, hasta ahora, no contienen elementos que permitan responder con propiedad esta pregunta. Pero es posible sugerir algunas pistas: entre los grupos de referencia relevantes se encuentran las áreas más dinámicas de los países vecinos —particularmente Buenos Aires y el sur de Brasil—, los familiares uruguayos en el exterior, los uruguayos que ha experimentado movilidad social ascendente —asociada, por lo general, a movilidad residencial—, los turistas extranjeros, cuya presencia en el país crece en forma acelerada y, finalmente —efecto Duesenberry—, la población urbana de aquellos países más frecuentemente vistos a través de los medios de comunicación. Si esto fuera así —lo que no es más que una hipótesis—, es posible postular un modelo explicativo, ahora sí más propiamente causal: aun cuando los uruguayos mejoraron significativamente su nivel de vida en los últimos quince años, los grupos de referencia que les sirven de paradigma evaluativo lo hicieron en mayor medida, lo que ha generado una percepción de deprivación relativa que, en términos de la teoría sociológica tradicional, es conceptualizada en términos de *atimia* y, en términos de la opinión pública, se vive como estancamiento y pérdida de perspectivas.

⁴² Se refiere a la discusión de Merton sobre ambos tipos de grupos y sus efectos en la formación de sistemas normativos, evaluativos y expectativas (Merton, 1958).

Una tercera explicación ha sido explorada en el pasado con otros objetivos, y parece interesante retomarla.⁴³ En un modelo —también causal— de tipo heintziano,⁴⁴ esta percepción negativa puede explicarse, en parte al menos, por fenómenos de incongruencia de *status*. Por una parte, incongruencia "educación mayor que ingreso", en un contexto de devaluación educativa. Aun cuando muchos estudios muestran efectivamente que la inversión educativa tiene retornos efectivos, estos estudios trabajan con valores promedios para el conjunto de los educados. El argumento de la inconsistencia de *status* "educación mayor que ingreso" puede mantenerse incluso en los casos en que promedialmente exista un razonable retorno para la inversión educativa, si es que ese promedio se acompaña de una varianza suficientemente grande como para generar que una proporción alta de contingentes altoeducados se encuentren subretribuidos. Aunque hasta el momento los estudios de opinión pública no han recurrido a este tipo de análisis, la fuerte relación entre educación y voto al EP/FA permitiría pensar que efectivamente operan mecanismos de inconsistencia "educación mayor que ingreso".

En forma congruente con lo anterior, también puede explorarse una segunda hipótesis heitziana: inconsistencia de *status* "urbanización mayor que ingreso", fácilmente vinculable con el desarrollo de asentamientos irregulares y el crecimiento de áreas urbanas periféricas en muchas ciudades del país. Existen algunas evidencias⁴⁵ de que, en el pasado, la inconsistencia "urbanización mayor que ingreso" podía asociarse con el voto a la derecha del Partido Colorado —típicamente, voto pachequista en las elecciones de 1971— y con la adhesión al proceso cívico-militar en los setenta y a principios de los ochenta, pero, en los ochenta, la pérdida de ambos referentes en la derecha deja en condiciones de disponibilidad a sectores bajos urbanos, que con altos niveles de insatisfacción en su percepción de oportunidades, votan al EP/FA en proporciones crecientemente mayores en las elecciones de 1989, 1994 y 1999.

Todas estas hipótesis, entonces, pueden contribuir a explicar el mantenimiento de percepciones críticas sobre la situación del país y las oportunidades de mejora personal y familiar, que operan como condición de entorno del proce-

⁴³ El introductor de este enfoque en el análisis del sistema político uruguayo fue Carlos Filgueira, que trabajó con información provista por estudios del Instituto de Ciencias Sociales entre los años 1968-71 y con información proveniente de encuestas propias sobre funcionarios públicos. Algunos de esos estudios debieran considerarse clásicos (Filgueira, 1970, 1972).

⁴⁴ Refiere al "paradigma" presentado por Peter Heintz para fundar una sociología del desarrollo (Heintz, 1969).

⁴⁵ La hipótesis resulta razonablemente probada si se utilizan datos agregados a escala departamental, como los que surgen de la primera recopilación realizada por Filgueira sobre el tema (Filgueira, 1974).

so político de mediano plazo. Aun cuando obtuvieron resultados económicos y sociales más que aceptables, los sucesivos gobiernos no pudieron corregirlas, y a lo largo del tiempo ellas operaron facilitando el crecimiento del EP/FA. Pero, como en el caso del electorado dividido por edad, no operan solas ni ineluctablemente. ¿Por qué los gobiernos sucesivos no pudieron corregirlas? ¿Por qué ningún partido fundacional pudo capitalizarlas? El aislamiento entre electores y elegidos que se infiere del argumento Vernazza puede contribuir a explicarlo. Pero, como veremos, hay otros factores explicativos de interés.

3.2. La amenaza

En promedio, la opinión pública uruguaya recuerda el pasado del país con afecto y valoración. Para muchos, el Estado providente que desde principio del siglo XX asumió el papel de velar por la educación, el empleo, la salud y el retiro de los uruguayos, que se hizo cargo de prestarles los servicios básicos de energía eléctrica, teléfono y agua corriente y que aseguró la difusión y el funcionamiento efectivo de una sociedad democrática y tolerante, fue algo valioso y, en principio, corresponde al orden "natural" de las cosas. Un orden "natural" que, de alguna manera, tiene que ver con un conjunto de ideas —una *ideología*, quizás— que, aunque haya sido discutido en su tiempo, visto a la distancia es valorado en todas las tiendas políticas del país: el batllismo, la *ideología* personificada en Batlle y Ordóñez, que orientó todas las transformaciones del país en los primeros treinta años del siglo.⁴⁶ El cuadro 10 presenta algunos datos para evaluar la aceptación del batllismo "de Batlle y Ordóñez" como matriz de valores y estilos políticos compartidos en diversos sectores y para medir la aceptación relativa del batllismo con relación a otros sistemas de ideas. El cuadro 11, a su vez, presenta información para evaluar la aceptación de dicho batllismo entre simpatizantes de diversos partidos políticos.

⁴⁶ El tema ha sido analizado con detalle en varios trabajos de Fernando Andacht (Andacht, 1992, 1995), que comienza a aplicar en forma sistemática el análisis semiótico a las campañas políticas con motivo de la elección interna del Partido Colorado, en las elecciones de 1989. Dicha campaña será la primera en la historia del país en que existirá un "seguimiento semiótico" del conjunto de la campaña, publicado mes a mes por Equipos en forma de "Indicadores de Comunicación Política". Desde esa fecha, el mismo seguimiento será desarrollado por Andacht desde los micrófonos de la desaparecida Emisora del Palacio, en el programa de Emiliano Cotelo "En Perspectiva". Años después, Cotelo y "En Perspectiva" seguirán trabajando con Andacht en radio El Espectador.

CUADRO 10: Valoración relativa de diversos sistemas de ideas en la opinión pública uruguaya (saldos netos positivos – negativos)

| | 1993 | 1999 |
|--------------------------------------|------|------|
| <i>Batllismo de Batlle y Ordóñez</i> | 44 | 42 |
| <i>Socialismo</i> | 10 | 26 |
| <i>Liberalismo</i> | -27 | -18 |
| <i>Neoliberalismo</i> | -34 | -23 |
| <i>Socialdemocracia</i> | 9 | 20 |
| <i>Nacionalismo</i> | 9 | 15 |
| <i>Batllismo actual</i> | -18 | 6 |

FUENTE: Equipos/Mori, Banco de Datos

CUADRO 11: Valoración del «batllismo de Batlle y Ordóñez» (saldos netos, 1993-99)

| <i>Partido Colorado</i> | <i>Partido Nacional</i> | <i>Nuevo Espacio</i> | <i>Frente Amplio</i> |
|-------------------------|-------------------------|----------------------|----------------------|
| 64 | 32 | 44 | 36 |

FUENTE: Equipos/Mori, Banco de Datos.

¿Está equivocada la alta proporción de uruguayos que valora altamente el pasado del país? ¿Es irrazonable esa generalizada simpatía por el sistema de valores que fácilmente se reconoce cuando se habla de Batlle y Ordóñez? Las respuestas a estas dos preguntas son claves cuando se trata de entender la evolución sociopolítica de mediano plazo. Y aunque podría discutirse hasta el cansancio el intento de responder dichas preguntas desde un punto de vista valorativo, desde la perspectiva del análisis de la opinión pública la respuesta es bastante clara: la opinión de esa alta proporción de uruguayos es fuertemente consistente con sus experiencias básicas, en el plano de su socialización inicial, y para ellos no es algo obvio que deba cambiar.⁴⁷ Por eso, quien ataque esa estructura generalizada de sentimientos, conceptos y valores puede ser, en principio, sentido como una amenaza.

¿Quién amenazó, en estos quince años, la estructura de valores básica de la mayoría de los uruguayos? En el discurso político de los sesenta y setenta era fácil encontrar argumentos que afirmaban que "la izquierda amenaza nues-

⁴⁷ Debo la idea de este argumento a Agustín Canzani, aunque es posible que no lo recoja en sus términos exactos.

tro estilo de vida", y buena parte de la movilización política de la derecha autoritaria se desarrolló sobre la base de esa misma estructura argumental. En el Uruguay democrático de los ochenta y noventa, salvo excepción, no se escuchan argumentos similares, y las excepciones, por cierto, no corresponden a los líderes más relevantes de los partidos fundacionales. Pero es probable, y no necesariamente en forma consciente, que el discurso político de algunos sectores importantes de esos partidos —la lista 15 en el Partido Colorado y el herrerismo en el Partido Nacional— se haya dirigido directamente contra ese sistema de ideas. Y en esa medida, en un sentido fuerte, probablemente pueda haber sido percibido como amenazante para quien realmente quisiera mantener vigente el Uruguay de la primera mitad de siglo.

De esta forma, la estructura del discurso político del período democrático sufrió un fuerte desplazamiento. Con razones o sin ellas, líderes relevantes de los partidos fundacionales propugnaron el achicamiento del Estado, la venta de las empresas públicas, la reforma del régimen jubilatorio, la desregulación de la economía, la apertura externa, la flexibilización laboral, la desmonopolización de la enseñanza superior, el fin del sistema tradicional de doble voto simultáneo y la integración regional. Mientras tanto, el EP/FA atenuó en forma significativa su discurso político y su programa de gobierno, y en los momentos culminantes lideró la oposición a todas esas iniciativas. Así, en el mediano plazo, en un entorno en el que proporciones muy significativas de uruguayos veían estancado el país y percibían en términos problemáticos su futuro personal, el liderazgo de los partidos fundacionales se separó de los sentimientos de sus electores no sólo por efecto del *argumento Vernazza* sino por su propia respuesta discursiva y propuesta política. Al atenuar su discurso y acercarlo progresivamente al del *batllismo de Batlle y Ordóñez*, el EP/FA se puso en las mejores condiciones posibles para, por una parte, captar el descontento económico, y por otra, canalizar el razonable temor al cambio de una población que había vivido su pasado como relativamente exitoso.

Percepción del país y sentimiento de amenaza son, entonces, en hipótesis, dos características de mediano plazo. Pero por sí solas tampoco alcanzan para explicar el resultado. Una tercera característica se agrega, que es también de particular relevancia: el deterioro de la imagen del liderazgo político en general y la pérdida de atractivo relativo del liderazgo de los partidos fundacionales en relación con el liderazgo del EP/FA.

3.3. La imagen de los políticos y el discreto encanto del liderazgo político de los partidos fundacionales

No disponemos de la información que probablemente proveyeron en forma frecuente las encuestas de opinión pública de los sesenta, pero es probable que en esa década hayan constatado ya un fuerte deterioro de la imagen del liderazgo político en general y del liderazgo de los partidos fundacionales en particular. En rigor, este deterioro fue una explicación clave del surgimiento de los movimientos armados, del tipo de reacción militar y del acercamiento bastante claro que en algunos momentos se verificó entre líderes de los movimientos armados y segmentos de oficiales de alto rango de las fuerzas armadas. Pero el surgimiento del Frente Amplio y el atractivo moral de sus líderes, la renovación que Wilson Ferreira lideró en el Partido Nacional y la renovación atendible de elenco político del Partido Colorado probablemente generaron a principios de los ochenta una revalorización del liderazgo político, fuertemente asociado a la recuperación democrática.

Desde 1985 a la fecha, sin embargo, asistimos a una fuerte pérdida de prestigio del liderazgo político, que en su conjunto sufre una grave erosión en su valoración global como categoría y tiende a disminuir incluso si se promedian los valores de popularidad de los líderes nacionales tomados de a uno.

Una parte de esa desvalorización puede asociarse con el problema más general de la "decepción democrática". En los primeros años de consolidación democrática —digamos: en los primeros meses— la opinión pública advierte rápidamente que el nuevo sistema no satisfaría sus expectativas de mejora económica. Por el contrario: lo haría lentamente, y en el corto plazo los políticos sólo daban señales de interesarse en la propia cuestión de la institucionalización política antes que en "los problemas de la gente". El resultado es terrible: durante el año 1985, los termómetros de popularidad de los principales líderes nacionales —Sanguinetti, Ferreira y Seregni— caen abrumadoramente, como puede observarse en el cuadro 12.

Cuadro 12: Termómetros de popularidad de los principales líderes políticos
(Saldo neto, Montevideo, 1985)

| | Marzo | Junio | Setiembre | Diciembre |
|-------------|-------|-------|-----------|-----------|
| Sanguinetti | 35 | 14 | 6 | -4 |
| Ferreira | 15 | -1 | -8 | -15 |
| Seregni | 24 | 7 | 5 | 3 |

FUENTE: Equipos/Mori, Banco de Datos.

La popularidad negativa del elenco político promedio y de los líderes de los partidos fundacionales, sin embargo, permanece en el mediano plazo, cualquiera sea el indicador que se tome. Si se evalúa la popularidad de políticos específicos —por ejemplo, el presidente de la República y los candidatos a la presidencia de los principales agrupamientos políticos—, los resultados del cuadro 13 presentan evidencia empírica relativa a su popularidad en el conjunto del cuerpo electoral y dentro de sus propios partidos, popularidad que sería aún más negativa si refiriera solamente a los políticos de los partidos fundacionales —porque los líderes políticos del EP/FA tienden a tener saldos positivos—. Los saldos negativos que se verifican en el conjunto del cuerpo electoral son razonablemente esperables dada la fragmentación del electorado entre varios partidos, pero conviene subrayar que son mucho mayores en 1989 que al fin del de 1985, como ilustraba el cuadro 12. Los saldos positivos dentro de cada partido, generalmente modestos, sugieren la fraccionalización interna del partido y, aun cuando tienden a aumentar en 1999 —probablemente como efecto del nuevo régimen electoral—, indican que todos los líderes estudiados recogen rechazos significativos dentro del propio partido al que pertenecen. La información del cuadro 15, por su parte, muestra que, más allá de la poca adhesión recogida por políticos específicos, los políticos en general también tienden a reunir juicios negativos proporcionalmente más altos que los juicios positivos.

CUADRO 13: Indicadores de popularidad de los líderes políticos nacionales (saldos netos)

| | 1989 | 1994 | 1999 |
|--------------------------------------|------|------|------|
| De todos los partidos | | | |
| – Dentro de su propio partido | 42 | 39 | 47 |
| – En el conjunto del electorado | –22 | –15 | –19 |
| De los partidos fundacionales | | | |
| – Dentro de su propio partido | 30 | 28 | 41 |
| – En el conjunto del electorado | –27 | –22 | –28 |

FUENTE: Equipos/Mori, Banco de Datos.

Un cuarto factor, de otro tipo, operó adicionalmente en el mediano plazo: en los últimos quince años, en forma progresiva, la difusión de las adhesiones a EP/FA agregó un refuerzo socializador-identitario adicional y erosionó una base firme de la generación de identidades de los partidos tradicionales. En Montevideo, aumentó en forma significativa la segmentación geográfica del comportamiento electoral y, al mismo tiempo, en el interior del país y, especialmente en algunas áreas urbanas, disminuyó en forma atendible la hegemonía local de los partidos fundacionales. Así, en algunas zonas de Montevideo, no adherir al EP/FA pasó a ser un comportamiento progresivamente anómalo, mientras que adherir al EP/FA pasó a ser un comportamiento plausible en casi todo el interior del país.⁴⁸

Más allá de la existencia tradicional de un clivaje Montevideo/Interior y de otro clivaje urbano/rural, los pocos estudios basados en un enfoque de tipo "geografía electoral" en los años 1971-1984 no sugerían la existencia de rupturas importantes de tipo geográfico *dentro* de las ciudades, aun cuando indicaban la eventual incidencia de interacciones entre segmentaciones geográficas y sectoriales —al mostrar, por ejemplo, niveles significativamente mayores de voto al FA en algunas áreas urbanas dependientes de una o dos grandes plantas industriales—. Pero desde el año 1989, con motivo del plebiscito contra la ley de Caducidad,⁴⁹ comienzan a aparecer indicios crecientes de segregación geográfica, que no harán sino crecer en los años siguientes.⁵⁰

⁴⁸ En los hechos, los resultados de las elecciones de 1999 muestran que en muchos lugares del país el EP/FA recogió más adhesiones que las que obtuvo en Montevideo en 1984.

⁴⁹ El plebiscito contra la ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado fue relevante en la historia de las encuestas de opinión pública, por dos razones diferentes. La primera fue que, en torno al plebiscito, Equipos había puesto en juego su capacidad analítica, al comenzar a realizar estimaciones de votación que resultaron esencialmente correctas, con casi dos años de anticipación. La segunda razón refiere a que es con motivo de ese plebiscito cuando por primera vez se realiza en el país la transmisión del acontecimiento por televisión, sobre la base de una encuesta de boca de urna realizada por Equipos para Canal 12, en una transmisión presentada por Néber Araújo. La calidad de las predicciones obtenidas ameritó que el mismo año Equipos se hiciera cargo de las tareas de boca de urna en las elecciones internas del Partido Colorado y en las elecciones nacionales de 1989. Los posteriores desempeños de las firmas de opinión pública en plebiscitos y referendos hasta 1996 fueron poco satisfactorios, particularmente en 1992.

⁵⁰ Los primeros en advertir la importancia de esta segregación fueron Álvaro Portillo y Enrique Galicchio, en un análisis de los resultados del plebiscito en cuestión.

En cualquier caso, en 1989, las diferencias de votación entre distintas zonas de Montevideo, aun siendo más visibles que en el pasado, no tenían la relevancia que históricamente presentaban en ciudades como Buenos Aires, Lima o Santiago de Chile. A lo largo de los diez años siguientes, sin embargo, no hicieron más que acentuarse, y si en 1971 la votación al FA era normalmente mayor en las zonas de clase media alta de la costa este de la capital, en 1989 comenzaron a ser progresivamente mayores en los barrios populares y periféricos. Al fin de ese período, la segregación electoral en Montevideo generó, por primera vez, zonas de votación claramente preferencial al EP/FA, que en octubre de 1999 probablemente llegaron a duplicar la votación por el mismo grupo en otras zonas de la ciudad, y agregaron los efectos de socialización barrial a los otros poderosos elementos socializadores "en manos" del "desafiante".⁵¹

Pero el crecimiento del EP/FA no sólo tiene efectos de segmentación geográfica y su correlativa socialización agregada en Montevideo. Además, se produce el desmantelamiento de los centros geográficamente cerrados de socialización para los partidos fundacionales en el interior del país, y el EP/FA llega a superar el 20% de los votos en bastiones tradicionales del Partido Nacional, como Cerro Largo o Durazno, o en departamentos históricamente gobernados por el Partido Colorado, como Artigas.

3.4. En síntesis

Si las reflexiones anteriores son correctas, a los factores de largo plazo que tendían a anunciar el triunfo del EP/FA en las pasadas elecciones de octubre hay que agregar otros, tal vez igualmente importantes, que operan desde hace quince años en el mismo sentido potencial: desarticular el funcionamiento tradicional de los partidos fundacionales y otorgar a un agrupamiento históricamente surgido en la izquierda la posibilidad de funcionar con las mismas armas que en el pasado habían asegurado el éxito y la duración de aquéllos, en contextos extremadamente variados. Esto es: desde el retorno al régimen democrático, el EP/FA es el agrupamiento que funciona más exitosamente en términos de partido tradicional. En un contexto de percepción pertinazmente negativa de la situación del país, percibidas como amenazas las propuestas de transformación de algunos líderes de los partidos tradicionales y consolidada

⁵¹ Así, como resultado de este proceso, puede leerse en la prensa una entrevista al futbolista Fabián Cannobio, quien, interrogado sobre por qué vota al EP/FA, responde con claridad algo así: "Porque toda mi familia es del EP/FA, porque mis viejos siempre lo votaron y lo votan mis hermanos, y porque todos somos de La Teja, y en la La Teja, si no votás al EP/FA, sos poco menos que un traidor".

una imagen negativa del elenco político y en especial del liderazgo de los partidos fundacionales, el triunfo del EP/FA se hacía progresivamente más fácil, mezclando dos componentes potencialmente conflictivos: una autoidentificación con sus valores medios en el centro-izquierda del cuerpo electoral, con una fuerte valoración del pasado y un común sentimiento de amenaza de perderlo. Quizás fueran estos factores de mediano plazo los que explicaran la pequeña diferencia porcentual entre las previsiones del modelo de Luis E. González y el desempeño efectivo del mayor de los partidos "desafiantes".

4. El corto plazo: el gobierno Sanguinetti

Los resultados de 31 de octubre de 1999, finalmente, también dependieron de factores de corto plazo. Aunque, dada la fuerza de todos los factores anteriores, se puede dudar del grado de incidencia que podrían haber tenido los factores de corto plazo, parece obvio que, como en cualquier período de gobierno y en cualquier campaña electoral, debieron de haber incidido en algún grado.⁵²

Tres de ellos, con claridad, parecen haber operado, *ceteris paribus*, en un sentido inverso al de todos los anteriores —esto es, dificultando el triunfo del EP/FA—: el éxito del gobierno en su política de control de la inflación, el éxito de buena parte de sus políticas sociales y la relativamente buena evaluación que una proporción atendible de la población hizo de gestión del presidente Sanguinetti —la mejor, en términos comparativos, desde el retorno a la democracia—. Otros tres seguramente operaron en forma ambigua: la reforma jubilatoria, la reforma educativa y la reforma del Estado. Algunos, finalmente, contribuyeron a acelerar el crecimiento del EP/FA: las denuncias sobre corrupción, que contribuyeron a erosionar la imagen de un liderazgo político ya desvalorizado, el desarrollo de la imagen de un liderazgo del EP/FA visiblemente renovado, y muy particularmente el "desmontaje" del sistema electoral tradicional, la separa-

⁵² El corto período que arranca en el 95 es significativo en términos de la historia de los estudios de opinión pública. Desde 1995 existen asociados uruguayos a WAPOR —Agustín Canzani primero y el autor después— y se presentan trabajos en reuniones académicas internacionales (Canzani, 1995, 1996, 1999) y comienzan a producirse las primeras tesis universitarias con información fuerte de opinión pública (Zuasnábar, 1997; Luna, 1998; Queirolo, 1999). Equipos/Mori asume la distribución de SPSS, y el viejo Surveys entra en proceso de desaparición. Aparecen nuevas firmas encuestadoras como Interconsult y Radar, se desarrollan las firmas de encuestas independientes en el interior del país y se consolida un "mercado" de potenciales proveedores de trabajo de campo.

ción de las elecciones nacionales y municipales y la corrección de muchos de los aspectos críticos del doble voto simultáneo en particular. Aunque fue planeada fundamentalmente para retener el próximo gobierno en manos de algún partido fundacional, la reforma constitucional parece haber tenido una serie demasiado grande de efectos no previstos, muchos de los cuales contribuyeron a acelerar un proceso no querido por buena parte de sus impulsores.

Es de interés marcar, adicionalmente, algunos efectos propios de las campañas electorales. Dando al traste con las imágenes espontáneas sobre el comportamiento de los "indecisos" y de los que no informan sobre su intención de voto, el EP/FA, como antes el FA, volvió a crecer por segunda vez en los meses finales de la campaña y muy particularmente en el último mes.⁵³ Al mismo tiempo, confirmando un comportamiento que ya se había verificado en 1989 y 1994, la intención de voto por el Partido Colorado cayó de nuevo en los cuatro meses anteriores a la elección, y se recuperó en el último momento debido a una serie de efectos de tipo *swing*.⁵⁴ Por último, el Partido Nacional y particularmente el Herrerismo volvieron a crecer en los meses finales de la campaña —como en 1989 y 1994⁵⁵—, aunque en esta ocasión, debido a que el Partido se encuentra limitado como efecto de su elevado nivel de conflicto interno y el deterioro de su posición en Montevideo, no puede retener votos que favorecen a la oposición interna.

Seguramente hubo otros efectos de corto plazo, y los análisis de opinión pública tienen mucho que decir sobre ellos. La desaparición de Volonté, ¿se

⁵³ Lo que bien podemos llamar "efecto Vázquez en campaña". En 1994, el crecimiento de Vázquez se afirma en el tramo final de la campaña, luego del debate televisivo con el luego presidente Sanguinetti. (En hipótesis, es a partir de ese debate, que permite a Sanguinetti recuperar adhesiones en la derecha del espectro político, que Vázquez se convierte en un "par", tan candidato a presidente como cualquiera.) En 1999, nuevamente, Vázquez crece en las etapas finales de la campaña, superando con claridad los pronósticos que todos los analistas de las firmas encuestadoras realizaban a fines de setiembre o principios de octubre.

⁵⁴ En la campaña de 1989 el "swing" procolorado prácticamente no existió, pero se verificó el efecto "caída", que llevó a la pérdida de posiciones relativas de Jorge Batlle entre la elección interna y la elección nacional. En 1994 Sanguinetti casi pierde una elección que tenía ganada cuatro meses antes, y la obtiene finalmente por un efecto de "swing" que traslada votos de Ramírez a Jorge Batlle. En 1999 la votación de Batlle supera en forma atendible las estimaciones anteriores, por efecto probable de un movimiento de "swing" que le traslada votos potenciales del Nuevo Espacio y del sector de la Alianza del Partido Nacional, ante la posibilidad de que perdiera el segundo puesto ante Lacalle.

⁵⁵ Quizás en buena medida por efecto de que todavía el Partido Nacional tiene una apreciable porción de votos potenciales en ciudades de menos de 10.000 habitantes, adonde muchas veces las encuestas no llegan.

debió a que pagó los costos de haber participado en la coalición de gobierno —como sugieren muchos políticos y algunos analistas—, o más bien a que la transformación que sufrió en su figura y su capacidad de comunicación a lo largo del período hizo desaparecer de la escena pública a aquel candidato alegre y optimista que creció regularmente entre 1993 y 1994 y perdió por poquísimos votos la presidencia de la República? La derrota de Ramírez, ¿es explicada por la excelente gestión de Lacalle en la campaña política interna o también, al menos en parte, por los efectos propiamente comunicacionales de su elección a Carlos Julio Pereira, cuando, obviamente, debió haber elegido a Ana Lía Piñeyrúa? Si el Herrerismo hubiera permitido que Julia Pou desempeñara el papel que pudo haber desempeñado, ¿qué votación hubiera obtenido? Si Ramírez y Volonté hubieran elegido las estrategias que parecen obvias desde un análisis de opinión pública, ¿habría ganado Lacalle la interna del Partido Nacional? Si esto no hubiera ocurrido, ¿quién habría sido segundo? Y, finalmente, ¿qué habría pasado si la fórmula del EP/FA hubiera sido Vázquez-Astori?

Muchas preguntas y respuestas como estas pueden hacerse y responderse a partir de los análisis de opinión pública sobre el período. En cualquier caso, sin embargo, parece claro que el margen de incidencia de la actividad política en la determinación de un resultado como el del 31 de octubre es relativamente acotado. Las tendencias de largo y mediano plazo hacían de él, en buena medida, un resultado largamente anunciado y hasta cierto punto paradójico: un agrupamiento nacido en la izquierda y con sus adherentes autodefinidos promedialmente en el centro-izquierda llega a ser opción de gobierno efectivo, en un sistema constitucional que en parte se pensó para impedirlo. Pero cuando llega e implica una efectiva voluntad de cambio del liderazgo político que gobierna el país, puede dudarse hasta qué grado su programa implica un efectivo deseo de cambio o una reacción frente a lo que sus votantes y muchos de los ciudadanos que votan a otros partidos sienten como una amenaza frente a su estilo de vida tradicional, que valoran en forma apreciable —y en parte con buenas razones.

Bibliografía

- AGUIAR, C., 1978: *Notas sobre sociedad y política en el Uruguay (1946-1962)*, CIEDUR, mimeo, Montevideo.
- AGUIAR, C., 1980: *¿Estado inmóvil, sociedad aislada? Hipótesis y líneas de investigación sobre Estado y Sociedad en Uruguay*, CIEDUR, mimeo, Montevideo.
- AGUIAR, C., 1983: *Elecciones uruguayas: un marco de análisis preliminar*, CIEDUR, mimeo, Montevideo.
- AGUIAR, C., 1985a: "Uruguay: escenas políticas y subsistemas electorales", *Desarrollo Económico*, 96, enero-marzo 1985, Buenos Aires.

- AGUIAR, C., 1985b: *Elecciones y partidos*, CIEDUR - Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- AGUIAR, C., 1991: "Elecciones 1989: ¿Un paréntesis en la predictibilidad del sistema político uruguayo y una real oportunidad para sus élites?", en *Propuestas políticas, comportamientos electorales y perspectivas de gobierno en el Cono Sur*, OBSUR, Montevideo.
- AGUIAR, C., 1998: "La política en una sociedad sin clases", en Mallo, Parternain y Serna (coords.): *El fin de siglo y la política en Argentina y Uruguay*, Alejandría, Montevideo.
- AGUIAR, C., DOYENART, J. C., HERRERA, T. y VIÑA, A., 1982: "Una encuesta de opinión frente a las elecciones generales de autoridades partidarias", inédito.
- AGUIAR, C., DOYENART, J. C. y HERRERA, T., 1983: "Opinión pública y actitudes políticas en Montevideo", inédito.
- ANDACHT, F., 1992: *Signos reales del Uruguay imaginario*, Trilce, Montevideo.
- ANDACHT, F., 1994: *Para seducirte mejor: la campaña electoral, un peculiar espejo uruguayo*, Trilce, Montevideo.
- ANDACHT, F., 1996: *Paisaje de pasiones: pequeño tratado sobre las pasiones en Mesocracia*, Fin de Siglo, Montevideo.
- BAYCE, R., 1997: "Legitimidad y crisis política: microrreformas perversas de macrolegitimidad en el Uruguay", *Cuadernos del CLAEH*, 78-79, Montevideo.
- BERMAN, M., 1988: *Todo lo que era sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México.
- BILES, R., 1972: *Patronage politics: electoral behavior in Uruguay*, PhD Dissertation, John Hopkins University.
- Buquet, D., 1997: *Partidos políticos y sistema electoral: Uruguay 1942-1994*, tesis para optar al Doctorado en Ciencias Políticas, FLACSO, México.
- BUQUET, D., CHASQUETTI, D. y MORAES, J. C., 1998: *Fragmentación política y gobierno en el Uruguay*, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- CANZANI, A., 1996: "Between pessimism and change: Visions about the economy among Latin-Americans: A description and some preliminary hypothesis", paper presentado a la Conferencia Mundial de WAPOR, Salt Lake City.
- CANZANI, A., 1999: "Significados del desencanto político en una democracia 'dura' ", paper presentado a la Conferencia Mundial de WAPOR, París, que se publica en este número de Prisma, pp. 46-65.
- CORREA FREITAS, R. y VÁZQUEZ, C., 1997: *La reforma constitucional de 1997: Análisis constitucional y administrativo*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- COSSE, G., 1972: "Elecciones y encuestas", *Cuadernos del Instituto de Ciencias Sociales*, nº 3, Montevideo.
- DUVERGER, M., 1987: *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- FAIG GARICOITS, J. C., 1996: *Sistema electoral y gobernabilidad en el Uruguay*, Trilce, Montevideo.
- FILGUEIRA, C., 1970: "Burocracia y clientela: una política de absorción de tensiones", *Cuadernos del Instituto de Ciencias Sociales*, nº 1, Montevideo.

- FILGUEIRA, C., 1972: "Participación política: en estudio del electorado", *Cuadernos del Instituto de Ciencias Sociales*, nº 2, Montevideo.
- FILGUEIRA, C., 1974: *Indicadores comparativos de los departamentos del Uruguay*, CIESU, Montevideo.
- GONZÁLEZ, L. E., 1988: *Estructuras políticas y democracia en el Uruguay*, Fundación de Cultura Universitaria e Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- GONZÁLEZ, L. E., 1999: "Los partidos establecidos y sus desafiantes", en González, Monestier, Queirolo y Sotelo: *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria – Universidad Católica, Montevideo.
- GRACERAS, U., 1974: *Intergenerational cleavages*, Michigan.
- HEINTZ, P., 1969: *Un paradigma sociológico del desarrollo*, Editorial del Instituto, Buenos Aires.
- INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES, 1968: *Encuesta de opinión pública*, Montevideo.
- INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES, 1970: *Encuesta de opinión pública*, Montevideo.
- INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES, 1971: *Encuesta de opinión pública*, Montevideo.
- IUDOP, 1958: *Elecciones de 1958 en Montevideo. Un estudio sobre las posibilidades de predicción electoral a través de los métodos de muestra representativa*, Montevideo.
- IUDOP, 1959: *Un estudio sobre las posibilidades de predicción electoral y de las características socioeconómicas de los grupos particulares*, Montevideo.
- LAUGA, M., 1997: "La Reforma Constitucional uruguaya de 1996", en Nohlen, D. Y Fernández, M., comps.: *El presidencialismo renovado*, Nueva Sociedad, Caracas.
- LUNA, J. P., 1998: *¿Un círculo virtuoso del desarrollo?*, tesis para optar al grado de Licenciado en Sociología, Universidad Católica, Montevideo.
- MARTORELLI, H., y WETTSTEIN, G., 1965: *Aspectos de las actitudes y opiniones políticas de la población de Montevideo*, ICS, Montevideo.
- MERTON, R. K., 1958: *Teoría y estructura social*, Fondo de Cultura Económica, México.
- MIERES, P., 1990: "Las elecciones de 1989 en Uruguay: un sistema de partidos en transición", *Cuadernos del CLAEH* 53, Montevideo.
- MIERES, P., 1994: *Desobediencia y lealtad: el voto en el Uruguay del fin de siglo*, CLAEH-Fin de Siglo, Montevideo.
- MIERES, P., 1997: "Intermediación política y cambio electoral: algunas líneas de interpretación", *Cuadernos del CLAEH*, 78-79, Montevideo.
- MONESTIER, F., 1999: "Partidos por dentro: la fraccionalización de los partidos políticos en el Uruguay (1954-1994)", en González, Monestier et al.: *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria - Universidad Católica, Montevideo.
- NISBET, R., 1972: *La tradición sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.
- NOHLEN, D., 1981: *Los sistemas electorales del mundo*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- QUEIROLO, R., 1999: "La tradicionalización del Frente Amplio: la conflictividad del proceso de cambio", en González, Monestier et al.: *Los partidos políticos uru-*

- guayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria - Universidad Católica, Montevideo.
- SARTORI, G., 1992: *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Universidad, Barcelona.
- SOTELO, M., 1999: "La longevidad de los sistemas de partidos tradicionales uruguayos desde una perspectiva comparada", en González, Monestier et al.: *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria - Universidad Católica, Montevideo.
- TAYLOR, Ph., 1960: *Government and Politics of Uruguay*, Tulane University, New Orleans.
- TOURAINÉ, A. 1966: *La conscience ouvrière*, Éditions du Seuil, París.
- VERNAZZA, F., 1990: "Minoristas, mayoristas y generalistas en el sistema electoral uruguayo", *Revista Uruguaya de Ciencia Política* 3, Montevideo.
- ZUASNÁBAR, I., 1997: *Claves de la popularidad presidencial*, tesis para aspirar al grado de Licenciado en Ciencias Sociales Aplicadas, Universidad Católica, Montevideo.

Resumen

El artículo aspira a servir de base a un programa de investigación científica que reconstruya la historia de los estudios de opinión pública en el Uruguay y, en forma simultánea, la historia de la opinión pública uruguaya. En orden a ello ofrece un marco conceptual y un conjunto de pistas que otros investigadores podrán retomar en trabajos futuros. Tomando el punto de llegada del proceso —las elecciones nacionales de octubre de 1999— como punto de partida del trabajo, el autor analiza los resultados a la luz los procesos políticos y sociales de largo, mediano y corto plazo: el último medio siglo, los últimos veinte años y el último lustro, respectivamente.

*Tendencias recientes en Uruguay
y el contexto latinoamericano*

Significados del desencanto político en una "democracia dura"

por Agustín Canzani

El autor

Sociólogo, director de Opinión Pública de Equipos/Mori, profesor de Opinión Pública y Metodología de la Investigación Social en la Universidad Católica y la Universidad de la República. Ha trabajado en encuestas de opinión y análisis de opinión pública desde 1984, y ha sido responsable de los espacios de encuestas en el diario El Observador, radio Sarandí y otros medios de comunicación.

1. Introducción

Uno de los más conocidos analistas de la sociedad y la política uruguaya observó cierta vez que acercarse al análisis del país enfrentaba al investigador a dos tentaciones contrapuestas: la *tentación de la especificidad* y la *tentación de la generalidad* (Real de Azúa, 1970).

La singularidad surge porque, para cualquiera que haya estudiado la situación de Uruguay y la haya comparado con la de otros países de América Latina, no hay lugar a dudas sobre la existencia de ciertas peculiaridades.

Entre los rasgos más importantes que justifican dicha diferenciación podrían citarse la conformación de una matriz política que se traduce en una temprana liberalización política y universalización del voto; la construcción de

instituciones políticas estables hasta la década del setenta; la amplia redistribución de bienes; la centralidad de los partidos políticos como agentes de integración social, y la generación de una cultura política democrática y estatista que primó hasta fines los años ochenta (Filgueira y otros, 1988).

A diferencia de otras naciones latinoamericanas, Uruguay consagró el *status* de ciudadano tempranamente y de manera integral (Castellano, 1996), sin pasar por experiencias populistas. La sanción y expansión simultánea de derechos políticos y sociales posibilitó configurar una sociedad capitalista "civilizada", donde los distintos grupos socioeconómicos no sólo tenían lugar, sino que adhirieron efectivamente a las reglas de juego democráticas.

El funcionamiento pleno de un sistema democrático integrador, en el que el Estado era responsable, además del orden y la defensa, del desarrollo económico de la nación y de la protección social de los ciudadanos, fue casi una "marca registrada" del país en el contexto latinoamericano.

Esta articulación armónica entre política y economía pareció sufrir sus primeros signos de deterioro al inicio de los sesenta, con la emergencia de la guerrilla urbana, y se profundizó con el golpe de Estado de 1973.

Para muchos analistas, éste fue el fin de la "originalidad" uruguaya.

La ruptura, además, pareció reforzada por un proceso de exclusión socioeconómica y política que, como ha sido estudiado, se desarrolló durante buena parte de la década de los setenta y comienzos de los ochenta, y asumió características similares a las de otros regímenes burocrático-autoritarios implantados en varios países de América Latina (Canzani y Notaro, 1983).

Pero desde 1984 el proceso de recuperación democrática y, nuevamente, lo que muchos observadores vieron como nuevas originalidades del modelo uruguayo de transición política, ajuste estructural y reconversión productiva, replantearon las dudas sobre las similitudes y diferencias del país.

Es en este contexto de preocupaciones que la visión de la política por parte de la opinión pública uruguaya adquiere una relevancia particular. En primer lugar, porque diversos estudios muestran que ha sido uno de los aspectos que han sufrido variaciones importantes durante los últimos años. En segundo lugar, porque la situación actual de varios de los indicadores de opinión podría estar sugiriendo una "crisis de credibilidad" de la opinión pública que podría, quizás, transferirse a la legitimidad del sistema democrático.

Partiendo de una breve discusión de las visiones sobre democracia, legitimidad política y opinión pública, este artículo describe la evolución reciente de los principales indicadores de cercanía y lejanía hacia la política entre la población uruguaya, analiza la actual situación en comparación con otros países latinoamericanos y trata de identificar similitudes y diferencias, para interrogarse —y, en la medida de lo posible, contestarse— sobre el grado en que la visión sobre la política cotidiana se vincula con la legitimidad democrática.

2. Democracia, legitimidad, política y opinión pública

Resulta difícil llegar a un acuerdo acerca del significado de un sistema político democrático, pero así como se reconoce esta dificultad, se asume también que se hace imprescindible realizar algún tipo de aproximación para conocer los parámetros sobre los cuales se evalúa su rendimiento.

En términos generales, es posible situar la discusión en torno al clivaje entre *democracia mínima* y *democracia máxima* (Moreira, 1997). La primera categoría remite a la existencia de un conjunto de reglas o procedimientos formales que permiten administrar políticamente una nación. En este sentido, la democracia sería el método privilegiado para la producción de gobiernos (Schumpeter, 1994), que se operacionaliza en torno a los ejes participación y oposición (Dahl, 1971), los cuales remiten a la celebración de elecciones libres en un mercado político amplio.

Frente a esta visión procedimental de la democracia surge una noción alternativa, que hace referencia a un sistema político que, además de garantizar igualdad política, asegura ciertos mínimos sociales imprescindibles para que los ciudadanos efectivicen sus derechos políticos. Este tipo de aproximación, la llamada *democracia máxima*, revela que, más allá de la existencia de un conjunto de reglas políticas formales similares en los distintos países, existen democracias altamente disímiles.

Este enfoque se retomó con fuerza en América Latina a partir de los procesos de reapertura democrática de la década del ochenta, en los que se vislumbraba que las categorías *autoritarismo/democracia* no reflejaban las diversas situaciones políticas del continente.

El concepto de *democracia delegativa* (O'Donnell, 1994) ha sido propuesto para caracterizar aquellos sistemas políticos donde existe el repertorio de reglas políticas formales básicas, pero que, sin embargo, no cumplen con las garantías políticas y sociales mínimas que supuestamente respaldarían tales reglas.

En el nuevo contexto de redemocratización, esta categoría analítica es indicativa de la preocupación latinoamericana por la *calidad democrática*, un concepto en el que la participación efectiva de los ciudadanos pasa a ser un requisito básico.

El asunto adquiere particular interés porque la reforma económica agudizó la preocupación sobre el tipo de democracia resultante o emergente de estos procesos de reconversión productiva, tanto por el alto costo social que traen consigo las nuevas medidas como por su forma de implementación. Este último aspecto no debería considerarse un asunto menor, por cuanto expresa las

modalidades políticas de llevar a cabo las reformas, los instrumentos utilizados y la manera de transmitir la situación a la ciudadanía.

En este marco se constataron ciertas tendencias comunes en América Latina, referidas a la concentración de poder en la esfera del Ejecutivo, la exclusión o marginación de los grupos opositores y la aparente tramitación y respaldo técnico de la reforma económica.

En muchos de esos casos se planteó, al menos discursivamente, la separación entre la economía y la política, con fuertes restricciones para el área de acción de la política y los políticos. Los escenarios emergentes fueron catalogados por algunos analistas como *democracias excluyentes o duales* (Acuña y Smith, 1994), concepto que caracteriza contextos en los cuales se verifican procesos de desactivación de actores colectivos, debilitamiento de los mecanismos de negociación y participación y, en la opinión pública, disminución del interés en la política.

La investigación académica parece inclinarse a considerar que el caso uruguayo, aunque puede presentar algunos de sus rasgos, no se ajusta estrictamente a este esquema. En los puntos que siguen se toman como referencia estas preocupaciones, para discutir las en el marco de la relación específica existente entre la evolución de los indicadores de interés en la política y su vinculación con la legitimidad democrática entre la población uruguaya.

3. Los hechos (I): la década del desencanto

3.1. Interés en política

Uno de los indicadores de uso habitual en los estudios referidos al tema es el que mide el nivel de interés de los ciudadanos en la política. Planteado como una pregunta simple con cuatro opciones de respuesta —"mucho", "bastante", "poco" y "nada"—, los resultados pueden utilizarse de variadas maneras, desde un análisis de la evolución de la distribución del porcentaje de respuestas en cada categoría, hasta diversas formas de resumen que implican promedios u otras formas de agregación de la información.

En Uruguay, varios estudios previos han demostrado que una forma razonablemente útil de resumir la información es dicotomizar la variable. Se considera *interesadas* a aquellas personas que dicen tener "mucho" y "bastante" interés en la política, y *desinteresadas* a las que dicen tener "poco" o "nada" de interés en la política. La evolución de ambas categorías se transforma entonces en un indicador de más fácil visualización.

La información que aquí se presenta y analiza comprende datos de la evolu-

ción de la opinión pública uruguaya en los últimos once años. Se trata de una serie con puntos seleccionados, pero un seguimiento aún más detallado del indicador puede ser realizado a partir de las encuestas regulares.¹

Los resultados son contundentes. En el mediano plazo, el nivel de interés manifiesto de la población uruguaya en la política ha descendido paulatinamente, y las variaciones puntuales que se registran se explican por instancias particulares que significan desviaciones lógicas de la tendencia general.

Entre 1989 y 1999 el porcentaje de personas que se declaran interesadas en la política descendió de 44% a 27% —con valores aún menores, de 24%— y, de manera correlativa, la proporción de personas que se manifiestan desinteresadas creció de 54% a 73% —con cifras en algún momento aún más altas, como 76%.

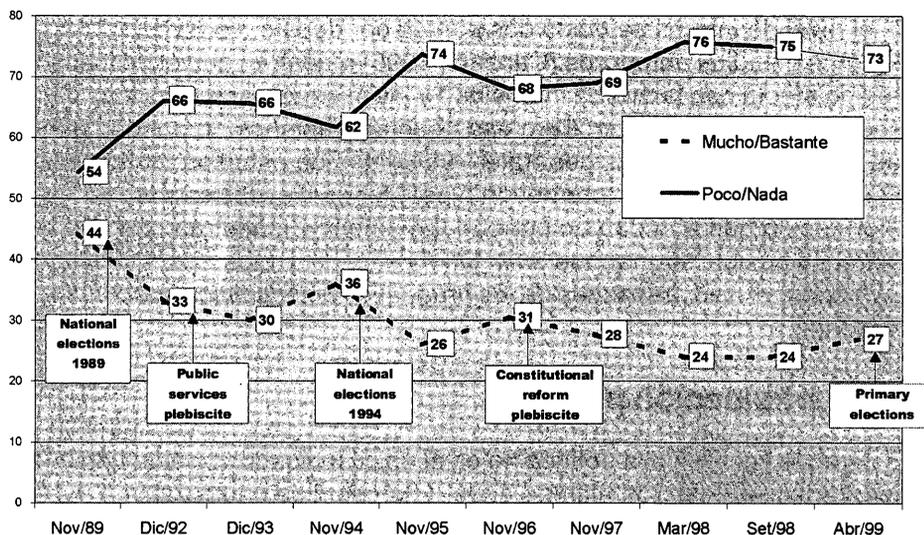
La gráfica 1, que muestra una tendencia general al descenso del interés en la política, indica también ciertas discontinuidades que, como se señala allí mismo, se explican por períodos especiales de "activación" política. Pero aun estas variaciones son útiles para justificar la tendencia de largo plazo.

¹ Los resultados de encuestas presentados en este párrafo provienen del Banco de Datos de Opinión Pública de Equipos/Mori. En todos los casos las encuestas están basadas en muestras de cobertura nacional con tamaños que van desde un mínimo de 900 casos a un máximo de 1.600. Los datos sobre promedios anuales comprenden, en cada caso, información de al menos diez encuestas que abarcan como mínimo 10.000 casos. Información sobre estos y otros indicadores que se citan en este trabajo ha sido publicada regularmente, desde 1991, en el diario *El Observador* de Montevideo, Uruguay. Además, la página web de Equipos/Mori (www.equipos.com.uy) contiene versiones ampliadas de buena parte de las series aquí manejadas. En los casos en que las mediciones refieren a algún evento —elección, plebiscito—, las encuestas fueron realizadas durante un período no mayor de 15 días respecto al día del evento.

GRÁFICA 1: INTERÉS EN LA POLÍTICA

Evolución 1989-1999.

Fuente: EQUIPOS/MORI



En las tres elecciones realizadas en el período comprendido por la serie, el nivel de interés registrado ha sido, cada vez, inferior al anterior. En las elecciones nacionales de 1989 el nivel de interés se ubicó en 44%; cinco años después, en las elecciones nacionales de 1994, se redujo a 36%; y cinco años más tarde, en las elecciones internas² de 1999, el nivel de interés descendió a 27%.

La misma tendencia se verifica respecto a los plebiscitos.³ En 1992, cuando

² Las elecciones nacionales son de voto obligatorio y los niveles de participación en las últimas dos han estado cerca del 90% del padrón electoral. Las elecciones internas no eran de voto obligatorio, pero aun así alcanzaron la participación de casi 55% del padrón.

³ Las consultas populares bajo la forma de plebiscitos o referendos son relativamente frecuentes en Uruguay desde el retorno a la democracia. En 1992 el 71% de la población se pronunció a favor de derogar la ley que permitía privatizar la mayoría del capital de algunas empresas públicas, como las que tienen el monopolio de la telefonía básica y la electricidad, que continúan en manos del Estado. En 1996 el 50,3% aprobó una reforma a la Constitución que, entre los principales cambios, limita el número de candidatos presidenciales por partido y establece la segunda vuelta o balotaje para el caso de que ningún candidato haya alcanzado el 50% de los votos de la primera vuelta. Hay distintas interpretaciones sobre el sentido de la reforma, pero existe acuerdo en que la consecuencia práctica más importante, desde el punto de vista electoral, es que dificulta el triunfo del partido de izquierda, que en las elecciones de 1994 había perdido por una diferencia de 2%. En ambos casos, el voto era obligatorio.

la población se pronunció sobre una ley que proponía la privatización de las principales empresas públicas de servicios, el nivel de interés en la política se situaba en 33%. Cuatro años más tarde, cuando la población debió pronunciarse sobre la principal reforma constitucional realizada en el último cuarto de siglo, el nivel de interés se ubicó dos puntos por debajo, en 31%.

Algunos estudios anteriores (Canzani, 1995) muestran que el descenso del interés no afecta con la misma intensidad y las mismas características a todos los sectores de la población. Pero esas puntualizaciones no pueden generar dudas sobre las tendencias generales. Los datos de estudios particulares de opinión son muchas veces controvertibles. Menos discutibles parecen series de información que abarcan un período tan amplio y muestran una tendencia tan clara: es posible afirmar que *en la última década, y más allá de variaciones coyunturales, el nivel de interés de los uruguayos en la política descendió paulatinamente.*

3.2. Participación política

El nivel de interés en la política no es el único indicador de este tipo que ha sufrido variaciones en los últimos años. Los estudios comparativos sobre el involucramiento de los ciudadanos en las campañas políticas permiten afirmar que también se verifican diferencias en varios aspectos de la participación política en Uruguay.

Una serie de información que estudia la evolución de los comportamientos del público en las últimas tres elecciones registradas —elecciones nacionales de 1989, elecciones nacionales de 1994 y elecciones internas de 1999— sugiere también mayor distanciamiento del público hacia la política —al menos, de la política entendida como política partidaria.

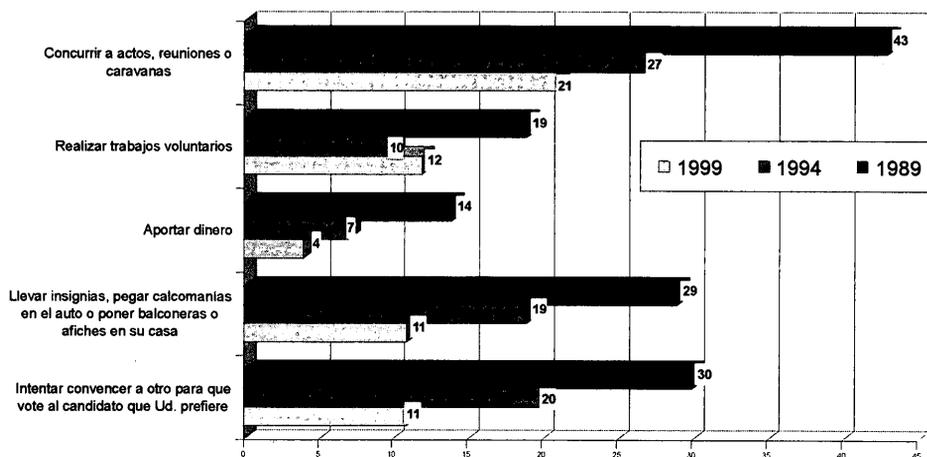
Los indicadores aquí analizados refieren a cinco aspectos que pueden considerarse indicadores más o menos clásicos de participación e involucramiento político: la participación en reuniones o actos partidarios, la realización de trabajos voluntarios para un partido en el marco de la campaña, los aportes económicos para un candidato, la exhibición de distintivos partidarios y la militancia para la persuasión del propio voto a personas de otros partidos o sin definición de voto.

Los resultados presentados en la gráfica 2 muestran que, casi sin excepciones, el descenso del nivel de involucramiento del electorado uruguayo en estas cuestiones de campaña ha sido claro y paulatino.

GRÁFICA 2: PARTICIPACIÓN POLÍTICA DURANTE CAMPAÑAS

Evolución 1989 - 1999.

Fuente: EQUIPOS/MORI



En la campaña por las elecciones nacionales de 1989, algo menos de la mitad (43%) manifestó que había concurrido a algún tipo de acto o reunión, o que formó parte de caravanas partidarias. Cinco años después, en las elecciones nacionales de 1994, esa proporción descendió a 27%. Y en las elecciones internas de 1999 bajó a 21%.

Algo similar ocurre con el aporte de dinero para las campañas: 14% de los electores dijo haber realizado algún donativo en 1989; la proporción se redujo a 7% en 1994 y descendió aún más, a 4%, en las recientes elecciones internas.

De la misma forma, también disminuye la proporción de personas que dijo haber exhibido distintivos partidarios en las elecciones. En la campaña de 1989 la proporción alcanzaba a algo menos de un tercio (29%). Cinco años después, en 1994, cayó diez puntos y se ubicó en 19%, mientras que en la campaña para las elecciones internas se redujo a 11%.

Una tendencia similar muestra un indicador especialmente relacionado con la participación política: la proporción de personas que trataron de convencer a otro elector de que votara por determinado partido político. Esta conducta, que clásicamente ha sido considerada un indicador clave de involucramiento político, también descendió de manera significativa en la última década. En las elecciones de 1989 alcanzó a 30%, se redujo a 20% en las elecciones de 1994 y cayó casi a la mitad (11%) en las de 1999.

La única variación en sentido algo diverso es la realización de trabajos voluntarios, pero aun ese desvío puede explicarse por otros factores. En la campaña de 1989, 19% de los entrevistados manifestaron que habían desarrollado algún tipo de tareas para algún partido, una proporción que se redujo a 10% en las elecciones de 1994, pero creció levemente (12%) en las de 1999. Puede argumentarse, sin embargo, que esa variación al alza no cambia la tendencia general, al menos por dos razones. La primera es que se trata de un solo indicador que avanza en sentido diferente de los otros cuatro. La segunda, que por el tipo de elección que se verificó en 1999 —que era, en la práctica, la primera elección interna de los partidos para definir los candidatos presidenciales—, la relación militantes/votantes puede haberse incrementado precisamente por tratarse de un evento de características únicas, sin antecedentes para las estructuras políticas uruguayas y, por ende, más necesitado de "control" partidario.

Lo cierto es que, se acepte o no esta relativización, los resultados globales de este *set* de indicadores son contundentes: *en la última década se redujo de manera sustancial y progresiva el nivel de involucramiento de los uruguayos en campañas políticas.*

3.3. La aceptación de las elites políticas

La verificación de cambios en el ámbito de la opinión pública no se limita a estas variaciones. La información también sugiere que el nivel de aceptación del elenco político ha disminuido progresivamente durante los últimos años.

Para medir esta dimensión, el estudio construyó un índice tomando en cuenta los indicadores de simpatía/antipatía hacia los principales líderes políticos en cada momento. El estudio consideró los *termómetros de popularidad*⁴ de los diez líderes políticos más conocidos y realizó un promedio del nivel de simpatías que recibían y del saldo neto (simpatías menos antipatías), una medida que puede considerarse un juicio global sobre la figura política de que se trate.

Los resultados muestran una tendencia similar a la descrita en los párrafos anteriores, que no implica otra cosa que mayor distancia hacia la política en la opinión pública uruguaya. Los resultados presentados en la gráfica 3 muestran que, considerado como promedio anual, en 1989 el nivel de simpatía hacia ese

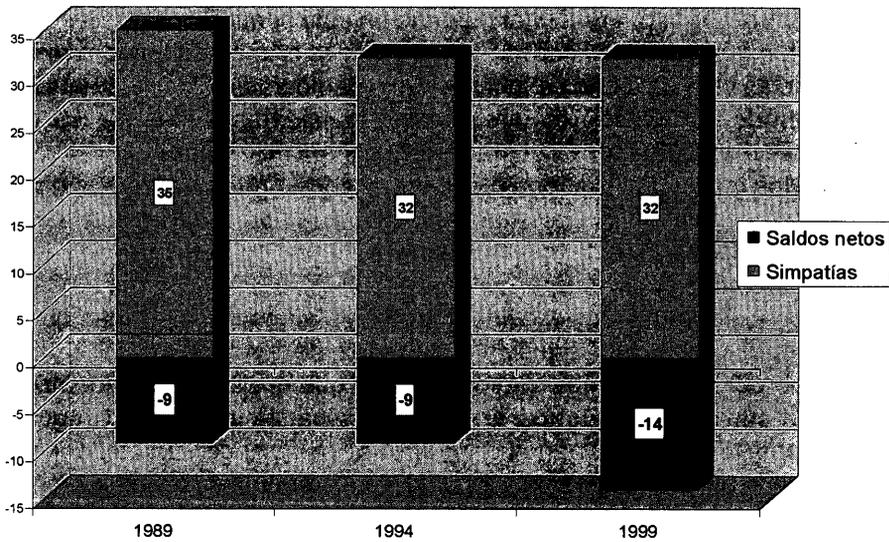
⁴ Los llamados *termómetros de popularidad* consisten en una escala de 0 a 10 utilizada en las encuestas de opinión para que los entrevistados califiquen, en términos de simpatías y antipatías, su posición ante los diferentes líderes políticos. La escala ordinal se divide luego en cinco tramos —mucho simpatía, simpatía, neutro, antipatía y mucho antipatía— que han probado ser una buena categorización para determinar actitudes de los votantes, tales como simpatías partidarias o intención de voto.

grupo de políticos se situó en 35%. En las elecciones siguientes, en 1994, descendió a 32% y en los primeros meses de 1999 se mantuvo, aunque lo más previsible es que se reduzca, ya que tradicionalmente se verifica un cierto comportamiento cíclico que hace que, sobre final de año, los niveles de simpatías promedio disminuyan. A su vez, el indicador de juicio global del elenco político también es hoy más crítico que el de diez años atrás. En 1989 el valor promedio se ubicó en -9, siguió en el mismo nivel en 1994 —aunque las simpatías descendieron—, y en los primeros meses de 1999 se situó en -14.

GRÁFICA 3: POPULARIDAD PROMEDIO DE LA CLASE POLÍTICA

Evolución, 1989-1999.

Fuente: EQUIPOS/MORI



También en este aspecto los resultados parecen concluyentes. *En la última década disminuyó el nivel promedio de aceptación que el elenco político obtiene de la opinión pública uruguaya.*

Los resultados comentados permiten afirmar, sin duda alguna, que el grado de lejanía de los uruguayos respecto a la política ha crecido durante la última década.

La pregunta que queda planteada es si esos indicadores suponen, de alguna manera, una caída en el grado de legitimidad popular del sistema democrático en Uruguay. Y, adicionalmente, si esto hace al país más parecido al resto de sus vecinos latinoamericanos.

4. Los hechos (II): Uruguay en el contexto latinoamericano

4.1. Visiones sobre la democracia y la política

La visión *diferenciadora* de Uruguay respecto a otros países latinoamericanos ha estado apoyada no sólo en los análisis sobre la conformación de su matriz institucional nacional descritos en el punto 2, sino también en las características diferentes que sugieren varios indicadores clave medidos recientemente en estudios comparativos de opinión pública. Lo que puede considerarse la fuente más importante en los últimos tiempos, el Latinobarómetro,⁵ arroja varios resultados que pueden interpretarse en este sentido.

Es posible reunir los resultados en dos grandes grupos. El primero refiere a las referencias y valoraciones explícitas de la democracia como sistema político. El segundo, a indicadores que podrían considerarse más sutiles y, por ende, quizás representativos del grado de *calidad democrática*.

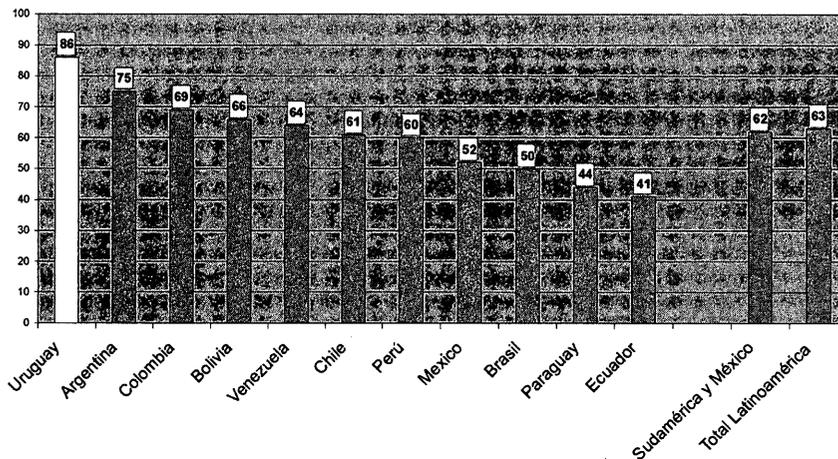
Hay varios indicadores disponibles para el primer grupo, pero como representativos de esa dimensión se manejan aquí los resultados respecto a dos de ellos: el grado de preferencia por el sistema democrático y el grado de satisfacción con la democracia.

En ambos casos, los datos latinoamericanos muestran algo más que una diferencia de grado entre Uruguay y el promedio de la región.

La proporción de personas que consideran que el sistema democrático es preferible a cualquier otra forma de gobierno alcanza a 86% en Uruguay, el puntaje más alto de toda América del Sur (gráfica 4), once puntos por encima del país que le sigue (Argentina) y más de veinte puntos superior al promedio del subcontinente más México o de todos los países latinoamericanos. El dato, además, no es una casualidad: los tres últimos estudios han mostrado diferencias de magnitud similar (Lagos, o. cit).

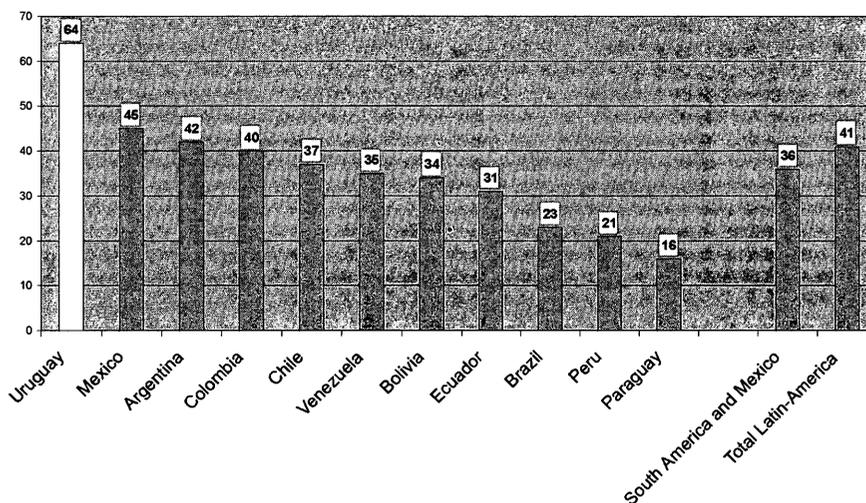
⁵ El Latinobarómetro es la fuente de información sobre variables de opinión pública más importante en Latinoamérica. Se realiza anualmente, desde 1995, y cubre en la actualidad la gran mayoría de los países de la región. Es realizado por la Fundación Latinobarómetro, con sede en Santiago de Chile, y en cada país participan diferentes empresas de estudios de opinión pública. El autor ha participado como responsable de los trabajos realizados en Uruguay, Paraguay y Bolivia. Un detalle de los resultados más recientes puede verse en Lagos (1999).

**GRÁFICA 4: GRADO DE ACEPTACIÓN DEL SISTEMA
DEMOCRÁTICO EN AMÉRICA LATINA.**
(% que prefiere la democracia a cualquier otra forma de gobierno)
Latinobarómetro, 1997



De la misma forma, el nivel de satisfacción con la democracia es, en Uruguay, el más alto de América Latina (gráfica 5). Las casi dos terceras partes (64%) de los uruguayos que se muestran satisfechos con la democracia están casi veinte puntos por encima de México y a una distancia todavía mayor del promedio de Sudamérica y del total latinoamericano.

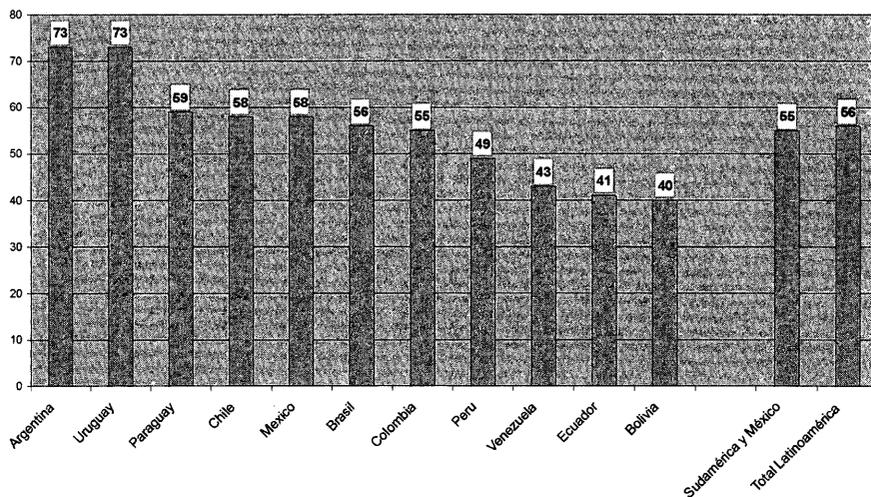
GRÁFICA 5: GRADO DE SATISFACCIÓN CON LA DEMOCRACIA
 (% de muy satisfecho y bastante satisfecho)
 Latinobarómetro, 1997



El segundo grupo de indicadores también muestra marcadas diferencias; aquí se presenta información sobre tres de ellos: la importancia otorgada al voto como factor de cambio, la creencia en la posibilidad de un sistema democrático sin las instituciones políticas básicas y la importancia otorgada a la política.

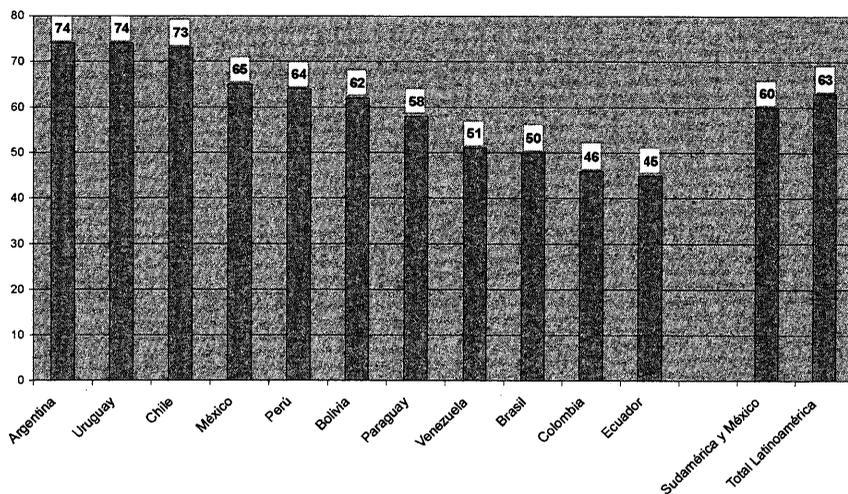
En Uruguay, la proporción de personas que consideran que "la forma en que uno vote puede hacer cambiar las cosas en el futuro" alcanza a más de siete de cada diez personas (73%), el segundo porcentaje más alto de América Latina y una proporción claramente superior al promedio de Sudamérica y México (55%) y de toda América Latina (56%) (gráfica 6).

GRÁFICA 6: OPINIÓN ACERCA DE LA IMPORTANCIA DE VOTAR
 (% que piensa que la forma en que uno vote puede hacer cambiar las cosas en el futuro). Latinobarómetro, 1997.



En el mismo sentido marchan otros indicadores, como la proporción de personas que consideran que sin Parlamento no puede haber democracia. En Uruguay esta proporción alcanza a 74%, bien por encima del promedio latinoamericano, de 63%.

**GRÁFICA 7: IMPORTANCIA DEL PARLAMENTO PARA EL
FUNCIONAMIENTO DE LA DEMOCRACIA**
(% de personas que piensa que sin Parlamento no puede haber
democracia). Latinobarómetro, 1997.



Y quizás el indicador más contundente sea la proporción de personas que consideran que la política es, en sí misma, importante. En Uruguay comparte esta opinión el 81%, contra un promedio sudamericano de 60%, y de 61% en todo el continente.

La segunda dimensión refiere a lo que el autor considera *elementos de legitimidad del sistema*, entre los que incluye el porcentaje de personas que se muestran satisfechas o muy satisfechas con la democracia, el porcentaje de los que consideran que en su país la democracia se encuentra plenamente establecida, el promedio obtenido por cada país en una escala de *grado de democracia* y el porcentaje de los que consideran que en su país las elecciones son limpias.

El autor buscó, mediante un modelo basado en la aplicación de una técnica de construcción de *clusters* jerárquicos, "obtener agrupamientos naturales de países caracterizados por una alta homogeneidad interna respecto a las variables".

Los resultados son concluyentes. En un agrupamiento de cuatro *clusters*, Uruguay aparece como un país que no se reúne con ningún otro. En un agrupamiento de tres *clusters*, Uruguay aparece con Costa Rica en un agrupamiento que el autor denomina "democracias fuertes y legitimadas", separado del grupo integrado por Argentina, Chile y México (caracterizado como "democracias medianamente fuertes y medianamente legitimadas") y del grupo integrado por Colombia, Venezuela, Bolivia, Perú, Brasil, Paraguay y Ecuador (caracterizado como "democracias débiles y de baja legitimidad").

Los dos enfoques no dejan lugar a dudas: es posible afirmar de manera clara que Uruguay es un país que se caracteriza, en el contexto latinoamericano, por valores democráticos relativamente fuertes y, todo sugiere, estables.

¿Cómo se vinculan, entonces, los evidentes signos de desencanto político con este tipo de valores? ¿Se trata de una asincronía que se corregirá con el tiempo, en uno u otro sentido? ¿Hay una especie de visión esquizofrénica entre valores generales de cultura política y valoración de la política cotidiana? ¿O se trata de un cambio en los tipos de participación política del estilo de los señalados por algunos autores? (Inglehart, 1991).

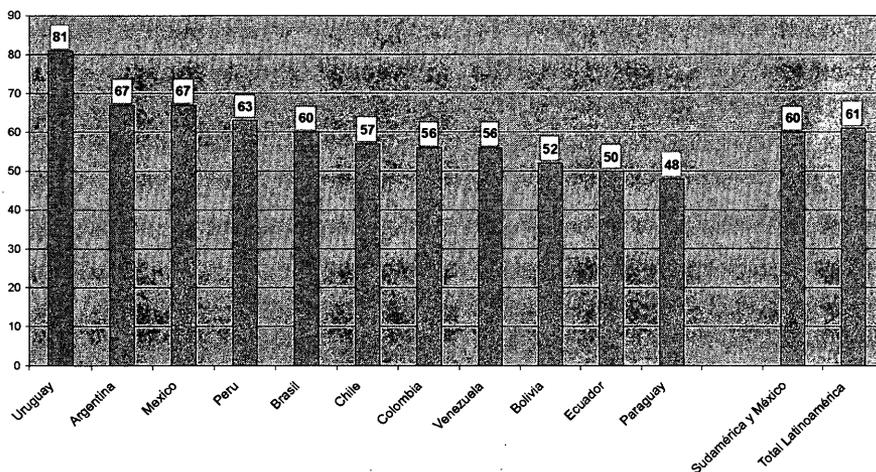
4.3. Los significados del desencanto político

En este contexto tiene sentido interrogarse sobre los significados del progresivo desencanto de la sociedad uruguaya ante la política, en un marco de valores democráticos firmes y constantes.

Si la respuesta es la primera interpretación, que alude a una *asincronía* entre diferentes tipos de indicadores, las consecuencias para el sistema democrático uruguayo pueden ser muy importantes.

La teoría sugiere que las actitudes son orientaciones para la acción y, entonces, pueden dar lugar a comportamientos en consonancia con esas orientaciones. Dicho de otra forma: el desencanto político puede traducirse en valores democráticos paulatinamente menos firmes, lo que acercaría al Uruguay a otros

GRÁFICA 8: OPINIÓN SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA POLÍTICA
 (% que considera que la política es importante)
 Latinoabrómetro, 1997.



4.2. Un análisis agregado

Las comparaciones no se limitan únicamente a indicadores individuales. En la práctica, un análisis reciente (Luna, 1999) que toma en cuenta una visión agregada, arriba a resultados similares mediante la construcción de *clusters* sobre la base de los datos del Latinobarómetro.

Para su construcción el autor diferencia dos dimensiones.

La primera dimensión, que refleja factores de fortaleza del sistema, incluye indicadores referidos al porcentaje de personas que prefieren la democracia por sobre cualquier otro sistema político, el porcentaje de los que consideran que la manera como voten puede cambiar las cosas en el futuro, el porcentaje de los que niegan la posibilidad de que la democracia exista sin Parlamento, el porcentaje de los que niegan la posibilidad de que la democracia exista sin partidos políticos, el porcentaje de los que consideran que la política es "importante" o "muy importante", y el porcentaje de los que dicen estar "interesados" o "muy interesados" en política.

países de la región. En la hipótesis más negativa, estos cambios pueden generar deslegitimación y, consecuentemente, un potencial debilitamiento del sistema democrático, que puede verificarse en momentos en que se vea amenazado por otros factores contextuales como, por ejemplo, los costos de la reconversión productiva, los procesos de integración regional o la consecuencias de ciertos ajustes económicos estructurales. En una versión más matizada, el desencanto podría expresarse en diversas manifestaciones de "cinismo político" que reducirían la democracia a sus versiones más formales.

La interpretación de la asincronía no puede descartarse, aunque la trayectoria democrática uruguaya no la haga demasiado plausible. De hecho, Uruguay fue probablemente el país en que la clase política menos se involucró con el gobierno militar, y un indicador del rechazo al régimen autoritario se hizo patente con la derrota en un plebiscito del proyecto de Constitución de los militares.

La segunda interpretación, que refiere a una aparente "esquizofrenia" entre la evaluación de la vida política cotidiana y los valores políticos más profundos, es más difícil de discernir. Los datos aquí presentados apoyarían esta visión. Sin embargo, una explicación de esta división de juicios podría darse por lo que son las diferentes visiones sobre los resultados del sistema democrático en las áreas política y económica.

Todos los indicadores sistemáticos sobre ambos campos sugieren que los uruguayos están convencidos de la adecuación y eficacia del sistema democrático como sistema de gobierno, pero fuertemente disconformes con el desempeño de los últimos gobiernos en materia económica. Esta disconformidad se manifiesta en los bajos niveles de aprobación de la gestión de los tres gobiernos democráticos desde 1985, y en los resultados de las dos elecciones que renovaron autoridades, en las que en ambos casos fue derrotado el partido en el gobierno. La discordancia que se verifica sería un indicador de la separación entre los planos económico y político que se ha señalado como una característica de la instrumentación "tecnocrática" de las reformas económicas en las nuevas democracias.

Finalmente, la tercera interpretación, que refiere al surgimiento de nuevos tipos de participación política, también parece tener algún sustento empírico, al menos incipiente. En los últimos años, las mediciones de opinión pública han verificado la caída del grado de confianza en los principales actores políticos tradicionales, ya sean estos el gobierno, el Parlamento, los partidos políticos o los sindicatos. Este proceso, por sí solo, permitiría explicar el desencanto con la política cotidiana ante la falta de protagonistas de nuevo tipo, como, por ejemplo, nuevos actores sociales o la reconversión de los actores tradicionales. A diferencia de otros países latinoamericanos, no se registra en Uruguay el surgimiento de grupos de importancia política, como organizaciones sociales de base local, movimientos de género o expresiones de minorías.

En la práctica, este estudio no permite avanzar más allá de constatar el actual estado de la opinión en los diferentes ámbitos —la visión sobre la política doméstica y los valores políticos más generales— y de realizar un inventario primario de posibles interpretaciones, sin poder aceptar ni rechazar plenamente ninguna de ellas.

Pero parece claro que la importancia del asunto plantea un desafío para la investigación en opinión pública, tanto a escala nacional como regional: el desarrollo de indicadores y fuentes de información sistemática que, en el futuro, permitan dar cuenta de estos fenómenos y avanzar más allá de las descripciones informadas.

Un asunto pendiente que, como cuestión académica, es por lo menos una interrogante bien interesante y, como cuestión político-institucional, una duda sustantiva.

Bibliografía

- ACUÑA, Carlos, y W. SMITH (1994): "The Political Economy of Structural Adjustment: The Logic Support and Opposition to Neoliberal Reform", en *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*, C. Acuña, W. Smith y E. Gamarra (orgs.), Transaction Publishers, Estados Unidos.
- CANZANI, Agustín (1995): "Minorities Democracy. The uruguayan elections of 1994", paper presentado a la Conferencia Regional de WAPOR, Isla Margarita, 10-12 de enero de 1995.
- CASTELLANO, Ernesto (1994): *Uruguay: un welfare de partidos*. Artículo de tesis de licenciatura del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (mimeo).
- DAHL, Robert (1971): *Polyarchy: participation and opposition*, New Haven, Yale University.
- INGLEHART, Ronald (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid.
- FILGUEIRA, Carlos, y otros (1989): *De la transición a la consolidación democrática: Imágenes y cultura política en el Uruguay*. Informes nº 38, CIESU, Montevideo.
- LAGOS, Marta (1999): "¿Quo vadis, América Latina? El estudio de la opinión regional en el Latinobarómetro", *Contribuciones*, 2/1999, Buenos Aires.
- LUNA, Juan Pablo (1999): "¿Qué opinan los ciudadanos? Hacia una clasificación de los regímenes políticos sudamericanos", versión preliminar, Montevideo.
- MOREIRA, Constanza (1997): *Democracia y desarrollo en Uruguay. Una reflexión desde la cultura política*, Trilce, Montevideo.
- O'DONNELL Guillermo (1994): "The State, Democratization, and some Conceptual Problems", en *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*, C. Acuña, W. Smith y E. Gamarra (orgs.), Transaction Publishers, Estados Unidos.

SCHUMPETER, Joseph (1984): *Capitalismo, socialismo e democracia*, Zahar, Rio de Janeiro.

Resumen

El artículo parte de una breve relación de los rasgos que configuran la "singularidad uruguaya" en relación con los demás países latinoamericanos. Tras discutir las visiones sobre democracia, legitimidad política y opinión pública, describe la evolución reciente de ciertos indicadores que revelan que el nivel de involucramiento de los uruguayos en la política se ha reducido en forma sostenida a lo largo de la última década. No obstante, en el conjunto de la región, Uruguay se destaca por su categórica valoración de la democracia. La coexistencia de ambas situaciones plantea desafíos a la investigación en opinión pública y obliga a interrogarse por las razones del progresivo desencanto de los uruguayos ante la política, en un marco de sólidos y estables valores democráticos.

Originalidad democrática uruguaya: un análisis comparado y algunas hipótesis preliminares*

por Cecilia Rossel

La autora

*Socióloga. Coordinadora de
Proyectos del área de Opinión
Pública de Equipos/Mori.*

1. Introducción

En el ámbito académico se ha señalado varias veces que los uruguayos tienen una valoración de la democracia que, de alguna manera, los diferencia de otros pueblos de América Latina. La primera hipótesis fuerte sobre este tema fue planteada por Aldo Solari, quien sostuvo la idea de que en Uruguay se da una *sacralización* de la democracia.

Esta hipótesis ha sido la base para una serie de investigaciones que han tratado de echar luz a los elementos que conforman la cultura política uruguaya y la valoración de la democracia. Varios estudios han indagado sobre aspectos puntuales que posiblemente expliquen esta fuerte preferencia del sistema democrático sobre otros sistemas de gobierno. Sin embargo, hasta ahora, sólo pocos abordajes han logrado probar la hipótesis de Solari con información objetiva.

* Artículo presentado en el Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research); Punta del Este, Uruguay, 11, 12 y 13 de noviembre de 1999.

Algunos autores, como Luis Eduardo González o Constanza Moreira, han centrado su análisis en la cultura de las elites, demostrando que son abrumadoramente democráticas (González, 1993), más allá que las imágenes que tienen sobre el sistema democrático tengan matices (Moreira, 1997).

Sin embargo, es claro que las actitudes y pautas de comportamiento de las elites funcionan de manera distinta de las de la población en general (Inglehart, 1991). Este trabajo busca profundizar en el análisis de la cultura política de los uruguayos desde la perspectiva de la opinión pública y, a la vez, desde una perspectiva comparada en el ámbito latinoamericano.

La óptica comparativa permite analizar diferencias entre los países y, entre otras cosas, indagar sobre las posibles razones que generan o explican esas diferencias. En *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Ronald Inglehart analiza las diferencias de 23 países¹ respecto a algunas actitudes que reflejan mayor o menor valoración de la democracia, como el sentimiento de confianza interpersonal. En términos generales, la discusión se centra en indagar si la brecha entre países se debe a que, en realidad, las estructuras sociales de cada uno son distintas, lo que influiría en la conformación de actitudes más o menos democráticas. El estudio del autor demuestra que parece haber una relación entre estructura social tradicional —más desigualdad social, menor nivel educativo promedio, etc.— y menor confianza interpersonal o menor arraigo de actitudes prodemocracia. Sin embargo, hay algunas cuestiones relacionadas con la cultura política que no están necesariamente asociadas con la presencia o ausencia de estructuras sociales modernas (Inglehart, 1991).

Siguiendo el análisis de Inglehart, este trabajo se propone: a) en primer lugar, sentar las bases para el análisis de la valoración democrática desde la perspectiva de la opinión pública comparativa, sobre la base de la encuesta Latinobarómetro, b) en segundo lugar, mostrar elementos que expliquen por qué los uruguayos tienen una mayor valoración del sistema democrático, centrandolo en las posibilidades de que las diferencias entre los uruguayos y el resto de los pueblos latinoamericanos se deban a cuestiones relacionadas con la estructura social de las distintas naciones y, c) por último, plantear hipótesis alternativas que intenten explicar las diferencias entre Uruguay y

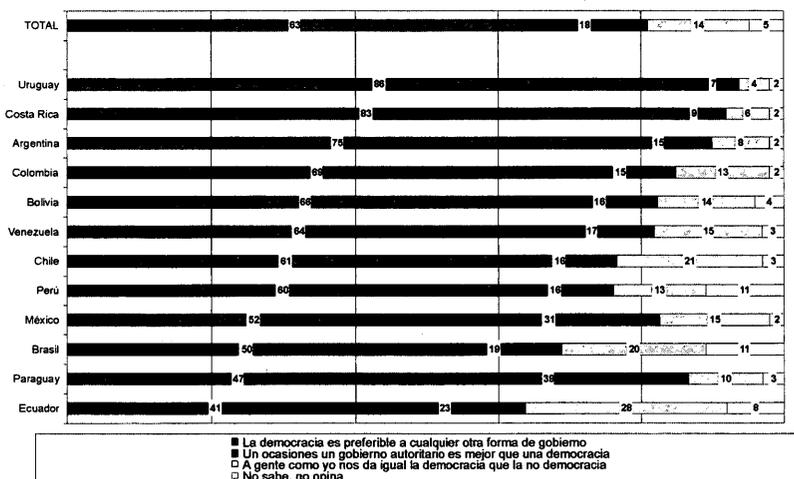
¹ El estudio reúne información del Euro-Barómetro (1970-1986), la investigación sobre el cambio de valores realizada por el Grupo de Estudios sobre los Sistemas de Valores Europeos (25 países, 1981-1982), y del estudio panel en Estados Unidos, Alemania Occidental y Países Bajos realizado entre 1974 y 1981. Los países de los que se dispone información son Austria, Bélgica, Canadá, Suiza, Noruega, Suecia, Estados Unidos, Países Bajos, Gran Bretaña, Dinamarca, Luxemburgo, Finlandia, RFA, Francia, Japón, Italia, España, África del Sur, Grecia, Portugal, México, Irlanda y Hungría.

el resto de los países tomando en cuenta otros factores, como las características de las instituciones políticas uruguayas y los elementos de una cultura política singular.

2. El análisis de los valores democráticos en la opinión pública latinoamericana

Los resultados del Latinobarómetro, un estudio comparativo realizado en la mayoría de los países de América Latina, muestran que los uruguayos prefieren o tienden a aceptar más el sistema democrático que el resto de los pueblos latinoamericanos. En este sentido, los datos son concluyentes: casi nueve de cada diez uruguayos (86%) consideran que la democracia es la mejor forma de gobierno, frente a apenas 7% que piensa que en algunos casos el autoritarismo se justifica. Comparativamente, sólo los costarricenses se ubican cerca de los uruguayos en estos temas: algo más de ocho de cada diez (83%) prefieren la democracia, frente a casi uno de cada diez que se inclina por el autoritarismo. En un tercer lugar más alejado aparecen los argentinos (tres cuartos —75%— prefieren la democracia); en el cuarto, los colombianos (69%); en el quinto, los bolivianos (66%); en el sexto, los venezolanos (64%) y en el séptimo, los chilenos (61%). Los países que presentan menor valoración o preferencia del sistema democrático son Perú (60%), México (52%), Brasil (50%), Paraguay (47%) y Ecuador (41%) (gráfico 1).

Gráfico 1: ¿DEMOCRACIA O AUTORITARISMO? (*)
Latinobarómetro, 1997.



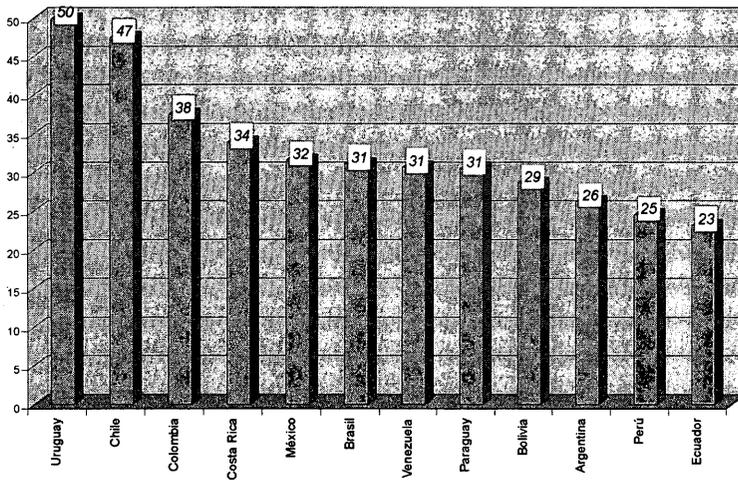
El indicador utilizado, sin embargo, podría considerarse muy rígido, porque en los hechos, aunque está construido con un sistema de frases que bien reflejarían la inclinación de los entrevistados por un sistema u otro, no da lugar a matices. Por esta razón, se manejan otros indicadores que muestran valoración de aspectos específicos del sistema democrático en los distintos países y, de alguna manera, complementan estos datos: a) el nivel de confianza en las instituciones sostén del sistema democrático y b) la valoración del sufragio. El uso de estos indicadores intenta combatir la idea del "altruismo" que podría estar tiñendo la preferencia de la democracia por sobre el autoritarismo en el primer indicador, así como el posible ocultamiento de la preferencia del autoritarismo, por cuanto puede ser una opinión socialmente "condenada".

Respecto al índice de nivel de confianza en las instituciones democráticas, se podría argumentar que éste es más un indicador de evaluación del funcionamiento de la democracia que de valoración del sistema sobre otras formas de gobierno. El planteo se apoya, por ejemplo, en que los valores de este índice podrían descender sensiblemente si el estudio hubiera sido realizado durante la dictadura, lo que pondría en cuestión la idea de que los uruguayos son democráticos. En términos generales, sin embargo, el índice parece funcionar de forma razonable para el análisis de la cultura democrática latinoamericana en este momento.

La información del Latinobarómetro muestra que los uruguayos son —en términos comparativos— quienes tienen una mayor confianza y valoración en las instituciones consideradas pilares del sistema democrático. El gráfico 2 muestra los valores de un promedio realizado para los niveles de confianza (mucha y alguna) de los distintos pueblos hacia cuatro actores o instituciones considerados básicos para el funcionamiento de la democracia: el Poder Judicial, la Presidencia de la República, los partidos políticos y el Parlamento. Los resultados posicionan a Uruguay con el valor más alto en este índice de confianza en instituciones democráticas, con un 50%, seguido a poca distancia por Chile (47%). En niveles sensiblemente menores están Colombia (38%), Costa Rica (34%), México (32%), Brasil (31%), Venezuela (31%) y Paraguay (31%). En niveles menores al 30% aparecen Bolivia (29%), Argentina (28%), Perú (25%) y Ecuador (23%) (gráfico 2).

* "¿Con cuál de las siguientes frases está usted más de acuerdo?: "La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno", "En algunas circunstancias, un gobierno autoritario es preferible a uno democrático", "A la gente como uno, nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático"."

Gráfico 2: INDICE DE CONFIANZA EN INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS
(*). Latinobarómetro, 1997.



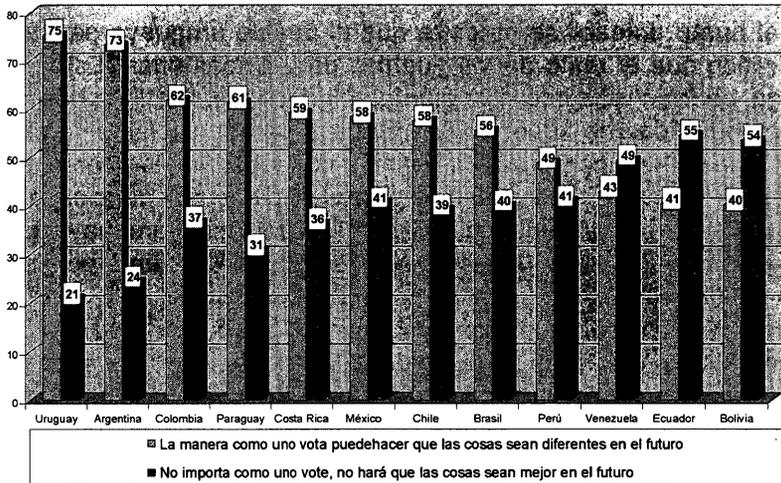
En cuanto al indicador de valoración del sufragio, habría que formular una salvedad similar a la que se planteó respecto al índice de confianza en las instituciones. En rigor, los niveles de valoración del sufragio pueden estar sujetos al escenario político. Al menos medido en términos de apoyo a la frase "la forma como uno vote puede hacer cambiar las cosas en el futuro", el indicador puede cuestionarse si se considera que una opinión como esa puede estar relacionada con la estructura de *mayorías-minorías* del sistema político o con las posibilidades del partido del entrevistado de llegar al poder. De todas formas, podría tomarse como un indicador razonable de valoración de uno de los derechos centrales del funcionamiento democrático.

Y los datos son concluyentes. Tres cuartas partes de los uruguayos (75%) consideran que la forma como uno vote puede hacer cambiar las cosas en el futuro, frente a algo más de dos de cada diez (21%) que opinan lo contrario. Proporciones similares aunque menores se registran entre los argentinos (73% y 24%), mientras que el resto de los países se ubica notoriamente más lejos de los niveles registrados entre los uruguayos. En países como Venezuela,

* "Por favor, mire esta tarjeta y dígame, para cada uno de los grupos instituciones o personas mencionadas en la lista, cuánta confianza tiene usted en ellas. ¿Diría que tiene mucha, algo, poca o ninguna confianza en...?"

Ecuador y Bolivia, la proporción de personas que piensa que el voto no puede hacer que las cosas sean mejores en el futuro supera a la de aquellos que sí lo creen, lo que muestra niveles de confianza muy débiles de estos pueblos frente a uno de los derechos fundamentales del sistema democrático (gráfico 3).

Gráfico 3: VALORACIÓN DEL SUFRAGIO (*)
Latinobarómetro, 1997.



La suma de información en cada uno de estos indicadores es útil en la medida en que es fácil visualizar que, en el caso uruguayo, los números van todos en el mismo sentido. De manera que no sólo se puede hablar de una mayor valoración de la democracia por parte de los uruguayos respecto a la mayoría del resto de los países de Latinoamérica, sino de su valoración de algunos de los elementos que son claves para su funcionamiento.

* "Algunas personas dicen que la manera como uno vota puede hacer que las cosas sean diferentes en el futuro. Otros dicen que, independientemente de cómo vote, no hará que las cosas sean mejores en el futuro. ¿Cuál frase está más cerca de su manera de pensar?: 'La manera como uno vota puede hacer que las cosas sean mejores en el futuro' o 'No importa cómo uno vote, no hará que las cosas sean mejor en el futuro'."

3. Algunos datos para entender por qué los uruguayos somos distintos

3.1. La metodología

En el punto anterior se muestra que el pueblo uruguayo parece ser más democrático que el resto de los pueblos de Latinoamérica. Estos datos, sin embargo, podrían rebatirse si se planteara que, en realidad, las características sociodemográficas de la sociedad uruguaya son sensiblemente distintas de las del resto de Latinoamérica. Específicamente, podría plantearse que niveles tan altos de preferencia del sistema democrático estarían asociados a la distribución de la educación o a la ocupación de la población uruguaya y no a otros factores como las características institucionales del sistema político o a una cultura política singular.

La interrogante que queda planteada es si puede ponerse a prueba la influencia de las estructuras sociales de las distintas naciones en la conformación de actitudes y valores democráticos diferenciados. Más específicamente, si es posible establecer el alcance de la influencia de las estructuras sociales actuales de los distintos países sobre la posibilidad del surgimiento de la valoración democrática.

La forma de análisis que propongo es "aislar" este efecto y buscar la comparación de "grupos gemelos" entre los uruguayos y las poblaciones de otros países. Para lograr mayor claridad analítica y evitar un trabajo que sería demasiado largo y complejo, el análisis busca comparar al Uruguay con dos grandes grupos de países: un primer grupo de países considerado como "democracias relativamente fuertes y legitimadas" (Grupo A: Costa Rica, Chile, Argentina y México), y un segundo grupo que nuclea países bajo el rótulo de "democracias débiles y con baja legitimación" (Grupo B: Colombia, Venezuela, Bolivia, Perú, Brasil, Paraguay y Ecuador) (Luna, 1998). La clasificación surge de la elaboración de *clusters* a los que se llega a partir de indicadores de valoración, confianza y evaluación del sistema democrático. El autor logra demostrar que los tres grupos que surgen² no sólo son relativamente homogéneos en términos de

² Se generaron dos modelos de *clusters* distintos. En uno de ellos Uruguay quedaba clasificado dentro de un grupo con Costa Rica, y en otro Costa Rica quedaba incluida dentro de las «democracias relativamente fuertes y legitimadas». A los efectos de analizar la valoración democrática de los uruguayos comparada con la del resto de los países, se eligió la segunda clasificación.

sus actitudes hacia la democracia, sino que reúnen países con características económicas y sociales similares³ (Luna, 1998).

La utilización de estas categorías facilita el logro de los objetivos de un análisis que busca explicar las diferencias de las actitudes democráticas de los uruguayos respecto a otros pueblos latinoamericanos. En realidad, los grupos contruidos no incluyen a todos los países de los cuales se tiene información en el Latinbarómetro⁴ y, además, muestran algunas diferencias internas relevantes.

Sin embargo, pueden considerarse una aproximación razonable a tres grupos de países que se parecen entre sí tanto en sus actitudes hacia el régimen político y la democracia como —utilizando el término de Inglehart— en las características de sus estructuras económicas y sociales.

El siguiente paso sería "testear" la hipótesis de influencia de las características sociales estructurales en una mayor o menor valoración democrática. La forma de análisis sugerida es chequear los niveles de preferencia del sistema democrático, por ejemplo, entre los más educados de todos los países —grupos "gemelos"—. Si la influencia de las estructuras fuera importante —o, dicho de otra manera, fuera lo que define las diferencias entre los países—, los resultados no deberían ser muy distintos cuando se mantiene constante, por ejemplo, el nivel educativo de los entrevistados. Este razonamiento se apoya en que el nivel de aceptación de la democracia que se observa entre los uruguayos —y que es un elemento diferenciador respecto al resto de los países— surge de que en Uruguay la población es más educada que en otros países, lo que sin duda afecta el análisis comparativo.

3.2. Los resultados

La información analizada es contundente. Tomados los distintos niveles educativos (primaria incompleta, hasta tres años de secundaria, secundaria completa y universitario), los grados de preferencia por la democracia son mayores entre los uruguayos que en los otros dos grupos de países. Lo que importa resaltar con más énfasis es que entre los universitarios, casi nueve de cada diez uruguayos (88%) dice preferir la democracia, porcentaje que se ubica a una distancia de casi 20 puntos porcentuales de la proporción de universi-

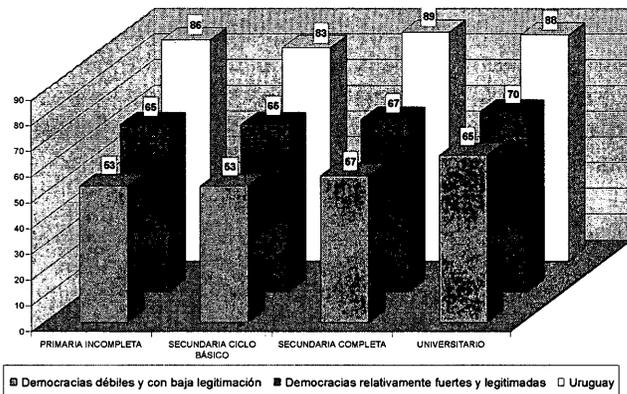
³ Juan Pablo Luna (1998). Algunos de los indicadores utilizados para demostrar esta homogeneidad son el gasto social per cápita, el PBI per cápita, las tasas de crecimiento anuales del IPC, la evolución del desempleo urbano, los niveles de pobreza, los niveles de indigencia y el índice de Gini.

⁴ Juan Pablo Luna (1998). Básicamente por las dificultades para disponer de información *dura* —indicadores económicos, de desigualdad, etc.— de determinados países.

tarios que la prefieren en los países con democracias relativamente fuertes y legitimadas (70%), y a casi 25 puntos de los más educados en los países con democracias débiles y con baja legitimación (65%).

Adicionalmente, entre quienes tienen secundaria completa, esta proporción alcanza 89% en Uruguay, 67% en los países del grupo A y 57% en los del grupo B. La relación de diferencia entre Uruguay y los dos grupos de países parece confirmarse claramente para niveles de educación más bajos: algo más de ocho de cada diez uruguayos con ciclo básico prefiere la democracia (83%), frente a dos tercios (65%) en los países con democracias relativamente fuertes y algo más de la mitad (53%) en los países con democracias débiles. Por último, entre quienes no terminaron primaria, en Uruguay el 86% dice preferir la democracia frente al autoritarismo, porcentaje que llega a un 65% en los países con democracias relativamente fuertes y a 53% en los países con democracias débiles (gráfico 4).

Gráfico 4: GRADO DE ACEPTACIÓN DE LA DEMOCRACIA, SEGÚN NIVEL EDUCATIVO (% que prefiere la democracia).
Latinobarómetro, 1997.



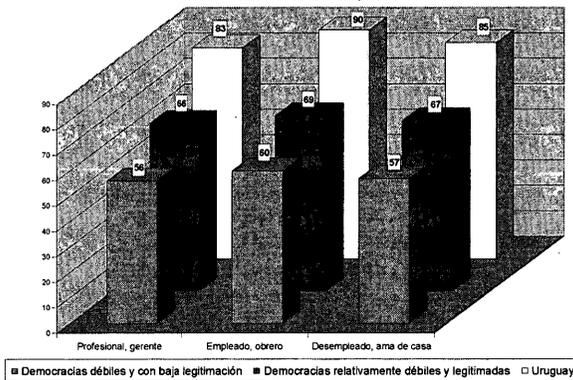
También tiene sentido realizar este análisis considerando que los uruguayos tienen un nivel socioeconómico mejor que la mayoría del resto de los pueblos de América Latina. Sin embargo, como no se dispone hoy en día de un índice probado que mida el nivel socioeconómico a través de encuestas en todos los países de América Latina, elegí usar la variable *ocupación* dividida en

tres categorías básicas, lo que puede ser tomado como un *proxi* razonable al nivel socioeconómico de los entrevistados.⁵

Para las tres categorías de ocupación manejadas en este trabajo —a) profesional, gerente, b) empleado, obrero, c) desempleado, ama de casa, estudiante—, el grado de aceptación de la democracia por parte de los uruguayos supera ampliamente al de los otros dos grupos de países. De hecho, entre las personas con ocupaciones más calificadas, más de ocho de cada diez uruguayos (83%) prefieren el sistema democrático al autoritario o a una opción neutra, cifra que alcanza a dos tercios (66%) en las democracias de fortaleza relativa y a 56% en las democracias débiles.

Los resultados no parecen cambiar demasiado cuando se toman las otras dos categorías de ocupación: nueve de cada diez empleados u obreros uruguayos (90%) eligen la democracia, casi siete de cada diez (69%) la prefieren en los países con sistemas relativamente fuertes y legitimados y 60% la prefiere en los países con democracias débiles y de baja legitimación. Por último, distancias similares se registran entre Uruguay y los dos grupos de países para el conjunto de los desempleados, amas de casa y estudiantes: 85% de estos uruguayos acepta la democracia, 67% en los países del grupo A y 57% en los del grupo B (gráficos 5 y 6).

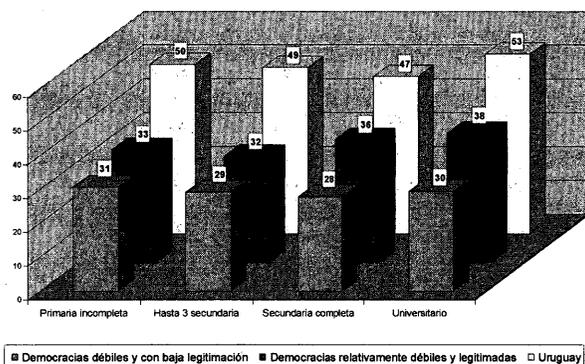
Gráfico 5: GRADO DE ACEPTACIÓN DE LA DEMOCRACIA, SEGÚN OCUPACIÓN (% que prefiere la democracia).
Latinobarómetro, 1997.



⁵

Los niveles de asociación de la variable ocupación y educación y el *ingreso subjetivo* (percepción de si el ingreso le alcanza o no para vivir) son altos. Esto indica que, aunque el indicador de ocupación sea algo rígido, está midiendo algo muy próximo al estrato socioeconómico del entrevistado.

Gráfico 6: INDICE DE CONFIANZA EN INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS, SEGÚN NIVEL EDUCATIVO
Latinobarómetro, 1997.



La réplica de este mismo análisis para el resto de las variables propuestas —confianza en las instituciones democráticas, valoración de los partidos para el funcionamiento del sistema y valoración del sufragio— arrojan resultados que, a grandes rasgos, van en el mismo sentido. En términos generales, los datos muestran una clara diferenciación entre Uruguay y los otros dos grupos de países. Si se toman en cuenta los niveles de confianza en las instituciones democráticas, los uruguayos aparecen fuertemente separados del resto de los países: la distancia más pequeña que existe entre Uruguay y los demás es de 11 puntos porcentuales en el análisis según nivel educativo y de 13 puntos cuando los datos se analizan según grandes categorías de ocupación (gráficos 7 y 8).

Gráfico 7: INDICE DE CONFIANZA EN INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS, SEGÚN OCUPACIÓN
(% que tiene mucha o alguna confianza)
Latinobarómetro, 1997.

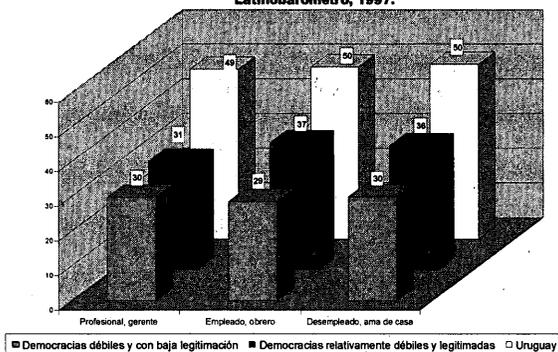
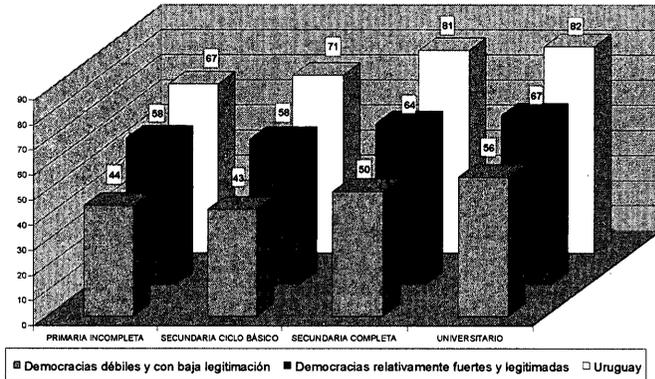


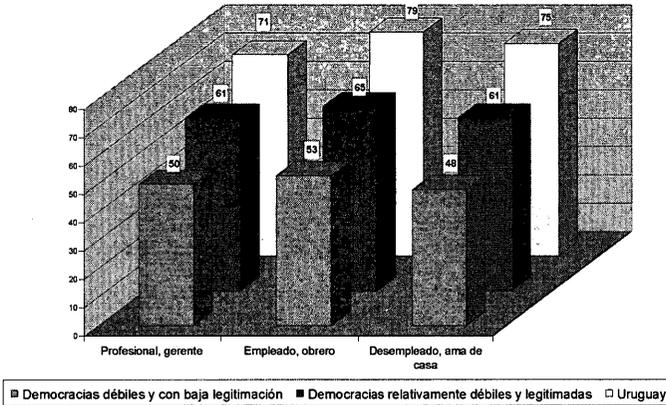
Gráfico 8: VALORACIÓN DEL SUFRAGIO, SEGÚN NIVEL EDUCATIVO

(% que considera que la manera en que uno vota puede hacer cambiar las cosas en el futuro). Latinobarómetro, 1997.



Los resultados sobre el grado de valoración del sufragio muestran que: a) en primer lugar —en congruencia con lo que se señalaba en párrafos anteriores—, al menos en Uruguay y en las democracias relativamente fuertes, la valoración del voto tiende a estar asociada con el nivel educativo de los entrevistados, esto es, a mayor nivel educativo mayor valoración del derecho a sufragar; y b) en segundo lugar, que las diferencias entre Uruguay y el resto de los países siguen siendo importantes. Analizada la información tanto según educación como por ocupación, todo parece indicar que, en términos comparados, los uruguayos tienden a valorar más el voto que los ciudadanos de otros países de América Latina, y que esta valoración los destaca en todos los niveles educativos y en las tres categorías de ocupación elegidas para el análisis (gráficos 9 y 10).

Gráfico 9: VALORACIÓN DEL SUFRAGIO, SEGÚN OCUPACIÓN
 (% que considera que la manera como uno vote puede hacer
 cambiar las cosas en el futuro).
 Latinobarómetro, 1997.



La información presentada muestra que, en términos generales, las diferencias entre la opinión pública uruguaya y la del resto de los países seleccionados en dos grandes grupos siguen siendo importantes, aun cuando se mantienen constantes algunas condiciones. Los universitarios y profesionales uruguayos parecen ser más democráticos que las personas con la misma educación o la misma ocupación en otros países latinoamericanos, dato que parece confirmarse no sólo cuando se trata de elegir entre democracia o autoritarismo, sino también en la valoración del voto como derecho o en la confianza depositada en algunas instituciones consideradas básicas para el funcionamiento del sistema.

En este sentido, la hipótesis de la influencia determinante de las estructuras sociales en la conformación de valores diferenciados hacia la democracia tendría, al menos para el caso de estos países latinoamericanos comparados con el caso uruguayo, poco sustento empírico. Aunque sería erróneo señalar que la influencia de las estructuras sobre la cultura democrática es inexistente, al menos con estos datos parece claro que no es fuerte ni mucho menos determinante.

4. Algunas hipótesis sobre por qué los uruguayos somos distintos

De los datos surgen dos conclusiones básicas. En primer lugar, que las diferencias en los niveles de valoración de la democracia no pueden ser explicadas por las estructurales sociales actuales de los países. En segundo lugar, que deberían existir, entonces, uno o más factores que expliquen por qué en el Uruguay existe una cultura democrática singular en relación con el resto de los países latinoamericanos.

Si la estructura social no tiene una influencia relevante en la conformación de la *sacralización* democrática que diferencia a los uruguayos del resto de los latinoamericanos, *¿qué elementos/hechos pueden dar pistas para entender mejor su valoración democrática?*

Una forma de responder a esta pregunta es ir sobre ciertas hipótesis que especifiquen algunos de esos elementos, con el objeto de sentar las bases para la realización de estudios posteriores sobre estos temas.

De los estudios anteriores, algunos permiten identificar tres tipos de explicaciones: a) explicaciones *estructuralistas*, b) explicaciones *institucionalistas* y c) explicaciones *culturales*.

Las *estructuralistas* se basan en que la originalidad democrática puede ser explicada a partir de factores como *la implantación débil y tardía del sistema colonial y la inmigración o la débil presencia de clases dominantes*. Ambos factores parecen haber contribuido a la conformación de una sociedad con una clase media fuerte y con menos desigualdades en comparación con la mayoría de los países latinoamericanos. Y contribuyeron, además, a la constitución de una sociedad con un fuerte componente amortiguador, donde los conflictos se dirimían de una u otra forma y donde, en términos generales, una estructura jerárquica llevada a extremos no tuvo cabida (Real de Azúa, 1971).

Las *explicaciones institucionalistas* analizan la singularidad democrática a partir de factores relacionados principalmente con cómo se fue configurando el sistema político uruguayo, que han influido directa o indirectamente en la conformación de una cultura política fuertemente arraigada en valores democráticos. Dentro de este grupo de factores se identifican:

– En primer lugar, *el Estado batllista y la democratización desde el Estado*, que se basó en una serie de políticas "disparadoras" de elementos que luego conformaron el sistema de valores democráticos de que hoy disponen los uruguayos. El Estado desarrolló, en esta época, "políticas sociales de vocación 'integradora', como la educación, y de inocultables propósitos redistributivos". Como consecuencia de lo anterior y de una política de "anticipación" a las

demandas sociales es que surge la imagen del Estado de bienestar protector y paternalista (Moreira, 1997). En términos comparativos, Uruguay fue uno de los pocos países de América Latina que, a partir de la consolidación del Estado, experimentó un "ensanchamiento" democrático y no reprodujo una estructura oligárquica, como ocurrió, por ejemplo, en Argentina (Bayce, 1989).

– En segundo lugar, la *partidocracia o centralidad de los partidos*. La existencia de un sistema de partidos consolidado, de colectividades partidarias fuertes y con permanencias, parece ser un factor explicativo central para una cultura política basada en valores democráticos. En este sentido, la sola existencia de un sistema de partidos estable y con permanencias claras es un elemento de vital importancia para el arraigo de valores democráticos.

Por último, las *explicaciones culturalistas* tienen un fuerte énfasis en las representaciones sociales de los uruguayos y en aspectos básicos de su cultura política. Dentro de este grupo se identifican al menos dos factores:

– En primer lugar, la *coparticipación y la cultura negociadora*, que contribuyeron a generar un sistema donde las minorías tienen un lugar "integrado", los sindicatos son autónomos respecto al Estado y cultivan en su relación con éste un fuerte componente negociador, y los partidos mayoritarios han desarrollado toda una dinámica de coparticipación. El valor de la coparticipación como factor explicativo en mi enfoque reside en que "la coparticipación se basa en una intensa adhesión de los partidos a las bases del régimen democrático",⁶ lo que, sumado al argumento anterior, según el cual la centralidad de los partidos "configuraba" valores y cultura política, refuerza un dinámica de partidos igualitaria y con un fuerte poder democratizador hacia la sociedad en general.

– En segundo lugar, el *politicocentrismo o centralidad de lo político*, que parece ser un elemento original en el contexto latinoamericano. Para algunos, la singularidad democrática uruguaya se da en una dinámica particular entre Estado y sociedad, y en lo que posteriormente se interpretaría como una "construcción de la sociedad desde la política"⁷ y desde el Estado. Para otros, se trata de, entre otras cosas, la consecuencia de la conformación de una identidad sobre un terreno difuso, débil en otros aspectos y despoblado de otras referencias.

Este conjunto de explicaciones intenta ordenar los planteos que se han hecho sobre la originalidad democrática de los uruguayos, básicamente para establecer criterios que permitan llevar a cabo análisis comparativos. Este trabajo en particular pretende ser un aporte en la validación empírica de algunas

⁶ Romeo Pérez: "La concreta instauración de la democracia uruguaya", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Montevideo, p. 53.

⁷ Germán Rama: *La democracia en Uruguay*, p. 10.

de las principales hipótesis orientadas a explicar la singularidad de la valoración que los uruguayos tienen del sistema democrático. Pero es un aporte que se limita a una de las hipótesis que las ciencias sociales han desarrollado para explicar esta singularidad. Investigaciones futuras deberán hacer un esfuerzo sostenido para confrontar empíricamente las explicaciones alternativas.

Bibliografía

- CEPAL: *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile, CEPAL, 1998.
- INGLEHART, Ronald: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid, 1991.
- GONZÁLEZ, Luis Eduardo: *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, FCU, Montevideo, 1993.
- LAGOS, Marta: "Quo vadis, América Latina? El estudio de la opinión pública regional en el Latinobarómetro", en *Contribuciones*, 2/1999, Buenos Aires.
- LUNA, Juan Pablo: *¿Qué opinan los ciudadanos? Hacia una clasificación de los regímenes políticos sudamericanos*, inédito, Montevideo, 1999.
- MOREIRA, Constanza: *Democracia y desarrollo en Uruguay. Una reflexión desde la cultura política*. Trilce, Montevideo, 1997.
- PÉREZ, Romeo: "La concreta instauración de la democracia uruguaya", *Revista Uruguay de Ciencia Política*, Montevideo.
- RAMA, Germán. *La democracia en Uruguay*.
- Real de Azúa, Carlos: *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?* Montevideo, Banda Oriental - CIESU, 1971.
- SOLARI, Aldo: *El desarrollo social en el Uruguay de la postguerra*. Alfa, Montevideo, 1967.

Resumen

Los datos son concluyentes: un estudio comparativo realizado en la mayoría de los países de América Latina muestra que los uruguayos aprecian más el sistema democrático que el resto de los pueblos latinoamericanos. La autora se propone analizar las razones de esa originalidad, siguiendo el análisis de Inglehart, que muestra una relación entre la mayor o menor valoración de la democracia y la estructura social. A partir de allí plantea nuevas hipótesis, que toman en cuenta las características de las instituciones políticas uruguayas y los elementos de su singular cultura política, y sienta las bases para analizar la valoración de la democracia con los instrumentos de la opinión pública comparativa.

Encuestas telefónicas y personales: ¿convergentes, complementarias o distintas?*

por *María Ester Mancebo,*
Carlos Luján y Diego
Hernández

Introducción

Antecedentes

Esta investigación fue llevada a cabo en el contexto de un estudio solicitado por la dirección de la empresa Telemédicos. Originalmente pretendía aportar evidencia empírica acerca de la adecuación del producto que ésta ofrece, respecto al estudio de mayor estandarización en Equipos/Mori: la encuesta *ómnibus* mensual.

Los autores

María Ester Mancebo. *Máster en Ciencias Sociales, FLACSO Buenos Aires. Docente e Investigadora en la Universidad Católica y Universidad de la República. Especialista en Políticas Educativas. Consultora de Equipos/Mori.*

Carlos Luján. *Máster en Ciencias Sociales, FLACSO Buenos Aires. Docente de Metodología y Negociación en la Universidad Católica y Universidad de la República. Coordinador del Programa de Información Estratégica de la Universidad Católica del Uruguay. Consultor de Equipos/Mori.*

Diego Hernández. *Sociólogo. Investigador asociado del Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU).*

* Artículo preparado para el Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research); Punta del Este, Uruguay, 11, 12 y 13 de noviembre de 1999.

Objeto de estudio

En las ciencias sociales, es posible encontrar varias modalidades de aplicación de una encuesta. Entre ellas, las más importantes en el Uruguay son seguramente la telefónica y la personal.

En el siguiente cuadro, se presentan algunas dimensiones y el estado de cada una de ellas para las encuestas telefónicas y las personales respectivamente.

Comparación de encuestas telefónicas y cara a cara

| | Encuestas telefónicas | Encuestas personales |
|---|--|---|
| Aspectos operativos | Rapidez y bajo costo. Permite supervisión más efectiva y rápida (inclusive en forma simultánea). | Más lenta y onerosa. Supervisión más dificultosa. |
| Recursos humanos | Requiere personal calificado para entrevistas. | Requiere personal calificado para entrevistas. |
| Riqueza de la información obtenida | Mayor complejidad para preguntas que no sean sencillas y superficiales. Incapacidad de conseguir información detallada o sobre temas complejos. Se pueden realizar pocas preguntas (aunque más que en una encuesta por correo). | Es más flexible, ya que permite la utilización de diversas técnicas de interrogatorio (p.e. recursos audiovisuales). Permite indagar en temas de mayor complejidad. |
| Administración del cuestionario | Pueden producir menos efectos mediatizadores. Menor influencia del entorno y menos susceptibilidades respecto a reacciones del entrevistador y entrevistado. Permite mayor control del entrevistado por parte del entrevistador. | Pueden producir datos muy mediatizados debido a las características del propio proceso de encuesta. Las respuestas registradas pueden reflejar menos los hechos o las actitudes del mundo real que los efectos del entorno en que se realiza la entrevista, las reacciones de los entrevistados ante un entrevistador determinado, las inclinaciones personales de éste, las libertades que se tome al hacer las preguntas o el estilo que se emplee. |
| Universo | Excluye al universo de individuos sin teléfono en su hogar (especialmente grave para estudios de opinión pública). La técnica del marcado aleatorio permite superar parcialmente este problema. Es más útil para <i>targets</i> específicos y de alto nivel. | En la teoría, permiten llegar al conjunto de individuos que constituyen el universo de cualquier investigación. |

Fuente: Elaboración propia basada en Manheim y Rich (1988) y Kerlinger (1975).

Objetivos

Este estudio exploratorio intentará aportar evidencia empírica sobre la discusión entre encuestas personales y telefónicas. La interrogante que estructura dichos objetivos es si la utilización de una u otra modalidad influye en la obtención de determinados resultados, el rendimiento de las rutinas de campo y el cumplimiento de parámetros universales en la muestra real.

Un punto que quedará fuera del análisis es el que tiene que ver con la validez de los resultados. Esto es, no se parte del prejuicio de suponer como válida únicamente la información obtenida a partir del relevamiento en terreno. Las comparaciones entonces no permitirán afirmar que las cifras son correctas o no, sino que existe o no existe ajuste entre ambas técnicas.

El presente artículo se estructura en cinco secciones. En la primera se discutirán los aspectos metodológicos concernientes a su elaboración.

La segunda, "Definición del universo", describe la situación de la variable "tenencia de teléfono", explicitando cuál es la comparación significativa a la que apunta el estudio.

La tercera, "Rendimiento de rutinas de campo", examina los rendimientos de cada una de las técnicas en lo que refiere al cumplimiento de cuotas y la cantidad de contactos necesarios (rechazos y no elegibles) por encuesta efectiva.

La cuarta, "Cumplimiento de parámetros poblacionales", ofrece un comparativo entre la encuesta telefónica, la personal y el parámetro poblacional para la distribución de frecuencia de la variable de resumen que combina ocupación y educación del entrevistado.

La quinta presenta las distribuciones de frecuencia de las variables seleccionadas y las diferencias porcentuales entre una y otra técnica. Al final de la sección se enseñan los resultados de un *test* estadístico de distribución para controlar la adecuación de los resultados de la encuesta telefónica a la de calle.

En la sexta y última sección del informe se presenta una síntesis de los puntos más destacables de este estudio comparativo.

1. Metodología

Diseño

Para el cumplimiento de los objetivos de la investigación, se diseñó un estudio de tipo cuasi-experimental.¹ En primer lugar se seleccionaron una serie de variables representativas de la demanda usual de información de los distintos sectores de Equipos/Mori. Entre ellas se encuentran tres relevantes para la opinión pública:²

- Grado de decisión de voto.
- Simpatía política para la primera vuelta de octubre.
- Intención de voto en un eventual balotaje entre Tabaré Vázquez y Jorge Batlle.

A fin de neutralizar el efecto de terceras variables, se ejerció control sobre los siguientes factores:

- *Universo estudiado*: los resultados serán comparados únicamente teniendo en cuenta a la población montevideana que cuente con un teléfono en su hogar. En la próxima sección se desarrolla este punto.

- *Fecha de aplicación*: en particular, se controló el efecto de los días en que se relevaban los casos de una y otra encuesta a partir de las fechas en que se cumplió el relevamiento de las encuestas nacionales de mayo, junio y julio de 1999.

- *Formulación de los reactivos*: la formulación de las preguntas fue idéntica para ambos relevamientos.

- *Instrucciones de relevamiento*: el entrenamiento de encuestadores y operadores fue realizado bajo las mismas premisas en todos los aspectos.

- *Cuotas de sexo y edad*: ambos relevamientos debieron cumplir con las mismas cuotas. La encuesta fue contestada por mayores de 18 años de edad.

Claro está que en el ámbito de las ciencias sociales es extraño lograr el aislamiento total del objeto de estudio de tal forma que actúe únicamente la variable independiente.

Algunos factores del ambiente, que no corresponden a la naturaleza de las dos técnicas comparadas, pueden tener efectos que escapan a la presente investigación.

¹ Ver Cap. 3 "Diseños preexperimentales" en Stanley y Campbell.

² Ver Anexo: Instrumentos de medición.

Mientras que en la encuesta en terreno se respetó la estructura recomendada para un formulario (preguntas de ablande y administración de mesetas de tensión), en la telefónica esto fue alcanzado en menor grado, puesto que se aplicó un cuestionario más reducido.

Otra limitación menor del diseño podría provenir del hecho de que la aplicación de la encuesta de calle no fue expresamente destinada por este estudio. Ella correspondió a una de las mediciones regulares que hace Equipos/Mori a través de la encuesta *ómnibus*. Pero esta limitación también puede ser vista como una fortaleza, por cuanto es un estudio real que se replicó parcialmente en forma telefónica.

De cualquier manera, es destacable que se logró una interesante simultaneidad, en términos experimentales, respecto a la administración de nuestro factor explicativo.

Recolección de la información

El relevamiento en terreno fue realizado por la empresa RyP (Relevamientos y Procesos, proveedora de Equipos/Mori en relevamientos de calle), mientras que el telefónico fue ejecutado por la empresa Telemédicos (proveedor de Equipos/Mori en relevamientos telefónicos).

Ambos se llevaron a cabo entre el 12 y el 19 de agosto de 1999 y comprenden 516 encuestas de calle (431 con teléfono) y 447 telefónicas.

A los efectos del análisis de los resultados para las variables de opinión pública, se utilizará la base ajustada de acuerdo con los criterios de ponderación utilizados para la encuesta *ómnibus* (por educación y ocupación).³

2. Definición del universo

Debido a las singularidades de cada una de las técnicas comparadas, conviene realizar una breve descripción del universo del estudio. Si bien en muchos casos el interés puede estar centrado en la comparación de los resultados de la encuesta telefónica respecto a los del total de la población montevideana, en esta oportunidad la comparación se restringirá a los individuos que cuentan con al menos un teléfono en su hogar.

A continuación, se presenta la situación de la variable "tenencia de teléfono" en la base montevideana de la encuesta *ómnibus*.

³ Ver sección 4.

Cuadro 2.1. Tenencia de teléfono (con ponderación)

| | | % |
|----------|------|---|
| Tiene | 83,5 | |
| No tiene | 16,5 | |

Como se desprende de la lectura del cuadro, el universo alcanzable a partir del relevamiento telefónico incluye más de cuatro quintas partes del universo de la ciudad de Montevideo.

3. Rendimiento de rutinas de campo

Cumplimiento de cuotas

Teniendo en cuenta que el requerimiento de cuotas para la encuesta telefónica fue el mismo que se utiliza en la encuesta de calle,⁴ la comparación se realizará respecto de toda la población montevideana entrevistada en el *ómnibus* de agosto.

Cuadro 3.1. Cumplimiento de cuotas

| | Hombres | | | Mujeres | | |
|---------------|------------------|--------------------------|----------------|------------------|--------------------------|----------------|
| | % Telefónica* | Parámetro poblacional | % Personal* | % Telefónica* | Parámetro poblacional | % Personal* |
| 18 a 29 años | -0,2 | 13 | -1,4 | -0,2 | 13 | 0,6 |
| 30 a 44 años | 0,9 | 13 | -4,1 | 0,1 | 14 | 0,9 |
| 45 a 59 años | -0,1 | 9 | -0,5 | 0,1 | 12 | 1,2 |
| 60 años y más | -0,2 | 10 | 1 | -0,3 | 16 | 2,2 |
| Total | 0,4 | 45 | -4,9 | -0,4 | 55 | 4,9 |

* Diferencias respecto a la cantidad requerida.

⁴ Se asume el supuesto que las proporciones por sexo y edad de quienes tienen teléfono son similares a los de la población. Dicho supuesto permite mantener la comparabilidad entre las dos modalidades.

El cumplimiento de las cuotas fue más ajustado en la encuesta telefónica que en la cara a cara, lo que se explica por las posibilidades de control que en este aspecto habilita la tecnología de las encuestas telefónicas.

Rechazos y no elegibles⁵

En términos de *rechazos y no elegibilidad*, la encuesta telefónica mostró también un mayor ajuste a la muestra teórica diseñada, contradiciendo de esa manera las referencias teóricas mencionadas con anterioridad. La tasa de rechazos necesarios por cada encuesta efectiva en la encuesta telefónica es casi 4 veces menor que en el caso de la personal.⁶ Teniendo en cuenta la cantidad de no elegibles, el desempeño de la encuesta telefónica es casi 2 veces mejor.⁷

Calculando el promedio general surgido de la suma de rechazos y no elegibles, la encuesta telefónica necesitó 3 contactos menos por encuesta efectiva que la modalidad cara a cara.⁸

4. Cumplimiento de parámetros poblacionales

La construcción de los ponderadores se basa en el ajuste a los parámetros universales de una tipología de ocupación y educación. Agrupando la ocupación (en activos y pasivos) y la educación (por rango de años cursados), se obtienen las siguientes categorías:

1. Activos con hasta 5 años de educación aprobados.
2. Pasivos con hasta 5 años de educación aprobados.
3. Activos con entre 6 y 9 años de educación aprobados.
4. Pasivos con entre 6 y 9 años de educación aprobados.
5. Activos con entre 10 y 12 años de educación aprobados.
6. Pasivos con entre 10 y 12 años de educación aprobados.
7. Activos con 13 y más años de educación aprobados.
8. Pasivos con 13 y más años de educación aprobados.

⁵ Para la encuesta telefónica: promedio calculado sobre la información de un total de 8 operadores (447 casos efectivos). Para la personal: promedio calculado sobre un total de 26 encuestadores (472 casos efectivos).

⁶ El valor exacto es 3.88.

⁷ El valor exacto es 1.88.

⁸ El valor exacto es 3.09.

Cuadro 4.1. Cumplimiento de parámetros poblacionales

| Tipología | % Telefónica | Parámetro poblacional | % Personal |
|--------------------------|--------------|-----------------------|------------|
| Activos hasta 5 años | 1,3 | 6,5 | 1,9 |
| Pasivos hasta 5 años | 4,3 | 10,5 | 6,4 |
| Activos de 6 a 9 años | 13,2 | 27,1 | 14,9 |
| Pasivos de 6 a 9 años | 12,1 | 17,3 | 25,6 |
| Activos de 10 a 12 años | 22,6 | 18,7 | 15,5 |
| Pasivos de 10 a 12 años | 12,8 | 6,8 | 17,4 |
| Activos de 13 y más años | 23 | 10,2 | 9,3 |
| Pasivos de 13 y más años | 9,2 | 2,9 | 8,9 |

Se registra un desajuste similar respecto a los datos universales para la mayoría de las categorías de la tipología. Las sobrerrepresentaciones más importantes de la encuesta cara a cara se registran en la población pasiva (categorías 4 y 6).

A la inversa, con la encuesta telefónica sucede algo similar con la población activa (categorías 5 y 7).

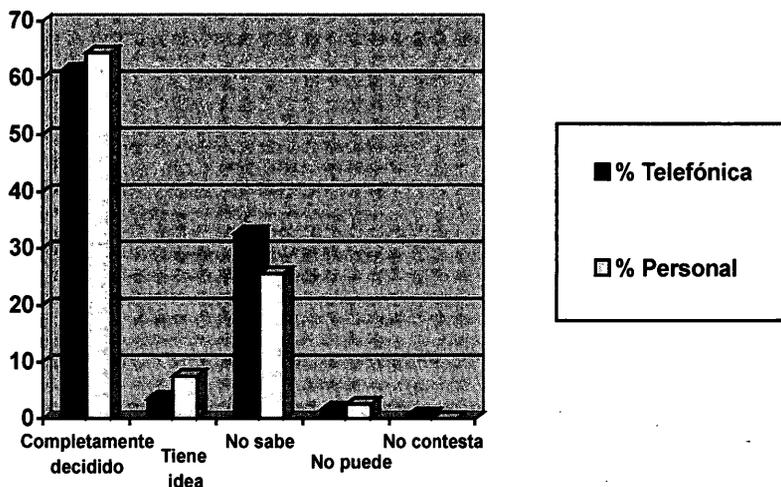
5. Comparación de resultados⁹

Cuadro 5.1. Decisión de voto

| | % Telefónica | % Personal | (Per. - Tele.) |
|------------------------|--------------|------------|----------------|
| Completamente decidido | 61,3 | 64,4 | 3,10 |
| Tiene idea | 3,6 | 7,5 | 3,90 |
| No sabe | 32,7 | 25,5 | -7,20 |
| No puede | 1,7 | 2,6 | 0,90 |
| No contesta | 0,7 | 0 | -0,70 |

⁹ Cabe precisar los contenidos de cada una de las columnas: % *Telefónica*: frecuencia relativa de la categoría registrada por la encuesta telefónica. % *Personal*: frecuencia relativa de la categoría registrada para los entrevistados que cuentan con al menos algún teléfono en el hogar. (*Per-Tele*): resta simple de los porcentajes de la encuesta telefónica y los encuestados personalmente.

Gráfico 1: Diferencias en decisión de voto

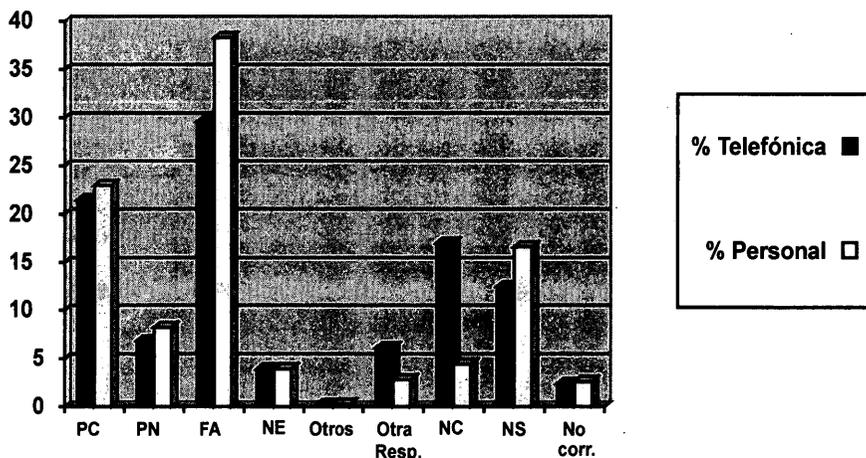


La categoría marginal ('No sabe') es la de mayor diferencia entre una y otra medición. Otra diferencia importante es la registrada para la respuesta 'Tiene idea' (donde un porcentaje dobla al otro).

5.2. Simpatía política para octubre

| | % Telefónica | % Personal | (Per.–Tele.) |
|------------------|--------------|------------|--------------|
| Partido Colorado | 21,5 | 23,0 | 1,50 |
| Partido Nacional | 6,8 | 8,2 | 1,40 |
| Frente Amplio | 29,6 | 38,3 | 8,70 |
| Nuevo Espacio | 3,9 | 3,9 | 0,00 |
| Otro partido | 0,2 | 0,3 | 0,10 |
| Otra respuesta | 6,1 | 2,8 | 3,30 |
| No contesta | 17,0 | 4,4 | 12,60 |
| No sabe | 12,5 | 16,6 | 4,10 |
| No corresponde | 2,4 | 2,6 | 0,20 |

Gráfico 2: Diferencias en simpatía política para octubre



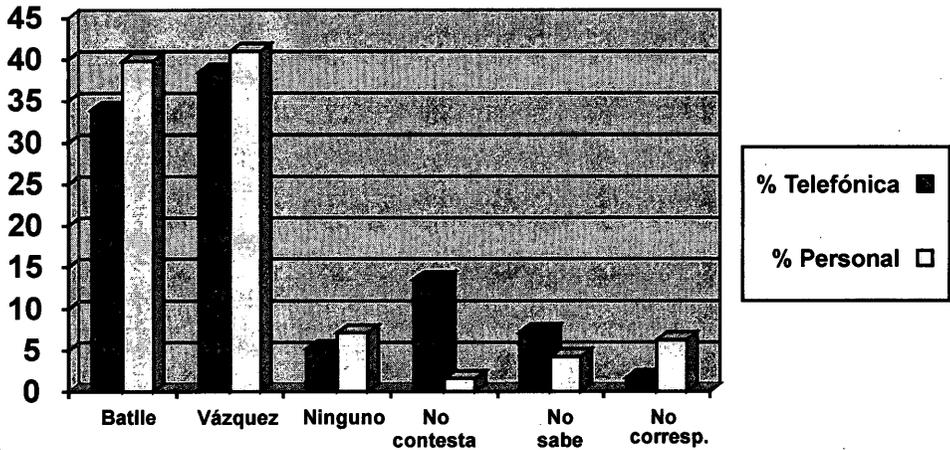
Dentro de las categorías sustantivas, la única diferencia importante estuvo en quienes declararon votar al Encuentro Progresista / Frente Amplio. En la encuesta cara a cara el porcentaje de simpatizantes fue casi 9 puntos mayor que en la telefónica.

Una vez más, el porcentaje de respuestas residuales en la encuesta telefónica supera al del relevamiento en terreno.

5.3. Diferencias en intención de voto en el balotaje Batlle-Vázquez

| | % Telefónica | % Personal | (Per. -Tele.) |
|----------------|--------------|------------|---------------|
| Batlle | 33,9 | 39,8 | 5,90 |
| Vázquez | 38,5 | 41,0 | 2,50 |
| Ninguno | 5,2 | 7,1 | 1,90 |
| No contesta | 13,5 | 1,6 | 11,90 |
| No sabe | 7,2 | 4,2 | 3,00 |
| No corresponde | 1,7 | 6,2 | 4,50 |

**Gráfico 3: Diferencias en intención de voto
balotaje Batlle-Vázquez**



Para las tres respuestas que implican la manifestación de actitud o conducta futura, la encuesta personal registra porcentajes más altos. De todos modos, el orden establecido por la distribución de frecuencias es similar para ambas modalidades.

En la encuesta telefónica existe una brecha considerablemente amplia a favor de la coalición de izquierda (en este caso, su candidato en una eventual segunda vuelta), la cual no se registra con la misma fuerza en la encuesta de calle.

Tests de distribución

Para testear la adecuación de la distribución de la encuesta telefónica al *ómnibus*, se hará uso del *test* de chi cuadrado para una muestra. De esta forma se podrá chequear la hipótesis nula: que la distribución para determinada variable es similar a una distribución teórica esperada.

En este caso, la distribución de frecuencias esperada corresponderá a la de la encuesta de calle. Por lo tanto, la hipótesis nula plantea que la distribución de frecuencias obtenida por la encuesta telefónica para la variable 'x' corresponde a la distribución obtenida en la encuesta de calle. Se acepta la hipótesis nula cuando la columna 'Significancia' es mayor de 0,05.¹⁰

¹⁰ Ver Norusis (1994) y Luna (1998).

| Variables | Significancia | Valor del test | Grados de libertad |
|-------------------|---------------|----------------|--------------------|
| Decisión de voto | 0,000 | 21,976 | 3 |
| Simpatía política | 0,000 | 205,100 | 7 |
| Voto Balotaje | 0,000 | 330,406 | 4 |

Para ninguna de las variables se asume el cumplimiento de la hipótesis nula. Cabe destacar que, si bien en algún caso las cifras indican mayor adecuación, se repite la misma situación cuando se realizan los *tests* a partir de la base sin ponderar.¹¹

6. Síntesis

– La proporción de entrevistados sin teléfono no supera el 16,5% de los casos. Esto hace pensar en una fuerte similitud entre los universos definidos por el 'Montevideo total' y el de 'Población montevideana con teléfono'.

– En términos de rutinas, la encuesta telefónica presenta mejores resultados. Estos se deducen de un ajuste mucho mayor a las cuotas requeridas y de un promedio de rechazos y no elegibles por caso efectivo tres veces menor al de la encuesta *ómnibus*.

– En general, las variables políticas presentan un buen ajuste, que se desdibuja algo en lo que respecta a las categorías residuales 'no sabe' y 'no contesta'. En cuanto a las respuestas sustantivas, las grandes tendencias coinciden, aunque en alguna categoría existen valores con saltos importantes entre uno y otro relevamiento.

– En todos los casos el relevamiento telefónico presentó menor nivel de definición, en términos de actitud o declaración de comportamiento futuro, por parte de los entrevistados.

– En el contexto de la realidad uruguaya, este estudio constituye un aporte sugerente que requerirá de mediciones complementarias para profundizar en alguno de sus hallazgos. En esta fase de desarrollo de la técnica, todo indica que se trata de dos modalidades complementarias más que alternativas o divergentes.

¹¹ Ver Anexo: Resultados base sin ponderar.

Materiales consultados

- FIELD AND TAB – Mori UK (1995). *Interviewer handbook*. Mori UK, Londres.
- KERLINGER, Fred (1975): *Investigación del comportamiento*. Nueva Editorial Interamericana, México.
- LUNA, Juan Pablo (1998): *Estadística aplicada con SPSS*. Mimeo, Montevideo.
- MANHEIM, Jarol, y RICH, Richard (1988): *Análisis político y empírico*. Alianza, Madrid.
- NORUSIS, M. (1994): *SPSS 6.1 Professional Statistics*, SPSS Inc., Chicago
- STANLEY, Julian, y CAMPBELL, Donald (1995): *Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social*, Amorrortu, Buenos Aires.

Anexo: Resultados base sin ponderar

Decisión de voto hoy (sin ponderar)

| | % Telefónica | % Personal | (Per.–Tele) |
|------------------------|--------------|------------|-------------|
| Completamente decidido | 66,2 | 66,1 | 0,10 |
| Tiene idea | 4,3 | 7 | 2,70 |
| No sabe | 27,7 | 24 | 3,70 |
| No puede | 1,3 | 2,9 | 1,60 |
| No contesta | 0,4 | 0 | 0,40 |

Simpatía política (sin ponderar)

| | % Telefónica | % Personal | (Per.–Tele) |
|------------------|---------------------|-------------------|--------------------|
| Partido Colorado | 22,1 | 23,1 | 1,00 |
| Partido Nacional | 8,7 | 7,6 | 1,10 |
| Frente Amplio | 32,4 | 39,1 | 6,70 |
| Nuevo Espacio | 4,7 | 4,0 | 0,70 |
| Otro partido | 0,4 | 0,2 | 0,20 |
| Otra respuesta | 5,1 | 2,9 | 2,20 |
| No contesta | 14,1 | 4,9 | 9,20 |
| No sabe | 10,5 | 15,1 | 4,60 |
| No corresponde | 1,8 | 2,9 | 1,10 |

Balotaje Batlle–Vázquez (sin ponderar)

| | % Telefónica | % Personal | (Per.–Tele) |
|----------------|---------------------|-------------------|--------------------|
| Batlle | 34,5 | 39,3 | 4,80 |
| Vázquez | 40,7 | 41,3 | 0,60 |
| Ninguno | 4,5 | 6,3 | 1,80 |
| No contesta | 7,4 | 5,4 | 2,00 |
| No sabe | 11,6 | 5,8 | 5,80 |
| No corresponde | 1,3 | 1,8 | 0,50 |

Tests de distribución

| Variables | Significancia | Valor del test | Grados de libertad |
|-------------------|---------------|----------------|--------------------|
| Decisión de voto | 0,011 | 11,215 | 3 |
| Simpatía política | 0,000 | 98,483 | 7 |
| Voto balotaje | 0,000 | 38,931 | 4 |

Resumen

¿Es lo mismo utilizar una encuesta telefónica que una de calle? En parte de la literatura sobre asuntos metodológicos en ciencias sociales, se destacan la rapidez y el bajo costo como las únicas ventajas de las encuestas telefónicas respecto a las de calle. Este trabajo pretende aportar evidencia empírica que contribuya al debate y permita marcar qué dirección siguen las diferencias entre ambas modalidades de encuesta. En particular, se compararon las dos técnicas en lo concerniente a rendimiento de las rutinas, cumplimiento de parámetros poblacionales y resultados obtenidos en tres variables relevantes de opinión pública. El estudio arroja como primera conclusión que ambas modalidades marcan las mismas tendencias, aunque la encuesta telefónica tiende a aumentar el porcentaje de respuestas residuales. Para ninguna de las variables de opinión analizadas los resultados soportan un test estadístico de distribución de frecuencias. Esta primera exploración indicaría, entonces, que estamos frente a dos modalidades más complementarias o convergentes que alternativas.

La encuesta telefónica como *election day poll* *

por Ignacio Zuasnábar

El autor

Sociólogo, DEA en estudios latinoamericanos por la Universidad del País Vasco y candidato a doctor en Sociología por la Universidad de Deusto.

En algunas partes del mundo, las encuestas telefónicas se han comenzado a usar como alternativa de las encuestas "a boca de urna" para realizar pronósticos el propio día de la elección. En el 52º Congreso de WAPOR en París (setiembre de 1999), Ottar Hellevik,

del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Oslo, presentó un artículo sobre este tema a partir de la realidad noruega.¹

En la reciente elección del 31 de octubre en Uruguay, Telemédios (empresa telefónica de Equipos/Mori) realizó una experiencia piloto con el fin de evaluar las bondades y dificultades de esta metodología para anticipar los resultados electorales.

El objetivo del artículo es analizar la experiencia recogida y comentar las facilidades y dificultades de la aplicación de las encuestas telefónicas en los actos electorales.

1. Metodología

Durante el día de la elección se realizaron 770 entrevistas telefónicas en todo el país. Se comenzó a encuestar a las 13.00 horas y se finalizó a las 19.00 (el horario de votación fue de 8.00 a 19.30). Se encuestó en Montevideo, en 132 ciudades, villas y pueblos (de hasta 1000 habitantes) del interior del país, y en 18 zonas

* Trabajo presentado en el Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research); Punta del Este, Uruguay, 11, 12 y 13 de noviembre de 1999.

¹ Ottar Hellevik: "Telephone panels as an alternative to exit polls. Experiences from Norway". Ponencia a la Conferencia de WAPOR, París, 1999.

rurales. La muestra fue estratificada por departamento, de acuerdo con el tamaño de su padrón electoral; dentro de cada uno, los casos se distribuyeron por localidades y zonas rurales en forma proporcional a su población. Se encuestaba sólo a personas que ya hubieran ido a votar. Si quien contestaba el teléfono no cumplía con esta condición, se solicitaba a otra persona del hogar que sí lo hubiera hecho.

Participaron de la experiencia 13 encuestadores, todos ellos pertenecientes al equipo permanente de Telemédicos. Se efectuó un total de 2252 llamadas, de las cuales el 34% fueron exitosas (es decir, derivaron en una encuesta válida). Los motivos de no éxito fueron diversos: la mayoría (914 casos) correspondió a teléfonos en los que nadie contestó (se incluyen aquí los números ocupados y aquellos en los que se encontraron contestadores automáticos o máquinas de fax asociados); en 365 casos nadie del hogar había concurrido aún a votar; 149 personas rechazaron ser encuestadas (7%), y otras 54 (2%) interrumpieron la entrevista antes de finalizada.

Resultados de las llamadas realizadas

| | |
|---------------------------------|--------------|
| Total de llamadas | 2.252 |
| Encuestas válidas | 770 |
| No contesta | 914 |
| Filtradas (aún no había votado) | 365 |
| Rechazos | 149 |
| Interrumpidas | 54 |

La duración promedio de las encuestas fue de 1 minuto y 32 segundos, y cada operador realizó promedialmente 12 entrevistas válidas por hora.

Se utilizó un cuestionario estructurado, que recogía información sobre voto para presidente y senadores. También se relevaron datos acerca del momento en que se decidió el voto, sobre los cambios de voto en la última semana (y, en este caso, sobre a qué partido pensaba votar antes), y sobre las expectativas respecto a quién sería el ganador de la elección. Por último, se registraron variables de base de los entrevistados: sexo, edad, nivel educativo, lugar de residencia, lugar de nacimiento y voto en la elección anterior.

2. Procesamiento de la información

La utilización de un CATI permitió que la información recogida por los encuestadores alimentara en tiempo real una base de datos. En cualquier momento de la tarde se pudieron realizar consultas sobre la distribución de la votación.

Los resultados se ponderaban de acuerdo con criterios geográficos (aunque la muestra final era fielmente proporcional a la distribución geográfica de la población, las consultas durante la tarde no necesariamente se ajustaban al parámetro), y también según criterios políticos (voto en la elección anterior).

3. Resultados

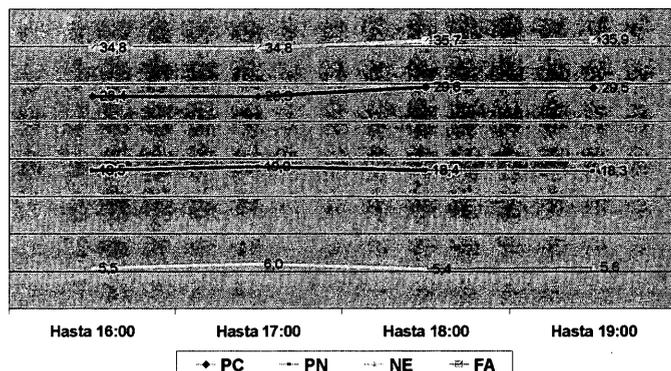
El porcentaje neto de personas que no manifestaron su voto fue del 22%. Sin embargo, como efecto de la ponderación (que eliminaba a las personas que no informaban sobre su voto anterior, que en muchos casos tampoco manifestaban su voto actual), la proporción de *no contesta* se redujo considerablemente (a un entorno del 10%, con variaciones según las horas).

Los resultados obtenidos fueron relativamente estables hora a hora, tras superar una masa crítica de encuestas realizadas (aproximadamente 350 en todo el país) (ver gráfico). La tabla que se presenta a continuación enseña cómo fue evolucionando la cantidad de encuestados en Montevideo y en el interior del país.

Evolución por hora de la cantidad de encuestas

| | Hasta 16.00 h. | Hasta 17.00 h. | Hasta 18.00 h. | Hasta 19.00 h. |
|----------------|----------------|----------------|----------------|----------------|
| Montevideo | 199 | 278 | 332 | 255 |
| Interior | 147 | 222 | 290 | 415 |
| Total del país | 346 | 500 | 622 | 770 |

EVOLUCION POR HORA DE LA MANIFESTACION DE VOTO



Aunque el patrón predominante es la estabilidad en los resultados, cabe señalar que —especialmente a partir de las 17.00 h.— se encuentran algunas variaciones. El Partido Colorado y el Frente Amplio incrementan levemente su proporción de votantes, al tiempo que decrecen —también levemente— los del Partido Nacional y el Nuevo Espacio.

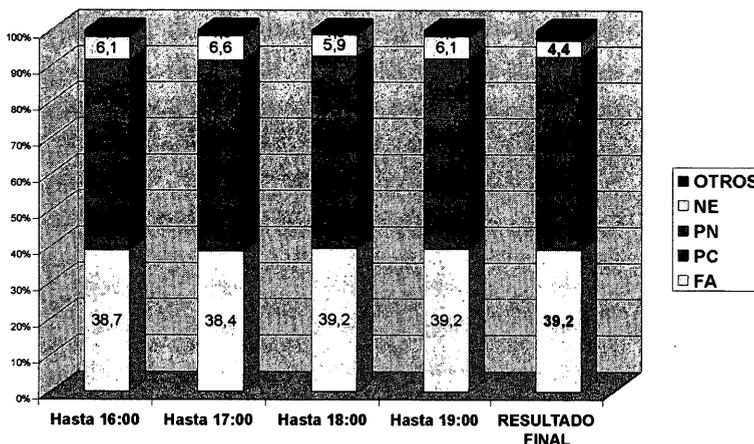
Las variaciones máximas para cada partido en el correr de la tarde fueron: 1,2 para el Partido Colorado (28,4 a las 16.00 h. y 29,6 a las 18.00 h.), 1,1 para el Frente Amplio (34,8 hasta las 17.00 h. y 35,9 a las 19.00 h.); 0,7 para el Partido Nacional (19,0 y 18,3 a las 17.00 y a las 19.00 h. respectivamente), y 0,4 para el Nuevo Espacio (6,0 y 5,4 entre las 17.00 y las 18.00 h.).

4. Proyecciones y comparación con el resultado

A partir de los datos de la encuesta fue posible proyectar, hora a hora, escenarios de resultado final. Las personas que no manifestaron su voto se distribuyeron en forma proporcional al peso que cada partido tenía en el conjunto de los que sí lo hicieron.

El gráfico que se presenta a continuación enseña estas proyecciones y su ajuste respecto al resultado final de la elección.

PROYECCIONES POR HORA Y RESULTADO
(Asignando los "no contesta"
proporcionalmente al peso de cada partido)



El siguiente cuadro resume las diferencias de las proyecciones respecto al resultado final.

Evolución por hora de la cantidad de encuestas

| | Hasta 16.00 h. | Hasta 17.00 h. | Hasta 18.00 h. | Hasta 19.00 h. |
|----------|----------------|----------------|----------------|----------------|
| FA | 0,5 | 0,8 | 0,0 | 0,0 |
| PC | 0,3 | 0,6 | 0,6 | 0,3 |
| PN | 1,1 | 0,6 | 1,4 | 1,6 |
| NE | 1,6 | 2,2 | 1,4 | 1,6 |
| Otros | 0,9 | 1,3 | 1,6 | 1,2 |
| Promedio | 0,9 | 1,1 | 1,0 | 0,9 |
| Máxima | 1,6 | 2,2 | 1,6 | 1,6 |
| Mínima | 0,3 | 0,6 | 0,0 | 0,0 |

Las proyecciones realizadas fueron muy cercanas al resultado final de la elección. Las diferencias promedio oscilaron entre un máximo de 1,1 y un mínimo de 0,9. En algunos casos —como el del Frente Amplio—, la muestra final (a las 19.00 h.) fue más ajustada al resultado real que las mediciones de horas anteriores. Para el Partido Nacional y el Partido Colorado, curiosamente, las proyecciones más cercanas al resultado final fueron las efectuadas a las 17.00 y 16.00 h. respectivamente.

Los resultados sugieren que, aunque con menor grado de confiabilidad, se podrían haber realizado proyecciones razonables sobre el resultado final mucho antes de que cerraran las mesas de votación. De hecho, las diferencias promedio a las 16.00 fueron de la misma magnitud que las de las 19.00 h.

La muestra estimó muy razonablemente las votaciones del Frente Amplio y del Partido Colorado, subestimó en 1,6 el resultado del Partido Nacional y sobreestimó en igual proporción el del Nuevo Espacio. Estas diferencias pueden haber sido ocasionadas, razonablemente, por las diferencias entre el universo de muestreo (hogares con teléfono) y el universo a analizar (conjunto del electorado). De acuerdo con los perfiles socioeconómicos conocidos de los electorados, es posible suponer que, dentro de los hogares con teléfono, los nuevospacistas están sobrerrepresentados con relación al total de los votantes, mientras que los nacionalistas están subrepresentados.

Pero, más allá de estas diferencias, el ajuste global de las proyecciones respecto al resultado definitivo fue más que satisfactorio. Las diferencias con el resultado final, para todos los partidos (y al menos a partir de las 16.00 h.) fueron totalmente explicables por el margen de error de la muestra a un intervalo de confianza del 95%.

5. Ventajas y limitaciones

A la luz de la experiencia recogida, es posible establecer un conjunto de ventajas e inconvenientes de utilizar encuestas telefónicas como *election day poll*. Algunas de ellas refieren a cualidades de la metodología en general, y otras a la forma en que ésta fue aplicada el 31 de octubre pasado.

La ventaja principal de esta herramienta es, probablemente, la posibilidad de anticipar el resultado final a una hora relativamente temprana. Salvo que exista una diferencia importante entre el comportamiento electoral de las personas que votan hasta las 16.00 h. y las que lo hacen más tarde, es esperable que las proyecciones a esa hora se ajusten razonablemente al resultado final. De cualquier forma, para mejorar el nivel de confianza o el margen de error de los resultados en las primeras horas de la tarde, el número de encuestas por hora debería ser mayor que el que se realizó el domingo 31.

Otra ventaja de la encuesta telefónica —esta vez con relación a la boca de urna— es la señalada por Hellevik en su artículo, respecto a la familiaridad de las metodologías.² La encuesta telefónica se maneja con procedimientos que son generalmente más conocidos por toda la estructura operativa, razón por la cual se evita el riesgo de que puedan fallar procesos complejos diseñados exclusivamente para ese día y a los cuales los encuestadores, supervisores y técnicos no están totalmente adaptados.

La posibilidad de trabajar con la misma metodología que se utiliza en las encuestas pre-electorales (siempre que éstas sean también —al menos en parte— telefónicas), brinda, además, mayor capacidad de comparación con los resultados de las últimas semanas, lo que permite detectar o confirmar tendencias que ayuden a mejorar las proyecciones.

Una cuarta ventaja de la encuesta telefónica es la capacidad de supervisión y control directo de los encuestadores, así como de despejar colectivamente cualquier duda sobre situaciones confusas que pueden presentarse en el desarrollo de una encuesta.

Otro elemento importante es que la posibilidad de recolectar información adicional sobre los encuestados (más allá de qué votó) puede permitir, por un lado, identificar y corregir potenciales sesgos de la muestra. Y por otro lado, facilita la elaboración de hipótesis sobre el comportamiento de los *no contesta*, con algún sustento mayor que la simple asignación proporcional de acuerdo con el peso de cada partido (por razones operativas, sin embargo, esta última opción fue la utilizada el domingo 31).

² *Ibidem.*

Por último, cabe señalar que, al menos en la experiencia realizada en esta elección, el porcentaje de *no contesta* de la encuesta telefónica (22%) fue algo menor que el que obtuvieron las encuestas a boca de urna conocidas (en el entorno del 30%).

Las limitaciones provienen, por un lado, de la diferencia señalada entre el universo de análisis y el universo de muestreo. En el caso de Uruguay, en Montevideo la población sin teléfono es una proporción relativamente baja —aunque no irrelevante— del total; en el interior, sin embargo, la diferencia entre ambos universos se acrecienta considerablemente. A partir de la experiencia de la última elección, y con el tipo de ponderación utilizada, los sesgos introducidos por esta limitación fueron relativamente modestos. Sin embargo, es un elemento que debe ser considerado al enfrentarse a nuevas situaciones electorales (por ejemplo, la segunda vuelta del 28 de noviembre).

Otro punto quizá discutible de la experiencia realizada puede ser la utilización de un ajuste *ex post* (ponderación) de la muestra en función del voto anterior, especialmente por el efecto de eliminación de quienes no responden. Si los votantes anteriores de un partido que no lo manifiestan se comportaran distinto, en la elección actual, de los que sí lo manifiestan, este tipo de ponderación puede generar algún tipo de sesgo en los resultados. Los ajustes según el voto anterior, sin embargo, son de habitual utilización en distintos países del mundo (incluido Uruguay) para corregir muestras electorales, tanto las aplicadas mediante entrevistas de calle como las telefónicas.

Una tercera limitación es que el número de encuestas que es posible realizar por vía telefónica es sensiblemente menor que el que se alcanza con una encuesta a boca de urna. Los márgenes de error e intervalos de confianza de esta última son, generalmente, mejores que los de la telefónica.

Y, por último (aunque seguramente hay muchas limitaciones que no se han incluido aquí), la encuesta a boca de urna (mediante la corrección por escrutinio) puede acercarse en forma mucho más exacta que la telefónica al comportamiento de quienes no responden qué votaron, con lo cual sus proyecciones hacia un resultado final pueden ser mucho más precisas.

6. Conclusiones

La experiencia realizada permite, en primer lugar, corroborar que la encuesta telefónica es un método válido y útil para anticipar resultados electorales el día de una elección.

La experiencia internacional es sugerente respecto a los posibles alcances de la metodología. Hay países (como Noruega) en los cuales está prohibida la realización de encuestas a la salida de las mesas de votación, por lo que la

encuesta telefónica es una muy buena alternativa. Hay otros países en los que los resultados finales se conocen muy rápidamente luego de terminada la elección, por lo cual las empresas encuestadoras no tienen suficiente tiempo para realizar una corrección por escrutinio de sus resultados a boca de urna. También en estos casos la encuesta telefónica es una herramienta sumamente útil por su menor índice de rechazo, el mayor volumen de información recogida y la velocidad de acceso a la información.

En Uruguay, por el momento, no existen mayores problemas para que los encuestadores a boca de urna realicen su trabajo, y además la demora en conocer los resultados oficiales definitivos da la posibilidad de ajustar los resultados de acuerdo con el escrutinio (lo que les da mayor precisión a las proyecciones).

La encuesta telefónica, sin embargo, mantiene la ventaja de la rapidez para anticipar los resultados, y tiene menor proporción de no respuesta. En cuanto a la precisión de las proyecciones, al menos según la experiencia recogida el 31 de octubre, el ajuste respecto al resultado final es más que adecuado.

Seguramente son necesarias otras pruebas del instrumento para un juicio definitivo sobre el tema, pero en estas condiciones parece razonable comenzar a pensar en la encuesta telefónica como una metodología válida para anticipar resultados el día de la elección. Posiblemente no como sustitutiva de las encuestas a boca de urna (cada una tiene sus ventajas y desventajas) pero sí, al menos, como complementaria.

Resumen

Las encuestas telefónicas han comenzado a emplearse como método para realizar pronósticos el mismo día de las elecciones, como alternativa o complemento de las conocidas encuestas a boca de urna que a estos fines se emplean casi en todo el mundo. En los comicios del 31 de octubre en Uruguay, Equipos/Mori realizó una experiencia piloto con el fin de evaluar las bondades y dificultades de este instrumento para anticipar los resultados electorales. En este artículo se analiza la experiencia y se apuntan algunas ventajas y desventajas relativas de la encuesta telefónica frente a los métodos tradicionales.

Las encuestadoras de opinión pública

Nuevas cómplices y agonistas de la comunicación política en el escenario radial uruguayo*

*por Carmen Rico de
Sotelo*

*La preocupación por entender la
vida política ennoblece la condición
ciudadana.*

Horacio Martorelli

La autora

*Socióloga, doctora en Ciencias de la
Información. Directora de Relaciones
Internacionales y docente en la
Universidad Católica del Uruguay.*

Políticos, periodistas, ciudadanía y encuestadoras

Un/a nuevo/a actor/a ha entrado en escena, reformulando el clásico triángulo de la opinión pública (OP), para disputar el poder y convertirse, también a lá manera de los periodistas, en una suerte de emisor parapolítico, eventualmente en inductor del voto.

Su poder mella el de los políticos tradicionales, su presencia refuerza la

* Artículo presentado en el Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research); Punta del Este, Uruguay, 11, 12 y 13 de noviembre de 1999.

parrilla de programación de las emisoras radiales, aparece en pequeños espacios televisivos semanales en los períodos pre y poselectorales, ocupa los titulares del periodismo escrito y frondosas páginas con los resultados comparados de las consultoras de opinión pública (COP) y se constituye en *partenaire* privilegiado de los periodistas políticos, con la misma relación cómplice-agonística (cf. la noción anglosajona de *co-petition*) de aquéllos con los políticos.

Esta presentación no pretende en modo alguno discutir las nuevas posibilidades de acceso a la información política por parte de los ciudadanos que afortunadamente permite la difusión de previsiones electorales por parte de las COP, sino el conflicto que plantea a quienes poseían tradicionalmente el poder y la información política: las únicas voces públicas autorizadas para el debate,¹ tema éste que se ha instalado hoy en la agenda.

Sucede que la sociedad de la información es más generosa y más compleja para todos: incrementa notoriamente las posibilidades ciudadanas pero complejiza la acción política, por cuanto el político profesional no puede manejar la agenda de la opinión pública con sus clásicas estrategias discursivas, que incluían los espacios mediáticos con un solo contendor y agonista (ya de la propia elite política, ya del periodista político).

Hablar de las consultoras de opinión pública implica hacerlo de un *alter ego* que es también prioritariamente escuchado, y en forma pública y mediática. Políticos que habían aprendido a convivir con la experticia de perspicaces periodistas que los interpelaban, ahora los ven acudir sistemáticamente a las empresas encuestadoras para que interpreten a *micrófono abierto* el acontecer político a partir de datos *confiables*, perdiendo (o compartiendo) así la posesión del conocimiento del comportamiento político y su difusión.

Las consultoras son contratadas por los políticos para auscultar el estado de opinión..., y los medios masivos, a su vez, las asocian para la difusión y discusión de resultados generales.

Convivencia conflictiva entre encuestas electorales, políticos profesionales y medios masivos

Al entrar con fuerte presencia en escena las consultoras de opinión pública y, en el caso que pretendo analizar, las encuestas difundidas en Uruguay en espacios semanales radiales, se plantean dos tipos de conflictos: entre los

¹ Carmen Rico: *Políticos y periodistas: cómplices y agonistas del escenario radial uruguayo*, tesis doctoral, 1999.

políticos y las encuestadoras, pero también entre las encuestadoras y las empresas periodísticas, por cuanto arguyen no ser bien interpretadas por los periodistas (en definitiva, porque éstos no estarían cumpliendo adecuadamente su rol de mediación social a través de la información).

En este trabajo parto de la premisa básica del peso y de la centralidad de la radio en la cultura de oralidad uruguaya.² Y tomando como base la propuesta de la cascada comunicativa de K. Deutsch,³ enfoco la relación entre la radio, los periodistas y la comunicación política a partir del grado de incidencia del periodista radial en la articulación de la agenda política conjuntamente con la particular presencia de los analistas políticos, representantes de las empresas encuestadoras. En síntesis: la comunicación política radial como un espacio peculiar de la agenda del debate político. Ello implica centrar el análisis en la capacidad de los emisores profesionales de radio de constituirse en emisores parapolíticos, así como también de las encuestadoras; es decir, de demarcar la importancia de su rol en la interlocución política, llegando en algunos casos a la generación de hechos políticos, o a ser mediadores en dicha generación.

Presentar a los periodistas, y hoy a los científicos políticos, como mediadores, canalizadores o referentes de la opinión pública, particularmente en su relación con los actores políticos partidarios, supone introducir un espacio en la opinión pública que otrora era privativo del circuito político profesional. El clásico triángulo de la OP (políticos, periodistas y ciudadanos) se ve reformateado con las consultoras de OP, que surgen para conocer, prever y por ende interpretar la OP, pero que simultáneamente generan un efecto de fuerte disputa del poder con políticos y, por qué no, también con los periodistas.

La radio provee a los analistas políticos de espacios en la programación semanal, mucho tiempo antes que la televisión. Hace ya varios años analizábamos el rol del periodista político radial uruguayo en la interlocución política. A partir de una hipótesis original del peso de la radio y de la capacidad de ciertos periodistas radiales uruguayos de intervenir en la agenda política y de introducir temas públicos, y por consiguiente en la OP, estudiamos particularmente los programas periodísticos-políticos radiales. En ellos se seleccionaba la entrevista central (en general a la hora 9 a. m.), donde se descubría una suerte de relaciones cómplice-agonísticas, con estrategias discursivas e intereses contradictorios, a veces opuestos, a veces similares. Pero en todo caso, con necesidades recíprocas de presencia y agudeza intelectual de ambos interlocutores. La capacidad del periodista radial de agendar temas, de poner en el aire ciertos tópicos de interés político, obedecía así a varias razones, algunas de índole personal-profesional, otras producto de su cercanía con la clase

² *Ibidem.*

³ Karl Deutsch: *Los nervios del gobierno*, 1969.

política, y otras debidas a una retórica de amigos-enemigos que acompañaba el entramado de la relación en la ficción-realidad, suerte de matriz binaria en la que uno no podría desarrollar su presencia y visibilidad públicas sin el otro, que lo acompañaba en el espacio conversacional.

¿Pero cómo han venido a alterar el panorama las COP?

En dichos programas radiales, los dos tipos de interlocutores, políticos y periodistas como cómplices y agonistas del escenario radial político uruguayo, ofrecían al conjunto de la sociedad parte del contexto de formación e información política; por lo tanto, de la OP. Pero hoy es necesario reconstruir esa interlocución política y el reparto del poder del micrófono con las consultoras de OP. Como buenas féminas, éstas han venido a complicar la agenda, criticadas por políticos y no siempre bien comprendidas ni mediadas por periodistas.

Dicho de otra manera, a las ya complejas relaciones entre ambos tipos de actores en el escenario radial se agregan las empresas de medición de OP, que comienzan a ocupar en la radio un espacio preponderante, con una frecuencia sistemática establecida y anunciada en la programación y, por supuesto, con su correspondiente *rating*.

El discurso de la comunicación política radial: un lenguaje a medio camino entre oralidad y escritura

¿Por qué los espacios de análisis de la opinión pública ocupan un espacio central en la radio uruguayaya?

Desde el punto de vista del formato radial periodístico-político, ello implica recurrir no sólo a la comparación con otros formatos mediales sino también a la caracterización de su discurso en función de la dicotomía oralidad-escritura y de las peculiaridades del código lingüístico utilizado. Para este caso se distinguen tres tipos de interlocutores: los periodistas, los políticos y los encuestadores, en los que ronda el fantasma del "reparto del poder del micrófono", a partir de las complejas interacciones entre dichos tipos de actores en el escenario radial.

Sartori ofrece una interpretación adecuada para este contexto:

Estamos saliendo del mundo constituido por las "cosas leídas" para entrar en el mundo de las "cosas vistas". La transición pasa por medio siglo —o incluso menos— de "cosas oídas", es decir, de escucha de la radio. Pero la radio sigue siendo, a su modo, lectura. Quien abandona el periódico por la radio deja de leer pero sigue "haciéndose leer"; así pues, la radio permite conocer el mundo sin cansar los ojos.⁴

Esto es cierto respecto a la radio uruguaya, al menos en dos sentidos.

Primero, en un sentido asaz literal: es habitual que los informativos radiales de la mañana se inicien con la rutina hartamente conocida de la lectura de los titulares de prensa. Pero, por otro lado, es interesante observar cómo el habla de los programas periodísticos radiales de corte político tiene ecos de la escritura, aunque no constituya una lectura en sentido estricto.⁵

La radio representa una forma de comunicación oral, pero con algunos rasgos particulares por la falta de soporte visual (en el caso de la radio tradicional, y no de las posibilidades que ofrece hoy la convergencia tecnológica). Mas, por otro lado, la forma característica que asume el habla radial en el caso de los programas periodísticos de corte político —registro formal, discurso argumentativo— la hacen aún más próxima a la lengua escrita, dada la gran predominancia de los elementos digitales sobre los analógicos.⁶

Es este carácter verbal, digital, formal, argumentativo, lo que aproxima el discurso de este tipo de programas de radio al del periodismo de información-opinión. Como señala Postman, la influencia de la imprenta dio lugar a lo que denomina la *mente tipográfica*: una forma de estructurar el pensamiento —y el discurso, incluso el oral— de acuerdo con las pautas que regulan la lengua escrita:

Un discurso centrado en el lenguaje [...] tiende a ser cargado de contenido y serio, y más aún cuando adopta su forma de la imprenta. [...]

En una cultura dominada por la imprenta, el discurso público tiende a ser caracterizado por una disposición coherente y ordenada de hechos e ideas. [...] La disertación es un modo de pensamiento, un

⁴ Giovanni Sartori: *La democracia después del comunismo*. Alianza, Madrid, 1993.

⁵ Neil Postman acuñó la expresión *mentalidad tipográfica* para referirse a la forma de ver el mundo predominante en la era posterior a la imprenta y anterior a la televisión. Para Postman, los padres fundadores de la democracia americana —representantes típicos de esta "mentalidad"— hablaban como si escribieran.

⁶ Esto no ocurre así en otras modalidades de comunicación radial en Uruguay, como en los programas de FM dirigidos a la juventud, donde muchas veces lo que importa no es lo que se dice sino cómo se dice.

método de aprendizaje y un medio de expresión. Casi todas las características que asociamos con el discurso maduro fueron ampliadas por la tipografía, la cual tiene la más fuerte predisposición hacia la disertación: una habilidad sofisticada para pensar conceptual, deductiva y secuencialmente; una gran valoración de la razón y el orden; aborrece la contradicción; una gran capacidad para la imparcialidad y la objetividad, y una tolerancia hacia la respuesta dilatada.⁷

El hecho de que el discurso de la comunicación política radial se estructure en torno al lenguaje y a una visible racionalidad, tiene consecuencias en cuanto a los criterios utilizados para su validación. Pretendo entonces acercar algunas variables que explican el éxito de las empresas de opinión pública en la radio uruguaya.

Pero estas particularidades del discurso político radial no se explican solamente por las características del medio, sino también por las de su público, que, a diferencia del de los informativos de la televisión, es bastante segmentado: "El público al que se dirige en general es competente para comprender el discurso".⁸ Mientras el público de la televisión y el de algunos formatos radiales es absolutamente masivo, con un peso importante de la audiencia de nivel socioeconómico medio-bajo y bajo, el de la comunicación política radial tiene un perfil básicamente de clase media con alto nivel educativo. Esto, como es de suponer, incide en el tipo de códigos que pueden utilizarse en uno y otro formato.

Basil Bernstein⁹ distingue entre el *código lingüístico restringido o lenguaje público* de las clases bajas y el *código lingüístico elaborado o lenguaje privado* de los dialectos de clase media y alta. El código lingüístico restringido puede ser al menos igualmente expresivo y preciso que el elaborado, dentro de contextos familiares y compartidos por el hablante y el oyente.

Por otro lado, aunque el código elaborado requiere de un discurso oral, pero espacialmente descontextualizado, no puede utilizar el código restringido; y, a su vez, cuenta con un público capaz de interpretar dicho código elaborado, que será el utilizado en forma predominante, ya que:

Los periodistas poseen una determinada representación previa de su audiencia. Es razonable suponer que cuando evalúan, al menos de manera implícita, los conocimientos y esquemas interpretativos previos de sus lectores, los periodistas los someten a una tipificación

⁷ Neil Postman: *Divertirse hasta morir*, pp. 54-68

⁸ *Ibidem*.

⁹ Citado por Walter Ong: *Oralidad y escritura*, México, FCE, 1986.

cultural que, inevitablemente, presenta rasgos etnocéntricos: los de la cultura profesional de los informadores, pero también los más generales de una cultura de clase media letrada. [...] El destinatario típico de la información periodística es un "ciudadano bien informado" que supeitamente comparte con el propio informador numerosos esquemas para categorizar y modos de interpretar el mundo social.¹⁰

Iyengar y Kinder (1993) afirman que "la posibilidad de que el ciudadano común logre entender asuntos públicos parece excepcional. Los asuntos políticos resultan remotos y complejos. Y ello tiene que ver con el tema de las heurísticas cognitivas: los asuntos públicos no son en general tema de los ciudadanos". El espectáculo televisivo sería para simples cognitivamente. *La radio puede considerarse como un atajo cognoscitivo* frente a la prensa (y la televisión con respecto a la radio) por varias razones inherentes, entre ellas su don de ubicuidad, al tiempo que describe el mundo de una forma distinta que otras fuentes de noticias. Estos autores destacan "la importancia de la accesibilidad como artilugio heurístico en las opiniones diarias". Dicha accesibilidad permite el desarrollo del vínculo con el periodista radial, y con él del efecto *priming*. Según la *teoría de la impresión*, el protagonista periodista hace que se preste atención a lo que él, *per se*, diga y a cómo organice la agenda. Tiene así la pretensión de causar impresión en un público sensibilizado por mediaciones previas.

En definitiva, la radio es un medio más accesible que el periodismo escrito, pero no tan simplificador como la televisión, que por lo primero permite el desarrollo de vínculos y por lo segundo habilita el tratamiento relativamente profundo de temas complejos (entiéndase tendencias, extrapolaciones, proyecciones, margen de error, voto volátil, piso de opinión, piso electoral...), ante un público con la preparación adecuada para llegar a comprenderlos. Todo esto implica también el desarrollo del *vedettismo mediático (personality journalism)*¹¹ de las estrellas periodísticas, que por su credibilidad y competencia profesional se convierten en auténticos formadores de opinión, y de otros que por su credibilidad y competencia profesional también se convierten en auténticos formadores de opinión (asociados al nombre de su consultora de opinión pública y análisis político).

Entonces: ¿qué le espera al político, intérprete ciudadano, interpelado hoy públicamente no sólo por el periodista sino también por el cientista social y por

¹⁰ Gonzalo Abril: *Teoría de la información*, p. 308.

¹¹ Síndrome de lumbrera, crf. R. Rieffel.

sus análisis cuanti-cualitativos (cuando ya los debates políticos televisivos no constituyen el tópico de mayor interés)?

Por su parte, en apoyo a mi interés por la comunicación y la política, me parece hartó atinada la reflexión del colega uruguayo Martorelli,¹² quien manifiesta "la convicción de que ni los prepotentes ni los estultos tienen por qué protagonizar por siempre la acción política; la de que el análisis político admite niveles relativamente sencillos de discusión provechosa; la de que el poder es menos peligroso cuando más gente comprende sus mecanismos de funcionamiento; la de que ningún sector o grupo goza de la posesión monopólica de la verdad política y social; la de que, en fin, en el Uruguay hay un gran volumen de gente corriente que está llamada a construir una vida política cada vez más digna de la condición humana". De ser esto cierto, la radio probablemente proporcionaría un soporte mediático adecuado a esos "niveles relativamente sencillos de discusión provechosa" y podría alcanzar a ese "gran volumen de gente corriente", aun cuando dicho aporte se podría hoy verificar en términos cualitativos pero aún no cuantitativos.

Lo dicho hace que, aun conviviendo dentro del universo de los medios audiovisuales, radio y televisión tengan una diferencia radical. En general, en coincidencia con Sartori, "se admite que la televisión explica poco y mal".¹³ Pero, a diferencia de la televisión, que "reduce la información a lo visible",¹⁴ lo parafraseo diciendo que la radio amplía la información a lo verbalizable, a lo explicable, al tiempo que potencia racionalmente las posibilidades argumentativas por la propia capacidad de su lenguaje (y no sólo por razones de tiempo y espacio).

Proceso de establecimiento de la agenda y tematización

La hipótesis de *agenda-setting* plantea que el público tiende a considerar en su horizonte cognitivo aquellos temas que los medios incluyen en su contenido. Esta hipótesis se basa en determinadas características de los sistemas de medios de comunicación de masas (acumulación, consonancia y omnipresencia) y funciona, aparentemente, en forma diferente para los distintos medios. Wolf sostiene que la prensa escrita tiene un mayor poder de establecimiento de agenda que la televisión, y atribuye este fenómeno a las características del

¹² *Poder, política y sociedad*, EBO, Montevideo, 1983.

¹³ Sartori, o. cit.

¹⁴ *Ibidem*.

medio televisivo (su manejo del tiempo, por ejemplo). Como ocurre con la mayoría de los autores, no menciona a la radio.¹⁵ Pero la radio ocupa en el Uruguay una posición clave en el sistema de medios de comunicación de masas.

Si esta hipótesis general de la *agenda-setting* me conviniera, podría conjeturar que la radio uruguaya, y en especial ciertos periodistas radiales "asociados" a empresas de opinión pública, cumplirían buena parte de las funciones de establecimiento de agenda, en ocasiones sustituyendo a la prensa o siendo retomados por ella, en ocasiones complementándola e interactuando con ella en forma sinérgica. No dejo de recordar que la comunicación política radial, en el Uruguay al menos, tiene dos características que la diferencian claramente de la mayoría de los formatos audiovisuales: su público segmentado de clase media y alta, "educado" y presuntamente "informado" (a diferencia del público masivo de informativos televisivos, no segmentado), y un discurso basado predominantemente en el código lingüístico elaborado.

El rol de los líderes de opinión en la conformación de la agenda pública

Observa Sartori:

Los *media* hablan con voces distintas, presentan "verdades" distintas. ¿A quién creer? Los líderes de opinión son, por lo tanto, las "autoridades cognitivas", aquéllos a los que preguntar y en los que tener fe. Obviamente, incluso en este nivel, las opiniones y las autoridades cognitivas están diversificadas: pero con mayor razón cada grupo escucha a un determinado líder. Los líderes de opinión local hacen, pues, de filtro y también de prisma de las comunicaciones de masa: pueden reforzar los mensajes retransmitiéndolos extensamente, pero pueden también desviarlos o bloquearlos declarándolos poco creíbles, distorsionados o incluso irrelevantes.¹⁶

Este último aspecto resulta fundamental: si los líderes de opinión consideran que un tema no es relevante, es poco probable que éste pase a integrar la agenda pública. Sin embargo, si bien "los media hablan con voces distintas", como dice Sartori, a menudo esas voces hablan sobre los mismos temas (fenómeno que los partidarios de la hipótesis de *agenda setting* denominan *con-*

¹⁵ Mauro Wolf: *La investigación de la comunicación de masas*, Paidós, Barcelona, 1987.

¹⁶ Giovanni Sartori: *Manual de ciencia política*, pp. 155-156.

sonancia), lo cual disminuye la probabilidad de que los líderes puedan considerar irrelevante un determinado *issue*.

De alguna manera los líderes de opinión, expuestos más intensamente a los medios de comunicación de masas y encargados por sus grupos primarios de ofrecer una *síntesis comentada* de sus contenidos, serán los más sensibles a esta consonancia, y es probable que se hagan eco de ella, en la medida en que implica para ellos una cierta economía de acción. ¿Qué es lo más importante? Aquello de lo que todos los medios hablan. O sea que, si bien el líder de opinión puede tener un papel relevante en la formación de la opinión sobre un determinado tema, es probable que sea menos autónomo en la jerarquización de los temas, o en la introducción de temas en la agenda, dado precisamente que obtiene la mayor parte de su información de los propios medios masivos.

Por otro lado, Sartori pone en el tapete la cuestión de la credibilidad de los mensajes, que está estrechamente relacionada con la credibilidad de los emisores: ¿quién mejor que los líderes de opinión para detectar inconsistencias en los discursos de los medios y los periodistas a los que están tan expuestos? Sin embargo, el *status* del líder de opinión como tal está muchas veces asociado con la exposición a un determinado medio o periodista "prestigioso" o "creíble", que obtiene su base de legitimación de estos líderes de opinión. Ésta es apenas una de las múltiples simbiosis que se detectan en el fenómeno de la comunicación periodística radial de corte político: los líderes de opinión (pertenecientes al cuarto nivel de la cascada comunicativa [Deutsch]) se transforman en tales, entre otras cosas, porque escuchan los programas de determinados periodistas prestigiosos, y éstos, a su vez, adquieren su prestigio del hecho de que los líderes de opinión los oigan y citen constantemente. Pero aquí aparecen los prestigiosos científicos sociales que hacen más o menos creíbles los mensajes y que los retroalimentan.

De la noción de *agenda setting* a la de tematización

Gonzalo Abril¹⁷ revisa críticamente estas hipótesis y retoma el enfoque de la tematización de Niklas Luhmann: "la tematización [es] la operación más sustantiva para la conformación de la opinión pública contemporánea [...] la opinión pública no es ya el resultado de la libre discusión racional de los temas de interés público por parte de los individuos, como en la vieja teoría del liberalismo". ¿Quién define entonces cuáles son los *temas de interés público*? "La

¹⁷ *Teoría de la información*, o. cit.

opinión pública se manifiesta más bien como una estructura formada por temas institucionalizados al obedecer a una valoración de relevancia por parte de los medios de comunicación de masas. Éstos ejercen, pues, una actividad selectiva otorgando pertinencia a unos temas y restándosela a otros".¹⁸

Esta concepción se sustenta así en la visión de Luhmann según la cual la comunicación constituye el elemento fundamental en el funcionamiento de un sistema.

Los temas configuran ámbitos de sentido compartido socialmente, y sirven por ello para fundar o regular el consenso social. [...] En la sociedad compleja, en la que se produce un notable aumento de las experiencias y de las acciones, así como una gran variedad de intereses, no es posible alcanzar el consenso mediante una opinión pública considerada como resultado de la discusión libre. Sólo es posible mediante la selección y valoración de determinados temas insertados de manera contingente en la opinión pública y en virtud de los cuales la complejidad social puede ser reducida.

No hay que olvidar que la teoría sistémica de Luhmann trata precisamente de esto, de la "reducción de la complejidad".

La estructura de los temas del proceso de comunicación política puede así ser adaptada (como un "mecanismo-guía") a la toma de decisiones por parte de la sociedad y más específicamente por parte de su sistema político.

La tematización estructura la opinión pública, evitando que asuma una cualidad amorfa, lo cual podría ocurrir por la diversidad de experiencias de los diferentes miembros de la sociedad compleja. ¿Quiénes determinan este proceso de tematización? Gonzalo Abril comenta a Berrio, para luego introducir una corrección que comparto por entero en el tema de las mediaciones sociales y el sistema político. Según este último:

¹⁸ Parte de la discusión consistirá, desde luego, en cuáles son los criterios que llevan al medio a seleccionar y jerarquizar un tema. Respecto a esta cuestión hay tres posiciones básicas: las teorías conspirativas, algo paranoicas, que afirman que los medios son un instrumento de dominación y dan una visión "ideológica" de la realidad; las teorías del *newsmaking*, sobre las que volveré, que afirman que los medios manejan determinados criterios de noticiabilidad y realizan determinadas rutinas de producción; y las teorías de la objetividad periodística, que afirman un poco ingenuamente que los periodistas simplemente informan al público de "la realidad".

La opinión pública es el resultado de la comunicación pública organizada primariamente por el sistema político e instrumentalizada por los medios de comunicación, que son las mediaciones sociales pertinentes. El sistema político de la sociedad, diferenciado en los diferentes sistemas de partidos y de instituciones del Estado, genera los temas que tendrán relevancia social; también genera las valoraciones a partir de las cuales se podrá establecer una jerarquización en la atención que se les habrá de prestar.

Pero aquí es donde yo también atenúo esta afirmación un tanto superada, por cuanto el sistema político se vale de los medios, pero no como un mero instrumento exterior a sí mismo. Dichos enfoques teóricos ignoran que "la democracia actual funciona incorporando las formas de comunicación contemporáneas (principalmente los medios audiovisuales) al propio sistema político, de la misma manera que la democracia liberal primitiva se sustentaba en la prensa, la literatura y la correspondencia privada" (Abril, 1997). De forma que todo el entorno del sistema multimedial no se limita a hacer efectiva la tematización propuesta por el sistema político, sino que interactúa con él de un modo más complejo que la separación tajante e ingenua de medios y política, donde ésta funcionaría como una cantera generadora y proveedora de temas que el sistema de medios meramente retomarí.

La noción de *tematización* va así más allá de la de *agenda setting*: la presentación de los temas en los medios no sólo los incluye o excluye y jerarquiza, sino que de algún modo define cuáles serán las dicotomías posibles, los ejes del debate público sobre estos temas. Los medios no prescriben una determinada posición con respecto al tema, pero reducen eficazmente el menú de opciones, a menudo a sólo dos, lo cual facilita enormemente al sistema político el operar sobre la opinión pública.

La idea de *tematización* se sustenta en el papel central que los medios ocupan como el principal mecanismo de autorreflexividad de las sociedades complejas: "Los medios tienen un gran poder conformador de la realidad/normalidad social por el hecho de constituir la fuente principal de información y orientación de que dispone la gente respecto a los fenómenos colectivos". Esto lleva a Gonzalo Abril a afirmar que la realidad pública se sostiene sobre un simulacro o creencia de segundo grado. Este fenómeno —que por su naturaleza sistémica podría relacionarse con fenómenos tan diversos como la llamada *ignorancia pluralista* o la *espiral de silencio* de Elisabeth Noelle-Neumann— es posibilitado por la propia estructura de la "masa" en las sociedades contemporáneas.

Abril retoma también algunas nociones de Austin y Searle para afirmar que "los enunciados de amplia difusión pública que cualifican ciertas normas o

comportamientos sociales como dominantes afectan performativamente a la implantación de esas normas y comportamientos." O dicho modo, a través de una especie de actos de habla, cuando los medios describen la opinión pública, la construyen. Esto evidentemente fomenta las visiones instrumentales, ya que:

La ingeniería política contemporánea, que se sirve de los medios, y especialmente de la televisión, como su principal soporte logístico, tiene en la profecía auto-realizadora uno de sus principales procedimientos de control de la opinión. Las prácticas demoscópicas —recientemente aplicadas y difundidas—, las campañas de imagen y de relaciones públicas de los partidos y líderes políticos serían poco más que divertimentos intelectuales si sus patrocinadores lo desconocieran. A un nivel más general, más allá de sus aplicaciones instrumentales o intencionadas, la profecía auto-realizadora constituye un mecanismo fundamental de la construcción y el ejercicio de la hegemonía.¹⁹

En una línea similar, Bárbara Pfetsch²⁰ se pregunta cómo se desarrollan los procesos de tematización política: ¿qué características debe tener un tema político para llegar a ser un tema de la agenda política?, ¿cuáles son los actores que participan en este proceso?, ¿qué ha de entenderse por un tema político? Los resultados de las encuestas parecen ser un ejemplo característico.

También desde la perspectiva de N. Luhman, define los temas o *issues* como complejos de sentido más o menos inciertos y posibles de desarrollar, es decir, temas estructurales de la comunicación que tienen la función de capturar la atención. Los temas estructuran la opinión pública y señalan la necesidad social de solucionar problemas; en la discusión pública se trata de algo que es controvertido, cuestionable. Así Pfetsch define los procesos de tematización como el tratamiento que los actores políticos y los medios de comunicación les dan a las circunstancias definidas como problemas que deben solucionarse políticamente.

Pero no cualquier problema en la sociedad se convierte en un tema político; ¿qué es lo que lo hace encabezar permanentemente la agenda política, replanteada también por los periodistas? Varios factores, entre los que se puede destacar el ser:

- un punto de discusión entre los partidos,

¹⁹ *Ibidem*, pp. 291-292.

²⁰ Pfetsch, en Thesing y Hofmeister: *Medios de comunicación, democracia y poder*, CIEDLA, FKA, Buenos Aires, 1993.

- un vehículo hacia la formación de opinión y la decisión,
- acogido por el sistema político, resultando integrable a sus programas de toma de decisiones.

Este último punto es clave a efectos de detectar el rol de la interlocución periodística y su capacidad interrogativa y argumentativa, cuando los periodistas lanzan a la arena de la agenda pública determinados temas que serán retomados por el sistema político. Porque la chance de tematización no depende solamente del tema mismo, sino también del rol político que desempeñan los actores. Dice Pfetsch que son los *medios masivos los que constituyen la variable crítica en los procesos de tematización*. Ellos permiten el acceso a la opinión pública y son por tanto, y al mismo tiempo, la condición para el foro de las evoluciones temáticas.

Hoy por hoy, creo que nadie puede discutir la influencia de los medios, y en particular de ciertos periodistas y ciertos científicos políticos, sobre la priorización de los temas políticos. "La función tematizadora de los medios de comunicación es decisiva precisamente en el ámbito político". Por una parte, los medios co-deciden qué problemas de una sociedad se consideran de especial importancia, y por ello, cuáles requieren solución y cuáles se desatienden. "El foco temático de los medios de comunicación forma el fundamento del modo como evaluamos a los políticos y su gestión" (Pfetsch).

La atención dirigida a un tema constituye un ciclo (*issue attention cycle*) determinado, a través del cual se sigue el trayecto de los temas, sus posibilidades de éxito y el resultado de la interacción entre los políticos y los medios. En una fase latente el tema es percibido por algunos *insiders* (Luhman), pero aún no se encuentra ningún título para ello; el tema queda latente y logra manifestarse cuando los líderes (tanto periodistas como políticos) apuestan por él y lo difunden. Una vez que el tema aparece en los medios, el fenómeno conocido como *inter-media agenda setting* hace que se desarrolle como en una reacción en cadena. A modo de ejemplo: los resultados de las empresas encuestadoras pasan a integrar la discusión pública, en la que intervienen los políticos, periodistas y científicos sociales, atentamente escuchados y observados por un conjunto atento de la ciudadanía.

¿Pero quién y cómo predomina? B. Pfetsch²¹ sostiene que en la agenda política aparecen sobre todo aquellos temas posibles de articular y decidir en

²¹ La FKA a través del CIEDLA (Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo Latinoamericano), lleva adelante diversos programas de investigación sobre ciencias políticas, comunicación y periodismo, que contribuyeron significativamente a dar forma a mis intuiciones sobre la relación entre periodistas y políticos. Particularmente, debido al énfasis otorgado a las "personas" periodistas, más que a los medios, como se encuentra vulgarmente.

el marco de los mecanismos establecidos para el logro del consenso y de los que las elites no tienen que temer un peligro para su poder político.

Los periodistas tendrán que tener en cuenta al menos tres características de un tema específico para que merezca la pena tematizarlo: la *personalización*, el *negativismo* (que yo prefiero llamar *conflictividad*) y la *prominencia*. Así también los adecuan a los criterios del formato radial o televisivo (que ofrecen muy distintas posibilidades): rapidez y simplicidad del suministro de información, posibilidad de visualizar la información y ciertos elementos dramáticos del tema, esto siempre en el caso de la televisión. Para la radio reservaré otras posibilidades argumentativas, de la comunicación político-radial como lenguaje a medio camino entre oralidad y escritura.

Una de esas tendencias de los periodistas es denominada por Kepplinger como *actualización instrumental*:²² se favorecen de esta forma aquellas noticias sobre temas conflictivos (las encuestas electorales), que apoyan su propia visión.

Este proceso tiene elementos de antagonismo, porque gobiernos, partidos y políticos en forma personal influyen sobre la agenda de los medios masivos, determinando temas y momentos de su publicación u obstaculizando o difiriendo información. Cuando se trata de problemas políticos (resultados adversos de las encuestas), la relación entre políticos y periodistas es especialmente delicada porque ambos persiguen objetivos diferentes, pero complementarios en razón de su necesidad antagónica. Este aspecto específico de la paradójica relación de los políticos con los periodistas afecta también a los analistas. No obstante y muy brevemente, vale la pena recordar que en cierto momento el discurso político, el mayor discurso público imaginable era esencialmente monológico. "Hoy, en democracia, los políticos persiguen efectos perlocutorios mediante [...] estructuras verbales propias de la conversación" (Jitrik, 1991).²³

Esta regla fundamenta por qué el dominio de la agenda temática figura entre las metas comunicacionales de los políticos, y de ahí la chance de captar la atención pública. La radio uruguaya, algunos periodistas y analistas de OP, también contribuyen significativamente a este proceso.

²² *Ibidem*.

²³ "No decir nada. La conversación en la cúspide de la comunicación", en *Versión* nº 1, México.

Políticos y periodistas definiendo las estrategias de comunicación y gerenciando la información estratégica

Desde hace algunas décadas, la elaboración de estrategias integrales de comunicación forma parte del trabajo cotidiano que supone informar al público acerca de la política y de lo político (Thesing y Hofmeister).²⁴ Esto ocurre en el marco del descrédito relativo de la clase política, la disminución de los votos cautivos, ante la mayor complejidad y competencia para la formación de opiniones y las limitaciones naturales en la capacidad de atención de los ciudadanos. Los cambios en la discursividad política se producen a raíz de la crisis operada en la mayoría de los enunciadores políticos (sujetos e instituciones), y con un repliegue temático de la centralidad política para los ciudadanos.

Ser partícipe en el concierto de quienes difunden la información se ha tornado fundamental en la sociedad contemporánea, ya sea:

- Fijando los lineamientos en la configuración de la agenda (*gerenciándola*, según la introducción de acontecimientos y conceptos correspondientes).
- Invitando a quienes consideren pertinente, con alta capacidad de convocatoria. Quienes actúan en política se sienten confundidos ante el poder de los medios de comunicación y sus condiciones de producción, se lamentan del *timing*, de la manipulación ideológica de los medios. Los conductores y periodistas de medios audiovisuales señalan que los políticos no están en condiciones de ofrecer en un escaso minuto y medio propuestas serias ante la audiencia en términos adecuados y sobre todo sobre temas cada vez más complejos.
- Y como corolario, los periodistas buscan la figura política y el cientista social acorde con su imagen de estrellas (cf. el síndrome de lumbrera, Rémy Rieffel).²⁵

Thesing y Hofmeister también destacan muy claramente las hesitaciones contradictorias de los políticos entre su necesidad de figurar en la agenda oral y visual, y para ello tener que depender del medio de comunicación y de los resultados de las encuestas, como círculo de influencia y poder. De alguna manera el dilema consiste en la conveniencia o no de negociar autonomía por

²⁴ Varios autores: *Medios de comunicación, democracia y poder*, FKA, CIEDLA, Buenos Aires, 1995.

²⁵ En Lucien Sfez: *Diccionario crítico de la comunicación*.

²⁶ *Ibidem*.

un lado y visibilidad por otro. En la tesis doctoral introdujimos la metáfora del tango para explicar la respuesta encontrada a una dificultad técnica a este *pas de deux* político-periodístico: tener que brillar y deslumbrar mediáticamente sólo cuando el *partenaire* da la entrada y lo permite.

Pero la estrategia implica, además, seleccionar un determinado tipo de medio: por ello la radio, que permite la comunicación política permanente sin tener que someterse al "espectáculo de videoclip de instantes" de la televisión, que con "neofilia estructural" (Otto Boegele)²⁶ rinde sólo culto a lo nuevo.

El poder, forma suprema del juego dramático

Desde tiempos inmemoriales, la política se exhibe en su puesta en escena. Pero ¿es que el poder ha politizado los medios o que éstos han mediatizado la política? El subtítulo, tomado prestado de Georges Balandier,²⁷ nos introduce en el concepto de la *teatrocracia* universal, ya que tanto para los soberanos del pasado como para los políticos contemporáneos, los resortes del poder se revelan idénticos.²⁸ Siempre recurrieron sin cesar a los mitos, símbolos, ceremoniales y ritos, aun cuando no existían los multimedia. Lo novedoso no es pues la espectacularización de la política, como señalan muchos, ignorantes de los escenarios históricos de la representación del poder, sino su *mediatización*.²⁹ Cuando se habla de la espectacularización de la actividad política como de un advenimiento o algo que empieza a ocurrir en estas décadas, se incurre en un grosero error porque no es hoy más espectacular la política que en el siglo XVII. ¿Qué más espectacular que la corte de Versalles y que el Rey Sol, o la corte de la ciudad prohibida en Pekín?... No hay poder sin espectacularidad, recuerda Balandier.

Lo que sí se modifica son las formas de la dramatización del poder y del acontecimiento. Y hoy especialmente se da intervención a la mediación tecnológica. Tal representación es entonces estructurada por la *trinidad mediática*: información, comunicación, técnica. "La comunicación entre gobernantes y gobernados nunca fue tan dependiente del instrumento como lo es ahora", afirma Balandier.

Cambia también el espacio donde se producen las imágenes políticas (y reivindicó la radio como uno de esos procesos dramáticos de mediación generalizada que se da en el interior del terreno político). Todo universo político es

²⁷ Balandier: *Le pouvoir sur scène*.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Particularmente útiles me han sido los aportes de Rafael Mandressi a este respecto.

³⁰ En Thesing y Hofmeister: o.cit.

³¹ *Ibidem*.

una escena o, más generalmente, un lugar dramático en el que se producen efectos. Y sin los medios, la teatralización de la democracia perdería su alcance nacional e internacional.

Marcinkowski³⁰ plantea ideas similares: "Respecto del efecto de la formación medial de la política, hoy en día se reconoce globalmente que los acontecimientos políticos son escenificados conscientemente en el formato de los patrones establecidos para la entrega de información, y que —por ende— el lema de la *politicización de los medios de comunicación* debe complementarse con la tesis de la *mediatización de la política*".³¹ Esto permitirá también la comprensión del trinomio periodista-político-analista como una relación actualmente inseparable, que para el caso uruguayo se da también en particular en el escenario radial y en el periodismo escrito, y no sólo en el *set* televisivo.

Ello acontece porque la política —especialmente la política democrática— requiere presentación, fundamentación y justificación públicas (Sarcinelli).³² Es decir, necesita la legitimación por medio de la comunicación. Para este autor, el sistema de comunicación se amalgama en el sistema político formando una especie de *superestructura simbiótica*: se conforma una comunidad de comunicación política medial donde la diferenciación entre los roles políticos y periodísticos se torna imposible. No obstante, creo que se pueden distinguir rasgos similares y distintivos, complementarios y opuestos, de ambos interlocutores.

Pero más aún, Balandier afirma que la contaminación de la práctica política ocurre por el exceso de tratamientos espectaculares, que multiplican los ciudadanos que son simplemente espectadores. *La enfermedad dramática actual es la anestesia catódica de la vida política*. Por ello es que propongo apreciar la vigencia de la radio (en Uruguay, en los programas periodístico-políticos) que, en lugar de la pantalla y de la sintaxis del videoclip, desarrolla lógicas argumentativas que permiten una mejor comprensión de la política. Así también lo han entendido las consultoras de opinión pública.

Pese a las diferencias observables entre el tratamiento del tema que realizan Balandier y Marcinkowski, seguramente ambos coincidirían en afirmar que se *despolitiza* cuando se desproblematiza la política, es decir, cuando los temas políticos no son planteados como problemas en cuya solución está involucrado el espectador-ciudadano. Ello ocurre cuando, como afirma Balandier, el espectador es simplemente eso, o cuando el ciudadano es nada más que un objeto de la política tecnocrática (como le preocupa a Marcinkowski). El periodista selecciona lo que es conflictivo y problemático porque es político, o al menos politizable (tal como el resultado de una encuesta).

³² *Ibidem*.

El encanto político de las encuestadoras de opinión pública y los medios de comunicación

El tópico del poder de los medios de comunicación es empleado por todos creyendo saber exactamente a qué se refieren, y eso es lo que conforma el encanto político de los medios: siempre existió en torno a ellos una sospecha latente de dominio. Se produce así una especie de *fijación medial*: todos opinan sobre los medios y su poder de manipulación, pero todos quieren estar en ellos (políticos seducidos, pero desconfiados del mediócrata y del encuestador).

Los medios de comunicación son, pues, mediadores ofertantes de lo político: nuestra demanda permanente por un saber tematizado (más aún para Uruguay,³³ donde somos teóricamente radioescuchas politizados y seguidores fieles), encuentra su respuesta en una oferta omnipresente de lo político. Sin embargo, las avalanchas de información pueden llevar a su vez al sofoco comunicacional, una redundancia en el saber a través de volúmenes de información diacrónicos y sincrónicos, tanto a través de periodistas como del público.

Pero prosiguiendo con el análisis de Balandier, se pueden observar las distintas formas en la dramatización del poder y del acontecimiento, en el espacio en que se producen las imágenes políticas. En ese contexto se asiste al borronamiento de la política por lo mediático. En las sociedades visuales (Jean DuVignaud), donde todo se muestra, los actores políticos deben pagar su tributo cotidiano a la teatralidad. *Todo universo político es una escena* o, más generalmente, un lugar dramático en el que se producen efectos, donde lo real se construye por su visibilidad, por la información, por la palabra. La multiplicación de los medios masivos contemporáneos ha modificado profundamente el modo de producción de las imágenes políticas, adquiriendo así una fuerza de irrupción y presencialidad cotidiana. La política de la imagen tiene necesariamente algo del arte del espectáculo, ya que sin los medios la teatralización de la democracia perdería su alcance nacional e internacional. Debe recordarse que el poder siempre ha sido espectacular. "Actuar mediáticamente es sobre todo actuar por la palabra y la imagen y recurrir entonces a los medios de lo espectacular". El poder descubre que su legitimidad depende de la capacidad

³³ Retomo aquí una descripción del Uruguay de Clifford Krauss, periodista del *New York Times*, quien publicó en la primera sección de dicho diario, 21.VI.1998, un artículo titulado "En Uruguay: el sistema de bienestar social está vivo, aunque sitiado". Y lo describe así: "En el Uruguay hay más vacas que personas y la leche se reparte en carretas tiradas por caballos. Los niños van a la escuela con los mismos uniformes que usaban sus abuelos. Los uruguayos prefieren escuchar las noticias por radio a verlas por televisión, coleccionar cachilas es un hobby nacional...".

de los gobernantes de comunicar y de actuar sobre la opinión: los medios masivos se convierten en el instrumento privilegiado para responder a esta necesidad.

Estetización catódica de la política

Como se ha dicho, la política requiere presentación, fundamentación y justificación públicas: necesita la legitimación por medio de la comunicación. La mediatización de la política conlleva, además, la idea de la formatización provista por el soporte y la lógica de los medios. Así, no es igual la política antes y después de los medios tecnológicos, pero tampoco después de los medios es igual la política en radio que en televisión.

Actuar mediáticamente es sobre todo actuar por la palabra y la imagen y recurrir a los medios de lo espectacular. Al optar por la televisión, sujeta a la obligación de una visualización particularmente compleja desde el punto de vista técnico, la política se somete a una particular presión de actualidad y de escasez de tiempo para presentarse (Sarcinelli, 1995). La asociación entre televisión y política produce una "estetización del mundo social, seducción de la escenificación simbólica de los medios de comunicación". Pero a su vez es necesario tener en cuenta que la recepción de los medios de comunicación no se da en un laboratorio sino en un entorno complejo, determinado por múltiples factores mediales y extramediales, con un receptor más bien activo, en un contexto de alta complejidad socio-político-mediática.

El formato televisión, a diferencia de la radio, está claramente obligado a ilustrar la información, lo que por lógica implica una cierta preferencia por objetos de información visualizables al momento de formatizar programas (Marcinkowski, 1995). Por consiguiente, vive preferentemente del contenido de acción y excitación de sus imágenes y tiende —al menos en situaciones más complejas— a la simplificación o a la escasez.

El término *videopolítica* evoca fuertemente el encuentro entre una práctica histórica como es la política (encargarse de los asuntos públicos y colectivos) y una tecnología de transmisión seriada de imágenes dinámicas que resultan del soporte actualmente hegemónico en los medios de comunicación. Pareciera entonces que los condicionamientos estructurales, discursivos y estéticos que un medio le impone al discurso político fueran un fenómeno contemporáneo, cuando en rea-

³⁴ Mangone y Warley (eds.): *El discurso político. Del foro a la televisión*.

lidad la política siempre mantuvo estrechos contactos con todos los avances mediáticos.³⁴

El discurso político se ha ido acomodando a las características materiales del medio audiovisual, aunque la popularización de la radio también produjo una serie de fenómenos cambiantes que se vinculan con las etapas discursivas y estéticas. Pero frente a la hegemonía televisiva, Mangone y Warley advierten sobre los errores de apreciación en la lógica político-mediática: "Otra de las conclusiones que se extraen del apogeo de la videopolítica es la consideración apresurada de advertir a la práctica política, incluyendo sus discursos, como un espectáculo".

Lo que sucede es que la dimensión dramática, como otrora la oratoria, se instala como un condicionamiento muy importante para acceder a la visibilidad televisiva. Ya no alcanza con la formación jurídica característica tradicional de nuestros políticos, con la experiencia parlamentaria ni con la capacidad de estadista. El discurso tiene que incorporar una serie de saberes que amplían el carisma a la relación con la teleplatea que se vincula mediáticamente con los políticos (el *hombre catódico* de Jean Marie Cotteret) y con sus analistas.

La mediatización de la política es entonces el proceso en que y por el que los medios masivos imponen crecientemente su lógica en la construcción de la realidad política. Se instala así el debate acerca de la legitimidad que se le reconoce a la televisión como vía adecuada de la palabra y la argumentación políticas.

Umberto Eco le reconoce a la televisión un papel productor en la confección de la agenda pública, la construcción de escenarios sociales y políticos, la instalación de ciertos debates y la legitimación y deslegitimación de ideas y personas, pero no faltan quienes piensan que la pantalla está más cerca de imponer temáticas y legitimar voces que de convencer a la gente de algo. En general podrá afirmarse que, al presentar la política, el formato de televisión se enfrenta a una necesidad de selección muy específica, lo que lleva a un patrón de entrega de información claramente diferente, por ejemplo, del de los periódicos o el de la radio. A diferencia de los medios de comunicación impresos, "fríos", el formato de televisión es el medio esencialmente predestinado para el entretenimiento.³⁵ La televisión sería siempre un instrumento de reducción de la complejidad, tanto en la percepción como en la presentación y transmisión de la política.

Al aparecer en el espacio temporal del *set* de televisión, los políticos eligen el entimema en lugar del silogismo, el recurso retórico truncado por el tiempo.

³⁵ *Ibidem.*

La radio: experiencia cotidiana del mundo y lugar simbólico de intelección de la política

La televisión es siempre la privilegiada para volver visibles a los políticos, para armar sus campañas publicitarias y propagandísticas, pero la radio es la que provee los elementos reflexivos. Ella ofrece el potencial para incrementar el nivel de conocimiento político y el tratamiento cualitativo de la política. Dentro de esa necesidad de aparecer en el contexto mediático, la radio es más accesible y permite la inteligibilidad de la política, mediante la omnipresencia de la palabra del poder y del poder de la palabra. La radio, lugar simbólico, con la sola dramatización sonora y el lenguaje reflexivo, hace posible la influencia sobre audiencias numerosas, estableciendo también una suerte de *radiocracia*.

El arte de la retórica, aunque relacionado con el discurso oral, era, al igual que otras artes, producto de la escritura. [...] La retórica, por supuesto, es en esencia antitética, pues el orador habla haciendo frente a adversarios por lo menos implicados: la oratoria posee raíces profundamente agonísticas.³⁶

Este discurso aparece cubierto por un barniz referencial aunque la intención última de los emisores políticos sea imponer una conducta, lo cual los ubica en el nivel de lo conativo.³⁷ Dicho intento persuasivo es típico de periodistas y de políticos (¿y analistas?).

Sobre la noción de *massmediación*. La intervención del periodista radial

Una de las hipótesis centrales de este trabajo es que la radio, con todos sus actores, actúa como mediadora entre el sistema político y el ambiente social, en el sentido que Gomis explica abundantemente en *El medio media*, en el sentido de la *massmediación* de Gonzalo Abril, y se constituye así también en un "actor político" similar al periódico de Héctor Borrat. Más que a la

³⁶ Ong: o. cit., p. 110.

³⁷ Roman Jakobson: *Ensayos de lingüística general*; Paul Watzlawick: *Teoría de la comunicación humana*.

radio, la hipótesis gira en torno al periodista radial y al analista político en situación de entrevista:

Los medios son agentes culturales y agentes de socialización: mediar significa poner en relación distintos órdenes de significación o de experiencia; por ejemplo, la experiencia local próxima y la representación de la totalidad social; o la tradición y las nuevas formas de vida. Significa, al mismo tiempo, relacionar distintos sujetos sociales, ya sean individuos, grupos y clases, o agentes institucionalizados (gobernantes y ciudadanos, productores y consumidores, etc.); y relacionarlos no sólo en el sentido del reconocimiento mutuo, sino también en el sentido de producir espacios de expresión y de negociación de sus intereses y diferencias.³⁸

Algunos autores plantean este tema desde un lugar teórico que parece encontrarse a medio camino entre una visión sociofenomenológica y una postura crítica: "Molotch y Lester (1981:133) han señalado que los medios, y más específicamente en cuanto medios de información, no reflejan el mundo 'sino las prácticas de quienes tienen el poder de determinar las experiencias de otros'. Los autores refieren ese poder sobre todo a la definición de los 'eventos' y 'problemas públicos' que los medios proporcionan". Evidentemente, éste no es un fenómeno inédito, ya que "por poseer esa capacidad de organizar el modo en que la gente experimenta su relación con el mundo, con los demás, con el espacio y el tiempo, los medios de comunicación masiva coinciden con otras instituciones mediadoras, premodernas o modernas: desde los mitos y los rituales tradicionales hasta las prácticas escolares. Y con discursos/prácticas como los de la medicina, el derecho o la ciencia natural, que conforman la experiencia de la relación con nuestro cuerpo, con las normas sociales o con el medio ambiente en el mundo moderno". Pero en una sociedad "compleja" como la nuestra, el hecho de que ahora sean los medios los que cumplen esta función de mediación tiene algunas particularidades:

Un aspecto central de la mediación cultural en la sociedad contemporánea es la construcción, a través de los medios, de las identidades sociales, tanto propias (es decir, cómo un individuo, grupo o comunidad se representan a sí mismos) cuanto ajenas (cómo se representan a los otros). S. Hall (1981 b) afirma que los medios son cada vez más responsables de suministrar a los grupos y clases sociales los crite-

³⁸ Gonzalo Abril: *Teoría de la información*.

³⁹ *Ibidem*, pp. 108-109.

rios con los que poder construir imágenes sobre las vidas, sentidos y prácticas de otros grupos y clases. Pero señala también una forma de mediación aún más importante: los medios proporcionan la posibilidad de una imagen coherente y una comprensión global de la totalidad social más allá de la fuerte fragmentación de la sociedad contemporánea.³⁹

La mediación radial plantea una atención especial al lenguaje:

[...] órgano moldeador de nuestro concepto del mundo, sugiere el actuar y el hecho a través de la comprensión interpretativa entrando en acción la fuerza creativa de la palabra... La palabra periodística tiene fuerza creadora y modificadora de la realidad [...] *El lenguaje es configuración del mundo. La palabra se vuelve eficaz en el comprender* [...] El comprender y el ser comprendido caracterizan los campos de esferas de actividad periodísticos como factores que crean sentido. El mundo es la signatura de la palabra.⁴⁰

El periodista y el analista político transmiten al ambiente social las decisiones del sistema político, con su credibilidad propia, o invitan al político a que lo haga personalmente, lo cual ocurre con enorme frecuencia en la radio uruguaya.

Al comunicar al ambiente social las salidas o productos del sistema político, [...] las ambiente, es decir las incorpora a las imágenes y las ideas que forman parte de la conversación social, consigue que esas decisiones y, en general, la asunción de responsabilidades públicas por parte del sistema político sean tomadas en consideración (ya sea con gratitud o insatisfacción) e incorporadas a una visión general de la situación.[...] en el contexto general de su función de medio de comunicación —comunicar— [...] ejerce una función política más específica, que podemos definir como una función de mediación.⁴¹

Es aquí cuando se vuelve relevante la distinción que Gomis hace entre intérprete y mediador. Si los oyentes expresaran personalmente sus demandas y apoyo, y los políticos comunicaran directamente sus decisiones, no habría periodismo, ni interpretación, ni mediación. Pero esto ciertamente no se ha logrado aún en forma generalizada: en el medio radial la figura del periodista es

⁴⁰ En Thesing y Hofmeister: o. cit. (énfasis mío)

⁴¹ *Ibidem*, p. 61.

⁴² Paul Beaud: *La société de connivence*.

una figura central, que se encargará de establecer de qué se va a hablar, qué preguntas son las relevantes, qué temas son de interés, qué demandas tienen los ciudadanos, cuáles son a su juicio los temas políticos, a qué políticos se debe cuestionar y a qué analistas integrar como columnistas.

Los encuestadores como mediadores

En esta óptica se debe tener presente que este estilo de mediación no es sólo ejercido por los periodistas. M. Beaud señala al respecto la constitución de toda una nueva capa social: la de los *mediadores*,⁴² y destaca la importancia creciente de especialistas de las ciencias humanas cuya posición en el sistema social es precisamente la de actores asociados a este trabajo de definición de la sociedad por sí misma. Aquí se puede ubicar a los periodistas, que se van convirtiendo en expertos (con formación, autodidacta o no, en economía, política, ciencias sociales) y especialmente a los científicos políticos. Todo este proceso ocurre en el marco de la comprensión de las formas de representación que las sociedades se dan a sí mismas, y que están ligadas a las formas de poder que en ellas se ejercen.

Los mediadores sociales tienen cierta "autoridad" —más exactamente, prestigio, del que habrá de derivar en parte su influencia— y cierto margen de iniciativa. Estas iniciativas operan en lo que hace a la introducción temática, incluso en zonas ríspidas para los políticos. Pero esa misma autoridad la tienen para manejar el conflicto político-periodístico con gran tacto y diplomacia, porque la función del medio es "acercar, aproximar a los dos, descubrir y poner de manifiesto lo que tienen en común, analizar las dificultades que les impiden ponerse de acuerdo y proponerles modos de integrar los intereses de uno y otro". Aquí la noción de mediación aparece en su vertiente más clásica; sin embargo, la aplicación del término no resulta forzada, ya que "las dos partes habrán de modificar en algo su actitud y su comportamiento para lograr la aproximación. El mediador habla del uno al otro y viceversa, y tiende a hablar bien del uno al otro en ese propósito de aproximación y mutua influencia, aunque unas veces tenga que dar la razón a unos y otras a otros".

Sobre la trascendencia política de la mediación periodística

Al mediar entre el sistema político y el sistema social el periódico sustrae la política del dominio exclusivo del político y difunde, con el

sentido de participación de todos en los asuntos públicos, la convicción de que la política no se debe dejar a los políticos. [...] La concepción democrática descansa en el supuesto de que no conviene al interés general dejar toda la política a los políticos. Por otra parte, una cosa es la función del político (llevar los asuntos comunes) y otra su preocupación [...] profesional (aproximarse al poder, hacerse con él y conservarlo). El equilibrio entre ambos factores debe lograrse desde fuera. *El medio media también, cabe decir, entre el político y la política.* Y cuando el político gusta difundir las informaciones que le prestigian y le defienden, en el momento que a él le interesa, [el periodista] gusta de contemplar el panorama difundiendo también las informaciones que el político desearía no ver difundidas, pero que constituyen la actualidad política. Y así, el mismo político debe aceptarla por consideraciones de tipo más amplio, es decir, políticamente.

En respuesta a esta necesidad de validación de las interpretaciones sobre el estado de la opinión en el ambiente social, y a la necesidad de indicar fuentes concretas, aparecen las consultoras de opinión pública. Estas son contratadas a menudo por los propios medios para que realicen sondeos, que serán luego difundidos como una forma "científica" y periódicamente legítima de relevar, describir, interpretar y divulgar la opinión pública. En los programas radiales de corte político en nuestro país estas fuentes se han convertido en imprescindible legitimación, y son proveedoras sistemáticas de datos, análisis, interpretaciones y predicciones.

A partir de la propuesta de los expertos en opinión pública, o a veces del olfato del propio periodista sobre su capacidad para detectar temas que podrían ser políticos y, por tanto, noticiables, se investigan los temas en cuestión. Es decir, no se necesita permiso del sistema político para mediar entre él y el ambiente social. El ritmo de difusión de los hechos es muy rápido: todo se cuenta en seguida.⁴³

Los temas seleccionados, sobre los que se realizarán los sondeos, son probablemente aquéllos que los políticos y los propios medios han considerado relevantes, aunque siempre existe un espacio de independencia intelectual y profesional en las consultoras confiables.

En cuanto al mediador periodístico, Thoveron⁴⁴ retoma las categorías de la cascada comunicativa de Deutsch y propone mejorar la expresión *lider d'opinion* por el de *notable, personalidad piloto o experto*. Éstos pueden ser una estrella,

⁴³ *Ibidem*, pp. 151-152.

⁴⁴ *La communication politique*.

el periodista, o la *vedette* política. Las personalidades que se unen a él se posicionan también como *stars*, y allí el rédito es recíproco.

Aplico entonces esa noción de *expertos* a los profesionales mediáticos, investigadores de opinión, analistas, cientistas políticos e intelectuales frecuentemente consultados que aparecen en los programas periodísticos radiales. Ellos son "agentes de racionalización a corto plazo del juego político" (Wolton). Su influencia se ejerce por la opción que hacen de valorizar tal o cual tema, de poner cierta cuestión sobre el tapete. Son ellos quienes hacen el relato de la campaña. Son ellos quienes aíslan las pequeñas frases emblemáticas de los políticos, quienes se dedican a comentar los acontecimientos, intentando reflejar la opinión pública. Ellos constituyen el *colegio invisible*, aunque mediático: grupo que tiene una cierta coherencia en cuanto a preocupaciones y análisis.

Los formatos periodísticos radiales han ido así incluyendo la sección de información económica, de análisis político y de opinión pública. Tienen por función la canalización de la agenda, indicando cuáles son los temas que están en juego y su orden de importancia. En cierta forma colocan a los políticos en esa agenda. Los temas, *issues*, puestos en evidencia por los expertos pueden o no corresponder con los que preocupan a los electores. La influencia de estos expertos, personalidades piloto, se ejerce verticalmente, mientras que la influencia del guía de opinión es horizontal.

Con estas contribuciones expertas se potencia aún más la capacidad de mediación política. Gomis plantea que el medio ejerce esta función de tres maneras.

1. En primer lugar, transmite las informaciones que proceden de los interesados en que la información se dé. Y ésta es la dimensión cómplice de la que ya he hablado: el medio proporciona un canal privilegiado para el contenido que el político desea transmitir; el político proporciona un contenido privilegiado (por su propia temática) que prestigia y legitima al medio y al periodista. Esta transmisión de informaciones es a menudo más que eso: es darle la palabra al propio interesado en transmitirla, por ejemplo, en la situación de entrevista. Una entrevista sería lo que Gomis denomina una *aparición* (uno de los cuatro tipos de hechos periodísticos), que serían las "presencias elocuentes y generalmente públicas de personajes conocidos, así como declaraciones y otras formas de opinión, lo que alguien dice como respuesta o para provocarlas; [...] muchas veces son 'pseudoeventos' o gestos u opiniones provocadas para que sean noticia y produzcan sus efectos".

⁴⁵ Stefan Reiser: *Política y medios masivos de comunicación en la campaña electoral*.

A su vez, como señala Reiser,⁴⁵ en *Política y medios masivos de comunicación en la campaña electoral*, la política es el suministrador de información más importante para el periodismo. Los medios y la política se proporcionan mutuamente resultados. Ambas son condiciones indispensables para que funcione el proceso de formación de opinión y voluntad pública. Reiser afirma rotundamente que políticos y periodistas negocian la agenda medial con respecto a la conformación de los contenidos. La televisión, según este autor, confiere a los políticos la medida necesaria de atención pública que no puede conseguirse solamente a través de campañas de propaganda y del discurso directo ante el electorado. Para el caso uruguayo, la radio actúa como un calificado mediador en términos cuali y cuantitativos.

2. En segundo lugar, el medio media a través de la pregunta, de los testimonios que confronta, de los hechos que investiga más allá incluso de los deseos de las partes interesadas. Así genera credibilidad ante la audiencia, pero también ante sus entrevistados. Ésta es la dimensión agonística, de confrontación, que requiere del periodista que fuerce los límites de lo que el sistema político está dispuesto a revelar sobre sí mismo. La consigna sería "el pueblo quiere saber". La importancia de esta dimensión es tal que lleva a Bergsdorf⁴⁶ a decir que quien domina los temas de los cuales se habla políticamente, les lleva una ventaja a los contendientes políticos. Este carácter dual de la relación entre políticos y medios es captado también por María von Harpe,⁴⁷ quien sostiene que unos y otros se necesitan, y que una de las funciones de los medios es reflexionar sobre la manipulación en política. Reiser toma el ejemplo de la campaña electoral, en que se forman agendas de partidos y de medios de comunicación: "Por ende, la agenda medial en la campaña electoral es el resultado de pretensiones de tematización contradictorias por parte de partidos políticos y periodistas".

3. Y en tercer lugar, la mediación ocurre cuando trata de dar una significación a los hechos y analizar su trascendencia en la vida común, estimula los comentarios del oyente, los recoge y expresa, y contribuye, en fin, a la elaboración y adopción de soluciones a los problemas planteados. Ésta es la dimensión editorial, que en nuestra radio se manifiesta casi con tanta fuerza como en la prensa: "Un comentario editorial es un 'hecho' que el [medio] provoca y con el que, en cierto modo, trata de modificar una situación influyendo, por vía de persuasión, en las actitudes, opiniones y acciones de algunos actores" (Gomis).

Finalmente:

⁴⁶ En Thesing y Hofmeister: o. cit.

⁴⁷ *Ibidem*.

[El rol del mediador político es] más completo cuanto mayor sea la proporción de demandas del ambiente social, en relación con las decisiones del sistema político. [...] El rol de mediador es igualmente más completo y más eficaz cuanto mayor sea su capacidad e iniciativa en la difusión de hechos, tanto procedentes del sistema político como del ambiente social; cuanto mayor sea su capacidad de provocar hechos por sí mismo, aun contra la voluntad del sistema político o la presión del ambiente social (o parte de él); y, por fin, cuanto mayor sea la proporción de hechos presentados como noticia que se incorporen a la conversación, sean objeto de comentario y contribuyan a modificar ideas y actitudes y a provocar reacciones.

Empero, la masividad que da soporte a la intervención periodística y que por tanto otorga gran visibilidad (o, en nuestro caso, audiencia), acarrea ciertas consecuencias, no siempre positivas. El personalismo massmediático, la deriva ostentatoria, la embriaguez publicitaria ataca por igual a las figuras periodísticas y políticas.⁴⁸ Sin embargo, creo que el síndrome del estrellato se da en forma más atenuada en el mediador periodístico radial y en el analista político, representante en general de una empresa de OP. Su fortaleza no radica en la visibilidad del espectáculo catódico, sino en su lenguaje, que lo obliga a exponer, a razonar, a argumentar, y no sólo a brillar coloridamente.

El mediador periodístico radial en situación de entrevista

Para definir una entrevista como política me sirvo de la caracterización de Mangone y Warley⁴⁹ acerca de los discursos políticos:

La videopolítica volvió evidente el problema de qué es un discurso político, ya que el interrogante de qué es lo político de un discurso se asocia con el grado de tematización o cuestionamiento del poder (o de los poderes) que se inscribe en sus enunciados. Al proliferar y multiplicarse la palabra pública, los sujetos que participan "hablan" la política o politizan sus intervenciones.

El tema político se presenta cuando se pone en juego el poder en asuntos públicos y colectivos.

⁴⁸ Rémy Rieffel, en Lucien Sfez: *Diccionario de la comunicación*.

⁴⁹ *El discurso político. Del foro a la televisión*. Biblos, Buenos Aires, 1994.

En las entrevistas políticas radiales es muy notorio el abordaje cotidiano, por parte del periodista, de los temas que tienen vinculación con el poder. Y la entrevista central en la radio, con un interlocutor político y otro periodístico, permite la confrontación social del discurso político. Propongo aquí retomar a Verón para esta explicación:

El orden del saber se vincula directamente con la *pretensión veredictiva* que en general el discurso político exhibe de una manera muy marcada. En la medida en que cada enunciado reclama para sí el lugar de la verdad, éste se transforma en un lugar de combate donde el "decir verdadero" de uno no es sino la capacidad de descolocar al otro.

Recordemos que para Aristóteles la política era un servicio *amateur* de los mejores ciudadanos que *se mostraban* en el ágora y *demostraban con su palabra la claridad de los conceptos y su superioridad intelectual*.

De la misma forma que otros discursos didácticos y publicitarios de carácter persuasivo, el discurso político pone en juego diversas tácticas y estrategias retóricas. Su objetivo es captar la atención del receptor, involucrarlo en el sistema de valores que se defienden. Esto se da en un "ritual comunicativo que reconoce diferentes fuerzas simbólicas y estatutos de enunciadores, en definitiva, competencias que regulan la enunciación del discurso, le plantean restricciones y posibilidades [...] Concreta una serie de operaciones pragmáticas: imperativos, seducciones, incitaciones [...]".

Y aquí Verón nos ilustra acerca de las gramáticas de producción que se determinan por los medios que transportan la palabra política. En ellas generalmente un enunciador singular toma el discurso y se instituye como representante de un conjunto. Así, utilizando el espacio socio-político-mediático, se dispone de una enorme variedad de contextos situacionales: otrora el ágora, hoy el tradicional parlamento, las asambleas sociales, la televisión... y la poco nombrada radio, tarea de la que me hago cargo.

¿Por qué la radio? Porque la construcción de la verdad política aparece allí donde se produce la *confrontación social* de los discursos (Verón). Y este discurso político necesita de la radio, y de sus mediadores, como estrategia retórica. Pero también el discurso periodístico necesita del discurso político como insumo vital para su supervivencia y sus rutinas productivas.

Políticos, periodistas y analistas se necesitan, pues, mutuamente: la radio para sus programas centrales, los políticos para comunicarse argumentativamente y sin costo económico con sus electores. De esta forma, los políticos

⁵⁰ Eliseo Verón, "Interfaces sobre la democracia audiovisual avanzada", en AA.VV: *El nuevo espacio público*.

acceden a la audiencia a través de la mediación del periodista, de sus invitaciones (más allá de las presiones que ellos ejerzan), de sus preguntas, del prolongado y permanente espacio radial, antes, durante y después de los actos electorales.

La entrevista es el lugar privilegiado del periodista y la mayoría de las veces del político. Como dice Verón, el discurso político requiere de una interfaz con el discurso informativo.⁵⁰ Los conductores de los programas radiales elegidos son protagonistas de la vida pública uruguaya, así como algunos políticos y analistas. En campaña electoral, la audiencia busca "a ver quién está hoy".

Para Gomis —a diferencia de Marcinkowski, por ejemplo—, el medio (enfático: la radio) es esencialmente politizador, en la medida en que: "El proceso de las comunicaciones pone en evidencia el proceso de la causalidad política y permite comprender mejor que la política consiste en atribuir relaciones a todos los acontecimientos dentro de una sociedad". Quizá las diferencias en sus respectivas visiones se deban al hecho de que Gomis se dispone a hablar del periódico mientras Marcinkowski discute los medios audiovisuales. Su visión eminentemente comunicacional de lo político se evidencia una vez más

La razón de mi opción por la situación de entrevista radial encuentra un apoyo en el comentario de Noé Jitrik⁵¹ sobre *L'entretien infini* de Maurice Blanchot, que pone en escena una situación inicial de conversación que se adapta muy bien a mi objetivo de análisis del contrapunto radial periodístico-político: "La conversación que mantienen los dos dialogantes [...] se sostiene evidentemente, por las frases que ambos emiten: si sólo uno, y no ambos, emitiera frases, no sería conversación, sería monólogo".

Podríamos tomar la situación de entrevista como una matriz binaria que tributa a una retórica de amigos y enemigos, como dramatización del poder. El examen que el periodista o el analista le toma al político es también un espectáculo. Dice Jitrik:

En el circuito pregunta-respuesta, quien pregunta es de algún modo un protagonista, quien responde... corre el riesgo de quedar amarrado a lo que se le quiere inducir, de modo que podría no dejar nunca de ser deuteragonista, pero, como quizás no desee que tal cosa suceda, es posible que intente dar a su respuesta también la forma de la pregunta, para ser a su turno protagonista.

¿Por qué los políticos catódicos aprovechan el medio radial, y la entrevista como estrategia discursiva? Podemos adelantar que los políticos conocen muy bien la imposibilidad de deliberación adecuada, de un desarrollo argumentativo

⁵¹ "No decir nada" en *Version I*, Xochimilco.

que tenga los tiempos necesarios, si se trata del estudio de televisión. Advier-
ten también las posibilidades de la radio, y de la conversación, como un juego
de apuesta a la argumentación razonada y retórica vencedora sobre el contrin-
cante.

La introducción de lo conversacional tiene lugar porque se introduce una
estructura vehicular, de mediación propia de la función periodística. El nuevo
discurso público se aprovecha de "las estructuras conversacionales, por ejem-
plo, de la réplica [...] Pero no es conversación lo que hace [...] lo que hace es
llevarla a otra parte, a la zona de un hacer". A la acción, propia del político,
quien sabe muy bien que la situación conversacional es una articulación social
verdadera.⁵²

Concluyendo

Me permito augurarle futuro a la radio y también en ella a las COP. La escena
radial exhibe en Uruguay una rica oportunidad para la comunicación política:
ejercida, descrita, cuestionada y analizada y prevista simultánea y/o diversa-
mente por al menos dos de sus tres interlocutores: periodistas y encuestado-
ras, periodistas y políticos, encuestadoras y políticos.

Y ello no sólo por las condiciones inherentes al lenguaje de la entrevista
radial, combinación de oralidad y escritura, sino por la relación entablada entre
los interlocutores. Las posibilidades de la radio y la situación conversacional
hacen del ritual político allí desarrollado un juego de apuesta a la argumen-
tación razonada y a la retórica vencedora sobre el contrincante: la relación ago-
nística emerge como el iceberg de una necesidad subyacente del cómplice.⁵³

La palabra radiofónica... ha interrogado al acontecimiento.

Roland Barthes

Bibliografía

ABRIL, Gonzalo (1997): *Teoría general de la información*. Cátedra, col. Signos e
Imagen, Barcelona.

⁵² Jitrik: o. cit.

⁵³ Generosa colaboración de Juan Rosa, director de Medios de Equipos/Mori en materia de
información radial inédita.

- AA.VV (1997): *Medios de comunicación y la Intermediación política*. Fundación Konrad Aleanuer, CIEDLA, Buenos Aires.
- DEUTSCH, Karl: *Los nervios del gobierno. Modelos de comunicación y de control políticos*. Paidós, Buenos Aires.
- EQUIPOS/MORI (1998): *1987-1997 Diez años de radio en Uruguay* (inédito).
- IYENGAR, Shanto, y Donald R. KINDER (1993): *Televisión y opinión pública. La información es poder*. Gernika, México.
- MANGONE, C., y J. WARLEY (eds.) (1994): *El discurso político: del foro a la televisión*. Biblos, Buenos Aires.
- RICO DE SOTELO, Carmen (1999): *Políticos y periodistas. Cómplices y agonistas del escenario radial uruguayo*. Tesis doctoral en Ciencias de la Información. Universidad de la Laguna, Tenerife, España.
- (1994): *Candidatos en el aire. Políticos y periodistas construyendo el hecho político*. Fin de Siglo, Montevideo.
- RIEFFEL, Rémy: "Pratique des médias: économie et politique", en Lucien SFEZ: *Dictionnaire critique de la communication*, tomo 2, PUF, París.

Resumen

El artículo discute la consolidación de las consultoras de opinión pública uruguayas y de los analistas políticos, en varios escenarios. Se trata del discurso de la comunicación política en el contexto uruguayo y las coordenadas temporales particulares del período pre y poselectoral, de la opinión pública exhibida y cuantificada en la agenda mediática, particularmente en el espacio radial, a partir de la mediación sociopolítica de las consultoras de opinión pública (COP). En definitiva, de las encuestas discutidas por los políticos, los periodistas, el público y las relaciones entre las propias empresas encuestadoras.

Francisco Bauzá y la conciencia histórica nacional *

por Ana Ribeiro

La autora

Licenciada en Historia. Profesora en la Universidad Católica del Uruguay, el CLAEH y el Instituto de Profesores Artigas.

Es un placer doble para mí estar aquí mirándolos, porque veo muchas caras conocidas, queridas e ilustres, y porque además esta es una actividad —la primera, creo— que reúne en el ámbito físico de esta casa y en el área de

historia al CLAEH y al Departamento de Historia de la Universidad Católica, y eso me parece una cosa muy linda, muy meritoria para la impulsora de la idea. Por eso les decía que me siento doblemente halagada: por estas jornadas y, por supuesto, porque ustedes están acompañándonos.

Bauzá es un hombre multifacético, que ustedes han abordado en algunas de sus dimensiones a lo largo de la jornada de hoy y lo seguirán haciendo en la de mañana. Yo me voy a remitir exclusivamente a su dimensión historiográfica. Pero antes de hablar de la obra señera de Bauzá, que es la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, quisiera que nos remontáramos un poquito y pensáramos en qué marco histórico e historiográfico se escribe la obra.

La historiografía no tenía mucho tiempo en nuestro país. Bauzá es considerado, entre otras cosas, el fundador de la historiografía moderna en el Uruguay, si bien algunos autores —entre ellos Real de Azúa— prefieren ubicar la moderna historiografía nacional en torno a Eduardo Acevedo, y distinguen a Bauzá como un precedente importante. De cualquier manera, hablar de historia como relato orgánico y hablar de Bauzá son cosas que resultan indisociables, por cuanto nuestra historiografía no tuvo formas muy orgánicas anteriores al relato de Bauzá. Curiosamente, la historiografía nace por lo general enrabada con la

* N. R.: Por un lamentable error, esta exposición apareció sin sus párrafos finales en el número anterior de *Prisma*, dedicado a evocar la figura de Francisco Bauzá en el centenario de su muerte. Publicamos aquí la versión completa y ofrecemos nuestras disculpas a la autora y los lectores.

literatura, y las primeras formas historiográficas en nuestro país —como suele suceder en otros países— tienen mucho que ver con los relatos de viajeros, con poesía, con sagas heroicas, con narraciones de protagonistas directos, con cosas que poco asociamos con lo que se considera un relato histórico moderno, con causalidad y estructuras determinantes.

Entre esas tantas formas, las más antiguas —como las de los padres jesuitas Lozano y Del Trecho— no se escribieron sobre nuestro territorio sino sobre el Río de la Plata, al cual nuestro territorio pertenecía. Aparecen luego otras que todos ustedes habrán disfrutado: las crónicas de Ulrico Schmidel, los versos de Martín del Barco Centenera, esas composiciones tan curiosas que contaban, a la vez, historias de hechos fantásticos y de hechos reales. Se las relataba en versos perfectamente contruidos desde el punto de vista literario, los cuales, sin embargo, tenían citas al pie, tan documentales como las tradicionales en los trabajos de investigación histórica. Félix de Azara, a su vez, pasa por estas tierras ya en pleno período colonial muy maduro, muy cercano al proceso revolucionario de 1811, y también deja un testimonio importantísimo acerca de lo que sucedía en estas tierras. No era el testimonio de un historiador, sino el de un sabio naturalista, observador atento de paisajes, suelos y pueblos.

Uno de los libros de historia más antiguos que aparecen en el Río de la Plata es el que escribe en 1817 el Dean Funes, en el que toca la importante temática del proceso revolucionario, entonces en pleno apogeo. Pero nuestro territorio aparece siempre subsumido en la mirada que abarca el Plata, que era entonces una unidad jurídico-política. Solo después de desprendernos de esa unidad la historiografía forjará un relato acotado a las nuevas fronteras.

Esa construcción historiográfica comienza por un ciclo poético, que a su vez nace muy relacionado con el ciclo épico, que es anterior a esa forma racional y de relato orgánico que caracteriza a la historia moderna y es dos o tres décadas anterior a Bauzá. Me refiero a algunos poemas sobre temas históricos, como los de Pablo Bermúdez, por ejemplo; a las crónicas, algunas muy buenas, como las de Larrañaga y Guerra; a ciertos libros como el del padre De la Sota, que a su condición de archivero de Montevideo sumaba un enorme afán por reunir documentación y una obsesión muy comprensible por ese pasado con cuyos papeles trabajaba a diario.

De la Sota entendía que uno de los problemas mayores del país era el de la indefinición geográfica, porque solo después de afirmado geográficamente el territorio vendría el período de maduración intelectual de la idea de entidad nacional. Entonces escribe un *Catecismo geográfico-histórico* que, como los catecismos de la época, hacía una pregunta breve y ofrecía la respuesta. A los alumnos en los colegios se les tomaba la lección de esa manera: causa y respuesta en forma inmediata.

En ese marco es que debe inscribirse la obra historiográfica de Bauzá, precedida de un jalón épico muy especial, precedida o acompañada —porque son casi contemporáneas— de las obras de Zorrilla de San Martín: *La epopeya de Artigas*, *La leyenda patria* y *Tabaré*. Había una enorme necesidad de contar la historia de un país que había madurado, por lo menos al punto de sentir que debía dejar atrás el debate de si tenían sentido o no el ser nacional y la construcción nacional, y era necesario elaborar un relato en el cual la gente se sintiera representada y expresada. Había que hacerlo, como es lógico, siempre apelando primero al sentimiento y después a la razón, porque los relatos fundacionales aúnan la memoria —tan mágica, afectiva y absoluta— con la historia, de impecable racionalidad.

Yo diría que en ese sentido —únicamente en ese sentido y no en cuanto a sus fechas— la labor de Zorrilla es *anterior* a la de Bauzá. Hay una tarea de impacto más afectivo que intelectual que cumplen varios autores y actores, a veces con el conjunto de su obra —tal el caso de Zorrilla— y a veces con fragmentos. Por ejemplo, la semblanza que Larrañaga hace de Artigas no forma parte de una labor de sensibilidad acerca de la revolución o del personaje, pero es una semblanza simpatizante que dará pie a la posterior reivindicación de Artigas, junto con otros testimonios de la época.

En realidad, nuestra historiografía nace marcada con algunas tareas que le son específicas y vertebrales, y una de ellas es la de *revisar*. Nuestra historiografía es intrínsecamente revisionista, porque entre otras cosas revisa la construcción de ese relato nacional que parte desde la mirada de la otra orilla y se desglosa de ella. Darle identidad propia al relato de los orígenes desataba la necesidad de confrontación; por eso, los relatos historiográficos nacionales en América nacen como compartimientos estancos que recrean luchas territoriales, usurpaciones, invasiones y agujeros negros que flanquean las fronteras.

Es en ese marco del *relato de los orígenes* donde se ubica la obra de Bauzá, que debemos asociar, además, a la modernización del país. Y es importante que se comprenda qué significa *modernización*, porque no es exactamente lo mismo que *modernidad*. Cuando el país se moderniza y necesita un relato orgánico de sí mismo, está participando de la forma más plena de la modernidad. La modernidad es una especie de clima intelectual —para dar una definición sencilla— que nos abarca y que compartimos con el resto de la civilización occidental, que tiene una maduración en la Ilustración y unas larguísimas raíces que se hunden en la visión cristiana del tiempo histórico y en la elaboración agustiniana del tiempo con dirección y con sentido. En historiografía, además, la modernidad es inseparable del proceso de secularización del relato histórico.

Explico esta última afirmación: la historia es un relato que, desde san Agustín en adelante, cuenta con un soporte que es el *tiempo lineal con dirección* y

sentido, que le da carácter unitario. Sólo se puede contar la historia de tal manera que todo esté relacionado —el segmento dos necesariamente desemboca en el tres, y el tres en el cuatro— si, como entidad anterior a toda creación de los hombres, hay *algo/alguien* que proyecta y marca la dirección y el sentido. Desde el Renacimiento, la civilización occidental seculariza la visión de la historia, lentamente pero sin pausa, y en esa secuencia de secularización del relato histórico la Ilustración será un punto muy alto. La modernidad se caracteriza, entonces, por una especie de lenta usurpación de la presencia de Dios en la historia de los hombres que se hace al tiempo agustiniano. Porque los hombres terminan explicando ese tiempo con relación y con sentido sin aludir directamente al creador del sentido y de la lógica interna del relato histórico comunitario.

Ese complejo proceso de secularización también comprende, por supuesto, la labor de Bauzá, porque comprende todas las corrientes intelectuales que nos llegan, que recibimos y de las cuales acusamos recibo muy claramente. Nos llegan en el siglo XIX el romanticismo y el positivismo. Es muy fácil inscribir a Bauzá dentro de la etapa de relato romántico, porque cumple a la perfección con muchos de los postulados del romanticismo: hace un relato de los orígenes de lo nacional, acentúa la noción de la historia como proceso y, como todos los románticos, al superar esa dicotomía en que la Ilustración es la luz y lo anterior es la sombra, da a todo el curso histórico —y a cada una de sus partes— un valor muy especial. El resultado es que, si toda la historia es considerada valiosa en cada uno de sus segmentos, no hay períodos en la sombra ni hay períodos en la luz. Toda la historia cuenta y los orígenes de una comunidad histórica son más valiosos cuanto más atrás se remontan. La búsqueda de un pretérito origen nacional es típica de la corriente romántica y Bauzá cumple rigurosamente con ese postulado.

Sin embargo, no debemos olvidar que el multifacético Bauzá fue católico: nunca dejó de serlo e incluso se vio postergado académicamente por su catolicismo militante. Parece curioso que un católico confeso participe en la construcción historiográfica del proceso de secularización, pero estas son algunas de las complejidades intelectuales que la historia y la historiografía tienen y que por suerte en este fin de siglo y de milenio estamos abordando. Probablemente este tiempo de inestabilidades que vivimos tenga una satisfacción cierta, y es que nos estamos animando con las complejidades.

Bauzá nos desafía con esa complejidad, precisamente, y lo hace en el proceso de contarle a una nación cuáles son sus orígenes, y contárselo haciendo hincapié no en la explicación divina ni en la causalidad divina, sino en el protagonismo de los hombres. En ese sentido afirmamos que Bauzá cumple con todas las reglas de lo que llamamos *proceso de secularización*, pese a ser un católico.

Pero ¿qué significa que la causalidad esté puesta en los hombres y no en una explicación divina de las cosas? Cuando prevalecía la visión historiográfica teológica, como sucedía en la Edad Media, era muy común encontrar la coexistencia de dos géneros historiográficos muy dicotómicos: los anales y las historias universales. En los anales de un monasterio francés podía leerse, a modo de resumen de todo un año: "Pasó el Rey", porque ese había sido el acontecimiento; al año siguiente el resumen decía: "Nada", y al otro: "Cayó un rayo, mató al toro" —es que el monasterio estaba en una aldea y toda la fuerza bruta de la labor agrícola dependía del animal, entonces la muerte del toro era una tragedia local—. Esa historia sin conexión, sin búsqueda, sin explicaciones, tan librada a dos o tres acontecimientos, coexistía perfectamente con una historia universal que comenzaba con Adán y Eva y terminaba con el rey que la había mandado escribir. Nosotros tuvimos en la *Historia patria* del hermano Damasceno (HD) un ejemplo de compacto histórico-teológico que comenzaba con Adán y Eva y terminaba con Batlle y Ordóñez, en perfecta armonía y sincronización. Es precisamente el tipo de historiografía que Bauzá no hace.

El relato de Bauzá hace hincapié en el protagonismo de los hombres, y por eso hoy es una fuente documental para todos nosotros: el sentido de conmemorar los cien años de la muerte de Bauzá está dado por la enorme vigencia historiográfica de su obra. Decir que alguien tiene vigencia no significa que todas sus interpretaciones sean actualmente válidas, porque los textos históricos envejecen. El relato histórico comparte con la literatura su condición, precisamente, de *relato*; ambos son construcciones y como tales están permanentemente sujetos a reinterpretación. Los historiadores escriben siempre desde su presente y buscando que todo el pasado que analizan culmine con cierta lógica en ese presente. Por eso no se puede contar la historia sin un criterio unitario. Uno de los dilemas intelectuales de este fin de siglo es dilucidar si realmente el proceso de secularización del relato histórico ha llegado a su fin. Si así fuera, la secularización absoluta deja al hombre como protagonista solitario de la historia, y eso ¿desbarata o no la noción de tiempo con lógica, con unidad, con dirección y con sentido? No aceptar que alguna fuerza superior externa al hombre le da dirección al todo, ¿termina necesariamente en la teoría del caos? La historia indudablemente está en una bisagra ideológica muy compleja que le exige definiciones profundas pero no rígidas.

No en vano la historiografía actual pasa por procesos múltiples de movilidad y de redefinición interna: es una manera de encarar esa coyuntura filosófica muy especial de la cual la historia no puede separarse. Por lo tanto, cuando digo que Bauzá tiene vigencia, digo que Bauzá hizo una de las obras que envejecen menos, que son aquellas que se apegan a la documentación, de manera respetuosa y amplia, porque la documentación respetada e incluida en amplitud tiene el atractivo especial de darles voz a los protagonistas de la época.

Esto no implica siempre darle voz al mismo sujeto histórico: hay épocas que visualizan a unos protagonistas y hay épocas que visualizan a otros.

Bauzá tuvo mucha amplitud para visualizar, pese a que normalmente, cuando hacemos clasificación historiográfica, decimos que pertenece a la "vieja historia", a la "historiografía tradicional", a la cual le sigue un período "transicional" y luego la historiografía más removedora del siglo XX. Esa "vieja" historiografía "tradicional", entre otras cosas, se caracteriza por contar la historia desde los grandes hombres y con el acento puesto en la vida política. Los encasillamientos son funcionales cuando uno debe dar una clase o cuando debe entender, pero esconden siempre las complejidades que, por suerte, desbordan todas estas cosas. En ese sentido Bauzá fue mucho más amplio que otros historiadores del mismo período.

Cuando Bauzá, desde esa coyuntura historiográfica, tiene que contar la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, ya desde el título nos está dando unas cuantas pautas. Porque hablar de *dominación española* significa que condenaba un período y exaltaba aquel de ruptura con la colonia; él no nomina a su obra, por ejemplo, "Historia de nuestro territorio durante el período colonial y el quiebre revolucionario". Hablar de *dominación española* significa que pondría un acento importante en el ciclo revolucionario en esa conformación del ser nacional al cual él apostaba. Además, decir *Historia de la dominación española en el Uruguay* es anacrónico, porque el Uruguay no existía cuando los españoles eran dueños de este territorio. De modo que, desde el título, Bauzá nos revela su creencia, como buen romántico, en cierta predestinación nacional.

Los románticos, muy influidos por Hegel, cuando relatan la historia despliegan un *in crescendo*, porque conciben que esa dirección y ese sentido, ese ir "de menos a más", se realizan precisamente en la historia. La historia es el escenario de la emancipación, ya se la cuenta desde el punto de vista religioso o desde el punto de vista del protagonismo humano. En esa historia como relato emancipatorio, la nación y el Estado son algunos de los valores que se desarrollan, porque —desde el punto de vista hegeliano— en la historia no crecen los valores negativos: los valores que crecen son los positivos. La historia como escenario de valores es algo muy caro a la estructura que Bauzá concibe para escribir su *Historia de la dominación española*. Esos valores son, entre otros, el de la nación, pero también el de la república. Es desde la república que él cuenta esa historia del país y la confronta con la de los adversarios. Estos eran, por ejemplo, los portugueses (una dominación ambiciosa) y los porteños (un poder central frente al cual la ciudad-puerto, Montevideo, va definiendo una nacionalidad antagónica).

Ahora les pediría que hiciéramos un alto y reformuláramos algunos términos

para entender por qué la construcción de Bauzá está envejecida en algunos aspectos, pese a su enorme vigencia por el apego a lo documental.

Cuando surge el proceso revolucionario, hay algunos términos que se manejan con fluidez y que no significan exactamente lo mismo que hoy. Por ejemplo, cuando en esa época hablaban de *pueblo*, de *ciudadano* o de *vecino*, no decían lo que solemos decir nosotros con esas palabras. Era muy frecuente que se dijera "los vecinos aquí reunidos" o "los habitantes de la ciudad" y "los de la campaña" como cosas diferentes, así se estuviera hablando de la gran Montevideo o del pequeño pueblito de Víboras, entonces recién fundado. En el proceso revolucionario, el término *pueblo* tiene una connotación corporativa, de raíz medieval, que significa un *todo*. Pero no es un todo igualitario, sino un todo que ha incorporado como legítimas las desigualdades de raíz económica que se reflejan socialmente y que son asimiladas con naturalidad.

Les doy un ejemplo que Bauzá incluye en su *Historia de la dominación española*. Cuando en 1816, ya a las puertas de la dominación portuguesa, el gobierno artiguista de Montevideo se enseñoorea por un breve lapso de todo el territorio (no solo de la campaña, donde siempre había tenido su baluarte más fuerte), se celebran pomposamente las fiestas mayas. Con esa calidez que uno puede sentir cuando va al documento, descubre allí cómo aquellos hombres del artiguismo, cuya cabeza más visible era Barreiro, señalan que las fiestas mayas conmemoran el 25 de mayo de 1810, pero aclaran que además conmemoran el 18 de mayo y la batalla de Las Piedras. Se los hace coincidir, pero se advierte que esa conmemoración es *por nosotros*. Se recalca allí un *nosotros*, había una voluntad de subrayar que teníamos una historia propia que recordar y que cumplir como destino. En el período revolucionario ya hay una determinación de autonomía muy fuerte, que quizás Bauzá y los hombres de la "historiografía tradicional" tildaron apresuradamente de "predestinación de lo nacional". Eso es algo que luego se ha revisado e impugnado a fondo. Quizás deberíamos revisar a los que revisaron, porque de verdad hay una autonomía muy fuerte, que no debe confundirse con nacionalidad pero tampoco puede dejar de verse, y Bauzá la vio con gran claridad. Su obra quizás está envejecida en esa afirmación de "predestinación de lo nacional", pero contiene elementos valiosos para una relectura de lo que significa y expresa el mito de los orígenes.

Internándonos en las fiestas mayas, por ejemplo, vemos qué significaba entonces *convocar al pueblo*. Porque Bauzá da voz a multiplicidad de actores sociales y esa es, precisamente, la parte más perennemente joven de su obra. Convocar al pueblo era llamar a las corporaciones, a la iglesia, a los estamentos sociales más destacados, a los vecinos de pro. Aparece entonces la gente organizada de acuerdo con la función económica que cumple, lo que en determinado momento histórico llamaríamos *los gremios*. Y finalmente, como si la

ciudad fuera una cebolla a la cual se le van sacando múltiples capas, en determinado momento del día también aparecen los sirvientes organizados en sus naciones y ofrecen un furioso candombe en medio de la plaza Matriz. También integraban el vocablo *pueblo*, lo cual no quiere decir que no se los vendiera, que no se los tasara, que no se publicaran anuncios para comercializarlos. La desigualdad estaba asumida, era natural e iba implícita cuando se decía *pueblo* en aquella época. Desde el siglo XX adjudicamos al término *pueblo* otra connotación y solemos equivocarnos haciéndoles decir a los personajes de la época algo diferente de lo que expresaron.

Cuando aquellos hombres decían *nación, estado, patria, gobierno*, solían usarlos indiferenciadamente, porque en la práctica les daban el mismo significado. Estoy recordando un libro muy épico y muy romántico sobre Andresito Artigas, por ejemplo, que señalaba que "el poder de Andresito terminaba donde llegaba la punta de su lanza". Esa es una típica frase de historiografía muy romántica, pero es casi correcta en este sentido: cuando ellos decían *gobierno* o *estado*, estaban significando la jurisdicción de un poder que llegaba hasta donde de verdad lograba imponerse, lo que dependía pura y exclusivamente de las armas, o sea que era una frontera que se movía todos los días. No tenían esa noción de algo orgánicamente definido que nosotros incorporamos en esos términos. "Incipiente Estado" es una expresión muy común en la documentación revolucionaria, porque los protagonistas de ese momento sabían que era una construcción provisoria y, por sobre todo, inconclusa.

A Bauzá le tocó historiar precisamente ese período de enorme movilidad, le tocó historiar el caos, porque las revoluciones son procesos de energía desatada. Él percibe y registra el caos, y cuando uno lo lee entiende que ese es uno de sus mayores méritos: registrar la complejidad social, la furia escondida que tiene un proceso de cambio. Si uno piensa que el proceso revolucionario quiebra el orden hispánico, concluye que no fue menor. Esa ruptura es algo que uno aquilata si atiende a la forma como se hablaba en la época. Cuando los documentos dicen, por ejemplo, "nuestro amado rey", esas son expresiones a las que debemos prestar especial atención. Nosotros podemos votar o no a nuestros presidentes y representantes, pero rara vez los *amamos*, ¿verdad? ¡Ni siquiera cuando los votamos! Ellos de verdad amaban al rey. ¿Qué significa eso? El rey representaba una unidad existencial, una armonía y una garantía del orden de las cosas. La figura del rey era emblemática y podía despertar sentimientos que hoy en día tenemos que ir a buscar en algunas figuras icónicas, fundamentalmente mediáticas. Sólo algunas de ellas logran despertar sentimientos de intimidad y afecto similares a los que resultan del conocimiento y trato entre las personas. Solamente la tarea complejísima de los medios de comunicación es capaz de suscitar ese sentimiento de pertenencia y de cercanía que la gente podía tener con un rey, al que sin embargo veía lejána-

mente desde abajo, como alguien superior al que se obedecía, pero que comportaba una lógica divina en sí mismo. Quebrar esa armonía requiere mucha furia. Bauzá tiene que historiar eso y lo hace, respetando y reflejando la enorme complejidad del proceso.

Si bien se relaciona a Bauzá con lo que se ha llamado la *tesis independentista clásica*, el que madura esa tesis no es Bauzá sino Pablo Blanco Acevedo. En Blanco Acevedo hay, sí, una exageración de la predestinación de lo nacional, una acentuación de la antigüedad de los rasgos de nacionalidad y de la unanimidad de la vocación independiente que no aparece en los textos de Bauzá. En Bauzá hay un equilibrio diferente, que yo atribuiría, entre otras cosas, a una filiación que no debe perderse de vista: Bauzá es hijo del Bauzá que participa en el proceso revolucionario, que participa en el momento de la quiebra y de la furia, que acompaña a Artigas durante largos años y que en determinado momento, como casi todos sus oficiales, se aleja. Francisco Bauzá es historiador, pero, como dice Braudel con una hermosa imagen, el historiador pertenece a un tiempo histórico y éste se le pega como la tierra a la pala del jardinero. Al hijo del oficial artiguista Bauzá le toca historiar un período en que su padre fue agente fundamental del furioso proceso de cambio, para luego abandonar las filas artiguistas y retirarse, junto con Oribe, a ofrecer sus servicios al Directorio porteño. Cuando historia los años 1811 al 20, Francisco Bauzá es historiador y es hijo de su padre y de su tiempo.

Hay un texto en el cual él confiesa algo que me pareció muy íntimo, para explicar el porqué de su libro. Allí dice:

[...] en el interregno de tiempo que media entre los días de la conquista y los del forzado abandono del terreno que se adquirió con tanto sacrificio, se ha formado una raza nueva, que absorbiendo los elementos de la raza primitiva y los de la sangre española adquiere al fin un carácter original, que por sus tendencias se hace dominador y reconquista la soberanía de la tierra, con la plenitud de los derechos ingénitos al hombre. No puede presentarse ocasión más bella al historiador que el momento de dar a conocer esta época, ni requirió esto mayores dotes de talento y circunspección.

Implícitamente está diciendo: "no se trata de que yo tenga tanto talento, lo que tengo es instinto patriótico". Bauzá entiende que su relato histórico es una tarea patriótica. Pero confiesa, además, algo que me pareció impresionante: "He dicho la verdad siempre, por más que ella en muchos tramos fue amarga". Es claro que contar algunos episodios de los cuales su propia familia había sido partícipe no puede haberle sido fácil. Porque en definitiva, ¿qué es lo que Bauzá sintetiza en sus voluminosos tomos? Él nos habla de un período colo-

nial en el cual los españoles tuvieron el papel civilizador por excelencia, al legarnos la lengua, la religión, las costumbres, con algunos elementos de mayor protagonismo que otros. Los jesuitas, dice, supieron ver y revelar el valor de lo nativo, si se lo aprovechaba de manera correcta. Los portugueses, por su parte, revelaron la riqueza escondida en el territorio y su valor estratégico. Los españoles fueron los que aprovecharon todas estas revelaciones y con un golpe militar establecieron una ciudad que iría moldeando un territorio, porque no debe olvidarse que el origen del país es la fuerza, que la que surge es una ciudad-fortaleza.

Observen cómo Francisco Bauzá participa del proceso secularizador en tanto remarca la causalidad y el protagonismo humanos, pero como cristiano conserva su concepción de la historia como un despliegue en el que se revela sentido.

Ese "golpe de fuerza" significa que hay algo heroico en la base, y él reparte ecuanímente las porciones heroicas: es heroica la resistencia indígena, y a su entender ella forma parte del ser nacional, así como es heroica la resistencia al portugués. Cuando llega el momento en que tiene que explicar el proceso revolucionario, apela a la idea de un *partido nacional*, partido revolucionario que representa la unidad emblemática de lo nacional. Cuando debe explicar por qué ese partido, que en 1811 tiene unidad y es un compacto que va desde el gaucho al sacerdote y al gran hacendado, luego se desfibra y culmina con el fracaso del proyecto artiguista, lo hace con una enorme ecuanimidad.

Quizás sea la parte de la obra que menos ha envejecido, probablemente porque es anterior a la exaltación de Artigas, a esa tarea historiográfica nacional que lo saca de la leyenda negra para ponerlo en otra igualmente inexacta, solo que de color dorado.

Cerca de los protagonistas directos y lejos del duelo de las leyendas negra y dorada, Bauzá construye un relato de gran frescura. Su tema es el momento en que se desmantela el orden colonial, ya que ese es el resultado de la revolución, y a la vez analiza la derrota que se gesta dentro de la propia revolución a medida que avanza y —finalmente— abre paso a ese "estado" y esa "nación" que allí abrevan sus raíces.

En la explicación de ese proceso atiende tan de cerca a los testimonios de la época, que —más allá de su interpretación— deja de cualquier manera la polifonía necesaria para que uno perciba las múltiples razones que las personas tenían para defeccionar. Digamos *defección* y no *traición*, porque ésta no es una buena explicación, y la historia, que desde Herodoto se ha caracterizado por explicar lo que cuenta, no debería darle cabida.

Bauzá no emplea el término; lo pone en boca de sus personajes pero él no lo usa, y realmente plantea con muchísima riqueza conceptual el proceso de desgaste de la propia revolución en su despliegue energético. Plantea cómo la

pérdida de bienes, la pérdida de estabilidad, el avance de un enemigo gigantesco (que eso era el Imperio Portugués) pueden terminar haciendo que la gente baje los brazos y abandone por una u otra razón. Bauzá explica ese tejido de acontecimientos a la vez mayúsculos y menores manteniéndose siempre tan cercano a los múltiples protagonistas que la amplitud de su causalidad nunca cae en la simplificación de la palabra *traición*. No puede hacerlo, porque de otra manera no puede explicar ni siquiera el accionar de su propio padre. Tenía una razón afectiva muy poderosa para tal actitud académica, porque aquellos años eran tierra de su jardín y se pegaban a su pala de jardinero.

Cuando la tesis independentista prosigue su curso, después de Bauzá, las cosas son bastante diferentes, y se termina elaborando la que tan duramente fustigó Real de Azúa bautizándola *tesis independentista clásica*. Creo que no le corresponden a Bauzá reproches en ese sentido; creo que conserva una enorme modernidad, desde las dos acepciones del término. Es moderno porque cumple con el mandato historiográfico de secularizar el relato histórico, y es moderno porque esa estructura de tres partes de su obra (los hechos, debates sobre esos hechos que cuenta y, finalmente, documentos de prueba) le da modernidad en el sentido de *cosa actual, cosa nueva* que sigue teniendo plena vigencia. Hoy casi toda la historiografía utiliza a Bauzá como fuente, y creo que ése es el mayor elogio que se le puede hacer a un siglo de su muerte.

Los libros históricos envejecen, y en ese sentido Bauzá conserva todavía una enorme lozanía. Él se propuso algo que entendía era una labor patriótica. Indudablemente, uno puede cuestionar mucho qué significa una labor patriótica desde el punto de vista historiográfico, y si el historiador tiene una misión patriótica o no, o qué es realmente el relato histórico; temas que la Historia debate actualmente consigo misma y con las Ciencias Sociales en su conjunto. Pero creo que el sentido que sí cumplió Bauzá es el de dejar una obra muy longeva, y una obra testimonial desde todo punto de vista. Casi todos los protagonistas y actores sociales tienen espacio y, si bien no siempre tienen voz, sí tienen alguna forma de presencia en su obra, y ése no es un mérito menor de nuestro primer historiador.

Quisiera dejarle a Gerardo Caetano el espacio que corresponde para que realice su comentario; creo que ya he ocupado el tiempo suficiente, así que les agradezco a todos la atención dispensada al escucharme. No quisiera despedirme, sin embargo, sin reiterarles que, personalmente, creo que la historiografía no debe dejar jamás de revisarse, y que a esta altura quizá debamos revisar a los que revisaron. Bauzá y gran parte de los historiadores de la "vieja historiografía" vieron con mucha claridad esa porfía en nuestra autonomía de la que, de alguna manera, derivó la maduración de lo nacional... ¡Con lo complejo que es definir lo nacional! Hoy discutimos acerca de identidad, por ejemplo, y eso forma parte del mismo debate, que se va metamorfoseando a lo largo del tiem-

po. Quizás si le damos a cada palabra su valor epistemológico exacto, podríamos reconocerles a estos viejos libros la enorme visión que tuvieron de esa construcción histórica. La realidad es siempre una construcción y eso involucra a cada generación.

Un historiador argentino que nos visitó hace dos o tres años fue entrevistado por un periodista, quien le preguntó qué pensaba del debate acerca de nuestra tan problemática identidad. Él, brillantemente, le contestó: "Yo creo que no tienen ningún problema de identidad, creo que discutir acerca de la identidad de ustedes es parte de la identidad de ustedes". Quizá Bauzá supo verlo, y si uno toma los términos históricos como cosas que también envejecen, si uno toma conciencia de que el vocabulario debe ser leído históricamente, los "orígenes de la nación" que vertebran la obra de Bauzá probablemente no sean historiográficamente tan vergonzantes como hasta hace poco pensábamos. No sé a ustedes, pero a mí me gusta la idea de revisar a los que revisaron, la idea de revisar permanentemente...

Muchas gracias.

Resumen

Francisco Bauzá es considerado fundador de la historiografía moderna en el Uruguay. Su obra se inscribe en el relato de los orígenes de nuestra nacionalidad y, si bien cumple rigurosamente con los postulados de la corriente romántica, participa en la construcción historiográfica de la modernidad. Al mismo tiempo, su catolicismo militante no le impide contar una historia secularizada, centrada en el protagonismo de los hombres. A cien años de su muerte, Bauzá continúa desafiando con su complejidad, y su obra, de enorme vigencia, es una fuente documental insoslayable.

El legado de Francisco Bauzá (II)*

por Carlos Pareja

El autor

Profesor e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y en el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH).

14. Más allá de la enseñanza: los fundados temores de Bauzá

Ahora estamos en condiciones de apreciar mejor las ventajas de los recursos argumentales desplegados por Bauzá frente a los utilizados por Ramírez. Los primeros, por un lado, no necesitan respaldarse en ningún supuesto acerca de la gravitación de los tránsitos escolares en la formación y conservación de las reservas morales y cívicas de un pueblo. En efecto, aun aceptando las más pueriles hipótesis asociadas a los atajos varelianos —la apuesta trasnochada de convertir dichos tránsitos en otros tantos microcosmos libres de los virus de barbarie, donde los nuevos doctores Frankenstein podrían alumbrar una nueva raza de ciudadanos virtuosos—, las denuncias y advertencias de Bauzá siguen en pie, agregándose nuevas razones para rechazar la expropiación educativa y la entrega de esa forja cívica, presuntamente infalible, en manos de una corporación profesional.

En ese sentido, Bauzá supo anticipar una pendiente que terminaría mucho más allá de todo lo que Varela imaginaba, aun en sus sueños más ambiciosos. De hecho, lo que más preocupaba a Varela era poner ciertos límites a la influencia educativa ejercida unilateralmente por las órdenes religiosas: "dejar al

* N. R.: La primera parte de este ensayo se publicó en *Prisma* nº 14, de mayo del 2000.

sacerdocio la dirección de los niños y de las mujeres es dejarles la dirección de la política y de la sociedad".¹ Desde esa perspectiva, las pautas educativas y los mensajes transmitidos por la escuela oficial vendrían a contrarrestar un monopolio de hecho detentado por el clero. Lo que Varela no alcanzó a prever, y Bauzá, en cambio, advirtió con plena lucidez, era que ese mismo baluarte antimonopólico estaba destinado a convertirse, en función de sus premisas fundacionales, no sólo en una constelación monopólica mucho más peligrosa y menos desafiante que la anterior, sino, además, en un monstruo incontrolable para el propio poder político, es decir, para las autoridades investidas por los ciudadanos profanos.

En realidad, Varela estaba jugando desprevenidamente a los fuegos y contra fuegos, sin tener la más mínima idea de lo que tenía entre manos, por lo que no puede extrañar que acabara desencadenando incendios inextinguibles. En efecto, cuando se empieza sosteniendo, por ejemplo, que "La masa ignorante de la población no va a contribuir voluntariamente al sostenimiento de las escuelas; el Estado tiene que imponerle la contribución y el deber de educar a sus hijos para que esa masa ignorante cumpla con él",² ¿cómo se procede luego a reconocer el derecho de las autoridades políticas, elegidas por "esa masa ignorante", a dirigir y controlar la marcha de la enseñanza oficial, a establecer prioridades en términos de asignación de recursos, lo que implica asumir que en ciertas coyunturas se entenderá pertinente retacear o postergar las partidas destinadas a la expansión y mejora de los servicios escolares para atender otras urgencias? ¿Cómo extrañarse cuando los descendientes de Varela —los Ramas, las Tornarías y los sindicatos de educadores— compitan por el control de la administración y del presupuesto de la enseñanza, a la vez que se vanaglorien de no responder a directivas "políticas" —es decir, de desconocer las autoridades investidas por los ciudadanos—, de impulsar "políticas de estado" ajenas a las dilucidaciones electorales y al debate entre tradiciones partidarias enfrentadas? ¿Cómo asombrarse cuando los legisladores y los ministros sólo se animan a incursiones tímidas y marginales en esa materia, temerosos de ser denunciados como culpables de auspiciar injerencias indebidas del "poder político"?

Precisamente, el mérito de Bauzá consistió en advertir que aquella reorganización escolar que pretendía justificarse como un intento de sustraer la ciudadanía a un monopolio de hecho, terminaría condenando a esa misma ciudadanía a la peor de las indefensiones, no sólo como usuaria de determinados

¹ José Pedro Varela: "De la libertad religiosa", citado según Sandra Carreras: "Ahorro y disciplina. El proyecto vareliano visto a contraluz", en *Cuadernos del CLAEH*, nº 83-84, Montevideo, 1999, p. 64.

² José Pedro Varela: *La legislación escolar*, citado según Carreras: o. cit., p. 66.

servicios, sino también, y más decisivamente, como cotitular del autogobierno. Lo anterior da pie a destacar el segundo tipo de ventajas comparativas de las argumentaciones de Bauzá. A diferencia de las de Ramírez, las suyas, como ya insinué, apuntaban a ciertos flancos y alcances genéricos de la apuesta vareliana, a sus impactos en el largo plazo, más allá de los aspectos estrictamente educativos, sobre los componentes internos del experimento uruguayo, por lo que terminaban coincidiendo y reforzándose con sus ataques paralelos a otras modalidades de monopolios y asimetrías, en particular las que se proponían para los circuitos financieros y ciertos sectores con economías de escala. De esa manera, Bauzá lograba reunir en un frente común los diversos motivos de rechazo a las propuestas de formatos monopólicos, activando las robustas y mayoritarias resistencias de toda una generación, la suya, cuyos padres habían corrido muchos riesgos para emanciparse de un régimen basado en el otorgamiento de monopolios y privilegios a una casta de favoritos.

Su estrategia argumental, pues, parecía destinada a ser coronada por el éxito, ya que, mientras en su frente común se multiplicaban las convergencias, en las filas opuestas campeaban las discrepancias y sólo se defendían las modalidades monopólicas a título de excepción y con razones meramente instrumentales. Así, por ejemplo, salvo en lo relativo a la enseñanza, Varela se alineaba con las posiciones de neto cuño liberal predominantes en su generación, por lo que no tuvo empacho en combatir vehementemente al incipiente sistema jubilatorio uruguayo, argumentando que "establecer el montepío para obligar a ahorrar al empleado público, es suponer que el Estado conoce mejor que el individuo empleado lo que le conviene; o, lo que es lo mismo, es desconocer la eficacia del criterio individual para regular la conducta de los hombres [...] es la puerta de entrada a un comunismo disfrazado, cuyos efectos sobre la moralidad social son incalculables".³

A los efectos de este trabajo, no interesa averiguar cómo se las arreglaba Varela para conciliar esa argumentación, ya no sólo con su apuesta a favor de la intervención estatal en la enseñanza, sino con su descalificación de la población como "esa masa ignorante". Lo que aquí importa, en cambio, es destacar la extraña distribución de fortalezas y debilidades entre ambos bandos. En efecto, los "monopolistas sectoriales" iban contra la corriente y ocupaban posiciones difíciles de defender en el plano de los principios morales y de los compromisos democráticos. Sólo podían alegar razones de conveniencia y debían asumir la carga de la prueba. Sus fuerzas se incrementaban en aquellos territorios específicos en los que la descentralización de las iniciativas y las responsabilidades había dado lugar a fracasos muy notorios o a crisis in-

³ Ibídem, citado según Carreras: o. cit., p. 65.

controlables: la educación común y el circuito financiero. A su vez, el frente liberal era fuerte donde el bando opuesto era débil, en el plano de los principios y el *civic common sense* acumulado en el experimento uruguayo. Su debilidad era comparable a la de los diques edificadas para retener una masa hídrica, en los que la más pequeña fisura permite que el agua penetre en la estructura y ejerza una acción demoledora. De modo similar, cualquier concesión parcial y provisoria a los formatos monopólicos y a las asimetrías indesafiabiles, en procura de rendimientos localizados y coyunturales, termina desencadenando una secuencia de sucesivas ampliaciones del área de aplicación aceptable de dichos formatos.

Y por cierto, en el caso de un experimento como el uruguayo, tan acosado por precariedades, inmadureces y desequilibrios institucionales, tales concesiones parciales y provisorias se presentaban muchas veces como atajos tentadores o como andamios efímeros a desmontar una vez consolidadas las acumulaciones iniciales. El propio Varela, al menos en su mejor versión, no pondría reparos invencibles a la consideración de su reforma de la enseñanza como un recorrido inevitablemente sesgado que más adelante habría de ser parcialmente desandado. Del mismo modo, aun los más vehementes "liberales" de esa generación —incluyendo a Bauzá y a Herrera y Obes— incurrieron en compromisos y transaron con procedimientos reñidos con sus principios, justificándose a partir de consideraciones de viabilidad y de oportunidad.⁴

Vistas las cosas desde la perspectiva que otorgan los desenlaces posteriores, uno está tentado a concluir que esa generación, a pesar de la lucidez con que denunció los sesgos nocivos de los formatos monopólicos y asimétricos, no acertó en sus balances entre principios y estrategias, no supo reclutar resistencias cívicas robustas y sensatas a las impacencias y avideces por resultados inmediatos, ni canalizar esas mismas impacencias en un marco capaz de preservar las mejores reservas morales y cívicas. Con todo, tal conclusión puede ser acusada de conjugar una soberbia gratuita con un provincianismo temporal y, sobre todo, de abusar de aquella asimetría que beneficiaría al apostador capaz de consultar los resultados de las carreras antes de la largada.

En realidad, a la hora de confeccionar un balance ponderado de lo que pudo hacerse en esa encrucijada para evitar que las fisuras terminaran demoliendo la represa que retenía aquellas reservas —así como a la hora de reconstruir

⁴ Para ilustrar el arraigo y la extensión de los rechazos de cuño liberal a cualquier estatuto tendiente a consagrar habilitaciones diferenciales y privilegios corporativos, vale la pena recordar que los legisladores uruguayos se opusieron tenazmente y durante varias décadas a la exigencia de asesoramiento letrado profesional para las instancias judiciales, argumentando que dicha exigencia establecía un monopolio y convertía a la ciudadanía en una clientela cautiva de una casta de abogados.

pormenorizadamente los procesos a través de los cuales se fueron produciendo las sucesivas fisuras y filtraciones— sería preciso disponer de una competencia especializada y de un caudal de información historiográfica muy superior a los escasos indicios y atisbos de que dispongo. Lo que sí está a mi alcance como observador profano, heredero del legado de aquella generación, es escudriñar entre los mensajes y convocatorias dirigidos a la ciudadanía con mayor éxito circulatorio, para localizar algunos indicios primarios pero inequívocos —"a confesión de parte, relevo de prueba"— confirmatorios de la mencionada rebaja del horizonte interno del experimento uruguayo.

¿Qué cabe rescatar, desde nuestro presente, en aquellas alarmas de Bauzá frente a las primeras arremetidas de los formatos monopólicos? En lo estrictamente referido al capítulo de la enseñanza, hoy en día parecen imponerse en el mundo entero —excepto en el Uruguay— las reivindicaciones levantadas por Bauzá en torno a las prerrogativas democráticas de los ciudadanos profanos y de sus representantes con respecto a la orientación y administración de los servicios educativos, tanto estatales como privados. Más allá de las controversias especializadas acerca de los detalles organizacionales de esa reapropiación democrática, lo que aquí interesa retener es cómo han sido afectadas las reservas morales de la ciudadanía uruguaya por las señales intercambiadas en torno a la enseñanza oficial y, en particular, hasta qué punto quedaron expuestas a deterioros cuando toleramos que nos descalificaran como "una masa ignorante" y que se edificara "una escuela de espaldas al pueblo uruguayo" y a sus partidos políticos. Todo autoriza a suponer que la principal amenaza recae sobre nuestra musculatura para imaginar y construir futuros, la capacidad de avizorar nuestro propio destino como una secuencia irreversible de desafíos renovados y de riesgos cambiantes, abierta a nuestras iniciativas, olvidos y rescates.

En efecto, al delegar en una corporación profesional la responsabilidad de preparar a las nuevas generaciones para lidiar con las tareas y los escenarios que les deparará el porvenir, fuimos tentados a considerar nuestro propio futuro como una continuidad de recorridos redundantes a lo largo de escenarios sucesivos que sólo podían depararnos algo más de lo mismo. (Desde luego, cualquier profesión, por su propio compromiso con un rubro acotado de resultados, sólo puede proyectar hacia delante una continuidad de avances lineales.) Por el contrario, un porvenir abierto a través de sucesivas encrucijadas dramáticas, cada una de las cuales obliga a reformulaciones conceptuales de los compromisos y los desafíos, nunca puede encajar en esa continuidad rutinaria, en la que los testimonios y las inquietudes profanos están descalificados de antemano y no pueden introducir aportes decisivos. De ese modo, el horizonte interno del experimento uruguayo quedó expuesto a que un mensaje amenazante de redundancia e irrelevancia terminara entumeciendo la

capacidad de los hombres y las mujeres involucrados en dicho experimento de alimentar sueños audaces y ambiciones robustas, a la vez que erosionando las reservas morales y cívicas necesarias para que cada generación explore senderos inéditos y asuma sus propias cuotas de riesgos e incertidumbres. Y por cierto, de completarse esa acción entumecedora y erosiva, quedaría allanado el escenario para la consolidación de los formatos monopólicos como el único desenlace imaginable y deseable. En efecto, ¿en qué podrían fundarse las resistencias a tales formatos cuando se supone de antemano que sólo se puede trazar un sendero lineal de asignaciones más o menos rendidoras? O, dicho de otra manera, si se considera que no hay margen para la convivencia prolongada de diferentes orientaciones y estrategias de asignación, ¿qué podría añadir la pluralidad de titularidades sobre iniciativas, más que una mera dispersión y la pérdida de las economías de escala?

15. Los barrotes que faltaban en la cárcel de los sueños

A esta altura conviene disipar posibles equívocos. No estoy tratando de poner en boca de Bauzá —ni estoy inclinado a sostener por mi cuenta— una acusación formal a la reforma vareliana como responsable, por sí misma y en función de sus impactos específicos, de desencadenar el recorte de dicho horizonte interno. Tal acusación sería insostenible, ante todo porque hasta para hacer mucho mal se requieren genialidades y audacias que estaban fuera del alcance de Varela y de sus continuadores hasta el día de hoy. Después de todo, los alcances más siniestros de su reforma residían en sus mensajes descalificadores e inhabilitadores de la opinión profana y de sus representantes. Y tales mensajes no se diferenciaron entonces, ni se diferencian hoy, de aquella retórica usual que suelen poner en circulación, por ejemplo, los médicos, los abogados y, más en general, los titulados de una profesión recién ascendida a posiciones de reconocimiento público, con vistas a cortar de raíz, por intimidación, cualquier conato de resistencia a dicho ascenso y, más decisivamente, cualquier enjuiciamiento profano de sus desempeños.

En todo caso, a diferencia de las restantes profesiones en ascenso, la docente siempre estuvo en condiciones desventajosas para desplegar exitosamente dicha retórica intimidatoria. En efecto, sus miembros no pueden reclamar para sí aquellos niveles diferenciales de manejo de códigos conceptuales, instrumentales y saberes especializados, inaccesibles al lego no entrenado, que justifican la ubicación de los titulares de otras profesiones como fuentes irremplazables de consultas. Y para peor, tienden a ser visualizados como meras

figuras auxiliares, que se limitan a acompañarnos como proveedores sucedáneos de cuidados y respaldos, hasta el umbral de nuestra habilitación moral y cívica, como si ellos mismos no terminaran de recorrer ese tránsito de madurez, no pudieran desenvolverse con comodidad en un mundo de pares y tendrían que refugiarse en el microcosmos de las relaciones asimétricas entre adultos y niños.

Por otra parte, las corporaciones profesionales —la docente y las restantes— no son los únicos núcleos que emiten mensajes trivializadores y relatos de avances lineales y redundantes. También lo hacen los cuerpos burocráticos. Es cierto que éstos, a diferencia de aquéllas, se cuidan mucho de atenuar las connotaciones descalificantes en los mensajes que intercambian con la opinión profana y sus representantes. No es menos cierto que las inserciones específicas e institucionalmente acotadas de sus desempeños los condenan a contabilizarlos en términos estrictamente lineales y a proyectar un porvenir en el que los aportes de las nuevas generaciones resultan redundantes. No es sorprendente, pues, que las voces provenientes de los cuerpos burocráticos, de las corporaciones profesionales y docentes, tiendan a ocupar un lugar secundario, como meros coros de fondo, en aquella polifonía que pone en marcha cualquier experimento cívico no rutinario. En realidad, tales voces secundarias sólo cobran relevancia y gravitan sobre los horizontes internos cuando las voces principales, responsables de renovar la agenda de compromisos y desafíos —los gobernantes y los empresarios, los alineamientos partidarios y las organizaciones sindicales, los académicos y los periodistas, los historiadores y los novelistas, los nucleamientos de opiniones y tradiciones cívicas, de apuestas morales y religiosas, etcétera— no despliegan locuacidades genuinas y asordinan sus mensajes, cuando otorgan preferencias sistemáticas a los planteos más enervantes, más despojados de opciones dramáticas e incertidumbres. Cuando así ocurre, resulta casi inevitable que las voces secundarias pretendan reemplazar esos silencios con sus señales y planteos rutinarios.

No creo incurrir en un anacronismo al afirmar que Bauzá identificaba ciertos silencios y asordinamientos ante los primeros avances de los formatos monopólicos y de los planteos trivializadores, como otros tantos síntomas que amenazaban deteriorar las reservas morales y cívicas acumuladas por el experimento uruguayo.⁵ En particular, consideraba que la intervención estatal en los

⁵ En realidad, Bauzá acusó a sus contemporáneos de asumir actitudes perezosas y cobardes ante las distintas embestidas anticlericales desencadenadas durante el gobierno de Santos. En una carta dirigida a un amigo residente en Europa, se expresaba en los siguientes términos: «¡Qué bien ha hecho Ud. en marcharse! A la fecha, si lo hubieran condenado a vivir en Montevideo, sobre todo durante esta última tormenta, no me atrevo a decir lo que hubiera sucedido. Mientras las mujeres con su abnegación pasmosa y sin distinción de estado, casadas, solteras,

circuitos de captación y de canalización del ahorro, con el respaldo de fondos públicos y de coberturas privilegiadas frente a los riesgos propios de la industria financiera, con habilitaciones monopólicas para algunos rubros —tal como era perfilada en los sucesivos proyectos legislativos de creación de uno o más bancos oficiales— configuraba un conjunto de distorsiones más peligrosas aún que las desencadenadas por la reorganización de la enseñanza pública.

No puedo detenerme a recoger aquí el detalle de la argumentación desarrollada por Bauzá a ese respecto, ni a demostrar cuán acertadas fueron sus previsiones acerca de los impactos entumecedores asociados en los largos plazos a una banca oficial operando en condiciones cuasimonopólicas. Y no sólo por limitaciones de espacio, sino porque tales incursiones me alejarían del enfoque profano de la acumulación intergeneracional que he adoptado. En cambio, me atengo a dicho enfoque al intentar identificar las razones más profundas que alimentaban los temores de Bauzá y, en particular, que lo inclinaban a asignarle menor nocividad a la enseñanza oficial que a la banca oficial. En ambos casos, los sesgos decisivos se ubican en el nivel de los mensajes implícitos a la ciudadanía y operan a lo largo de los mismos carriles: la trivialización y la redundancia de las opciones asignativas, por un lado, y, por el otro, la descalificación de las iniciativas profanas. De ese modo, los uruguayos fuimos inducidos a considerar como pertinente y "natural" una preponderante intervención estatal en la captación y canalización del ahorro, por la misma combinación pueril y despistada de razones que presidieron la reforma vareliana de la enseñanza, y que siguieron prevaleciendo a lo largo de un siglo en sus conjugaciones posteriores y en sus extrapolaciones al plano universitario. Tal coincidencia no es forzada ni caprichosa. Después de todo, en la formación de las nuevas generaciones de ciudadanos y en la asignación del ahorro, lo que está en juego es lo mismo: el destino del legado intergeneracional y su proyección hacia el futuro. Y si en un caso se descalificaba a la "masa ignorante" como inhabilitada para incidir, ¿por qué se le habría de reconocer autoridad cuando se trata de establecer aquellas alocaciones óptimas de la riqueza acumulada de las que van a depender los niveles futuros de los patrimonios y los ingresos localmente retenibles? Por supuesto, el cerco de pretensiones monopolizado-

monjas, Hermanas de Caridad, etc. protestan contra las arbitrariedades de que son víctimas y se dejan expulsar del país, antes que ceder sus derechos; mientras que los sacerdotes regulares y seculares se plantan delante de las puertas de los templos y casas religiosas para envararse con la autoridad civil y oponer la razón a la fuerza, el "non possumus" a la arbitrariedad; nosotros, el laicismo católico, los hombres de los discursos concisos y de los artículos incendiarios no somos gente para firmar una miserable protesta, porque hay graves y trascendentes intereses que se oponen a ello!», citado según Gabriel Abend: «Santos, la partidocracia y la secularización en el Uruguay», en *Cuadernos del CLAEH*, nº 83-84, Montevideo, 1999, p. 49.

ras y descalificantes se completa y se refuerza mediante planteos trivializadores similares a los adoptados con respecto a la enseñanza, a partir de los cuales la continuidad intergeneracional queda reducida a una mera sucesión de avances lineales, es decir, "un poco más de lo mismo".

No es sorprendente, pues, que los mensajes oficiales puestos en circulación en ambos terrenos apelen a justificaciones similares de modalidades expropiadoras —en perjuicio de la incidencia de las iniciativas y de los testimonios profanos— y concentradoras de prerrogativas y responsabilidades en manos de alguna instancia sustraída a contrastaciones. Cabe preguntarse, sin embargo, si tal paralelismo no conduce a exageraciones. Si no deja de lado, por ejemplo, diferencias notorias entre una tradición de enseñanza oficial explícitamente distanciada del poder político —es decir, de los títulos de autoridad otorgados por la ciudadanía—, por una parte, y, por la otra, una banca oficial cuya gestión nunca aparece empeñada en legitimarse mediante ese tipo de distanciamientos. Y en esa medida, las denuncias y las alarmas de Bauzá respecto a la intervención estatal en los servicios financieros, ¿no debería haber adoptado un tono mucho más moderado, más acorde con la menor peligrosidad de los formatos monopólicos y asimétricos que allí se instalan, en comparación con los que campean indeseables en el plano de la enseñanza y desde allí despliegan sus mensajes erosivos sobre las reservas morales y cívicas del experimento uruguayo?

En lo relativo al reconocimiento de la autoridad emanada de la ciudadanía, si bien esos matices diferenciales son cultivados deliberadamente, tanto por los bancos oficiales como por los restantes organismos de la administración descentralizada —y, en materia de instituciones políticas, los reconocimientos públicos equivalen a compromisos—, lo cierto es que dichos reconocimientos no han encontrado traducciones apropiadas en los planos donde duele e importa, allí donde la opinión profana puede hacer pie, por cuanto ha sido invocada —aun elípticamente— como tribunal arbitral de los méritos y deméritos de las gestiones. No corresponde insistir sobre un ángulo que sólo tiene una conexión marginal con lo que aquí está en juego, por lo que me limitaré a destacar un rasgo sintomático que viene a reforzar el paralelismo esbozado. Cuando los directorios de los bancos oficiales y de los demás organismos de la administración centralizada —incluyendo los encargados de los servicios oficiales de enseñanza oficial— intentan justificar su gestión frente a la opinión pública o a sus representantes, jamás recurren a consideraciones asociadas a las tradiciones partidarias que respaldaron su nombramiento. Si bien no renuncian a invocar dicho respaldo mayoritario como fuente última de legitimación democrática de su autoridad para adoptar decisiones, cuando se ven emplazados a justificar dichas decisiones siguen las huellas de Varela: se desvinculan explícitamente del plano de los debates cívicos y de las controversias morales, para

apelar, en cambio, a supuestos consensos en torno a "políticas de estado" y a consideraciones tecnocráticas.⁶

En lo relativo a los grados mayores o menores de nocividad, los mensajes descalificadores desencadenados a partir de los cuasimonopolios y las asimetrías enquistados en el ámbito de la enseñanza sólo pueden descargarse dentro de ciertos límites, a lo largo de un tramo muy reducido de las trayectorias vitales de los hombres y las mujeres, un tramo en el que, si bien son vulnerables por su propia inmadurez y las interdicciones a que están sometidos, todo lo que ocurre y es recibido lo es "a título provisorio y con beneficio de inventario". Además de ser limitados, tales impactos resultan contrarrestables por anticuerpos contenidos en los propios objetos de los aprendizajes más básicos, ya que allí anidan invitaciones a desarrollos inéditos y divergentes. En cambio, ninguna de tales defensas está disponible en aquellos territorios que reciben las improntas de la actividad bancaria oficial, tal como ésta se vino a instalar en el horizonte del experimento uruguayo, a modo de una cabecera de puente a partir de la cual se iría abriendo paso no sólo a una extendida red de monopolios estatales, sino también a la proliferación de circuitos regimentados con severas restricciones de ingreso y de funcionamiento. De ese manera vino a confirmarse otra vez la lucidez previsor de las alarmas y denuncias de Bauzá: a la larga iban a resultar mucho más estrechos y opresivos los cercos que la intervención estatal en la canalización del ahorro ayudó a construir para aprisionar los sueños y las ambiciones de los uruguayos, que aquellos otros edificados a partir de la intervención estatal en la enseñanza.

Tales aciertos anticipatorios deben ser revalorados a la luz de los escasos indicios que podía manejar Bauzá. Por un lado, los reiterados episodios de bancarrotas en que habían desembocado los bancos privados en la segunda mitad del siglo XIX —con repercusiones gravísimas y prolongadas— debilitaban y tornaban inoportuno cualquier intento de poner reparos a la implantación de una banca oficial con amplias y exclusivas prerrogativas. Por otro lado, los perfiles iniciales de dicha banca y los mensajes asociados a su consolidación no parecían prestarse a justificar alarmas. En realidad, Bauzá apenas pudo entrever las primeras insinuaciones, las señales incipientes de aquellos mensajes entumecedores que más adelante iban a completar el cerco descalificatorio. Su prematura muerte (1899) le impidió asistir a la consolidación de ese cerco y a su progresivo estrechamiento. En efecto, a lo largo del período trans-

⁶ Así, por ejemplo, cuando un legislador de la oposición consideró que el cambio de las bases de referencia para la confección de las cuentas nacionales respondía a una maniobra de "maquillaje" por parte de las autoridades del Banco Central, la respuesta central del presidente del directorio fue que tal acusación constituía un agravio al cuerpo de funcionarios profesionales del banco, sólidamente respaldados por sus méritos académicos.

currido entre 1910 y 1930, "la generación de los hijos de Bauzá" permitió que se entronizara un discurso oficial según el cual las iniciativas y los aportes de los agentes económicos se limitaban a apropiarse de riquezas y rentas en cuya génesis no tenían participación sustantiva tales iniciativas y aportes, salvo en términos de mera "administración" de valores resultantes de progresos civilizatorios lineales y autodesencadenados.⁷ Dicha entronización no debe entenderse en el sentido estadístico, como si fuera sustituible por un alineamiento mayoritario de las creencias albergadas por cada uno de los uruguayos en su fuero privado. Lo más probable es que una compulsión de ese tipo arrojará en cualquier momento una dispersión amplia de opiniones, a pesar de lo cual, todo intento de desafiar en forma pública el discurso oficialmente entronizado empezó a partir de ese momento y hasta nuestros días a correr en desventaja o quedar expuesto al costo intimidatorio de alinearse con posturas "empresistas". En ese sentido, cabe afirmar que los mensajes públicamente predominantes en el experimento uruguayo tienden a considerar a todos los ingresos como *rentas*.

Precisamente, que el término *empresista* llegara a adquirir tales connotaciones desacreditadoras, en el nivel del intercambio público de argumentaciones, constituye el síntoma más inequívoco de la entronización del nuevo discurso oficial sobre las actividades económicas y, en otro sentido, de los avances exitosos del "batllismo" en su intento de reconfigurar el horizonte interno del experimento uruguayo. En todo caso, tales avances sólo llegaron a perfilarse y cobrar impulso bastante después de la muerte de Bauzá, por lo que, a menos que contáramos con referencias anticipatorias muy precisas —como las que disponemos a propósito de la industria financiera—, no corresponde alistarlos a pelear en batallas póstumas, como si tratara de otro Cid Campeador.

Por el contrario, no es extemporáneo convocarlo como testigo de cargo en relación con las innumerables majaderías y temores pueriles que hemos venido acumulando los uruguayos sobre los circuitos de canalización del ahorro. To-

⁷ En el lenguaje especializado de la economía, suelen distinguirse dos modalidades de apropiación de ingresos o, si se prefiere, de justificación de los mismos. Se conviene en denominar *rentas* a aquellos ingresos que se derivan de la propiedad sobre algún recurso configurado como escaso —ya sea por limitaciones y rigideces de su oferta, ya por las restricciones impuestas al ingreso de nuevos ofertantes—, de modo tal que la retribución al (a los) titular(es) sólo se justifica, tal como lo señala Ramón Díaz, "por la propia escasez [del recurso], sin poner él mismo nada como contrapartida" (*El Observador*, Montevideo, 18/12/99). En cambio, la distribución funcional de los ingresos es aquella que se justifica como retribución a los aportes diferenciales de factores disponibles sin restricciones estatutarias y reemplazables por sucedáneos que separa todas las referencias que hemos hecho a los componentes internos del conjunto de oportunidades.

mados por separado, cada uno de nosotros puede sustraerse fácil y rápidamente a esas falencias, para advertir, por ejemplo, hasta qué punto nuestra obsoleta y desprofesionalizada red bancaria oficial sólo ha servido para malversar reservas acumuladas a lo largo de varias generaciones, para otorgar créditos a quienes ya cuentan con respaldos patrimoniales, para acumular carteras morosas y para trasladar los costos inflados de su funcionamiento incompetente, así como las cargas de los débitos incobrables, sobre las espaldas de los acreedores disciplinados y de las generaciones posteriores. En cambio, toda esa lucidez se evapora cuando se trata de administrar nuestro ahorro privado y colectivo, cuando se trata de tomar medidas destinadas a eliminar las barreras de ingreso y las múltiples rigideces que distorsionan la operativa de nuestro sistema financiero. Allí nos dejamos atrapar por todas las inercias y callos mentales: alimentamos desconfianzas medievales con respecto al "capital especulativo", oponemos ingenuamente "el sector financiero" y "el sector productivo", nos alineamos en la defensa de la banca oficial y nos agolpamos como clientes suyos, con el pretexto de que "no son meros bancos, sino que están al servicio del país" (como si ello no fuera una buena razón para huírles como a la peste).

Y por supuesto, los resultados agregados no podrían ser peores. Por lo pronto, carecemos de flujos de ahorros disponibles para colocaciones de riesgo, así como de instituciones especializadas en el reclutamiento de dichos flujos y en la selección de los proyectos de inversión. Como contrapartida, la mayor parte del ahorro local y el de no residentes está colocada en depósitos bancarios en moneda extranjera y a plazos fijos (a lo sumo 180 días). Cabría alegar que tales resultados, tomados por separado, pierden sus connotaciones más gravosas en la medida en que pueden ser justificados como meras inmadureces, como retrasos "razonables" en los ritmos de evolución de nuestros circuitos financieros. Sólo que esas excusas se derrumban cuando se examinan los mensajes públicamente intercambiados al respecto, en particular, los provenientes de aquellas posiciones institucionalmente encargadas de liderar y acelerar tales ritmos. En efecto, lejos de resaltar entumecimientos y rigideces, tales mensajes se dedican a elogiar la fortaleza de nuestra plaza financiera, demostrada una vez más —según ellos— en ocasión de los desequilibrios financieros desencadenados en todos los mercados emergentes a partir de las crisis mexicana (1995) y rusa (1997), carentes de impactos locales.

De ese modo, las excusas alegadas no sólo resultan desautorizadas, sino que se convierten en la expresión más inequívoca —el pez por la boca muere— de un provincianismo tan arraigado como autocomplaciente. A los efectos presentes, resulta irrelevante escudriñar por detrás de esos mensajes las intenciones y las creencias de sus emisores. Lo que cuenta es lo que se dice a la gente y, más precisamente, cómo se la invita a avizorar al mundo y a encontrar

indicadores de fortaleza y confianza. Y por cierto, lo único que puede explicar esa visión autocomplaciente es una vocación "albanesa" a ponerse de espaldas al mundo y no mirar por encima del cerco local, ya que si los niveles de las distintas modalidades de colocación de ahorro en el Uruguay no resultaron afectados por aquellas tormentas descargadas sobre los mercados de capitales, ello no debe acreditarse a presuntas fortalezas y disciplinas, sino que responde, en cambio, a una cultivada incapacidad para atraer y retener capitales de riesgo, por un lado y, por el otro, a la rigidez de las condiciones y términos asociados a la casi totalidad de las colocaciones del ahorro en el Uruguay. (Si vamos al caso, ni Afganistán ni Haití fueron afectados por esas tormentas financieras. Sólo que, a diferencia de lo que ocurre en esos casos, la incapacidad del medio local para atraer y retener capitales de riesgo se asocia a una fomentada "hostilidad ambiental". A este respecto, vale la pena recordar que en el ranking de países ordenados en un función de la magnitud de la inversión extranjera directa, medida en relación con el PBI, el Uruguay ocupa uno de los últimos lugares.)

16. El referente suizo y los componentes estoicos

A esta altura, parece difícil sustraerse a dos requisitorias encadenadas. En primer lugar, ¿en qué consistió exactamente el recorte de horizonte interno del experimento uruguayo y, en particular, en qué se diferencia de meros cambios en los mapas de convicciones y creencias? Y en segundo lugar, suponiendo que esa caracterización sea acertada, que permita aislar un componente no reductible, por ejemplo, a la entronización pasajera de los formatos monopólicos y los arreglos asimétricos en desmedro de las iniciativas y los testimonios profanos —con todas sus secuelas distorsionantes y entumecedoras—, ¿cómo y por qué empezamos a deslizarnos a lo largo de esa pendiente disminutoria?

Al intentar abordar la primera de las dos requisitorias, es preciso insistir en ubicar el acento, no tanto en las propias intervenciones estatales —moneda común en diversos experimentos parangonables al uruguayo— como en los mensajes públicos asociados y, en particular, sus sesgos descalificantes. Dicho de otra manera, el arraigo duradero de los formatos monopólicos no se cimentó en convicciones y apuestas positivas, las que, por su propia índole y alcances, resultan expuestas a refutaciones y contrastaciones, obligadas a pelear y abrirse camino en un porvenir abierto a escenarios y peripecias cambiantes. A diferencia de lo ocurrido en los restantes casos en los que se entronizaron las intervenciones estatales, a partir de convicciones ideológicas y de

consideraciones instrumentales, y que, por lo mismo, se expusieron a los desencantos y los fracasos, aquel maridaje que desembocó en la consolidación duradera de esos formatos en cuanto componentes definitivamente arraigados en el horizonte del experimento uruguayo —tal como terminaron de perfilarse a partir de la segunda y la tercera década del siglo XX— se basó en apuestas negativas y, por lo mismo mucho menos vulnerables. Sólo así podría explicarse que la ciudadanía uruguaya nunca se haya considerado invitada a nuclear entusiasmos en torno a los bancos oficiales y a los institutos de enseñanza oficial como ejes de desencadenamiento de innovaciones, a involucrarse en ellos como coprotagonistas de emprendimientos y aventuras compartibles, ni a abrigar fuertes expectativas con respecto a la eficacia de esos instrumentos en términos de asignaciones de recursos y de acumulación de reservas.

Esos mismos componentes negativos adquieren su conjugación más específica e incontaminada en aquellas funciones que todos los experimentos consolidados, sin excepciones, adjudican a agencias estatales especializadas en forma de monopolios estrictos: la administración de justicia y los servicios policiales de prevención del delito y de localización de los sospechosos. En estos terrenos, si bien está clausurada de antemano cualquier controversia acerca de la pertinencia y los rendimientos de los formatos monopólicos, se abren opciones en cuanto a las modalidades de habilitar e involucrar a los ciudadanos comunes y corrientes en la configuración saneada de los recursos de autoridad ejercidos y en el control de las decisiones y de los procedimientos adoptados: las prioridades en cuanto a los tipos de delitos que se deben prevenir e investigar, las asignaciones de personal y de recursos, las opciones de los fiscales en cuanto a retirar cargos, aceptar arreglos previos a la instancia propiamente judicial, etcétera. Y bien, algunas muestras extraídas al azar de los mensajes emitidos por los jueces y jefes policiales alcanzan para concluir que, a diferencia de lo que ocurre en otras tradiciones cívicas e institucionales, esos funcionarios uruguayos tienden a reivindicar sus atribuciones y sus formas de administrarlas a partir de aquellas mismas connotaciones descalificadoras que el discurso vareliano hacía recaer sobre "la masa ignorante". (En realidad, ni siquiera es preciso remontarse al análisis de los discursos oficiales para arribar a conclusiones similares: la ciudadanía uruguaya cotidianamente da indicios inequívocos a ese respecto, a través del trato que recibe, por ejemplo, por parte de los inspectores municipales de tránsito. En efecto, estos operan con arreglo a aquel supuesto que invita a tratarnos como villanos potenciales, a desconfiar de nuestra responsabilidad, y a considerar que sólo podemos ser disciplinados como usuarios mediante la amenaza de sanciones.)

No puedo extenderme aquí sobre tales sesgos negativos de los mensajes predominantes sin incursionar en un terreno en el cual las advertencias de

Bauzá ya no sirven de guía. Obligado a resumir aquí algunas sugerencias al respecto, me arriesgo a caracterizar su contenido como un conjunto de rechazos y distanciamientos "estoicos", empeñados en "domesticar el azar" y en "ponerle cadenas al transcurrir del tiempo", al flujo renovado de circunstancias y desafíos que convoca a cada generación a revisar los legados recibidos, sus mapas de creencias, apuestas y compromisos. Por cierto, tales rechazos pueden asumir una versión positiva, toda vez que admiten ser reformulados como un intento de edificar las premisas últimas de la dignidad de los ciudadanos en un terreno cercado, inmune a las contingencias, a los inevitables tanteos y discrepancias. Sólo que el triunfo de ese intento equivale a instalar el destino y los protagonismos de los individuos y de los pueblos en un paisaje desierto, en el que nada de lo que hacemos le agrega nada al mundo y en el que los cursos de acontecimientos no tienen nada que decirnos. Por lo mismo, dicho triunfo nos condenaba a vivir en un tiempo congelado, en una especie de "eternidad estoica", indiferente a los itinerarios recorridos, así como a las urgencias y desafíos propios de cada tramo, con sus correspondientes convocatorias refundacionales. ¿No es acaso ilustrativo que los hombres más empeñados en la construcción de ese cerco hayan tomado como referente el experimento suizo, condenado a vivir al margen del orden mundial que otros tratan de construir, como un mero usuario parásito, beneficiario de las dificultades y de las acumulaciones ajenas?

Y a ese respecto, es preciso marcar algunas diferencias. La primera es la que se insinúa detrás del término *condenado*: en el caso suizo, más que de una opción asumida por sus méritos, parece haberse tratado de una adaptación a circunstancias y antecedentes internos y externos que no dejaban muchas alternativas. La segunda estriba en que, por su propia composición e inserción en un cruce de pueblos y tradiciones, el experimento suizo está más a salvo de deslizarse por las inevitables pendientes provincianas que amenazan a los "cercos estoicos", a pesar de sus pretensiones de alumbrar una ciudadanía cosmopolita. En el caso uruguayo, en cambio, todo parece indicar que hubo un fuerte componente de opciones asumidas, y que eso lo tornó mucho más vulnerable a las tentaciones provincianas, tal como se explicitará en el próximo apartado, al analizar la evolución de los modelos de relatos historiográficos.

Ahora bien, suponiendo que lo anterior responde a la primera requisitoria, la respuesta a la segunda debe hacerse cargo de las perplejidades que han quedado planteadas. ¿Cómo es que el experimento uruguayo quedó atrapado en el "cerco estoico" que acaba de ser esbozado? ¿Fue el resultado de un "ajuste adaptativo" a la baja, hijo del temor a los riesgos, las incertidumbres y las discrepancias no dilucidables trivialmente o, por el contrario, se trató de un "error por lo alto", una apuesta ambiciosa aunque despistada? Y su consolida-

ción, ¿redunda inevitablemente en una desmoralización, en una pendiente entrópica de enervamiento de nuestra musculatura moral y cívica o, en cambio, aunque entumece alguna de sus fibras, ejercita otras y las mantiene tonificadas?

Los escasos elementos de juicio de que dispongo no me permiten pronunciarme fundadamente sobre los méritos de ambas reconstrucciones. Tampoco estoy seguro de que ambas sean radicalmente incompatibles. Me inclino a creer que, de ser consultado al respecto, Bauzá se hubiera pronunciado a favor de la primera, es decir, de una secuencia "desmoralizadora", si bien cabe reconocer que en este terreno nuestro homenajeadó manejaba una paleta compuesta exclusivamente de blancos y negros. En cuanto a mí, si me obligan a optar, terminaría haciéndolo a favor de la segunda, en atención a algunos indicios reveladores de ciertas fibras morales y cívicas reactivables. En todo caso, ambas reconstrucciones coinciden en respaldar la tesis inicialmente esbozada acerca del despilfarro del legado público de Bauzá. Y como ése es el eje central de esta exposición, no sería procedente cerrarla sin antes revisar cómo fue retomada aquella parte de dicho legado que ha tenido más numerosos y cuidadosos herederos: su obra historiográfica.

17. Los desafíos del historiador: Tucídides y Bauzá

En las reconstrucciones narrativas que elaboró Bauzá a propósito de la gesta fundacional del experimento uruguayo, resaltan a primera vista sus continuos aciertos en términos de aquellas ecuaciones que más trabajo cuesta a los historiadores resolver, al punto tal que muchos de sus intentos terminan en otros tantos fracasos. En efecto, el desafío que enfrentan los historiadores consiste en combinar extremos que lucen como inconciliables: explicar lo que ocurrió en términos de ciertos encadenamientos precisos, sin tornarlos ineluctables; hacer lugar para que incidan los aciertos y desaciertos de los protagonistas en la consolidación de determinados rumbos, sin convertir a esos mismos rumbos en un resultado meramente fortuito; rescatar las encrucijadas específicas en las que se mueven los actores en cada tramo del recorrido, con sus urgencias propias y sus secuencias irreversibles, sin condenar a esos mismos actores a operar en un contexto idiosincrático e irrepetible, a quedar aislados en el tiempo y en el espacio, prisioneros de su época y su comarca, insensibles a los desafíos y a los horizontes ampliados por las acumulaciones del pasado y por las contrastaciones con lo que ocurre y lo que está en juego en otros lugares.

En ese sentido, no es demasiado arriesgado afirmar que la labor historiográfica de Bauzá se equipara en sus méritos a la de Tucídides, afirmación que merecería ser solventada en muchos de sus posibles alcances. Por lo pronto, y a cuenta de complementaciones posteriores, nuestro homenajeado de hoy acertó casi siempre a reconstruir las peripecias y las alternativas con las que tuvieron que lidiar nuestros antecesores como un complejísimo entramado donde se iban anudando acontecimientos e ideas originados en otros tiempos y lugares, continuidades de largo plazo, por un lado, e inflexiones coyunturales, desenlaces puntuales de conductas y resultados, por el otro.

Tucídides había logrado engarzar propensiones maduradas en el largo plazo —las divergencias que se fueron acentuando con el paso del tiempo entre el polo ateniense y el espartano, los despliegues progresivos de los involucramientos e intereses que cada uno de esos polos nucleaba interna y externamente en torno, por ejemplo, a la navegación comercial, las obras públicas, la plataforma agropecuaria— en un extremo, con disputas sobre liderazgos militares y estrategias de alianzas, el otro extremo. Tal engarce no era forzado, en la medida en que cualquiera de esos encadenamientos era presentado en términos de opciones asumidas como públicamente defendibles y expuestas a controversias y contrastaciones. Así, por ejemplo, los rasgos diferenciales que caracterizaban a Esparta y a Atenas en la época de la guerra del Peloponeso son presentados como opciones asumidas y defendibles públicamente a partir de argumentos que Tucídides pone en boca de los dirigentes y embajadores de ambas repúblicas, y que, lejos de configurar meros mensajes para el "consumo interno", pretenden convocar a terceros a tomar partido en una causa justificable. Dicho de otra manera, Tucídides nunca estuvo tentado a exponer las trayectorias y las conductas de Esparta y Atenas como resultados de encadenamientos ineluctables, ajenos a opciones revisables, por cuanto no sólo no podía olvidarse de que sus configuraciones diferenciales eran muy recientes y detrás de ellas se extendían pasados muy similares, sino que tampoco podía perder de vista que en el seno de cada una de ellas se alineaban adherentes entusiastas a los modelos morales y a los principios de gobierno adoptados por la otra.

Salvando las distancias, Bauzá hizo algo similar al acertar a entrelazar maduraciones civilizatorias y evoluciones de las ideas, tradiciones y antecedentes institucionales remotos —la ilustración española, las convocatorias desencadenadas por la emancipación de las colonias anglosajonas y por la revolución francesa, los ayuntamientos y sus aprendizajes cívicos— con la agenda de desafíos y las confrontaciones entre modalidades alternativas de consolidación que se fueron perfilando para los pueblos iberoamericanos en las primeras décadas del siglo XIX. Así, por ejemplo, al relatar los acontecimientos que desembocaron en la Junta "rebelde" de 1808, Bauzá se preocupó de anu-

dar los hilos de larga duración, los ecos de lo que ocurría y de lo que se discutía en otras partes del mundo, con las convocatorias que movilizaron al pueblo montevideano y con las consideraciones manejadas por los actores involucrados en esa movilización. Y, en términos más generales, los aciertos narrativos de Tucídides y de Bauzá se basaban en encontrar para cada unidad de acontecimientos y de conductas aquella distancia justa, ni muy próxima ni demasiado lejana, que les permitiera cobrar su gravitación peculiar.

Por mor de la honestidad y la exactitud, cabe señalar que Bauzá casi nunca supo o quiso asumir la exigencia que Tucídides consideraba inexcusable: la reconstrucción a nivel conceptual de los principios que han debido fundamentar y servir de guía a las distintas partes involucradas en una confrontación. En ese sentido, puede reprochársele no haber escudriñado a fondo aquello que podía resultar más rescatable detrás de "los designios del centralismo porteño" y "los planes de las logias masónicas", enfrentados a las propuestas federalistas y a su defensa de "la soberanía particular de los pueblos". Y por cierto, para Tucídides un relato así sesgado, incapaz de explicitar los mejores razones de los protagonistas, no cumplía con todos los requisitos exigibles para que una reconstrucción narrativa pudiera figurar como historia.

En cambio, a favor del legado historiográfico de Bauzá puede señalarse, por lo pronto, que, a pesar de haber sido elaborado "desde fojas cero", sin antecedentes en los que apoyarse ni otros respaldos documentales que los que personalmente rastreó y recuperó, no ha corrido la suerte usual de los esfuerzos pioneros, en los que sus continuadores —munidos de otras fuentes de testimonios y consultas— encuentran múltiples detalles a corregir. (Y en esto también se asemeja Bauzá a Tucídides.) En segundo lugar, tampoco han sido revisados los grandes trazos de su reconstrucción: tal como suele destacarlo Alberto Methol Ferré, la historiografía uruguaya posterior no ha sido más que una profundización y pormenorización del relato de Bauzá. De ese modo, lo que hasta hoy en día se sigue transmitiendo a los niños y jóvenes uruguayos con respecto a nuestra gesta fundacional no difiere sustancialmente de aquella versión originaria. Y, por supuesto, esto ya no puede ser visto como un mérito de Bauzá sino como un demérito de sus continuadores, en primer lugar, y más allá de ellos, de una comunidad que se ahorró revisiones y controversias, toleró la imposición de versiones oficiales y colaboró en el montaje de una férrea vigilancia sobre la enseñanza de nuestra historia.

18. Los relatos del pasado y las tres pendientes de provincianismo

Así, pues, aquello que había sido asumido por Bauzá como una reconstrucción militante y conflictiva de nuestro pasado, un desafío destinado a provocar controversias y suscitar indagaciones e interpretaciones alternativas, terminó sirviendo de plataforma para lo que él más repudiaba: la instalación de un monopolio sobre el pasado y sobre la forma de transmitirlo a las nuevas generaciones. Y la cosa no terminó allí: a ese primer despilfarro de su legado historiográfico vino a agregarse otro, tan grave o más. En efecto, si bien era inevitable que los continuadores adoptaran abordajes mucho más "especializados", recortes metodológicos mucho más acotados, menos "militantes" y comprometidos, no por eso había que aflojar aquellos anudamientos narrativos que Bauzá había acertado a tensionar entre el largo plazo y la coyuntura, entre el contexto local e internacional, ni a asumir enfoques cada vez más "provincianos" —tanto en términos temporales como espaciales— sobre nuestro pasado.

Antes de resumir las principales secuencias de lo que consideramos como un deslizamiento progresivo a lo largo de una pendiente de "provincianismo historiográfico", es preciso introducir dos capítulos de aclaraciones. Por lo pronto, al alegar falta de competencias especializadas para justificar la adopción de un enfoque *profano* de la acumulación intergeneracional, ¿no hemos renunciado a buscar confirmaciones a nuestra tesis acerca del despilfarro en una pista tan específicamente acotada como aquélla en la que ahora estamos incursionando, la de los modelos de explicación que frecuentan los historiadores? Y en segundo lugar, si el despilfarro del legado historiográfico de Bauzá se tradujo en la asunción de enfoques cada vez más "provincianos", ¿qué conexión puede establecerse entre esa pendiente y aquel "cerco estoico" que hemos asociado al recorte del horizonte interno del experimento uruguayo?

La manera menos arriesgada de compatibilizar esta incursión con el enfoque profano consiste en reivindicar como pertinente al legado intergeneracional, no tanto las pautas indagatorias de los historiadores, en cuanto meros observadores imparciales, como "la forma de enseñar la historia" a los niños y a los jóvenes, los caminos a través de los cuales cada generación se apropia de las acumulaciones de los que la precedieron, con todos sus compromisos pendientes y sus controversias abiertas. No puedo ocultar que se trata de una respuesta elusiva, que apenas sirve para trasladar hacia adelante las dificultades planteadas, ya que, en último término, el historiador profesional tampoco puede considerar completa su labor mientras no es capaz de traducir los encadenamientos precisos que ha logrado establecer en términos compatibles con

aquellas perspectivas narrativas que podrían asumir actores y observadores profanos, cuyos destinos individuales y colectivos se han visto entrelazados en esas mismas secuencias. Reconozco de antemano, pues, que esa frontera trazada entre "la historia", por un lado, y "la enseñanza de la historia", por el otro, sólo puede operar como una aproximación inicial, a cuenta de las aclaraciones a incorporar en el segundo orden de aclaraciones, directamente relacionadas con las pendientes de provincianismo.

Para abordar estas pendientes, conviene recordar que tanto el historiador como el observador profano están expuestos, al enfrentarse a la diversidad de horizontes temporales y espaciales en los que se inscriben los destinos y los protagonismos de los individuos y los pueblos, a dos tentaciones polarmente enfrentadas, por más que ambas terminen desembocando en enfoques provincianos. En términos más precisos, hay dos rutas opuestas que conducen hacia dichas pendientes, una directa y otra indirecta, y ambas presentan atractivos tentadores para aquellos que, como los historiadores, viajan continuamente a través del tiempo y del espacio.

La ruta directa es adoptada por aquellos viajeros escrupulosos en preservar la diversidad idiosincrásica de los paisajes a los que se trasladan, decididos de antemano a no contaminarlos con sus propias perspectivas. Como es sabido, ese proyecto de mirar al pasado y a lo distante "con los ojos de sus habitantes" sólo puede desembocar, si se lo toma en serio, en el más rotundo de los fracasos: en provocar la ceguera del observador y estrechar innecesariamente el horizonte de los observados. La ruta indirecta, en cambio, es la que recorren aquellos viajeros que descartan de antemano la posibilidad de encontrar diversidades intraducibles en términos de más o menos de lo mismo o, dicho de otra manera, sólo dispuestos a observar aquellas variantes de la aventura humana y de su libreto que puedan formularse en términos de condiciones más o menos favorables, más o menos opresoras, etcétera. Tales viajeros ni siquiera alcanzan a trasladarse más allá de su horizonte: llevan a todas partes una excesiva carga de equipaje, sólo pueden residir en el mismo tipo de hoteles y están condenados a alimentarse con la misma comida internacional. Por lo mismo, terminan siendo, a pesar de su proclamada vocación cosmopolita, los más provincianos de todos los turistas: en todas partes perciben remedos y embriones de su propio paisaje nativo, conductas y mentalidades atrapadas en inercias que ellos ya han superado, etcétera. Y se trata de la modalidad más insidiosa y distorsionante de provincianismo, por cuanto se oculta a sí misma sus sesgos unilaterales y, pretendiendo sobrevolar las épocas, proyecta hacia el pasado y el porvenir —en forma tan ingenua como soberbia— sus propios clivajes.

El buen historiador es aquel viajero que logra eludir ambos extremos y sus tentadores atajos. Aunque no disponga de la fórmula conceptual que le permite

hacerlo, en vez de saltarse la diversidad y el transcurso irreversible del tiempo, utiliza los encadenamientos como eslabones que le permiten recorrer distancias temporales y espaciales. Los historiadores fracasados, en cambio, terminan prisioneros de alguno de los dos cercos provincianos que acaban de ser perfilados, igualmente condenados —si bien por distintas razones— a toparse con variantes idiosincrásicas, incapaces de suscitar desafíos y contrastaciones esclarecedoras. Y su fracaso carecería de relevancia más allá de los medios académicos, si no fuera porque la historia, tal como nos lo recuerda Arthur Danto, no puede desentenderse de su incidencia realimentadora sobre el propio objeto de sus reconstrucciones narrativas: los sueños y las ambiciones de los individuos y los pueblos se entretajan a partir de la memoria viva de la aventura humana y de los legados acumulados a lo largo de sus diversas trayectorias. Que los historiadores adopten enfoques provincianos no sería demasiado grave, si no fuera porque los personajes y las acciones que ellos relatan también quedan atrapados en esas cárceles, porque nos acostumbran a visualizar, tanto sus iniciativas y testimonios como los nuestros, como otros tantos eslabones de una cadena de transiciones redundantes y a la vez efímeras, incapaces de abrir nuevos trillos y dejar huellas duraderas de nuestro pasaje por el mundo. Y, lo que es más decisivo, sus clivajes son incorporados al *software* de las nuevas generaciones, a través de la enseñanza de la historia a los niños y los jóvenes. Así, por ejemplo: "Hacia el final de los setenta ya existía una versión para estudiantes avanzados de enseñanza media que de alguna manera codificaba lo que debía entenderse por *modernización*, las instancias del proceso, su marco temporal y su significado histórico como ingreso definitivo del país a las formas capitalistas y a la economía internacional".⁸

Estoy llegando al remate de esta exposición y me doy cuenta de todos los hilos sueltos que he ido dejando para su posterior anudamiento. Me limitaré a retomar, en términos muy esquemáticos, los ejes principales, dejando para otra oportunidad su tratamiento apropiado. En lo referente al legado historiográfico, la acusación a las generaciones posteriores a Bauzá de haber incurrido en despilfarros, debería solventarse a partir de un recorrido pormenorizado a lo largo de aquella pendiente de enfoques provincianos que se fueron incorporando a 1) los relatos de Pivel acerca del "alma nacional", 2) las "reconstrucciones de época" de Barrán y Nahum y 3) los modelos explicativos frecuentados por los investigadores del Instituto de Economía. Por cierto, desde la perspectiva del cientista social resulta arbitraria esa reunión de tres invitaciones a asumir la gravitación y alcance de nuestro pasado, tan diferentes entre sí, con énfasis

⁸ María Inés Moraes: "Dos versiones sobre las transformaciones económicas y sociales del medio rural uruguayo entre 1860 y 1914", en *Cuadernos del CLAEH*, nº 83-84, Montevideo, 1999, p. 219.

sobre distintos tipos de encadenamientos y que, en algunos puntos, dan lugar a conclusiones directa y explícitamente enfrentadas. Sin embargo, para la mirada profana, para "aquella historia asumida que redundaba sobre su propio devenir", las tres propuestas desembocan, desde puntos de partida y recorridos muy distantes entre sí, en parecidos cierres del horizonte interno.

En los relatos de Pivel, las peripecias y las acciones que fueron dando forma a nuestra trayectoria del experimento uruguayo resultan deliberadamente recortadas sobre un horizonte estrictamente provinciano, centrándose exclusivamente en el entramado local de condicionamientos y de apuestas. (Si aplicamos la distinción previa entre las rutas directa e indirecta de desembocar en el provincianismo, Pivel asume explícitamente la primera.) Se podría alegar que toda historia nacional es provinciana, en particular aquella que se elabora con vistas a mantener vivos los legados y las lealtades cívicas y las memorias agradecidas, y más aún en el caso de un historiador que se propone "detectar y hacer resurgir todas las facetas nobles de una única alma nacional".⁹ Con todo, la cosa no es tan sencilla: los uruguayos, en vez de sentirnos halagados porque se atiende y se destaque nuestra trayectoria en todo lo que tiene ella de idiosincrásica, debemos preguntarnos si la contrapartida y el costo de esa "exclusividad" no consiste en que nuestra propia trayectoria apenas puede interesar a terceros a modo de una mera "curiosidad folklórica" para consumo del turista ocioso, o si, en términos más precisos, tales relatos autocentrados no terminan aislando a nuestros protagonismos y testimonios, impidiéndoles medirse y contrastarse en los horizontes abiertos a todas las épocas y lugares.

En el caso de "las reconstrucciones de época" de Barrán y Nahum, las cárceles provincianas que estrechan el horizonte donde se inscriben las peripecias y las conductas son de carácter temporal —aprisionan las trayectorias y las conductas con barrotes forjados por las circunstancias condicionantes, exógenamente configuradas, y por las mentalidades "arcaicas" predominantes en el período estudiado—. Así, pues, la época y el medio resultan codificados desde la perspectiva de un observador "moderno" que ha logrado superar los atavismos y las miopías que sesgan las conductas y les imprimen toda clase de rémoras y arrastres inerciales. Se trataba, por lo tanto, de una típica "desembocadura provinciana" de la ruta indirecta, presuntamente cosmopolita.

Ya en la misma época en que se vulgarizaban las grandes líneas interpretativas de esas reconstrucciones y pasaban "a formar parte del bagaje de prácticamente todos los científicos sociales", sus *tesis áureas* —acerca del "latifun-

⁹ En una entrevista concedida por el historiador a *Búsqueda*, citada según Javier Vázquez D'Elía: "Algunos comentarios a la *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*", en *Cuadernos del CLAEH*, n° 83–84, Montevideo, 1999, p. 203.

dio improductivo", "las estructuras arcaicas" y "las pautas de comportamiento que no tenían al lucro permanente como único fin"— empezaban a resultar implícitamente desautorizadas por los avances de una nueva generación de economistas, munidos de instrumentales metodológicos mucho más ajustados y rendidores de cara al abordaje de los ritmos y las inflexiones de los procesos de acumulación de riqueza y de asignación de recursos. En realidad, tales desautorizaciones, junto con los nuevos enfoques y sus rendimientos explicativos, si bien constituyeron un avance liberador —en la medida en que restablecieron la racionalidad de los actores y liberaron sus conductas de los barrotes de las estructuras arcaicas y de las mentalidades atávicas—, no hicieron más que sustituir una cárcel provinciana por otra, sólo que ahora los nuevos barrotes condenaban al empresariado rural uruguayo al horizonte estrecho de los beneficios directos y de corto plazo.

En todo caso, la tercera modalidad de cercos provincianos no se ha impuesto ni ha logrado desplazar a la segunda, salvo en algunos reducidos círculos de académicos especializados en la materia. Las nuevas camadas de historiadores y economistas ya están elaborando senderos interpretativos ajenos a lo que consideran los carriles tradicionales. Sólo que, en los ciclos básicos de la enseñanza, se mantiene el predominio de la versión de Barrán y Nahum sobre el pasado uruguayo, y todo indica que esa situación persistirá incambiada durante un período prolongado. Y esto último es lo que cuenta para completar —por ahora, al menos— mi enfoque profano acerca de cómo hemos administrado el legado de Bauzá.

Espero haber insinuado algunas pistas que ayuden a entender por qué no son casuales los sesgos provincianos y los horizontes estrechos que caracterizan aquellos relatos a partir de los cuales cada nueva generación de uruguayos es invitada a recoger la herencia del pasado y prolongarla hacia el porvenir. En el peor de los casos, me queda el consuelo de que estos desarrollos sirvan para despertar alguna extrañeza con respecto a ciertos rasgos del paisaje local cuya presencia familiar los ha tornado invisibles o ha terminado de enervar nuestra curiosidad y capacidad para el asombro. En ese sentido, un contraste puede resultar muy esclarecedor acerca de aquellas dimensiones que hemos ido dejando por el camino.

Tal como fue señalado, en el relato de Bauzá sobre los acontecimientos locales que desembocan en la Junta del año 1808 se advierte una preocupación permanente por rescatar los múltiples hilos de antecedentes recientes y remotos, cercanos y distantes que allí se anudaron para terminar desencadenando una *pueblada* en torno al cabildo de Montevideo e imponiendo ciertos giros inéditos y decisivos a nuestras peripecias futuras. Nada más ajeno a la intención de Bauzá que lecturas de esos acontecimientos que insistan en encadenarlos estrecha y exclusivamente a su comarca y a su época, y en engar-

zarlos como un episodio más de un libreto único y previamente configurado en sus trazos principales. ¿Cómo fue que llegamos a familiarizarnos y a tomarles el gusto a esas lecturas alternativas, tan provincianas como empeñadas en reducir al mínimo los márgenes de contingencia, así como los goznes de inserción viable de porvenires diversos? Me declararía satisfecho si esta exposición, a pesar de sus divagaciones y conexiones desprolijas, consigue llamar la atención sobre el parentesco profundo entre esa "huida frente a la contingencia y a las opciones dramáticas", por un lado, y, por el otro, el entronizamiento creciente de los "incrementalismos ateoricos" y de los "gradualismos" en el horizonte interno del experimento uruguayo.

Resumen

El trabajo se propone examinar lo que el autor considera el despilfarro que hicieron los uruguayos del siglo XX del legado de la generación de Francisco Bauzá. El examen se concentra en dos cuestiones clave: el lugar de las instituciones educativas en la consolidación del experimento uruguayo y las consecuencias de los formatos monopólicos, es decir, de la tendencia a colocar áreas de decisión importantes en manos de corporaciones profesionales que se sustraen al debate público y al control ciudadano. En estos dos terrenos, Bauzá se enfrentó a las posiciones asumidas por José Pedro Varela y José Batlle y Ordóñez. Y en el transcurso de esa lucha fue capaz de anticipar algunas derivaciones que los hombres de su generación no percibían. El autor se ocupa por último del legado historiográfico de Bauzá, asumido como reconstrucción militante y conflictiva de nuestro pasado, destinada a provocar controversias y suscitar interpretaciones alternativas. También en este aspecto, el legado de Bauzá parece haber sido dilapidado.

Aportes para el estudio sociológico de la religión y el catolicismo (I) *

por Néstor Da Costa

El autor

Licenciado en Sociología, con estudios de doctorado en la Universidad de Deusto (Bilbao, España). Ha sido docente e investigador de OBSUR, la Universidad Católica del Uruguay y el CLAEH, donde actualmente coordina el curso de especialización Ciencias Sociales y Religión.

I. Introducción

Desde las Ciencias Sociales se han desarrollado diversas áreas de investigación, como los partidos políticos, el sistema educativo, el rol de la mujer, etc., pero es escasa la presencia de estudios sobre temas religiosos, presencia que algo ha ido aumentando en los últimos diez años

pero que es todavía incipiente. En ese marco, la ausencia de estudios acerca de un actor de la sociedad uruguaya como lo es la Iglesia Católica o, en forma más precisa, el catolicismo, es también clara.

En el fondo de esta situación puede haber variadas causas, pero una no menor es el lugar que lo religioso en general, y la Iglesia Católica en particular, ocupan en el conjunto de la vida social del Uruguay, más vinculado al ámbito de lo privado e íntimo que al de lo público. Ello es fruto de un peculiar proceso

* N. R.: El presente trabajo resultó ganador en el concurso de artículos académicos organizado por la Universidad Católica del Uruguay en el año 2000. La segunda parte ("Aportes para el estudio sociológico de la religión y el catolicismo. Breve itinerario de lo religioso en el Uruguay") se publicará en el próximo número de *Prisma*.

social que se remonta a fines del siglo XIX y que llega a nuestros días en forma de matriz que hasta hoy impregna nuestra cultura con cierta intensidad, luego de una dura puja por la ocupación del espacio público, ganada por el Estado hacia la segunda década del siglo XX.

Mucho ha cambiado el panorama cultural de nuestra sociedad uruguaya, inmersa, además, en un mundo globalizado en el que la interrelación y la interdependencia van más allá de los límites de los Estados nacionales. Las pautas culturales no quedan excluidas de esta lógica. La sociología de la religión, por su parte, ha ido desarrollándose en todo el mundo, ganando profundidad y especificidad.

Los dos artículos que se presentan son parte de un trabajo de más largo aliento. El primero se orienta a dar cuenta de algunos de los desarrollos teóricos significativos en torno a la sociología de la religión y a la sociología del catolicismo, que poca o nula difusión han tenido en nuestro medio académico; el segundo, en tanto, hace un breve repaso del itinerario histórico de lo religioso en Uruguay, en clave de ocupación de lugares y roles sociales, comenzando en el último cuarto del siglo XIX.

II. El estudio académico de los temas religiosos

En los estudios que se han realizado desde las ciencias sociales, es notoria la ausencia del campo de lo religioso en general y del catolicismo en particular. Los últimos años, sin embargo, muestran una renovada preocupación, aunque de un núcleo bastante reducido de autores, por lo que está sucediendo en el campo religioso, dando cuenta de un desfase entre lo aceptado y dominante sobre el lugar social de la religión y las nuevas realidades de la época.

Los años sesenta nos muestran algunas producciones sobre la temática. Las distintas publicaciones de esos años, la mayoría de ellas de corte ensayístico, ponían sobre la mesa la consideración del tema religioso en la sociedad de la época, desde distintas perspectivas. Se puede citar a modo de ejemplo el texto de Arturo Ardao,¹ así como a Patricio Rodé y Juan Luis Segundo,² quienes desde una perspectiva católica proponen una relectura del proceso de secularización uruguayo, analizan el lugar social ocupado por la Iglesia Católica y sus estrategias de presencia en la sociedad, y sugieren un análisis crítico

¹ A. Ardao: *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Universidad de la República, Montevideo, 1962.

² P. Rodé: *Promoción del laicado*, Montevideo, 1963 (edición de apuntes del curso de Complementación Cristiana de 1963). Asimismo cabe citar su texto compartido con J. L. Segundo: *Presencia de la Iglesia*, Editores Reunidos y Arca, Montevideo, 1969 (nº 37 de la colección Enciclopedia Uruguaya).

de ese proceso, sosteniendo, a la vez, la necesidad de revisar las propias estrategias eclesiales a la luz de lo acontecido en el mencionado proceso.

También debe citarse a Carlos Rama, que en su texto de 1964 retomaba las tesis positivistas y veía la inexorable marcha de la religión hacia su desaparición, como debía corresponder a una nación moderna, educada y civilizada.³

Otro interesante aporte lo constituye el texto *Situación religiosa de la sociedad uruguaya*,⁴ obra colectiva de un conjunto de intelectuales de inspiración protestante, en la que se destaca el artículo de Julio de Santa Ana, "El proceso de secularización en el Uruguay: sus causas y resultantes", que propone distinguir entre *secularización* y *secularismo*.

También ha de citarse el texto del jesuita Juan Luis Segundo,⁵ donde se manejan elementos para replantear cuál debía ser la misión o función de la Iglesia en la realidad de ese tiempo, en un país donde apenas era captada como problema.

Debemos citar también a Enrique Sobrado,⁶ que plantea revisar el dilema que enfrentaba, a su entender —embebido por el espíritu de ese tiempo— la Iglesia uruguaya en la segunda mitad de la década del sesenta, de situarse y optar entre "el pueblo y la oligarquía".

En los años setenta se debe mencionar una publicación del Instituto Teológico del Uruguay titulada *La Iglesia en el Uruguay*,⁷ que fue obra de varios autores, en perspectiva histórica y en el marco de conmemorarse el primer centenario de la erección del Obispado de Montevideo. Incluye una cronología y diversos artículos con distintos enfoques, desde historias parroquiales hasta visiones de orden más global.

El conjunto de producciones realizadas en esta década⁸ planteó enfoques, perspectivas, líneas de hipótesis que no fueron retomadas en la década si-

³ C. M. Rama: *La religión en el Uruguay*, Nuestro Tiempo, Montevideo, 1964.

⁴ Autores varios: *Aspectos religiosos de la sociedad uruguaya*, Centro de Estudios Cristianos, Montevideo, 1965.

⁵ J. L. Segundo: *Función de la Iglesia en la realidad rioplatense*, Barreiro y Ramos, Montevideo, 1962.

⁶ E. Sobrado: *La Iglesia uruguaya: entre pueblo y oligarquía*, Alfa, Montevideo, 1969.

⁷ Autores varios: *La Iglesia en el Uruguay*, Cuadernos del ITU n° 4, Instituto Teológico del Uruguay, Montevideo, 1978.

⁸ Cabría mencionar el trabajo producido en 1956 por los Equipos del Bien Común, que culminó en el texto *La población de Montevideo a través de una encuesta*. Se basa en una encuesta de población de la capital del país y el análisis de las pertenencias religiosas.

Tampoco ha sido citado explícitamente el texto de G. R. Martínez Arona: *Función de la Iglesia en la cultura nacional. Enseñanza católica ¿para qué?* (edición no datada pero situada inequívocamente en los años sesenta), por cuanto su temática sitúa el debate en torno a educación laica / educación católica.

guiente. Debemos esperar hasta los años ochenta para volver a encontrar bibliografía que replantee la temática y a la vez proponga nuevos enfoques. En esa década comienzan a aparecer obras de perspectiva histórica que se cuestionan lo establecido y aceptado y comienzan a aportar para una revisión y reinterpretación del itinerario y lugar social de lo religioso en nuestra sociedad.

Se debe citar el texto de Carlos Zubillaga y Mario Cayota,⁹ en el que se propone replantear el papel de los cristianos en el proceso de modernización del Uruguay de principios de siglo, así como la obra de José Pedro Barrán,¹⁰ en la que se observan renovados enfoques para la historiografía local, fundamentalmente en sus textos de la *Historia de la sensibilidad*, con énfasis en el rol que el autor asigna a la Iglesia en los procesos de control y cambio social.

A comienzos de la década de los noventa aparece la *Breve visión de la historia de la Iglesia en Uruguay*,¹¹ que ofrece una apretada síntesis de la historia de la Iglesia Católica.

En los últimos años ha aparecido *La búsqueda de lo maravilloso*,¹² cuyos autores incursionan en la religiosidad popular católica a partir de experiencias concretas y pasando revista al marco teórico al respecto.

También ha de citarse *Creencias y religiones: la religiosidad de los montevideanos al fin del milenio*,¹³ trabajo basado en una investigación empírica que incluye metodologías cuantitativas y cualitativas e intenta describir el estado de las adhesiones religiosas en la capital del país.

Cabe citar la importante obra de Caetano y Geymonat, *La secularización uruguaya*,¹⁴ que realiza un fuerte y renovado aporte a la comprensión del peculiar proceso de secularización del Uruguay y el comportamiento que fueron desarrollando los distintos actores sociales involucrados en él.

Asimismo hay que citar el trabajo dirigido por Caetano titulado *Los uruguayos del centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*, en el que se realizan aportes sobre el tema de la constitución identitaria de la nación y el papel que en él desempeñó la religión.

⁹ C. Zubillaga y M. Cayota: *Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización (1896-1919)*. CLAEH-Banda Oriental, Montevideo, 1988.

¹⁰ J. P. Barrán: *Iglesia Católica y burguesía en el Uruguay de la Modernización*, FHC, Montevideo, 1988, *Historia de la sensibilidad en Uruguay*, tomo I: *La cultura bárbara (1800-1860)*, Banda Oriental, Montevideo, 1988, y tomo II: *El disciplinamiento (1860-1920)*, Banda Oriental, Montevideo, 1989.

¹¹ D. Bazzano, C. Vener, A. Martínez y H. Carrere: *Breve visión de la historia de la Iglesia en el Uruguay*, OBSUR, Montevideo, 1993.

¹² A. Sánchez y R. Geymonat: *La búsqueda de lo maravilloso*, Cal y Canto, Montevideo, 1996.

¹³ N. Da Costa, G. Kerber y P. Mieres: *Creencias y religiones: la religiosidad de los montevideanos al fin del milenio*, Trilce, Montevideo, 1996.

¹⁴ G. Caetano y R. Geymonat: *La secularización en el Uruguay (1859-1919)*. *Catolicismo y privatización de lo religioso*, Taurus, Montevideo, 1997.

Ciertamente, se han realizado otras publicaciones dedicadas a la temática religiosa, pero he preferido mencionar, a los efectos de esta parte del trabajo, la producción referida al tema central de los artículos, el catolicismo;¹⁵ aun así, no pretendo una revisión exhaustiva de lo publicado.

Más allá de posiciones vinculadas a la matriz positivista, se aprecia la necesidad de que las ciencias sociales dediquen esfuerzo, rigurosidad y sistematicidad a la comprensión del campo religioso actual y a los distintos actores involucrados en él.

Como lo destacan las investigaciones de carácter empírico, el peso del catolicismo en el Uruguay, al menos en términos de adhesiones, es menor que en los demás países de América Latina, no obstante lo cual la religión católica sigue siendo la mayoritaria en el país. Hace falta, pues, dedicarse a investigar este actor social y comprenderlo en medio de una nueva situación sociocultural del país, de la región y del mundo.

El presente trabajo de investigación pretende transitar por esa vía y busca comprender y describir el catolicismo en Uruguay o, mejor dicho, el catolicismo en Montevideo, que es el lugar al que se circunscribe el trabajo debido a la necesidad de delimitar su extensión y concentrar el análisis. Se suman a ello razones geográfico-culturales: en Montevideo reside el 47% de la población uruguaya y es a la vez el centro institucional, político-administrativo y también la diócesis primada del país.

Sin embargo, más que comprender y describir *el catolicismo*, deberíamos hacer esta afirmación en plural y hablar de *los catolicismos*, ya que hablar de una sola forma de ser católico o católica, y de vivir el catolicismo, no es dar cuenta de la realidad actual.

III. La reflexión sociológica sobre la religión y el catolicismo

El abordaje sociológico de la religión no es, ciertamente, nuevo. Los clásicos de la sociología se han dedicado a esta temática, como es el caso de Comte, Marx, Durkheim y Weber, con distintos énfasis y perspectivas.

Como señala el profesor Enzo Pace, la pretensión de comprender racionalmente la complejidad del fenómeno religioso ha estado presente desde los

¹⁵ No se han citado estudios sobre la religiosidad afrobrasileña, como por ejemplo M. I. Pallavicino: *Ritos afrobrasileños en Montevideo*, Montevideo, 1985; T. Porzecanski: *Rituales*, Luis A. Reta, Montevideo, 1991; R. Pi Hugarte: *Los cultos de posesión en Uruguay*, Banda Oriental, Montevideo, 1998, entre otros.

clásicos en adelante: "Desde sus orígenes la sociología ha afrontado el tema de la religión [...] con la pretensión de poder dominarlo racionalmente...".¹⁶

En épocas actuales, la sociología de la religión o, mejor, sociología de las religiones no tiene, como también sucede en otros campos de las ciencias sociales, grandes paradigmas o corrientes de pensamiento que puedan dar cuenta de lo que está sucediendo con lo religioso en la sociedad. Al decir de Pace: "Después de los clásicos la sociología de la religión ya no tiene ni padres ni maestros".¹⁷ En este punto se refiere a que no existe la gran teoría proveniente de los clásicos ni tampoco tienen capacidad explicativa los intentos de las décadas de los sesenta y setenta referidos a la secularización.

En buena parte del desarrollo de la sociología de la religión, las teorías de la secularización dominaron el horizonte interpretativo de lo que estaba sucediendo con la religión en la sociedad y, como también plantea el citado autor,¹⁸ éstas se constituyeron en el intento más sistemático de eliminar el objeto mismo de reflexión y de estudio.

Varias críticas se han hecho ya a las teorías de la secularización. Entre ellas se puede retomar lo planteado por Estruch,¹⁹ tanto en lo relativo a la confusión o identificación del concepto de Iglesia con el de religión —y, en consecuencia, el dar cuenta de los descensos de prácticas, participación o adherentes en términos de declive de la religión— como, más importante aún, respecto a la incapacidad de las teorías de la secularización hegemónicas de superar las profecías decimonónicas referidas a la decadencia y desaparición progresiva de la religión, y también a la función ideológica que cumplieron las mencionadas teorías, tendientes a permitir el desarrollo ulterior de la ciencia y la técnica.

En los fundamentos implícitos de las teorías de la secularización se observa un importante grado de confianza mecanicista en la evolución del mundo y en la noción de progreso. Se percibe también que estas teorías parecen sustentarse sobre aspectos ideológicos provenientes del siglo XIX que no encuentran respaldo fáctico hoy en día.²⁰

Las interpretaciones del fenómeno religioso provenientes de las teorías de la secularización hegemónicas dejaron de tener capacidad explicativa frente a

¹⁶ E. Pace: "Tendencias y corrientes de la sociología de las religiones", *Sociedad y Religión* n° 13, Buenos Aires, marzo de 1995.

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ J. Estruch: "El mito de la secularización", en R. Díaz Salazar, S. Giner y F. Velasco (eds.): *Formas modernas de religión*, Alianza, Madrid, 1994.

²⁰ G. Guizzardi y R. Stella: "Teorías da secularização", en F. Ferraroti et al.: *Sociologia da Religião*, Paulinas, São Paulo, 1990.

los hechos más que evidentes de la no desaparición de la religión y de lo que algunos autores llaman *la vuelta a lo sagrado* o *el retorno de la religión*. En este punto cabe citar a la socióloga francesa Danièle Hervieu-Leger, quien expresa que "la secularización no es la desaparición de la religión confrontada a la modernidad: es el proceso de reorganización permanente del trabajo de la religión en una sociedad estructuralmente impotente para responder a las esperanzas que se requieren para seguir existiendo".²¹

Los aportes de Pierre Bourdieu acerca de los orígenes y estructura del campo religioso²² nos aproximan a la consideración de los cambios que en los últimos treinta años han comenzado a producirse en él.

Ives Lambert²³ critica pero a la vez complementa la proposición de Bourdieu a través de los conceptos de *habitus* y *campo*, así como de *sentido práctico*,²⁴ con la proposición del concepto de *referencial*. Afirma que las condiciones de la existencia son, de hecho, más o menos largamente interiorizadas y exteriorizadas, bajo la mediación de sistemas de referencia. Sostiene que existe entonces un sentido teórico, que junto con el sentido práctico son como los dos términos de una unidad dialéctica, como la práctica y la teoría.

Al comenzar hablar del catolicismo, es importante considerar el legado de Troeltsch,²⁵ quien analizó los distintos tipos de comportamiento religioso dentro del cristianismo.

No puede dejarse de mencionar el aporte de Émile Poulat²⁶ a la comprensión de los estudios del catolicismo. El autor propone considerar que del conflicto entre la Iglesia y la burguesía se han desarrollado dos tipos de catolicismo que buscan una reforma religiosa marginalizando un cristianismo popular cuyas creencias y prácticas serán consideradas como supersticiones, tratando así de ganar para su causa a diversos sectores, cristianos y no cristianos.

En el desarrollo de los estudios del catolicismo en el Cono Sur latinoamericano también se debe considerar a un discípulo de Poulat que en sus estudios ha planteado el análisis del catolicismo finisecular en la Argentina: Fortunato Mallimaci.²⁷

²¹ D. Hervieu-Leger: *Vers un nouveau christianisme?*, Du Cerf, París, 1987.

²² P. Bourdieu: "Génesis y estructura del campo religioso", *Revue Française de Sociologie*, vol. XII, 1971.

²³ Y. Lambert: *Dieu change en Bretagne*, Du Cerf, París, 1985.

²⁴ P. Bourdieu: *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.

²⁵ E. Troeltsch: *The Social Teaching of Christian Churches*, Allen & Unwin, Londres, 1956.

²⁶ E. Poulat: *Église contre bourgeoisie*, Casterman, París, 1977.

²⁷ Cf. F. Mallimaci: "Diversidad católica en una sociedad globalizada y excluyente: Una mirada al fin del milenio desde Argentina", *Sociedad y Religión* n° 14-15, Buenos Aires, 1996.

1. El concepto de *campo religioso* como marco de referencia analítica

En su intento de superar la oposición entre el objetivismo y el subjetivismo, que considera falsa, Pierre Bourdieu propone dos conceptos: el de *habitus* y el de *campo*.²⁸

El concepto de *habitus*²⁹ hace referencia a las estructuras mentales o cognitivas mediante las cuales los seres humanos manejan el mundo social. El *habitus* es el producto de la internalización de las estructuras del mundo social. Se adquiere como resultado de la ocupación de una posición dentro del mundo social. Produce el mundo social y es producido por él; es la dialéctica de la internalización de la externalidad y de la externalización de la internalidad. El *habitus* se produce a través de la práctica y a la vez el mundo social se produce a través de la práctica.³⁰

El *habitus* funciona por debajo del nivel de la conciencia y el lenguaje, más allá del alcance del escrutinio introspectivo y del control de la voluntad.³¹

El *campo* es un tipo de mercado competitivo en el que se emplean y despliegan varios tipos de capital (económico, cultural, social, simbólico). Es la red de relaciones entre las posiciones objetivas que existen en él, relaciones que existen en forma separada de la conciencia y la voluntad colectiva.

Hay varios *campos* en la vida social, como el económico, el artístico, el político, el religioso. Todos ellos tienen su lógica específica y generan entre los actores una creencia sobre las cosas que son importantes en el *campo*.

Bourdieu define el campo religioso como un mercado de bienes simbólicos de salvación³² en el que existe un capital religioso, agentes e instituciones productores y distribuidores de esos bienes y sectores que demandan esos bienes según el juego de la oferta y la demanda.

²⁸ Bourdieu: *El sentido...*, o. cit.

²⁹ Yves Lambert afirma que el concepto de *habitus* ha sido tomado de Tomás de Aquino. Cf. Lambert: o. cit.

³⁰ No vamos a detenernos aquí en la crítica expresada por Yves Lambert, en el texto antes citado, al concepto de *habitus* y al de *sentido práctico* de Bourdieu, apuntando la existencia de un referencial y un sentido teórico al lado del práctico, donde afirma: "Si el sentido práctico se define por esa matriz práctica asegurada por el *habitus*, el sentido teórico corresponde a la matriz simbólica que permite el referencial: es un sentido de las referencias y de su uso, una forma de pensar, de decir y de jugar [...] El sentido práctico y el sentido teórico son como los dos términos de una unidad dialéctica, como la praxis y la teoría".

³¹ P. Bourdieu: *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1991.

³² P. Bourdieu: "Genèse et structure du champ religieux", *Revue Française de Sociologie*, vol. XII, 1971.

Afirma que el campo religioso es el escenario de lucha por las definiciones, por la imposición de las definiciones, y, por tanto, por la delimitación de las competencias, en momentos en que el propio cambio está en proceso de transformación y la frontera entre él y otros, como el campo de la salud, la medicina, ha cambiado.³³

Es de fundamental importancia la lucha por el monopolio del ejercicio legítimo del poder religioso, tanto en el conjunto del campo como dentro de las instituciones religiosas.

El campo religioso es el de la pugna por la manipulación simbólica de la vida privada y por la imposición de una cosmovisión. Los agentes que participan en la manipulación simbólica se esfuerzan por manipular las percepciones del mundo y de esa forma transformar las prácticas, a través de las palabras, que son en definitiva la base de la construcción de la realidad social.³⁴

Bourdieu habla de sacerdotes, profetas y hechiceros, como funciones sociales dentro de un campo religioso históricamente determinado. Habla de la oposición entre la Iglesia y el Profeta. La primera, en la medida en que consigue imponer el reconocimiento de su monopolio, tiende a impedir la entrada de otras instituciones proponentes de bienes simbólicos de salvación, así como la búsqueda individual de éstos. La Iglesia es, entonces, depositaria de un capital simbólico, la que controla el acceso a los medios de producción y de reproducción de esos bienes.

El profeta, por su parte, contesta la pretensión monopólica de la Iglesia cuestionando el monopolio de los instrumentos de salvación, preocupados por la conquista permanente de autoridad en el campo. El hechicero se diferencia del profeta en que responde a demandas parciales e inmediatas.

Gestionar el capital simbólico propio del campo religioso exige la existencia de instituciones que a través de un aparato burocrático puedan asegurar la reproducción de aquel, mediante un grupo diferenciado de especialistas a quienes les compete el control de la conservación del mensaje originario (ortodoxia), el culto, la liturgia, etcétera.

La pugna por el monopolio dentro del campo religioso lo caracteriza y muestra la acción permanente de legitimación social de los productores institucionales de bienes simbólicos de salvación.

La lucha por el monopolio que se observa en la medida en que la Iglesia detenta un monopolio total de los instrumentos de salvación, la oposición entre la ortodoxia y la herejía [...] se despliega según un proceso más o menos constante: el conflicto por el poder al interior de

³³ P. Bourdieu: *Cosas dichas*, Gedisa, Buenos Aires, 1988.

³⁴ *Ibidem*.

la Iglesia, conduce a una contestación de la jerarquía eclesiástica que toma la forma de una herejía en la medida en que, a favor de una situación de crisis, la contestación de la monopolización del monopolio eclesiástico por una fracción del clero, encuentra los intereses anticlericales de una fracción de laicos y conduce a una contestación del monopolio eclesiástico en tanto que tal.³⁵

También advierte que la unidad de la Iglesia es resultado de las formas y contenidos propugnados y la resultante de las tensiones internas de la institución:

La lógica del funcionamiento de la Iglesia, la práctica sacerdotal y al mismo tiempo, la forma y el contenido del mensaje que ella impone e inculca, son la resultante de la acción conjugada de tensiones internas.³⁶

Estas tensiones derivan del funcionamiento de la burocracia gestora de los bienes de salvación, de fuerzas externas a la institución, de los intereses de diferentes grupos de laicos, del poder coercitivo en el uso del monopolio y de las apariciones de profetas y hechiceros.

Bourdieu afirma que, bajo la apariencia de unidad que puede dar la existencia de catecismos universales, liturgias invariables, etc., en los hechos hay una gran diversidad de prácticas y creencias.

Sostiene también que las instituciones como la Iglesia asumen formas que pueden parecer muy alejadas del contenido del mensaje fundacional, como resultantes de la estructura de las relaciones de producción, reproducción y circulación de lo religioso y de la misma historia de esa estructura. Por tanto, asigna una fuerte importancia al itinerario histórico particular y a la conformación que en su transcurso van asumiendo las estructuras.

2. La religión en la modernidad

Varios autores han planteado la importancia que la relación entre religión y modernidad³⁷ supone para la comprensión de lo que sucede con la religión en la época actual.

³⁵ *Ibidem.*

³⁶ *Ibidem.*

³⁷ Entre otros véase, Hervieu-Leger: o. cit.; J. M. Mardones: *¿A dónde va la religión? Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 1996; A. P. Oro: "Considerações sobre a modernidade religiosa", *Sociedad y Religión* nº 14-15, Buenos Aires, noviembre de 1996.

El concepto de *modernidad* es complejo y polisémico. No existe para él una única definición, sino diversas aproximaciones con distintos énfasis y perspectivas.

Entre las distintas aproximaciones a la definición de modernización se pueden identificar algunos elementos, como el surgimiento del conocimiento científico verificable mediante la organización racional de la producción con vistas a una maximización de la productividad.³⁸ Danièle Hervieu-Leger nos plantea la caracterización de la modernidad a partir de tres dimensiones: una técnico-económica, en la que incluye la afirmación de Aron citada anteriormente; una dimensión jurídico-política, en la que sitúa la separación instaurada entre la vida pública y la vida privada; y, finalmente, una dimensión filosófica, que conlleva la separación entre el objeto y el sujeto.

Mardones plantea que con el concepto de *modernidad* se hace referencia a cambios en la organización de la sociedad, desde los modos de producción y su relación con la tecnología, una racionalidad económica diferente, junto con una nueva cultura y una nueva forma de considerar el conocimiento y lo racional.³⁹

Sin duda estamos ante una época que en varios planos ofrece una ruptura con la anterior —producción, tecnología, información, conocimiento, política, cultura, ciudadanía— y cuyo comienzo también es difícil situar con precisión.

Puede tomarse como una buena aproximación el intento de definición de *modernidad* de Mardones, que la formula de la siguiente forma:

Por modernidad se suele entender en el mundo de la reflexión sociocultural y filosófica una serie de factores que se pueden agrupar como sigue: un tipo de racionalidad crítica, que cuestiona la mera referencia a la tradición y la autoridad; un proceso de industrialización ligado al desarrollo científico técnico; un modo de producción que tiene en el mercado, la iniciativa privada y la expansión mundial algunos de sus rasgos capitalistas; una centralización de la administración pública alrededor de la burocracia del Estado; un pluralismo de valores que remite a una fragmentación cosmovisional y una pluralidad de sentidos de la vida, ideologías, etc.; un proceso de secularización o de pérdida de relevancia de los signos y símbolos religiosos y de sus instituciones.⁴⁰

Esta forma de leer la modernidad, implícita en las teorías de secularización

³⁸ Raymonnd Aron, citado por Poulat: o. cit.

³⁹ J. M. Mardones: *Análisis de la sociedad y fe cristiana*, PPC, Madrid, 1995.

⁴⁰ *Ibidem*.

hegemónicas durante muchos años, que fueron sueño de la ilustración, encubrió mitos culturales y cosmovisionales orientadores de la acción personal y colectiva, en tanto dadores de certezas de carácter macro que brindaron a la sociedad en su conjunto y a las instituciones y personas parámetros orientadores de la acción dentro de los distintos campos del accionar humano.

Entre los supuestos encubiertos de esta concepción de la modernidad, la noción de *progreso* ocupa un lugar destacado. La noción mecanicista del progreso —de carácter decimonónico—, según la cual la humanidad avanzaba en forma indeclinable hacia situaciones mejores en forma lineal, inspiraba y daba certezas a la vida personal y societal, al tiempo que alentaba la expectativa de un desarrollo hacia mejores estándares de vida material.

La concepción de la educación, ligada a la ciencia y a la técnica como vías de superación de todas las ignorancias, oscurantismos y supersticiones, fue otro de los supuestos implícitos de la modernidad.

La razón era el elemento a partir del cual se podría construir el edificio social, un edificio social liberado, firme, seguro, sobre el que el hombre superaría todo "atraso" e ignorancia de una vez y para siempre. Era una racionalidad que prometía ser la puerta de acceso a la realización de una sociedad justa, libre, plena, hacia la posesión de las claves de la historia humana; en definitiva, de la verdad, y por tanto, la certeza absoluta.

Por todo lo antedicho, esta modernidad desplazaba la religión hacia los márgenes de la sociedad, y en ella veía solo un estadio de la vida humana que, más temprano que tarde, desaparecería.

3. La secularización

Es en la modernidad que se debe escudriñar qué fue sucediendo con la religión. En ese marco aparecieron y se fortalecieron las teorías de la secularización, que han dominado al menos por treinta años la producción en sociología de la religión. Como otros aspectos del mundo sociológico, la secularización no tiene un significado unívoco; ha sido más bien un concepto polisémico que en los últimos años ha cobrado nuevas significaciones.

En torno al concepto de secularización ha habido ambigüedad y controversia. Ha incluido fenómenos y acontecimientos diferentes, tanto en su denominación como en su significación, como el de laicización, desacralización del mundo, privatización de lo religioso, descristianización, etcétera.

Todos ellos, sin excepciones, han incluido la percepción de una ruptura, de un pasaje de un momento a otro de la organización social.

En síntesis, las teorías de la secularización fueron intentos de explicar lo

que estaba sucediendo, en un mundo en cambio y modernidad mediante, con la religión y, quizá con más énfasis, con las instituciones religiosas.

El aumento de la racionalidad científica, el papel central de las burocracias estatales en el marco de la constitución de los Estados nacionales, apropiando funciones que tradicionalmente desempeñaban los aparatos eclesiásticos, el surgimiento de disciplinas capaces de explicar los fenómenos sociales según reglas positivas, la confianza excesiva en un progreso mecánico de la sociedad, parecen ser elementos que reforzaron el conjunto de ideas en torno a la secularización.

Las perspectivas comteanas presentan la secularización como un fenómeno con el cual el campo de la ciencia se autonomiza de las pesadas hipotecas que durante siglos le fueron impuestas por la ortodoxia teológica, pasando por el desencantamiento del mundo, el distanciamiento y la independencia de la esfera de lo político-económico respecto de las justificaciones de tipo religioso, la pérdida de peso político de lo religioso y sus instituciones.

A ello debe sumarse la confusión entre práctica y creencias, que llevaba a leer el descenso de algunas prácticas religiosas como aumento de la incredulidad, al lado de un enfoque cuantitativista de lo religioso y reduccionista del hecho religioso a la práctica cultural.

Pero la realidad se impuso, una vez más, a los esquemas y teorías interpretativas elaborados por los especialistas. Los hechos de hoy muestran que las teorías de la secularización han dejado de tener capacidad explicativa de lo que sucede con la religión en la sociedad contemporánea.

Joan Estruch propone cuatro líneas de conceptualización de la secularización,⁴¹ pero antes realiza una puntualización acerca de una confusión propia de Occidente, que es la identificación de religión con Iglesia Católica, siendo que esta última, "no constituye sino una manifestación histórica e institucional del hecho religioso".⁴² Advierte que, por más importante que sea el peso de la institución eclesiástica en Occidente, su historia y trayectoria, ella no cubre ni agota todo el campo religioso.

Estruch propone una tipología caracterizadora de las teorías de la secularización dominantes, sobre la base de cuatro ítemes.

a) La secularización como expresión de la creciente decadencia de la religión y el señalamiento de su próxima desaparición.

Aquí identifica las corrientes más netamente comteanas, la clara confusión entre religión e iglesia y la concepción de lo religioso como el reino del oscurantismo.

⁴¹ Estruch: o. cit.

⁴² *Ibíd.*

b) La secularización como proceso de progresiva mundanización de lo religioso.

En esta categoría, muy emparentada con la anterior, predomina el efecto de la pérdida de la pureza del mensaje religioso original, con el paso del tiempo y las transacciones con las culturas de los diferentes momentos históricos, por lo que el mensaje deja de tener la significación inicial.

c) La secularización como proceso de autonomización e independencia de la sociedad frente a lo religioso.

Debido al proceso de diferenciación social, la sociedad civil aparece aparte de la sociedad religiosa, lo que genera la privatización de lo religioso y el cambio de lugar social de las instituciones religiosas.

d) La secularización como desacralización del mundo.

A medida que la existencia del hombre y la naturaleza son objeto de explicaciones de tipo racional causal, el mundo entero queda paulatinamente desposeído de todo carácter sagrado. El retroceso de la religión ante la ciencia, el progreso y la razón es creciente e inexorable.

Modernidad y secularización van de la mano, y el mismo Estruch plantea que, en definitiva, las teorías de la secularización dominantes durante muchos años, que impregnaron las interpretaciones acerca de lo religioso en la sociedad occidental, no son sino construcciones ideológicas justificadoras de los grandes mitos de la modernidad a que hacíamos referencia. Citemos nuevamente a Estruch:

Una sociedad fundamentada en la creencia en el progreso, la ciencia y la razón necesita partir del postulado según el cual la persona madura, la persona mayor de edad, el ser humano plenamente humano, forzosamente tiene que ser el "hombre secular". Debe partir de la ficción según la cual la sociedad adulta es una sociedad que ha deserrado las creencias, precisamente porque el ser humano accede a la verdad por sí solo y con sus propios medios. [...] Y sin embargo se trata de una ficción, por cuanto esta sociedad supuestamente adulta es una sociedad tan fundada en la creencia como cualquier otra: en este caso, la creencia en el progreso, la creencia en la razón, la creencia en la ciencia.⁴³

En suma, las teorías de la secularización hegemónicas fueron emergentes funcionales, fundamentalmente ideológicos, justificadoras de los mitos y las propuestas socioculturales y cosmovisionales de la modernidad.

Pero el proyecto de la modernidad ha fracasado o, al menos, se encuentra

⁴³ *Ibidem.*

inmerso en una profunda crisis y con él también los enfoques "tradicionales" de la secularización. Frente a esto aparecen nuevos enfoques que pretenden dar cuenta de la situación religiosa actual respecto a la conceptualización del término *secularización*, que en los últimos tiempos se ha visto resignificado.

Lejos de desaparecer lo religioso de la sociedad, se habla de un renacer, de un despertar, de un retorno a lo religioso. La aparición de nuevos fenómenos religiosos y la revitalización de algunos de los existentes obligan a pensar que durante mucho tiempo hemos leído mal lo que estaba sucediendo y que es hora de una nueva lectura. A propósito, Danièle Hervieu-Leger afirma:

[...] los nuevos movimientos religiosos manifiestan que la secularización no es la desaparición de la religión confrontada a la modernidad: es el proceso de reorganización permanente del trabajo de la religión en una sociedad estructuralmente impotente para responder a las esperanzas que se requieren para seguir existiendo.⁴⁴

La religión no desaparece, sino que se transforma permanentemente frente a las nuevas condiciones sociales del mundo actual. Así como la humanidad se encuentra inmersa en profundos cambios estructurales, tecnológicos, de producción, culturales, de identidad, también el campo de lo religioso se encuentra inmerso en una profunda reestructuración.

4. Las características del campo religioso contemporáneo

Una de las características más visibles del campo religioso actual tiene que ver con la aparición de múltiples productores de lo religioso, tanto institucionales como unipersonales. Aparecen diversas propuestas no necesariamente ligadas a tradiciones religiosas con mayor o menor grado de reconocimiento y aceptación social, que en medio de la pugna por el dominio del campo religioso son rápidamente etiquetadas en general como *sectas*. La pluralización del campo religioso y la ganancia de legitimidad en él está en aumento, y se encuentra por lo tanto en fuerte cuestión el monopolio ejercido durante mucho tiempo por las iglesias tradicionales.

En Uruguay la Iglesia Católica sigue siendo la mayoritaria, pero sin el peso institucional y social que ha tenido en las otras sociedades latinoamericanas, según veremos en el capítulo correspondiente al itinerario de lo religioso en el Uruguay. De todas formas esta Iglesia, así como las iglesias evangélicas tradi-

⁴⁴ Hervieu-Leger: o. cit.

cionales, ha sido parte dominante del campo religioso en el país. En los últimos tiempos se asiste a la proliferación de diversas propuestas religiosas, en especial del campo pentecostal, que surgen del asentamiento de iglesias provenientes del exterior o bien de productores individuales locales, y también de propuestas que proceden de la religiosidad afrobrasileña.

Se aprecia también un proceso de desinstitucionalización religiosa. Se percibe una toma de distancia respecto a la participación en instituciones rígidas y de larga duración, junto con el crecimiento de una religiosidad difusa o implícita, con cierto grado de indiferencia que no significa no creencia. En los católicos y cristianos sin iglesia, la búsqueda de una relación institucional es mínima o inexistente. Como apunta Cipriani, la tensión con lo sagrado no se resuelve en la religiosidad orientada eclesiásticamente, sino en una religión difusa, según la forma y la creencia divulgadas en el cuerpo social.⁴⁵

Dentro de las opciones religiosas eclesiásticas se perciben, a su vez, diversas propuestas y énfasis y, sobre todo, una pérdida de referencia de los modelos eclesiales surgidos o refundados con cierto éxito a partir de los años sesenta y setenta. Se aprecia una reestructura también dentro de estas iglesias, donde se percibe el crecimiento de propuestas con fuertes contenidos emocionales e identitarios, que proporcionan certezas.

Otra característica de la religiosidad de nuestro tiempo está ligada a la aparición de lo religioso por distintos rincones de la sociedad, en lo que algunos autores llaman *religiones civiles*⁴⁶ y *religiones seculares*.⁴⁷ Nos referimos a la aparición de elementos propios del mundo religioso, especialmente del cristianismo, incorporados en ciertos procesos sociales o políticos. Varios procesos sociales incorporan elementos característicos del mundo de lo religioso, como afirma Giner:

La religión civil consiste en el proceso de sacralización de ciertos rasgos de la vida comunitaria a través de rituales públicos, liturgias cívicas y políticas y piedades populares encaminadas a conferir poder y a reforzar la identidad y el orden en una colectividad socialmente heterogénea, atribuyéndole trascendencia mediante la dotación de carga numinosa a sus símbolos mundanos o sobrenaturales, así como de carga épica a su historia.⁴⁸

⁴⁵ R. Cipriani: *La religione diffusa. Teoria e prassi*, Borla, Roma, 1988.

⁴⁶ S. Giner: "La religión civil", en R. Díaz Salazar, S. Giner y F. Velasco (eds.): *Formas modernas de religión*, Alianza, Madrid, 1994.

⁴⁷ F. Mallimaci: "A situação religiosa na Argentina urbana do fim do milênio", en A. P. Oro y C. Steil (orgs.): *Globalização e religião*, Vozes, Petrópolis, 1997.

⁴⁸ Giner: o. cit.

O como refiere Mallimaci en el texto citado:

Espacios festivos y rituales de una sociedad citadina hoy son presentados como "una experiencia extraordinaria". Allí el individuo toma contacto con "lo sobrenatural", es invitado a "sobrepasar los límites naturales", a vivir un clima de "éxtasis y trance". Se crea una tensión entre el héroe, el atleta, el líder del conjunto musical y el simple consumidor, espectador, entre los virtuosos y los simples mortales; entre el "carisma del campeón" y la relación de "fanatismo" con sus seguidores.⁴⁹

La sociedad actual admite cada vez más la presencia de lo religioso, pero ese aumento de presencia no responde a los modelos tradicionales ni a las expectativas de los líderes de las iglesias, sino que se da de formas diferentes a las conocidas y hasta hace poco tiempo aceptadas como las únicas válidas.

El campo religioso se está reestructurando en las nuevas condiciones de la posmodernidad (entendida ésta no como superación de la modernidad, sino como período de crisis que la modernidad todavía no ha superado).

Al considerar esa reestructura se deben tener en cuenta las condiciones sociales, culturales y económicas por las que se atraviesa la sociedad actual: aumento del desempleo, inseguridad en el empleo, ruptura de las esperanzas implícitas de la modernidad en el progreso, con la consecuente pérdida de confianza en los mecanismos tradicionales de ascenso e integración social, crecimiento de la marginalidad social y la exclusión.

5. El catolicismo. Aportes a una relectura

El catolicismo no es ajeno a esta situación. Como bien lo recuerda Poulat:

A caballo del período moderno y contemporáneo, el catolicismo de la Contrarreforma —cuatro siglos— ha sido un tiempo de certitudes y de seguridad. Actualmente los católicos expresan la misma sensación que los británicos a la muerte de la reina Victoria en 1901: El mundo que hemos conocido se disolvió. Delante de nosotros se extiende lo desconocido.⁵⁰

Este autor, que ha dedicado buena parte de su obra al estudio del catolicismo, con un enfoque sociológico y también histórico, le aporta una serie de

⁴⁹ Mallimaci: "A situação...", o. cit.

⁵⁰ Poulat: o. cit.

perspectivas que van desde recomendaciones referidas a la investigación hasta una propuesta de caracterización.

Comenzando por sus recomendaciones o prevenciones, insta a que en la investigación se busque *conceptualizar* la historia del cristianismo y del catolicismo, pero simultáneamente subraya la necesidad de *historizar* los conceptos y categorías utilizados por los investigadores.

Propone tener claro que el objeto de la investigación desde las ciencias sociales no consiste en responder a las preguntas de las iglesias, sino a preguntas que las propias ciencias sociales se hacen a sí mismas y que emanan de la investigación. Que esas preguntas y respuestas de las ciencias sociales se vuelvan preguntas a las iglesias es algo normal, afirma, pero no se debe confundir la perspectiva propia y los roles de las ciencias sociales y de las iglesias.

Poulat propone atender a la complejidad del fenómeno en estudio renunciando a análisis simplistas, considerando a la iglesia como un *lugar social* en permanente intercambio con el exterior, donde la competencia en el discurso no se detiene jamás. Plantea también que las divisiones de la sociedad en su conjunto y sus pugnas en torno a ella se introducen también en el seno de la institución eclesial:

Nos encontramos así delante de un fenómeno histórico complejo, dentro de un universo social complejo. La Iglesia es una institución que pesa mucho, pero también un *lugar social* donde no cesan de afrontarse los discursos en posición de competencia y de desigualdad, donde los intercambios con el exterior no se detienen más.

[...] La sicología religiosa no puede abordar su sujeto si lo encierra en un universo meramente religioso. Ella debe ligarlo a la sociedad que permite hablar de lo religioso. Si esa sociedad está dividida, conflictuada, entonces encontraremos esos conflictos, con formas propias, en el campo religioso. Si esos conflictos se agudizan, veremos cómo se generan entre la masa de fieles y la institución eclesial estructuras intermedias y paralelas que la investigación no puede ignorar, ya sea teórica como empíricamente.⁵¹

Entre las proposiciones de Poulat es clave su postura de analizar el catolicismo desde una óptica diferente de la que ha dominado los estudios sobre esta materia, rompiendo con la idea de una institución rígida totalmente dirigida

⁵¹ Ibídem.

da y condicionada desde arriba, de la que emanan normas y órdenes y que se encuentra al margen de lo que sucede en la sociedad.

Afirma que la actitud de la institución eclesiástica de dejar de lado las diferentes novedades sociales que se van produciendo obedece a que su base se sitúa en aquellos grupos desposeídos de la capacidad de generarlas, y su distancia le permite combatirlas frontalmente, convencida de que su esencia descansa en fundamentos resistentes, motivos por los que jamás sacrificará su proclividad a las multitudes.

La Iglesia puede hacer un vacío frente a ciertas novedades sociales, económicas o culturales; ella apenas sufre en lo inmediato, en tanto que se apoya en los grupos sociales que no generan esas novedades. Ella puede sobrevivir y adaptarse al desencantamiento del mundo, y hacer de esto un tema de su programa: ella sabe que reposa sobre un fundamento más profundo y más resistente. Es por eso que a pesar de todas las presiones jamás ha sacrificado al elitismo —monástico, místico o reformador— su multitudinarismo secular. Esa bipolaridad del catolicismo es uno de los resortes de su historia.⁵²

La percepción de que el mundo católico no es un todo homogéneo surge de la simple observación. Para catalogar esa diversidad se han utilizado diversas categorías, como los binomios progresistas y conservadores, izquierda y derecha, espiritualista y comprometido y otros más, pero a la hora de utilizarlas como categorías de análisis sistemáticos, ellas se muestran insuficientes para dar cuenta de lo que sucede. A partir de su trabajo de investigación y de su situación geográfica (Francia), Poulat propone releer lo religioso diseminado en la sociedad, que emana de la lucha de los tres grandes actores sociales, culturales y políticos del siglo XIX, confrontación que tuvo consecuencias en el campo religioso y en la sociedad toda y culminó por diseminar lo religioso en todos los rincones de la sociedad:

En el siglo XIX, la realidad social no es de un lado una lucha de clases —proletariado vs. burguesía— y del otro una guerra de religión —Iglesia vs. Estado—, sino tres grandes sistemas históricos en competición a nivel mundial, tres polos de atracción o de repulsión diseñando y disputándose el espacio: la burguesía dominante, la institución católica y el movimiento socialista. Fuerzas principales que no nos pueden hacer olvidar la existencia de núcleos secundarios (¿puede uno ignorar el anarquismo o el fascismo?). Fuerzas con edad diferente [...]

⁵² *Ibidem.*

fuerzas jaqueadas por sus tensiones internas (conservadores-radicales, tradicionalistas-progresistas, revolucionarios-reformistas, por ser simples) [...] fuerzas obedeciendo cada una a sus propias reglas [...] Cada uno de los tres competidores debe situarse frente a un triple desafío: un sistema de producción, un aparato de gobierno y el mercado de opinión. En estas condiciones, todo arreglo es impensable, tres resultados son posibles a largo plazo para cada uno: ser eliminado, ocupar una posición subalterna o ejercer un rol hegemónico. No imaginemos lo religioso concentrado en un polo y en la Iglesia: corrió la misma suerte que la sociedad que dio nacimiento a los "tiempos modernos" y que era estructuralmente religiosa: explotó con ella.⁵³

Este tipo de enfoque lleva a preguntarse —como sociedad— cuáles son y cómo han sido interpretadas las correspondientes transformaciones y contradicciones en el campo católico en el Uruguay. Para avanzar en las respuestas es necesario comenzar a superar una visión que ha primado en determinados sectores de las ciencias sociales que continúan viendo lo religioso en términos de oscurantismo, ignorancia, magia y superstición. Esta visión es propia de una asimilación sin cortapisas de los mitos de la modernidad, enraizados en el particular itinerario de lo religioso en la historia de este país. Es un camino a explorar y profundizar en la perspectiva de las Ciencias Sociales en Uruguay.

Volviendo a Poulat, se aprecia que observa al catolicismo no como resultado pasivo del devenir de las cosas sino como resultado de las acciones que se fueron desarrollando dentro del propio mundo católico, acciones que no logran respuestas unánimemente aceptadas:

Un principio de método debe ser afirmado: la evolución del catolicismo contemporáneo no es la obra de un compromiso con la fuerza de las cosas; es la resultante de movimientos alimentados en su seno por la apreciación en todo momento de lo que hay que hacer y por la incapacidad de ponerse de acuerdo sobre una respuesta satisfactoria para todos.⁵⁴

Aquí aparecen dos claves de lectura para el estudio del catolicismo: detectar por un lado los grupos y sus ideas de lo que hay que hacer en cada momento histórico, y por otro, los desacuerdos con las respuestas y propuestas actuales y los reposicionamientos que estos generan.

En sus análisis, Poulat habla de la existencia de *catolicismos* o, como él dice, del "catolicismo en plural". Mientras que en el plano teórico y a priori se

⁵³ *Ibidem.*

⁵⁴ *Ibidem.*

puede suponer que todo está claro —existe un catecismo universal, unos sacramentos, unas verdades definidas que creer, una estructura jerárquica con especialistas que controlan y regulan el funcionamiento, el Vaticano, el Papa, los obispos, una ética que se desprende de lo anterior—, todo esto parece volverse incierto cuando se observan y analizan los comportamientos concretos en medio de esta religión. Los conflictos que el conjunto de la sociedad introduce en las iglesias terminan configurando diferentes tipos de catolicismo. Poulat afirma:

La sicología del católico de nuestro país no depende solamente de lo que le impone su Iglesia y que moldea su entorno, sino que también depende de una evolución de la sociedad que ha encontrado una manera de imprimir sobre la vida religiosa y justo en el seno de la organización católica la marca de sus divisiones. Si no hay tantos catolicismos como católicos, no hay un catolicismo idéntico para todos, común a todos, pero sí existen algunas formas suficientemente diseñadas y estructuradas para poder distinguir claramente, a pesar de sus interferencias permanentes y sus confusiones devenidas habituales.⁵⁵

A partir del conflicto entre la Iglesia y la burguesía se han desarrollado, a juicio del autor, tipos de catolicismo rivales entre sí. Estos buscan una reforma religiosa marginalizando un cristianismo popular cuyas creencias y prácticas serán consideradas como supersticiosas, en tanto que ambos bandos tratarán de conquistar para su causa a diversos sectores, dentro y fuera de la Iglesia.

De esta confrontación surgirá como dominante un tipo de catolicismo que el autor llama "intransigente", definido como aquel que tiene una concepción integralista de la sociedad no sólo en lo doctrinario sino, sobre todo, por cuanto rechaza frontalmente la idea de enviar la religión a la sacristía y recluirla en el ámbito de lo privado. Este catolicismo genera todo tipo de movimientos: círculos, grupos, sindicatos, centros educativos, partidos políticos, acción católica, como por ejemplo, la Unión Cívica, la Unión Económica y el Círculo Católico de Obreros, entre otros. Es a este tipo de catolicismo que hace referencia continuamente el *Syllabus* de Pío IX, y el que más tarde, luego de diversas y extensas transformaciones, dará origen al "catolicismo social". Ambos coincidirán en que "la llegada de la burguesía ha engendrado el desorden social, de donde irremediablemente surge la subversión socialista".⁵⁶

Poulat caracteriza esta emergencia de dos tipos de catolicismo de la siguiente forma:

⁵⁵ *Ibidem.*

⁵⁶ *Ibidem.*

Estamos en presencia de dos modelos adversos refiriéndose a un mismo sistema [...] El primero practica la división de planos —lo político, lo religioso— de donde saca su indispensable amplitud. El segundo mantiene entre los planos una estrecha ligazón —los deberes políticos de los católicos y las exigencias de una política cristiana— que brinda a su crítica un vigor particular. Enemigos y sin embargo hermanos. De su origen común, han guardado el mismo proyecto fundamental, una regulación religiosa de la sociedad global, proyecto unitario y totalizante dirigido contra la idea mortal de una separación entre espiritual y temporal, la iglesia y el mundo, la religión entendida como asunto privado y la política como campo autónomo.⁵⁷

Estos modelos de catolicismo nos proponen a su vez dos tipos de Dios: el Dios intransigente y el Dios liberal. Para éste "la política es asunto de interés y de conciencia [...] él ha dado las leyes, pero las ha dejado libradas a la responsabilidad de los hombres". El primero, en cambio, "es un Dios que ha confiado a sus representantes aquí abajo la interpretación de su voluntad sobre la tierra en función de una doctrina cerrada y de una situación cambiante; de la misma forma que el hombre es compuesto, cuerpo y alma, todo asunto político es también religioso como todo asunto religioso es también político".⁵⁸

El catolicismo intransigente de claro contenido social no acepta la integración ni la adaptación y creará un conjunto amplio de acciones que responden a todos los ámbitos de la vida: social, económico, político, cultural. Es al comienzo un catolicismo antiliberal puro y duro, que con el paso del tiempo incorporará a un nuevo enemigo: el socialismo. De esta situación Poulat concluye:

Hay un catolicismo intransigente que se ha asegurado, no fácilmente, la dominación. Se define a sí mismo como antimoderno, antiburgués, antirrevolucionario, antiliberal y antisocialista. Está comprometido en una oposición sobre dos frentes: el orden liberal e individualista, ligado al capitalismo; el rechazo colectivista del cambio de ese orden y la llegada de un nuevo orden económico socialista o comunista. Esta ideología lo compromete a su vez a una vía propia, una tercera vía —el tercerismo—, como se llama en América Latina.⁵⁹

En una lectura de la obra de Poulat, Mallimaci recuerda la complejidad que enfrenta el catolicismo frente al mundo moderno y las diversas actitudes que

⁵⁷ *Ibidem.*

⁵⁸ *Ibidem.*

⁵⁹ *Ibidem.*

ha adoptado respecto a la evolución de la sociedad. Sobre todo recuerda que cada opción dentro del catolicismo busca su propia lectura e interpretación del texto evangélico:

Los que buscaban adaptarse a la sociedad moderna produjeron la primera gran crisis al comienzo del siglo xx. Fue la llamada crisis modernista, con sus consecuencias que nos llegan hasta la fecha. La presencia del movimiento socialista trajo aparejada la búsqueda de algún tipo de ligazón. Allí están los diversos movimientos del tipo "Cristianos al Socialismo". Los dos afirmaban que su estrategia no comprometía la doctrina. Los hechos han terminado por imponer una evidencia bien diferente: cada opción busca su propia lectura y reinterpretación del texto evangélico. Todas estas crisis y rupturas nos muestran la dificultad que encuentra el catolicismo frente al mundo burgués, al mundo moderno, la sociedad capitalista.⁶⁰

Así es como abre las puertas para el análisis de las continuidades y rupturas a lo largo del tiempo en función de la capacidad de sus propias fuerzas y de las estrategias de sus adversarios.

6. El catolicismo ante el desafío de la memoria

Prosiguiendo en el campo de la incidencia de la modernidad en las religiones, pero principalmente en el catolicismo, Danièle Hervieu-Leger introduce los desafíos que la modernidad plantea a lo que aparece como tarea de principal importancia para las organizaciones religiosas: recomponer la memoria.

La recomposición de la memoria es el recurso permanente para secuenciar una "línea creyente" y generar identidad en un grupo, dando sentido al presente, al pasado y al futuro, lo que aparece desafiado por el doble proceso de homogeneización y fragmentación de grupos e individuos que conlleva la modernidad.

Partiendo del papel que desempeña el hecho de hacer memoria y releer en la actualidad lo que eso implica en términos de identidad y proyección de futuro, recobrar la memoria es una tarea permanente de recuperación de sentido, en el que está contenida, al menos potencialmente, la experiencia fundacional del grupo religioso. De esa forma el pasado es leído como algo inmutable y puesto como *fuera de la historia*, y en esa relación el grupo "se constituye y se

⁶⁰ F. Mallimaci: "Presentación del libro de Poulat *Église contre bourgeoisie*", *Sociedad y Religión* nº 1, Buenos Aires, 1985.

reproduce enteramente a partir del trabajo de la memoria que alimenta esta autodefinición".⁶¹

Para la autora, la necesidad de afirmar cuál es la memoria verdadera del grupo queda ligada a un cuerpo de especialistas, salvo cuando es llevada adelante por un profeta.

Frente a las condiciones actuales de la modernidad, donde la velocidad de los cambios y la presencia de los medios hace todo más instantáneo y fragmenta los relatos de continuidad, uno de los mayores desafíos que se le presentan a la sociología de la religión es que la tarea de recuperación de memoria siga desempeñando el papel nucleador y dador de sentido total al mundo, recapitulando la infinita multiplicidad de las experiencias humanas y religiosas.⁶²

En las sociedades modernas, sostiene la autora, hay un proceso de descomposición de la memoria colectiva, y en algunas de las más avanzadas no parecería existir un mínimo de continuidad. En su opinión, eso se debe a dos tendencias principales de la modernidad. La primera está referida a la homogeneización cultural de la época y, por tanto, de la memoria. Esta pasa por encima de las particularidades y construye memorias superficiales y prácticamente poco diferenciadas, proceso en el que es clave la presencia de los medios de comunicación, frente a los cuales el espectador pasa en segundos ante realidades bien diferentes.

La segunda tendencia es la de la fragmentación infinitesimal de la memoria de las personas y los grupos. En una sociedad donde los individuos pertenecen a un conjunto amplio y plural de grupos, esa experiencia personal de multipertenencia o multiparticipación no permite el acceso a una memoria unificada; además, no hay grupos que puedan construirla en virtud de que cada uno de ellos se ubica en una esfera específica de la existencia humana.

Estas dos vertientes actúan sobre la función de recuperación de memoria de las organizaciones religiosas fundadas sobre la continuidad de un mito original, provocando una fractura. Las propias instituciones y grupos dentro de ellas compiten en forma incesante por la generación de la "memoria verdadera" (aunque "toda memoria no es una reconstitución del pasado sino una reinención"), y esta recreación de memoria se opone muchas veces a los creyentes cuyo primer énfasis "está puesto en la verdad subjetiva de su propia trayectoria creyente".⁶³

Para el caso concreto del catolicismo, la autora subraya que el dilema es

⁶¹ D. Hervieu-Leger: "Catolicismo: El desafío de la memoria", *Sociedad y Religión* nº 14-15, Buenos Aires, 1996.

⁶² D. Hervieu-Leger: *La religion pour memoire*, Du Cerf, París, 1993.

⁶³ Hervieu-Leger: "Catolicismo...", o. cit.

que su modo de producción de memoria se hace a través de un "dispositivo estable y explícito de referencias cerradas"⁶⁴ y que esta propuesta de memoria se sitúa en un universo donde prevalecen masivamente los derechos de la subjetividad individual, lo que no la hace socialmente creíble. La clave está en la posibilidad de que el catolicismo pueda seguir haciendo "tradición en la sociedad moderna".⁶⁵

Los gestores institucionales manejan la memoria y los símbolos propios de este campo con escaso grado de flexibilidad, por lo que la institución se enfrenta a la problemática de los énfasis de pertenencia o adhesión originales de los fieles, entre los que se distinguen aquéllos que "reclaman más un mensaje que una institución" y los que "privilegian la pertenencia a una comunidad de preferencia sobre la referencia a un conjunto de creencias y valores".⁶⁶

Ante la amenaza de la posible dislocación interna, la institución religiosa realiza —según la autora— una doble operativa: de movilización cultural y de racionalización cultural. A través de la primera es posible "trascender los conflictos recreando la conciencia individual y colectiva de la pertenencia en el terreno afectivo", mientras que la segunda "permite desdramatizar los conflictos, haciéndolos aparecer como las expresiones valorizadas de una diversidad de sensibilidades y de culturas a las que la institución, en disputa con la modernidad cultural, sabe también hacer justicia".⁶⁷

Entre estas dos dimensiones es que la institución se esfuerza por reconstruir el "efecto de línea creyente", que con el devenir de la modernidad actual ha dejado de estar naturalmente presente en la transmisión generacional. Esta línea cumple la función legitimadora de la creencia y funciona también como principio de identidad social en un doble nivel: interior, incorporando a los creyentes a una identidad determinada, y a la vez externo, en tanto demarca una línea de separación de aquéllos que no integran dicha comunidad.⁶⁸

En esta estrategia de reconstrucción de memoria en medio de las características mencionadas, la autora sitúa gran parte de los viajes y discursos de Juan Pablo II. Su análisis para el caso uruguayo será realizado más adelante.

⁶⁴ *Ibidem.*

⁶⁵ *Ibidem.*

⁶⁶ *Ibidem.*

⁶⁷ *Ibidem.*

⁶⁸ D. Hervieu-Leger: *La religion en mouvement: Le pèlerin et le converti*, Flammarion, Paris, 1999.

7. Caracterización de diversos tipos dentro del catolicismo

Uno de los autores que desarrolló un importante trabajo de análisis de las características del cristianismo fue Ernst Troeltsch, en su obra *The Social Teaching of the Christian Churches*.⁶⁹

Basándose en una extensa investigación, Troeltsch afirma que existen tipos o modelos de cristianismo —que entendemos aparecen también dentro del catolicismo—. Partiendo de la afirmación de que el cristianismo fue originalmente una experiencia personal, con una fuerte inclinación por la comunión, la fraternidad espiritual y la profundidad, pero sin tendencia a la estructuración de un culto, una organización religiosa, afirma que los tres tipos o modelos de cristianismo que se perfilaron desde los primeros tiempos son: la iglesia, la secta y el misticismo.

Es necesario recordar que el trabajo y las conclusiones de Troeltsch están referidos a una investigación sobre el siglo XVIII, pero sin descuidar una perspectiva histórica más general. También es preciso tener en cuenta que su análisis se centra en el cristianismo e incorpora la relación entre Iglesia y Estado existente hasta el momento; así, afirma que aquélla necesitó de éste para consolidarse y que el alejamiento que se percibía entre estos dos actores amenazaba la existencia de la iglesia-tipo del catolicismo romano.

Aun con estas precisiones, el enfoque de Troeltsch deja pistas claras para el estudio del catolicismo, ya que los tres tipos ideales de organización de la vida religiosa sirven como categorías para comprender fenómenos absolutamente contemporáneos.

La principal característica del tipo *iglesia* es ser una institución "capaz de recibir a las masas y ajustarse ella misma al mundo",⁷⁰ siendo la depositaria de la gracia y la salvación.

El tipo *secta* es definido como una sociedad voluntaria de creyentes estrictos, que comparten el hecho de haber experimentado un nuevo nacimiento, se limitan a pequeños grupos y en cierta forma viven aparte del mundo.

El tipo *misticismo* se basa en una experiencia exclusivamente personal e íntima, desprendida del culto formal y la doctrina.

Troeltsch afirma que estos tres tipos existen desde el inicio del cristianismo y han existido a través de los tiempos, presentes allí donde esté la religión.

⁶⁹ E. Troeltsch, E., *The Social Teaching of the Christian Churches*, George Allen & Unwin, Londres, 1956 (mimeo traducido por Laura Pizzi para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales [FLACSO], Programa Buenos Aires).

⁷⁰ *Ibidem*.

La existencia de estas tres formas habla de las diversas maneras en que los creyentes se vinculan y relacionan con la religión y construyen diferentes tipos de Dios. El Cristo del tipo *iglesia* trajo la redención de una vez y para siempre, y se hace presente por medio de los ministros, la Palabra y los sacramentos; es el *Redentor*. El Cristo del tipo *secta*, por su parte, es el *Señor*, quien completará la tarea de redención cuando regrese, acercándose al milenarismo. En tanto, el Cristo del tipo *misticismo* es el de la preeminencia del *Espíritu de Dios*, de donde el Reino sólo se encuentra en el interior de las personas.

El tipo *iglesia* parte de la base de poseer una verdad absolutamente divina, de la que emana una autoridad doctrinal indiscutible con la subjetividad humana; actúa como poseedora de una energía tal que contrasta con todos los tipos de poder humano. Según el autor, el objetivo del tipo *iglesia* es ser la iglesia de la gente y de las masas. Se preocupa por que su mensaje de salvación llegue a todos; lo requiere debido al origen divino de la verdad salvífica de la que es depositaria.

El tipo *secta* no se plantea ser masivo y popular, sino grupos —*denominaciones cristianas*, dice Troeltsch— compuestos de santos, quienes también afirman poseer la verdad absoluta del Evangelio y tienen una idea muy pobre de la tolerancia.

El *misticismo*, también llamado *idealismo espiritual* por Troeltsch,⁷¹ mantiene perspectivas claramente diferentes de las iglesias y sectas. La significación de las escrituras y los dogmas no es lo central para este modelo, ya que la verdadera salvación es interna, personal e inexpressable en fórmulas elaboradas.

En el devenir histórico de estos modelos, Troeltsch afirma que la realización del mensaje del Reino de Dios en este mundo es algo que no puede hacerse sin transigir con el mundo en que se vive, con lo que "la iglesia en particular, como institución popular, está forzada a transigir".⁷² Su historia es la búsqueda de esos compromisos y la oposición renovada a ese espíritu de compromiso.

Las sectas se sitúan en los antípodas de este espíritu, desarrollando una clara oposición con el mundo. Las concesiones hacia él son mínimas, en virtud de que están convencidas de ser la realización del contenido evangélico en su forma más pura.

El misticismo o la religión espiritual, en tanto, desarrolló su historia por la vía de la libertad de conciencia, absteniéndose de toda acción que no estuviera impulsada por el Espíritu. No se preocupa de incidir en la vida del mundo a gran escala y apuesta todas sus convicciones al poder interior del Espíritu. Pero la

⁷¹ *Ibidem*.

⁷² *Ibidem*.

observación de que el mundo no se comporta como el Espíritu indicaría, genera una actitud de hostilidad hacia el mundo.

El autor se pregunta cuál es la mejor forma de organización para la vida cristiana religiosa, y responde que el tipo *iglesia* resulta el más apto para sobrevivir en el tiempo, dada su capacidad de fomentar una religión popular que involucre a una gran diversidad de feligreses. Afirma a continuación que el Catolicismo Romano es la forma pura de la iglesia tipo:

Hasta un grado siempre creciente, ha sacrificado la intimidad, la individualidad, y la plasticidad de la religión a una determinación fija de convertir la religión objetiva en doctrina, sacramento, jerarquía, papado e infalibilidad papal.⁷³

8. Otras perspectivas de análisis del catolicismo

En el marco de la aceptación de la reestructura por la que atraviesa el campo religioso, Mallimaci se interroga —en línea con Poulat— por las conformaciones que se van dando dentro del catolicismo, al que estudia no como un actor aislado sino como un mundo complejo, en el que los discursos en posición de competencia y desigualdad y en permanente intercambio con el exterior del grupo nos reenvían a los actores que los sostienen.⁷⁴

Mallimaci plantea en su investigación la existencia de tres tipos de catolicismo existentes en la Argentina contemporánea, identificados por él como *catolicismo de certezas*, *comunidades emocionales* y *catolicismo desde lo testimonial y el mundo de los excluidos*.⁷⁵

Define al *catolicismo de certezas* como:

[Aquel que] busca reafirmar una identidad católica bajo la atenta mirada del cuerpo eclesiástico, que haga frente al proceso secularizante y autónomo de la sociedad moderna, buscando ofrecerse como una certeza más en un mundo de incertidumbre no sólo para los opulentos sino para todos los grupos sociales.⁷⁶

Este tipo de catolicismo es descalificador del mundo en el sentido de que

⁷³ *Ibidem.*

⁷⁴ Mallimaci: "Diversidad católica...", o. cit.

⁷⁵ *Ibidem.*

⁷⁶ *Ibidem.*

ofrece una alternativa católica al espíritu de la época, buscando integrar en el largo plazo lo social, lo político y lo cultural con lo religioso. Según el autor, una frase de León XIII lo define bien:

[...] los principios católicos no se modifican, ni porque los años corran, ni porque se cambie de país, ni a causa de nuevos descubrimientos [...] Siempre serán los que Cristo ha enseñado, los que la Iglesia ha proclamado [...] Hay que tomarlos como son o dejarlos tal cual. Quien los acepta en su plenitud y rigor es católico; el que duda, se adapta a los tiempos, transige, podrá darse a sí mismo si quiere el nombre que quiera, pero ante Dios y la Iglesia es un rebelde y un traidor.⁷⁷

Es un catolicismo intransigente en el sentido asignado por Poulat, citado ya en este trabajo. Antimoderno, creador de grupos, sindicatos, círculos y partidos católicos, es, al decir de Poulat:

[...] romano, intransigente, integral y social. Romano en primer lugar: el papado está en la cabeza y en el corazón. Intransigente, es decir dos cosas: primero antiliberal, la negación y la antítesis de ese liberalismo que constituye la ideología oficial de la sociedad moderna; pero también inquebrantable sobre los principios que marcan esta oposición. Integral, dicho de otra manera, rechazando dejar reducirse a prácticas culturales y a convicciones religiosas, pero preocupado por edificar una sociedad cristiana según la enseñanza y bajo la conducta de la Iglesia. Social, en varios sentidos: porque, tradicionalmente, penetra toda la vida pública; porque así ha adquirido una esencial dimensión popular; en fin, porque el liberalismo económico de la sociedad moderna ha suscitado la cuestión social donde la solución exige una amplia movilización de las fuerzas católicas.⁷⁸

Como caso paradigmático en esta corriente del catolicismo el autor menciona al Movimiento Comunión y Liberación.

El segundo tipo de catolicismo —*comunidades emocionales y sentido del cuerpo*— es aquel en el que aparecen como aspectos centrales lo emocional, lo afectivo, dando sentido también al cuerpo. En este tipo el autor identifica al movimiento de la Renovación Carismática, quizá como paradigmático, aunque no es el único dentro de esta corriente.

⁷⁷ Poulat: o. cit. (citado en Mallimaci: "Diversidad católica...", o. cit.).

⁷⁸ E. Poulat: *Le catholicisme sous observation*, Le Centuriom, París, 1993 (citado en Mallimaci: "Diversidad católica...", o. cit.).

Sostiene que es necesario marcar la situación de vulnerabilidad en que se hallan los hombres y mujeres que, provenientes de varias extracciones sociales y en situación de pérdida de sus certezas en lo familiar, laboral, emocional, salud, etcétera, encuentran o buscan respuestas a lo religioso de corte individual y emotivo.

El tercer tipo planteado por Mallimaci es el que llama *catolicismo testimonial desde lo local y el mundo de los excluidos*. Lo caracteriza de la siguiente forma:

Busca dar respuestas desde el mundo de los pobres, discriminados y excluidos, pero no para rehacer una cultura católica ni para vivir la anticipación carismática al interior del grupo sino para fortalecer la pluralidad de actores. Para hacerlo no se basa en el Estado como el integralismo ni en uno mismo como en las comunidades emocionales, sino a partir del desarrollo de las organizaciones de la sociedad civil a nivel local [...] Su actitud no es de restaurar sino de valorización de las diferencias y construcción de nuevos espacios de justicia y religiosidad.⁷⁹

Finalmente, plantea que estos tres tipos de catolicismo son entendibles solamente unos en relación con los otros. El primero acentúa la identidad cultural y social; el segundo, la pertenencia a una comunidad emocional; y el tercero, el testimonio junto a individuos y grupos discriminados, vulnerables y empobrecidos. Mallimaci se pregunta finalmente por el futuro de estas formas de catolicismo en la modernidad globalizadora y excluyente en América Latina.

9. A modo de síntesis

La sociología de la religión no ofrece hoy alguna gran teoría de interpretación global de lo que está sucediendo con su objeto de estudio en la modernidad tardía o posmodernidad, situación que traspasa los límites de su especificidad y abarca al conjunto de la disciplina sociológica.

Para comenzar a dar cuenta de lo que está sucediendo, se han tomado diferentes autores que plantean interesantes pistas para el estudio del fenómeno religioso. Bourdieu aporta el concepto de *campo religioso*, con toda su caracterización, y nos pone frente a la pluralidad de actores, productores y con-

⁷⁹ Mallimaci: "Diversidad católica...", o. cit.

sumidores de bienes simbólicos de salvación, así como frente a la lucha por el monopolio del campo.

Poulat propone estudiar el catolicismo en una perspectiva diferente de las hegemónicas y tradicionales, analizando su posicionamiento en la sociedad en relación con otros actores sociales y haciendo hincapié en que esa relación entre diversos actores configura modelos (tipos) de catolicismo, en tanto también nos indica que la religión no queda ya encerrada en el territorio de las iglesias sino que está presente en diversos campos de la vida social.

Danièle Hervieu-Leger aporta el estudio del catolicismo a partir del desafío de la transmisión de la tradición —la recuperación de la memoria— y su dificultad para continuar recobrándola y transmitiéndola en la sociedad de lo inmediato, lo simultáneo y lo fragmentario, donde los relatos de tradición y memoria parecen ser difíciles de seguir siendo los grandes articuladores de identidad.

Ernst Troeltsch, por su parte, contribuye con la propuesta de considerar tres tipos de religiosidad o formas de lo religioso, también a modo de tipos ideales, que ha asumido el cristianismo a lo largo de su historia y que dan pistas para considerar el catolicismo actual a partir de las categorías propuestas. Pero también habla de que las religiones son capaces desarrollar un importante nivel de autorreferencia que las pone por encima de otros fenómenos e instituciones.

Finalmente, Mallimaci nos acerca a la comprensión del catolicismo en perspectiva teórica similar a la de Poulat, pero a partir del estudio concreto del catolicismo en Argentina. Los tres tipos ideales en que desemboca también servirán de referente para el análisis propio de este trabajo.

Bibliografía básica

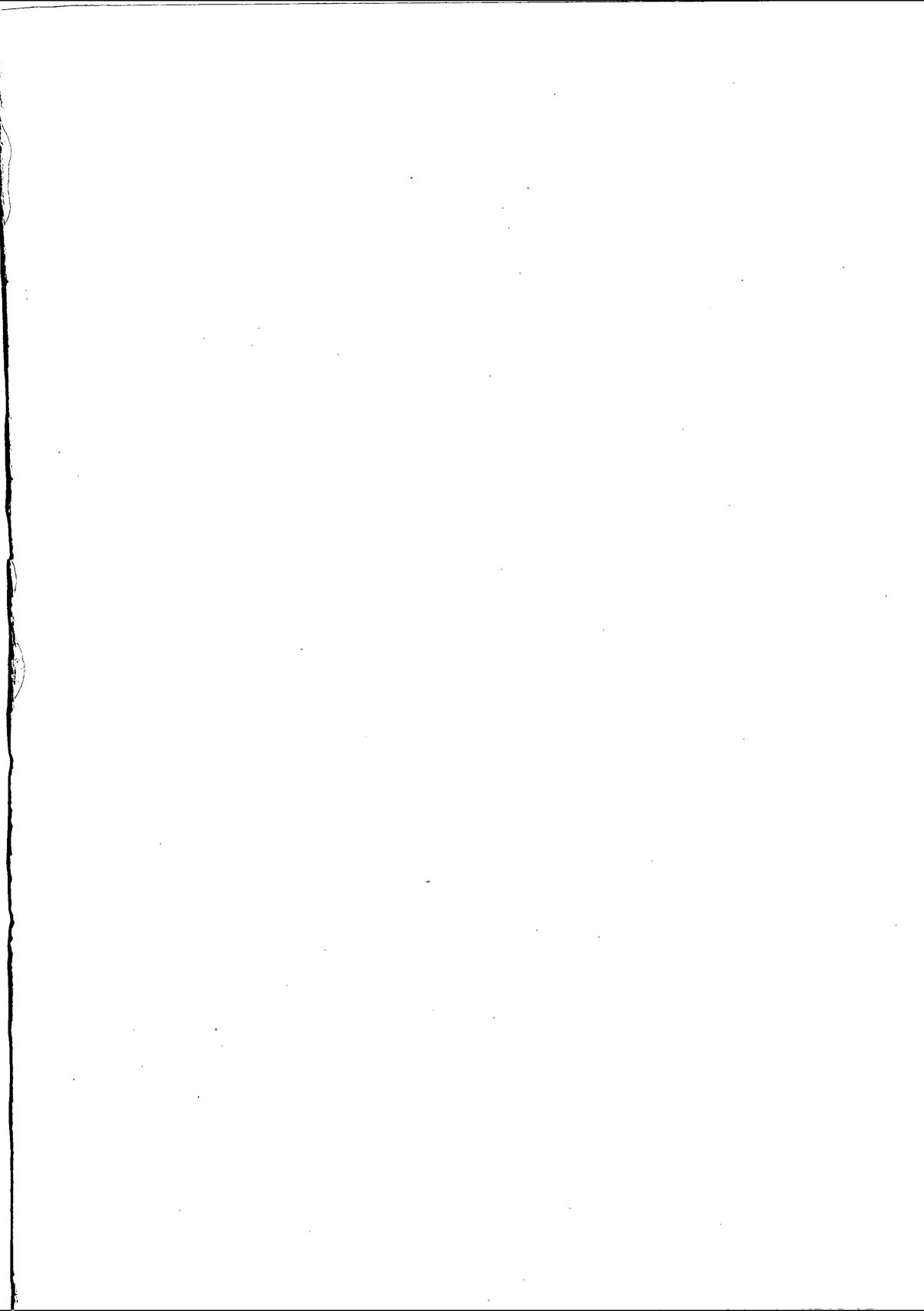
- AUTORES VARIOS: *500 años de cristianismo en Argentina*, CEHILA-Centro Nueva Tierra, Buenos Aires, 1992.
- BOURDIEU, Pierre: *Cosas dichas*, Gedisa, Buenos Aires, 1988.
- *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1991.
- "Genèse et structure du champ religieux", *Revue Française de Sociologie*, vol. XII, 1971.
- *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.
- BACZKO, Bronislaw: *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.
- DA COSTA, Néstor: "A situação religiosa no Uruguai", en *Globalização e religião*, Vozes, Petrópolis, 1997.
- DA COSTA, Néstor; Guillermo KERBER y Pablo MIERES: *Creencias y religiones, la religiosidad de los montevideanos al fin del milenio*, Trilce, Montevideo, 1996.

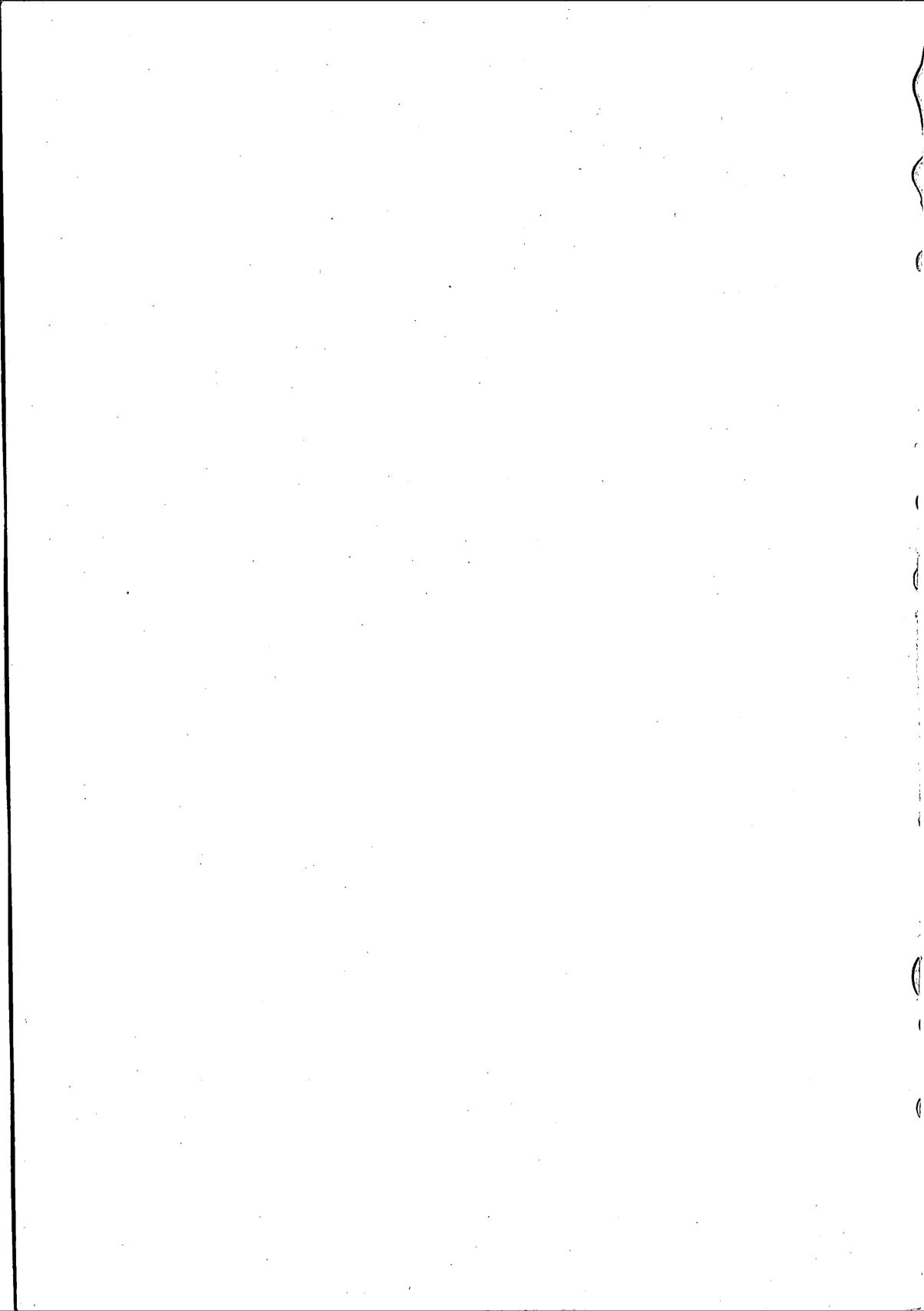
- DAVIE, Grace, y Danièle Hervieu-Leger: *Identités religieuses en Europe*, La Découverte, París, 1996.
- DÍAZ SALAZAR, Rafael: *El capital simbólico: Estructura social, política y religión en España*, HOAC, Madrid, 1988.
- DÍAZ SALAZAR, Rafael, Salvador GINER y Fernando VELASCO (eds.): *Formas modernas de religión*, Alianza, Madrid, 1994.
- FRIGERIO, Alejandro: *Nuevos movimientos religiosos y ciencias sociales* (2 vol.), Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993.
- FÜRSTENBERG, Friedrich: *Sociología de la religión*, Sígueme, Salamanca, 1976.
- GARELLI, Franco: *Religione e Chiesa in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1991.
- GEERTZ, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- GUIZZARDI, G., y R. STELLA: "Teorías da secularização" en F. FERRAROTI et al.: *Sociologia da religião*, Paulinas, São Paulo, 1990.
- HERVIEU-LEGER, Danièle: *Le pelerin et le converti: La religion en mouvement*, Flammarion, París, 1999.
- *La religion pour memoire*, Du Cerf, París, 1993.
- *Vers un nouveau christianisme?*, Du Cerf, París, 1987.
- KERBER, Guillermo: *Los hombres —y una mujer— de lo sagrado*, Utopía, Montevideo, 1996.
- LAGOS, Humberto: *Sectas religiosas en Chile: ¿fe o ideología?*, LAR-PRESOR, Santiago de Chile, 1997.
- LAMBERT, Yves: *Dieu change en Bretagne*, Du Cerf, París, 1985.
- MALLIMACI, Fortunato: *Apuntes para una comprensión de la pluralidad, diversidad y pluralismo en el campo religioso en los siglos XIX y XX* (mimeo).
- "Diversidad católica en una sociedad globalizada y excluyente: Una mirada al fin del milenio desde Argentina", *Sociedad y Religión*, nº 14-15, Buenos Aires, 1996.
- "A situação religiosa na Argentina urbana do fim do milênio", en *Globalização e religião*, Vozes, Petrópolis, 1997.
- MANGABEIRA UNGER, Nancy: *O encantamento do humano*, Loyola, São Paulo, 1991.
- MARDONES, José María: *¿Adónde va la religión? Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*, Sal Terrae, Bilbao, 1996.
- *Análisis de la realidad y fe cristiana*, PPC, Madrid, 1995.
- *Fe y política: El compromiso político de los cristianos en tiempos de desencanto*, Sal Terrae, Bilbao, 1993.
- MARTELLI, Stefano: *L'arcobaleno e i suoi colori: Dimensioni della religiosità, modelli di Chiesa e valori in una diocesi a benessere diffuso*, Franco Angeli, Milán, 1994.
- MARTÍN VELASCO, Juan: *Introducción a la fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid, 1978.
- MESLIN, M.: *Aproximación a una ciencia de las religiones*, Cristiandad, Madrid, 1978.
- MEYER, Jean: *Historia de los cristianos en América Latina, siglos XIX y XX*, Vuelta, México, 1991.
- ORO, Ari Pedro: "Considerações sobre a modernidade religiosa", *Sociedad y Religión* nº 14-15, 1996.

- PACE, E.: "Tendencias y corrientes de la sociología de las religiones", *Sociedad y Religión* nº 13, Buenos Aires, 1995.
- PARKER, Cristian: *Otra lógica en América Latina: Religión popular y modernización capitalista*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1993.
- PIKAZA, Xabier: *Experiencia religiosa y cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 1981.
- POULAT, Émile: *Église contre bourgeoisie*, Casterman, París, 1977.
- *L'ère postchrétienne*, Flammarion, París, 1994.
- SAHAGUN, Lucas: *Interpretación del hecho religioso*, Sígueme.
- SONEIRA, Abelardo J. et al.: *Sociología de la religión*, Docencia, Buenos Aires, 1996.
- TROELTSCH, Ernst: *The Social Teaching of Christian Churches*, Allen & Unwin, Londres, 1956.
- WEGER, Karl-Heinz: *La crítica religiosa en los tres últimos siglos*, Herder, Barcelona, 1986.
- WIDENGREN, G.: *Fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid, 1976.

Bibliografía básica sobre metodología

- RUIZ OLABUENAGA, José I.: *Metodología de la investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1996.
- *La descodificación de la vida cotidiana*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.
- STRAUSS, Anselm, y Juliet CORBIN: *Basics of Qualitative Research. Techniques and Procedures for Developing Grounded Theory*, Sage Publications, USA, 1996.
- VALLES, Miguel S.: *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*, Síntesis, Madrid, 1997.





Contenido

Presentación

Tema central

Tema central: Opinión pública y elecciones

La Historia y la historia:
Opinión pública y opinión pública en el Uruguay,
por César Aguiar.

Significado del desencanto político en una "democracia dura",
por Agustín Canzani.

Originalidad democrática uruguaya:
un análisis comparado y algunas hipótesis preliminares,
por Cecilia Rossel.

Encuestas telefónicas y personales:
¿convergentes, complementarias o distintas,
por María Ester Mancebo, Carlos Luján y Diego Hernández.

La encuesta telefónica como *election day poll*,
por Ignacio Zuasnábar.

Las encuestadoras de opinión pública:
Nuevas cómplices y agonistas de la comunicación política
en el escenario radial uruguayo,
por Carmen Rico de Sotelo.

Francisco Bauzá y la conciencia histórica nacional,
por Ana Ribeiro.

El legado de Francisco Bauzá (II)
por Carlos Pareja.

Aportes para el estudio sociológico de la religión y el catolicismo (I)
Elementos para un marco teórico,
por Néstor Da Costa.

Temas centrales de *Prisma*:

Nº 1, Sistema de enseñanza superior y desarrollo; Nº 2, Ética y comunicación social; Nº 3, Políticas sociales; Nº 4, Globalización, descentralización y territorio; Nº 5, El empleo en la sociedad contemporánea; Nº 6, En torno a la democracia; Nº 7, La empresa uruguaya frente a los desafíos contemporáneos; Nº 8, Gestión cultural; Nº 9, Las representaciones simbólicas de la integración; Nº 10, Cultura y cambio en las organizaciones contemporáneas; Nº 11, Nuevos temas en la educación; Nº 12, Filósofos Vivos; Nº 13, Imagen, territorio y organización; Nº 14, A la búsqueda de Francisco Bauzá (1849 - 1899).